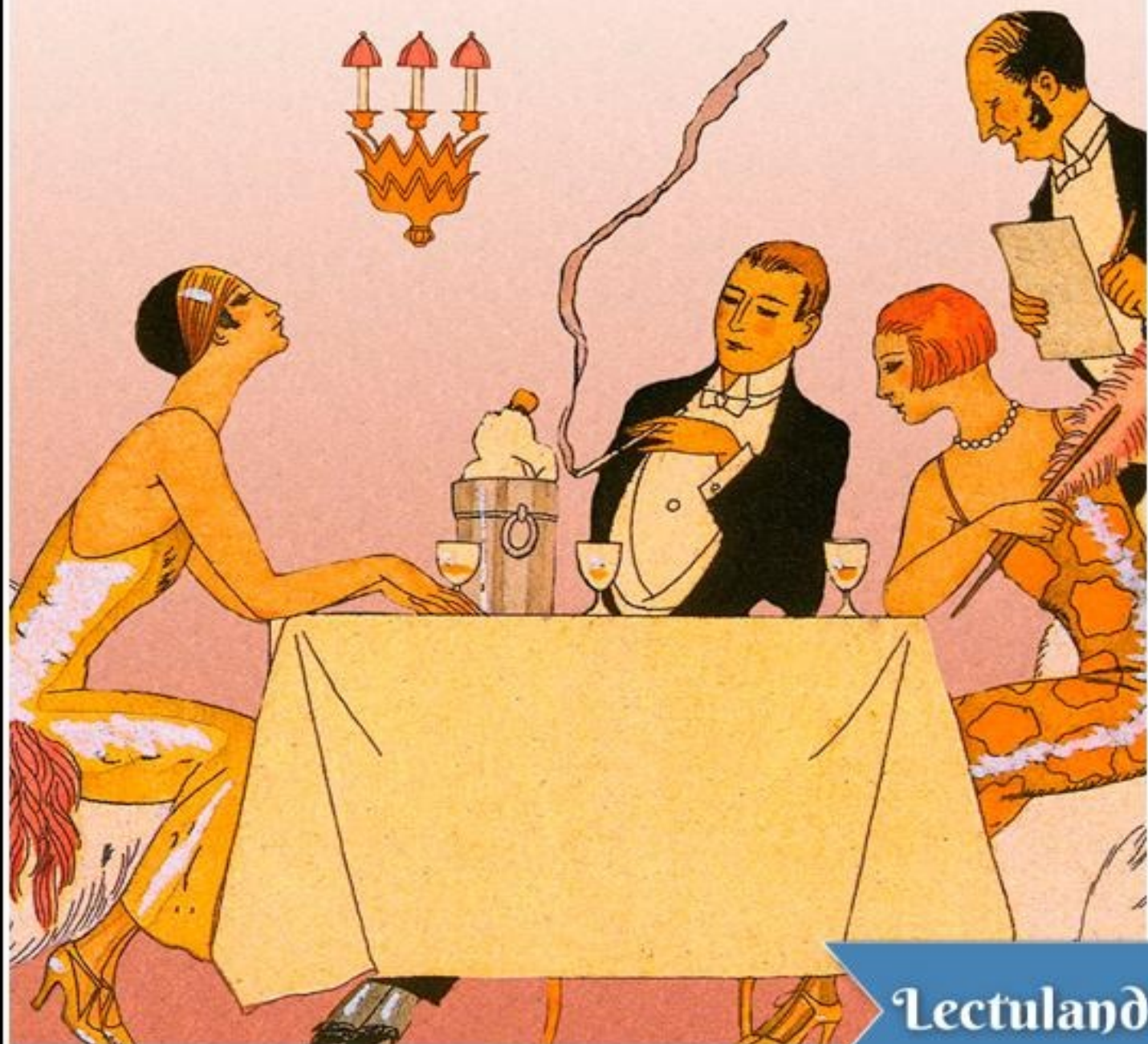


E. F. BENSON

# Mapp y Lucía

Traducción y prólogo de José C. Vales



Lectulandia

Emmeline Lucas, conocida universalmente por sus amigos como Lucía, reina de Riseholme, es una archiesnob del más alto nivel. Cuando en sus vacaciones alquila una casita junto al mar, cree que ya nadie podrá hacerle sombra, hasta que se cruza en su camino Miss Elizabeth Mapp, figura central de la vida social del pequeño villorrio de Tilling.

De cara al mundo, Lucía y Mapp son las mejores y más mundanas anfitrionas, pero en secreto no cejarán en su empeño, por muy bajo que puedan caer, por ganar la feroz batalla por la supremacía. Mapp y Lucía, continuación de las aventuras de la inefable Emmeline Lucas en Reina Lucía, nos presenta toda una panoplia de memorables secundarios: el vicario de Birmingham que habla con acento medieval escocés; la muy riquísima Susan, que no sale de casa sin su Rolls-Royce; Diva, aficionada al cotilleo despiadado; o el ya conocido Georgie Pillson y su tupé, devotos servidores ambos de la reina, que sufre la amenaza de ser destronada.

***«Los personajes de E. F. Benson son fresquísimos y reales, y, por tanto, atemporales».***

**Nancy Mitford**

***«Pagaríamos todo lo que nos pidieran por los libros de Lucía».***

**Noël Coward, Nancy Mitford y W. H. Auden**

**Lectulandia**

E. F. Benson

# **Mapp y Lucía**

**Mapp y Lucía - 4**

**ePub r1.1**

**Titivillus 26.09.15**

Título original: *Mapp and Lucia*  
E. F. Benson, 1931  
Traducción: José C. Vales  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA





# Mapp y Lucía



E. F. Benson

Traducción del inglés a cargo de  
José C. Vales



*Afectuosamente dedicado  
al marqués de Carisbrooke<sup>[1]</sup>.*

# INTRODUCCIÓN

## NOSTALGIAS EDUARDIANAS

por José C. Vales

¿Cómo es posible construir una novela en la que todo gire alrededor de pequeñas envidias, vanidades y rencillas? Más aún: ¿cómo es posible que una serie de novelas donde no parece haber más que cotilleos, rencores, sarcasmos y malicias haya alcanzado semejante nivel de estimación y valoración crítica, y goce hoy del aprecio de millones de lectores? ¿Cómo es posible, en fin, el éxito de novelas en las que nada de lo que ocurre se ajusta a lo que nuestra sociedad considera importante o trascendente?

Y sin embargo, eso es lo que sucede con la serie de novelas de «Mapp y Lucía».

Edward Frederic Benson (1867-1940), benjamín de una acomodada y culta familia de la clerecía británica, fue en su momento celebrado por sus cuentos de terror (*ghost stories*), que publicaba en distintos periódicos y semanarios, y que luego agrupaba en libros y colecciones. Se asegura que en su casa se narraba con frecuencia la historia de una institutriz que soportó todas las angustias imaginables cuando los espectros de los muertos la acosaron. También se da por seguro que el padre de nuestro autor le contó aquella historia a un joven americano llamado Henry James, que más adelante la reelaboró y la publicó con el título de *The Turn of the Screw* (traducida habitualmente en español como *Otra vuelta de tuerca*).

La herencia victoriana y muy inglesa de los cuentos de terror fue languideciendo en las últimas décadas del siglo XIX (el broche de oro a la gran literatura gótica es el *Drácula* de Bram Stoker, que se publica en 1897), y el cambio de siglo sugiere unas fórmulas literarias que ya no parecían encajar en un mundo que paulatinamente se va alejando de las oscuridades victorianas. En 1901, cuando fallece la reina que dio nombre a todo un período de la cultura británica, algunos escritores (T. S. Eliot, Thomas Hardy, W. B. Yeats y Henry James, explícitamente) dan a entender que el final de siglo representa también un final de ciclo. El adelantado es, naturalmente, Oscar Wilde (1854-1900), que se presenta ante los rigoristas como el gran provocador que era: esnob, lánguido, modernista, dandy, esteticista y crítico.

A pesar de los malos presagios, el primer decenio del XX inglés fue uno de los períodos más brillantes y prósperos de Gran Bretaña. Eduardo VII (1841-1910), que ostentaba orgulloso los títulos de rey de la Gran Bretaña e Irlanda, y emperador de la India, ocupará el trono durante una época tan peculiar, tan encantadora y alegre que acabará conociéndose como época eduardiana. El *modern style*, el *art nouveau* y el *jugendstil*, con su esteticismo elegante, representan bien el optimismo de unos años que en Francia recibieron el nombre de Belle Époque. En medio de una paz política aparentemente consolidada (y que solo presagiaba el drama de la inminente guerra



mundial), los ingleses asistían a una época de prosperidad económica, grandes invenciones y descubrimientos, novísimos medios de transporte, renovaciones vanguardistas en el arte y la literatura, asombrosas revoluciones en la indumentaria y unas libertades insospechadas en otros ámbitos íntimos y personales. Fue, por ejemplo, muy relevante la importancia que se le concedió a la moda (que por entonces comenzó su tradición de ciclos anuales) y al deporte (en 1908 se celebran unos Juegos Olímpicos en Londres). Seguramente este despertar deportivo y calisténico (tan grato a Emmeline Lucas y a otros personajes bensonianos) guarda relación con el abandono del corsé, los nuevos peinados a lo *garçon* y otras modas procedentes de París. Los nuevos automóviles (la casa Rolls-Royce, tan importante para los Wyse, se funda en 1906), cada vez mejores y más accesibles, los descubrimientos médicos que revelaron la importancia de los microorganismos en las infecciones (que tanto aterran a la señorita Mapp), la invención de las grabaciones sonoras y el cine, la popularización de la música (y de las artes en general) y los espectáculos de *varietés*, las fiestas privadas en los jardines y el esteticismo en todas las facetas de la vida son elementos que caracterizan esta época de esnobismos, elegancias y frivolidades.

Aunque la mayoría de los especialistas alargan el período de la felicidad eduardiana hasta el comienzo de la guerra mundial, otros historiadores consideran que el brillo y el esplendor de esta época se cerró dramáticamente el 15 de abril de 1912, con el hundimiento del *Titanic*, y que aquella tragedia bien podría entenderse como un símbolo de ese tiempo: el lujo, la alegría, la despreocupación, el ambiente *chic* y desinhibido, las vajillas y el mobiliario elegantísimo, las joyas, y los pasajeros de primera clase disfrutaban de la vida mientras en los camarotes inferiores se hacinaban obreros y criadas dispuestos a viajar miles de kilómetros en pos del anhelado Dorado americano.

En cualquier caso, los escasos restos de alegría que quedaran tras el hundimiento del *Titanic* se hicieron pedazos el verano de 1914, cuando dio comienzo un conflicto sucio y escasamente heroico que acabó con la vida de diez millones de personas.

No es que los literatos fueran tan ingenuos que no conocieran de antemano las terribles consecuencias de un enfrentamiento bélico, pero una guerra como la de 1914 seguramente barrió de un plumazo las pocas alegrías, fantasías y trivialidades a las que pudieran desear entregarse. Cuando se disipó el olor a pólvora y a gas en las trincheras, la literatura ya había cambiado para siempre y Virginia Woolf, D. H. Lawrence y James Joyce saltaron a la palestra y publicaron sus obras maestras en este período de entreguerras (*La señora Dalloway*, 1925; *Las olas*, 1931; *Mujeres enamoradas*, 1920; *El amante de lady Chatterley*, 1928; *Ulises*, 1922).

Y en medio del caos político y social, en medio del desastre humano y de la obligada búsqueda de nuevos modos literarios para el nuevo mundo del siglo XX, E. F. Benson comienza a escribir una serie de novelas en las que no se aprecia, en absoluto, ninguna de las preocupaciones que laten en Woolf, Lawrence o Joyce. En Benson no existe la angustia por el paso del tiempo, ni el caos del mundo o la contingencia humana le preocupan lo más mínimo, ni hay ningún interés por la política, la economía, la sociedad o la tecnología, ni sus personajes prestan atención ninguna a las pasiones y el sexo... En definitiva, a ojos del lector moderno, en las novelas de Benson *no pasa absolutamente*

*nada*. O, peor aún, pasan cosas que avergonzarían a cualquiera, y todo ello cargado de frivolidad, trivialidad, superficialidad y vacuidad. Y aquí, de nuevo es necesario repetir la pregunta: ¿cómo es posible que, en el ambiente político y cultural del período de entreguerras, un autor se dedicara —en serio— a narrar las aventuras vacacionales de unos esnobs relamidos de provincias?

Las penurias de la posguerra generaron en Inglaterra lo que se denominó la «nostalgia eduardiana», basada en la creencia de que aquel período de esplendor había sido una especie de Edad de Oro a la que, por desgracia, ya no se podría volver. La aventura literaria del escritor E. M. Forster (1879-1970) resulta muy ilustrativa en este sentido. Publicó sus novelas más importantes en la gloriosa década eduardiana: *Where Angels Fear to Tread* (*Donde los ángeles no se aventuran*, 1905), *A Room with a View* (*Una habitación con vistas*, 1908) y *Howard's End* (1910). Después de la guerra, como en un coletazo imperial, publicó *A Passage to India* (*Pasaje a la India*, 1924), y prácticamente ahí concluyó su carrera literaria. Comprendió a la perfección que el mundo (conservador, clasista, brillante y esteticista) en el que sus novelas adquirirían fuerza y solidez se había desvanecido sin remedio, y aunque siguió colaborando en algunos medios, abandonó para siempre su tarea como narrador. Curiosamente, su obra goza hoy de una extraordinaria vitalidad.

E. F. Benson es uno de los grandes exponentes de esa nostalgia eduardiana: con un lenguaje conscientemente decimonónico, el autor nos devuelve a ese mundo brillante y encantador de fiestas en el jardín, veranos en la costa, deliciosos picnics, conversaciones agradables y *engorrosas* obligaciones, como la de «vestirse para cenar». Solo algunos detalles indican al lector que las novelas están teniendo lugar muchos años después de que el mundo eduardiano se haya esfumado para siempre: que un personaje bebe whisky «de antes de la guerra», que una joven estrafalaria toma el sol y viaja en motocicleta, que a Lucía le hicieron un cuadro cubista en Londres... Aun así, ni al autor ni a los personajes les interesa ir más allá: «Querida Irene, no seas tan moderna», le dice Lucía a la joven artista que simplemente sugiere la posibilidad de que una pareja vaya a convivir sin casarse. El estado de ingenua frivolidad de los personajes de Benson es tal que la única referencia concreta al desgarrador conflicto bélico europeo corresponde a Georgie Pillson: cuando Elizabeth Mapp le rompe la cadena de la puerta a Lucía, Georgie presiente que eso es el principio de un espantoso conflicto, y dice: «Me siento como el 4 de agosto de 1914», que fue precisamente el día en que Inglaterra le declaró la guerra a Alemania y sus aliados. Desde nuestra perspectiva, esta declaración es asombrosa, pero para los ingleses de los años treinta, tras la Primera Guerra Mundial, esa frase debía de entenderse casi como una frivolidad intolerable... a no ser que se considerara como una formulación crítica.

E. F. Benson comienza a escribir la primera novela de la serie de «Mapp y Lucía» cuando aún no se habían apagado del todo los rescoldos de la guerra: *Reina Lucía* (*Queen Lucia*) se publicó en 1920 y los restantes títulos fueron apareciendo a lo largo de casi veinte años (*Miss Mapp*, 1922; *Lucia in London*, 1927; *Mapp and Lucia*, 1931; *Lucia's Progress*, 1935; y *Trouble for Lucia*, 1939). La serie narra la historia de las élites sociales de dos pueblos imaginarios, Riseholme y Tilling, donde dos mujeres sobresalen por encima

de sus iguales (e incluso por encima de sus superiores): la señorita Elizabeth Mapp y Emmeline Lucas, conocida *universally* entre sus amigos como Lucía. La señorita Mapp y Lucía ejercen sobre sus respectivas poblaciones un férreo control, y ostentan la primacía social y cultural sin que nadie se atreva a disputársela. Elizabeth Mapp en Tilling y Lucía en Riseholme ocupan sus respectivos tronos gracias a una inteligencia social y emocional indiscutible, una implacable benevolencia, una condescendencia irritante, un refinado maquiavelismo y una fortaleza anímica sin parangón. Ninguna de las dos —salvo en contadas y ridículas ocasiones— ha visto peligrar su cetro, y los *bolcheviques revolucionarios* (la señora Quantock, Diva Plaistow y otros elementos peligrosos) en ningún momento han amenazado seriamente su augusta superioridad.

En *Mapp y Lucía* se desarrolla el conflicto por la superioridad social en Tilling. Pero el conflicto, como las preocupaciones de los protagonistas, tiene un carácter frívolo y superficial. Como ya se ha advertido más arriba, es asombroso que E. F. Benson se atreviera a formular una narración donde las máximas preocupaciones atañen a la receta que explica cómo cocinar una langosta, a las felicitaciones navideñas, los ejercicios de calistenia, los tés en el jardín, el estado del césped, una representación teatral en el salón de casa, la habilidad para interpretar el *Claro de luna* de Beethoven, los ejercicios de yoga, el *bridge* o la composición del comité del Club de Arte en un pueblo de Sussex. En la obra de Benson no hay graves reflexiones sobre la muerte, el mal, la teología, la pasión o el sexo porque la melancolía eduardiana no se enfocaba en esos temas, sino en la alegría de vivir y el gusto por las cosas bellas. «¿Qué sería la vida sin atardeceres?», le dice un personaje a otro en el colmo de la frivolidad. Y en otro momento, Georgie Pillson admite que la vida no sería nada sin los cotilleos, las maquinaciones, las grandezas y los embustes de su querida Lucía. (Por otro lado, este mismo Georgie Pillson se derrumba y se desespera cuando descubre que posiblemente su *parlour-maid*, Doris Foljambe, va a abandonarlo: «Toda mi felicidad arruinada para siempre»).

En *Mapp y Lucía* —y para el caso, en todas las novelas de la serie— se acumulan, página tras página, envidias, rencores, malicias, vanidades, venganzas, ambiciones, hipocresías y falsedades. Pero no hay una verdadera reflexión acerca del mal o la maldad. En realidad, como advierte el crítico y escritor Philip Hensher, prologuista de una reciente edición inglesa de *Mapp and Lucía*, uno de los grandes méritos de E. F. Benson es haber escrito una historia donde apenas ningún personaje puede ostentar ninguna virtud, y, sin embargo, al mismo tiempo, ha conseguido que adoremos a sus protagonistas y nos desternillemos de risa con ellos. Desde luego, nos asombran sus maldades, sus presunciones y sus maquiavelismos, pero los objetivos de esas iniquidades son tan fútiles y vanos que la malignidad apenas pasa de ser un entretenimiento contra el aburrimiento. Como los personajes de Jane Austen, estos burgueses de provincias se aburren, y su modo de entretenerse es el cotilleo, la maledicencia, el maquiavelismo, la mezquindad o la envidia, pero siempre en un tono menor. Benson se ocupa de que resulte hilarante y divertido.

Y no deja de ser curioso que estos paradigmas de la *bourgeois life* del veraneo, sin hacer nada de provecho a lo largo de todo el día (y de toda la vida, en realidad), anden continuamente tan atareados. Lucía siempre se está quejando de que los demás

constantemente la reclaman para trabajar (organizar un té, una cena, un cuadro dramático, dar clases de calistenia o de *bridge*...), y siempre los llama «negreros» y los acusa de no dejarla descansar... También considera un trabajo durísimo redactar invitaciones o pintar una acuarela al aire libre. Las cartas, las notas, los avisos, las llamadas de teléfono, el correo matutino y el segundo servicio: todo es un ir y venir de información de primera magnitud... Y todos andan de prisa y corriendo, yendo y viniendo de las casas, y comentando lo ocurrido con unos y con otros, y dando información o corrigiéndola, o formulando hipótesis, o declarándose partidarios de estos o de aquellos.

Cuando el mundo se asombra ante la vanguardia literaria de Woolf y su doloroso análisis del tiempo, Benson se divierte con el gozo de vivir y bromea con las inscripciones de las lápidas. Cuando el mundo se estremece ante los escándalos sexuales de D. H. Lawrence, Benson escribe la «escena sexual» más disparatada de todos los tiempos en *Mapp y Lucía*. El lector tardará en encontrar algún autor en el que haya menos referencias a «eso que Freud llama sexo». (En realidad, en las novelas de Benson ni siquiera tiene ninguna importancia el amor). Y cuando el mundo se queda anonadado ante el *Ulises* de Joyce, Benson tiene la desvergüenza de proponer «Una odisea moderna», un relato a cargo de Emmeline Lucas.

Obviamente, toda esta frivolidad y esta nostalgia eduardiana están aderezadas con el único condimento que las podría hacer posibles y digeribles: el humor.

Con los escritores que trazan su obra en clave de humor uno nunca está seguro. El lector siempre tiene la impresión de que hay algo más detrás de esas escenas hilarantes. En el caso de E. F. Benson, tenemos la seguridad y la constatación de que somete a sus personajes a una crítica implacable, aunque no airada. Sus personajes son envidiosos, desocupados, esnobs, presuntuosos, vanidosos y superficiales, y con frecuencia hacen el ridículo o pasan la peor de las vergüenzas precisamente por ser así. En *Reina Lucía* (Impedimenta, 2011) la protagonista sufrió el ridículo más espantoso cuando, después de presumir ante todo el pueblo de su talento para la lengua italiana, tuvo que cenar con un compositor italiano al que no consiguió entenderle nada. Georgie siempre acaba teniendo problemas con su *toupet*, y es el hazmerreír de todo el mundo porque está sometido a la voluntad de su espléndida criada (por no hablar de Dickie, su guapísimo chófer). Además, Benson no deja escapar la ocasión para señalar con una media sonrisa en los labios la moda del yoga, o del espiritismo, o de la calistenia, o del psicoanálisis («Creo que tendremos que leer a Freud», dice Lucía), o del cubismo y el poscubismo del *pintor* Tancred Sigismund, y todo ello adquiere un tinte de vacuidad que difícilmente puede considerarse inocente en un escritor como Benson.

Benson tiene casi sesenta años cuando escribe la serie de «Mapp y Lucía». A su edad se ha convertido ya en un profesional de la narrativa y sus relatos de terror han merecido los elogios de H. P. Lovecraft, que en su ensayo sobre *El horror en la literatura* alaba la «fuerza singular de la escritura de Benson». Su novela *Dodo* (1893), sobre una joven que se casa por dinero con un lord, obtuvo un éxito inmediato (se le conoció en su momento como Dodo Benson), que le permitió abandonar sus estudios de arqueología (en Cambridge, en el Colegio Británico de Arqueología de Atenas y en distintas excavaciones

de Inglaterra, Grecia y Egipto) y dedicarse a tiempo completo a su pasión literaria. Tras su traslado a Londres, en 1900, frecuentó la sociedad eduardiana —a la que llegó a conocer bien, desde luego— y pasaba los veranos en Capri... (Todo el mundo sabía que Capri no solo era un destino turístico de alto nivel: también era el lugar preferido por la comunidad homosexual británica). Los otoños generalmente los pasaba en Venecia, donde disfrutaba de grandes veladas musicales en el *palazzo* de su amiga lady Radnor, o en Escocia. Sus inviernos transcurrían en Davos o en cualquier otro lugar de vacaciones invernales, donde podía practicar su deporte favorito: el patinaje artístico. Así pues, sabía de lo que hablaba cuando describía con nostalgia esa vida eduardiana, y seguramente había conocido a muchos personajes como los que aparecen en sus novelas. Pero, además, Benson tenía una formación clásica y literaria (en el King's College) que con frecuencia se desliza en sus comedias ligeras.

Allan Downend, secretario de la E. F. Benson Society y exresponsable del Rye Museum, advierte que Benson perdió el favor de la crítica tras la guerra y que por esa razón varió sus objetivos literarios: por una parte, dedicó sus esfuerzos a los estudios biográficos y autobiografías personales y familiares; y por otro lado, se entregó a la benévola burla de la serie de «Mapp y Lucía». En parecido sentido se expresa Andrew K. Weatherhead (*Upstairs. Writers and Residences*, 2000), que señala que el propio Benson «fue plenamente consciente de que la Primera Guerra Mundial fue un punto de inflexión» en la vida y la literatura británica, y de que las cosas ya no volverían a ser lo que habían sido.

Entonces, el escritor consciente y competente, artrítico y envejecido, en su preciosa casa de Rye (Sussex), se entrega a la sátira y a la ironía con la sabiduría que conceden los años y la nostalgia de los tiempos pasados. Si se burla de la esnob burguesía provinciana, de la nobleza venida a menos, de un arte nuevo que ya no comprende, de las vanidades y costumbres que ya no existen, de las nuevas modas intelectuales y literarias, lo hace sin acritud y sin malicia... Al fin y al cabo, él se parece mucho a Georgie Pillson, el homosexual no declarado cuyos mayores placeres consisten en cotillear y murmurar, tocar (mal) el piano, hacer *petit point* y bordar, pintar acuarelas al aire libre, teñirse las canas, cuidar de sus tesoritos (*bibelots*) y ser el *aide-de-camp* en las «campañas bélicas» de su reina y señora: Emmeline Lucas, Lucía.

E. F. Benson, a la hora de redactar estas verdaderas joyas de la comedia ligera, parece apostar por el eterno planteamiento de verdadero escritor humorístico: puede que la vida sea una cosa seria, o trascendental, o relevante, o solemne, o sagrada...; puede que incluso tenga alguna importancia (aunque este es un punto discutible), pero olvídenlo durante unas horas y miren el mundo con una sonrisa. Nuestras vidas demasiado a menudo se ven obligadas a arrastrarse con las alas rotas, como recuerda Lucía, parafraseando a Tennyson. Aprovechen la ocasión y disfruten.

*Au reservoir!*

José C. Vales

Aunque ya hacía casi un año de la muerte de su marido, Emmeline Lucas (universalmente conocida entre sus amigos como Lucía) todavía llevaba el luto más riguroso e inflexible. La verdad es que el negro le sentaba maravillosamente, pero eso no tenía nada que ver con que continuara utilizándolo, se dijera lo que se dijera. Pepino y ella habían sido una pareja muy unida y enamorada durante más de veinticinco años, y el dolor de Lucía por la pérdida de su marido era sincero: lo echaba de menos constante y profundamente. Pero unos meses atrás, ella, que tenía una personalidad tan vital y activa, había sentido el natural deseo de sumergirse de nuevo en todas aquellas apasionantes peripecias que solían convertir la vida en el pueblo isabelino de Riseholme en una aventura tan emocionante, aunque todavía no había decidido dar el paso definitivo que en el fondo tanto anhelaba. Aunque no había hecho verdadera ostentación de las prendas del dolor, tal vez sí las había hecho ostensibles, aunque desde luego muy levemente.

Por ejemplo. Estaba el asunto de la librería de la plaza, *Ye Signe Of Ye Daffodille*, bajo cuyo sello Pepino había publicado su edición limitadísima de sus *Poemas fugitivos* y sus *Pensieri Persi*.<sup>[2]</sup> Durante seis largos meses tras la muerte de su esposo, Lucía había pasado una y otra vez por delante del escaparate acompañado de su inseparable Georgie Pillson, y había visto allí expuesto un libro que le habría gustado adquirir. Pero junto a ese libro, en la misma estantería, estaba el fino volumen de los *Pensieri Persi* de Pepino. Así que, francamente, había resultado bastante llamativo por su parte titubear ostensiblemente apoyada en el quicio del establecimiento y, con ojos que hacían todos los esfuerzos posibles por llorar, haberle dicho a Georgie:

—¡No tengo valor para entrar, Georgie, querido! Es una debilidad por mi parte, lo sé, pero aun así... ¿Te importaría entrar un momento, *caro*, y pedirles que me envíen a casa ese ejemplar de *Los días de infancia de Beethoven*? Yo seguiré paseando mientras tanto...

Así que Georgie le había apretado la mano y le había hecho el recado, y, por supuesto, les había contado a los demás del pueblo aquel pequeño incidente tan cargado de patetismo. Se le habían añadido algunos adornos de buen gusto y todo Riseholme no tardó en saber que la pobre Lucía había entrado en *Ye Signe Of Ye Daffodille* para comprar un libro sobre la infancia de Beethoven y se había visto tan dolorosamente afectada por la visión de los poemas de Pepino, con su rugosa cubierta marrón, con su cinta verde oscura enlazándolos, que prácticamente se había desmayado (aunque, la verdad sea dicha, tenía a la vista aquel mismo libro en su propia casa a todas horas).

Del mismo modo, aún no le había sido posible animarse a disputar un partido de golf, o a volver a sus lecciones sobre Dante, y, así, habiendo dado la impresión de que su vida había quedado hecha añicos, le había resultado difícil decidir que comenzaría a recomponerla de nuevo el martes o el miércoles siguiente. En consecuencia, había

permanecido hecha añicos como hasta entonces. Como mujer sensata que era, vigilaba meticulosamente su salud física, y puesto que la ostentación del luto le hacía imposible lanzarse a jugar al golf o entregarse a enérgicas caminatas, encargó que le trajeran un pequeño librito muy instructivo, titulado *Sistema ideal de calistenia para los que ya no son muy jóvenes*, y en un rincón apartado de su jardín se exponía en la medida de lo decente a la vigorizante acción del sol, cuando lo había, tras lo cual realizaba largas sesiones de comba, y doblaba, sacudía y balanceaba su tronco, graciosa y vigorosamente, de acuerdo con las instrucciones del libro. El resultado fue enteramente satisfactorio para ella, y en las profundidades más profundas de su mente concibió la posibilidad de que alguna vez pudiera impartir clases de calistenia a aquellas damas de Riseholme que ya no eran jovencitas precisamente.

Y luego estaba la gran cuestión de la fiesta isabelina que iba a tener lugar en el mes de agosto siguiente, cuando Riseholme se convertiría en un auténtico enjambre de turistas. La idea había sido enteramente una ocurrencia de Lucía, y ya se habían celebrado varias reuniones del comité de festejos (del cual, naturalmente, ella era la presidenta) antes de que Pepino falleciera. Lucía había planeado al milímetro la gran representación que tendría lugar: consistiría en la visita de la reina Isabel al navío *Golden Hind* cuando, tras la circunnavegación completa al mundo de Francis Drake, Su Majestad acudió a cenar con él a bordo de su barco en Deptford y de paso le concedió el título de *sir*. El *Golden Hind* estaría amarrado en el estanque de la plaza del pueblo; o, más precisamente, se montaría en ese mismo lugar una plataforma sobre unos pilotes, para que aquello tuviera la apariencia de la cubierta de un barco, con mástiles y un timón y todo, y cañones, y dos bordas, y estandartes, y antigüedades, eso que no faltase, muchas antigüedades. El estanque constituiría un escenario admirable, puesto que se dispondrían a su alrededor largas hileras de bancadas, y todo el mundo podría ver la representación maravillosamente. Se había previsto que el desfile de la reina, con las trompetas y los caballeros armados de punta en blanco y las damas de la corte, saliera de The Hurst, que era la casa de Lucía, y que realizara su deslumbrante y sonoro periplo por la plaza hasta llegar a Deptford, al son de madrigales y marchas medievales. Lucía encarnaría a la reina; Pepino iría tras ella como Raleigh<sup>[3]</sup>, y Georgie haría de Francis Drake. Pero apenas se habían planteado aquellas primeras ideas, Pepino falleció súbitamente, y Lucía se sumió entonces en una inextricable viudedad. Desde entonces, las riendas del gobierno habían caído en las morcillonas manos de Daisy Quantock, que en consecuencia, y no solo en esto, sino en todos los demás asuntos, había llegado a considerarse la Reina Absoluta de Riseholme, hasta que Lucía pudo dar un paso adelante de nuevo y le dejó las cosas claras.

Una mañana de junio (quedarían cerca de siete semanas para la fiesta) la señora Quantock descolgó el teléfono y llamó a un lugar situado apenas a cien yardas de su casa para declarar que tenía muchísimo interés en ver a Lucía, si es que esta podía dedicarle un momentito para una breve conversación. Lucía no había sabido nada últimamente de los preparativos para la fiesta; la última vez que se había mencionado en su presencia, se le había hecho un nudo en la garganta y se había cubierto los ojos con la mano, vencida por el recuerdo de cuán alegremente lo había planeado todo. Pero ella era perfectamente consciente de que, para entonces, los preparativos de la fiesta debían de estar bastante

avanzados, así que, tras la llamada, inmediatamente sospechó que era de aquello de lo que Daisy quería hablarle. De vez en cuando tenía premoniciones, y estaba segura de que aquella era una de esas veces. Probablemente Daisy quería dirigirle una conmovedora súplica para que, por el bien y el interés general de Riseholme, aprovechara la fiesta para abandonar su hermético luto de viuda. A Lucía aquella idea le parecía de lo más adecuada, pues para la fecha fijada para la fiesta ella ya habría guardado luto durante más de un año, y pensó que lo último que habría querido su adorado es que su esposa se sometiera a una autoinmolación estilo hindú; por otro lado, también había que tener en consideración el prestigio de Riseholme. Además, estaba rabiando por volver a su trono, y de paso deponer a Daisy de su torpe y vulgar sede, y aquella sería una ocasión excepcional. Así pues, tal y como solía hacer por aquellas fechas, primero suspiró al teléfono, dijo muy débilmente que estaría encantada de ver a su querida Daisy, y luego volvió a suspirar otra vez. Daisy, la muy estúpida, le dijo que esperaba que no hubiera cogido un resfriado, a lo que Lucía le respondió que, a ese respecto, no había nada que temer.

Lucía dedicó unos instantes a considerar si convendría que, cuando llegara, Daisy la encontrara sentada al piano, tocando la marcha fúnebre de la sonata en la bemol de Beethoven, que ahora se sabía de memoria, o si quizá sería preferible que se sentara fuera, en el jardín de Perdita, fingiendo que leía los poemas de Pepino. Se decidió por esto último, así que se puso una pámela de paja con un lazo de *crêpe*, cogió un ejemplar de los poemas de la estantería y se apresuró a salir al jardín. También se llevó el *Times*, puesto que no lo había leído todavía.

El jardín de Perdita requiere una sucinta explicación. Se trataba de una encantadora parcelita cuadrada situada enfrente de la fachada de The Hurst (famosa por sus vigas de madera de estilo isabelino), rodeada por setos de tejo y cruzada de parte a parte por senderillos de losetas irregulares, primorosamente acomodadas con hierba de rocalla, que conducían al reloj de sol isabelino que habían comprado en Wardour Street<sup>[4]</sup> y que habían plantado en el centro justo del jardín. Era un lugar muy alegre en primavera, con aquellas flores (y no otras) que Perdita adoraba. Había pálidas violetas, y primaveras, y narcisos, que florecían antes de que se atrevieran a venir las golondrinas y llenaban el aire (habitualmente en abril) de bellezas y hermosuras<sup>[5]</sup>. Pero ahora, en junio, hacía ya mucho tiempo que habían llegado las golondrinas, y la primavera y los narcisos quedaban atrás. Lucía siempre tendía a abrir un poco la mano floral en el jardín de Perdita, aunque mantuviera un aspecto estrictamente shakesperiano. En esos momentos la eglantina (rosal silvestre de Penzance) estaba en plena floración, y había madreselva y clavellinas, y el jardín estaba lleno de pensamientos pensativos<sup>[6]</sup>, y de varias yardas de ruda (más de la normal ese año). De este modo, el jardín de Perdita lucía alegre todo el verano.

Así pues, aquella mañana Lucía se sentó junto al reloj de sol, toda vestida de negro, en un banco de piedra en cuyo respaldo había hecho grabar la leyenda: «Venid, vosotros, vientos del norte; y soplad vosotros, del sur, que crezcan las flores de mi jardín<sup>[7]</sup>». Sentada allí, con los poemas de Pepino y el *Times*, tapaba alrededor de un tercio de dicho



texto, y la oronda y pequeña Daisy tataría el resto... Resultó bastante enojoso que las cintas que enlazaban las cubiertas de los poemas de Pepino tuvieran un nudo tan apretado. Aquello era absolutamente imposible de desatar; había planeado que Daisy llegara y la encontrara absorta, leyendo un poema de Pepino titulado *Soledad*. Pero no pudo desatar las cintas a tiempo, así que, en cuanto escuchó aproximarse a Daisy, el rostro de Lucía se transformó, abismándose en una especie de melancólica ensoñación. Se colocó a toda velocidad el libro cerrado sobre el regazo, y ensayó su famosa mirada perdida al horizonte.

Era una mañana de lo más calurosa. Daisy, como muchas mujeres de mediana edad que gozan de una perfecta salud, siempre andaba practicando algún régimen médico de naturaleza higiénica. En esos momentos, de hecho, era una esclava devota de los tratamientos depurativos. Los poros de la piel eran los elementos más importantes del tratamiento y, tras su sesión de contorsiones físicas junto a la ventana abierta de su dormitorio, se había tirado un par de horas trotando por la plaza en plena canícula, a fin de favorecer la depuración. Cuando llegó junto a Lucía, sudaba copiosamente y más que respirar jadeaba.

—Estas carreras la dejan a una como nueva —dijo—. Deberías probarlo, Lucía, querida. Pero... qué amable por tu parte el recibirme: no te preocupes, iré al grano. La fiesta isabelina, ya sabes. Date cuenta de que no va a ser hasta agosto. ¿No hay modo de persuadirte, como quien dice, para que estés con nosotros? Todos toditos deseamos que vengas: tu visita sería un gran estímulo para nosotros.

Lucía no tenía ninguna duda: aquella petición llevaba implícita la esperanza de que la pudieran convencer para que asumiera el ansiado papel de la reina Isabel. Así que, bajo el hechizo del exuberante sol que se derramaba sobre el jardín de Perdita, sintió la emoción y el pulso de la vida latiendo de nuevo en sus venas. La fiesta sería una oportunidad excepcional para volver al ruedo social por la puerta grande. Además, como Daisy había apuntado (muy delicadamente, hay que admitirlo, tratándose de ella), en agosto ya habría transcurrido más de un año desde la muerte de Pepino. Habría que reconocer el sacrificio personal que Daisy estaba haciendo al sugerir esa posibilidad por su cuenta, pues sabía que, según se habían dispuesto los preparativos en ese momento, Daisy adoptaría seguramente el papel de la Reina Virgen, y Georgie le había dicho a Lucía algunas semanas atrás (cuando se aludió por última vez a la fiesta) que la nueva reina estaba muy atareada pinchándose los dedos mientras se dedicaba a calar una gorguera que colocaría alrededor de su gordo cuellecillo, y que se había comprado un collar de perlas de lo más ostentoso en Woolworth<sup>[8]</sup>. Tal vez la pobre Daisy se había dado cuenta del papel tan ridículo que haría presentándose como la reina Isabel, y estaba ansiosa, solo por el bien de la fiesta, de librarse de un papel tan risible. Pero, cualquiera que fuera la razón, era muy amable por su parte ofrecer aquella abdicación voluntaria.

Lucía pensó que simplemente era normal que Daisy la apremiara un poco. Se le estaba rogando que sacrificara sus sentimientos personales, que con tanto pudor había hurtado a la exposición pública, y que por el bien de Riseholme impidiera que la *fiesta* se convirtiera en una *farsa*. Estaba entusiasmada ante la perspectiva de poder hacerlo, y sería suficiente con que Daisy le suplicara un poquito más. Así que suspiró de nuevo, acarició

la cubierta de los poemas de Pepino, pero no tardó en contestar.

—Querida Daisy... —dijo—, no creo que pueda afrontarlo. No puedo imaginarme saliendo de mi casa envuelta en sedas y joyas para ocupar mi puesto en el desfile sin mi Pepino. Él iba a hacer de Raleigh, ¿recuerdas? Tenía que venir andando inmediatamente detrás de mí. Los saludos, los gritos, el regocijo, los madrigales, las danzas cascabeleras<sup>[9]</sup>, ¡y yo con mi pobre corazón desolado! Pero quizá debería hacer un esfuerzo. Mi querido Pepino, lo sé, habría querido que lo hiciera. Tú también lo piensas, y yo siempre he respetado tu buen juicio.

Se produjo entonces un levisimo cambio en el rostro rubicundo y redondo de Daisy. Lucía había ido demasiado deprisa, y demasiado lejos.

—Querida mía, a ninguno de nosotros se nos habría ocurrido siquiera pedirte que hicieras de la reina Isabel —dijo Daisy Quantock—. No somos tan poco comprensivos: desde luego eso te causaría sin duda una intolerable tensión. No debes siquiera pensar en eso. Lo único que iba a sugerirte era que aceptaras el papel de la mujer de Drake. Ese personaje solo sale un momento, y me hace una reverencia... quiero decir, *a la reina...*, y luego se retira junto con el coro de damas de honor, y los alabarderos y todo eso.

Los penetrantes ojos de Lucía se clavaron durante un instante en el rostro nervioso de Daisy con una mirada de singular desdén. ¿Es que aquella desgraciada de Daisy estaba pensando que ella, Lucía, se avendría a aceptar participar en los cuadros dramáticos o en los desfiles o en cualquier otra cosa en Riseholme, donde había sido la REINA durante tanto tiempo *en un papel secundario*? Lucía había decidido por su cuenta y riesgo que, con algo de insistencia, aceptaría asumir el papel de la reina, y de paso hacer así su entrada triunfal de nuevo en la vida social de Riseholme, pero ni todas las súplicas del mundo la inducirían a representar a ningún otro personaje que no fuera la mismísima reina. ¿Habría alguien en este mundo que tuviera menos tacto que Daisy...?

Lucía le dedicó una sonrisa glacial, y acarició la cubierta de los poemas de Pepino.

—Qué encantador por tu parte sugerirme eso, querida... —dijo—, pero en realidad me resultaría absolutamente *insoportable*. Me equivoqué al sopesar esa idea siquiera por un momento. Desde luego, lo seguiré todo con el mayor interés, con el mayor interés, absolutamente, y estoy segura de que me comprenderás si te digo que ni siquiera me siento con fuerzas para acudir. Me conformaré con leer la crónica de la fiesta en el *Worcestershire Herald*.

Se detuvo. Quizá estaría más en consonancia con su dolorido corazón no decir nada más sobre la fiesta. Por otro lado, sentía una devoradora curiosidad por saber cómo se estaban haciendo los preparativos. Suspiró.

—Me temo que debo empezar a interesarme por las cosas del mundo otra vez —dijo—. Así que cuéntame cómo va todo, Daisy, si tienes la amabilidad.

Daisy se sintió muy aliviada al saber que incluso el papel de la mujer de Drake era demasiado para el espíritu compungido de Lucía. Ahora estaba segura de que no corría el menor riesgo de que le arrebatara el papel de reina, mucho más exigente, desde luego.

—Todo va maravillosamente —contestó—. Un buen jolgorio en la plaza para empezar, y luego madrigales y unos cuantos bailes cascabeleros. A continuación viene el teatrillo en el *Golden Hind*, que fue enteramente idea tuya, como recordarás. Nosotros

solo lo hemos elaborado *un poquito*. Habrá un fuego en la popa del barco para cocinar... ¿o es en la proa?

—Depende, querida, ¿a qué extremo del barco te refieres? —preguntó Lucía.

—A la parte posterior, a la trasera. La *popa*, ¿no? En fin, que haremos un fuego en la popa para cocinar. Totalmente seguro, me dicen, si los leños se colocan sobre una plancha de hierro. Encima de la hoguera pondremos una parrilla isabelina, y asaremos un cordero.

—Yo de vosotros no lo haría —sugirió Lucía, sintiendo cómo la glamurosa emoción de aquellos planes le hacían hervir la sangre—. La mitad del cordero se quemará y el resto se quedará crudo.

—No, querida —replicó Daisy—. En realidad se asará primero en el Ambermere Arms, y luego simplemente se colocará sobre el fuego en el *Golden Hind*.

—Ah, claro. Solo para que coja un poco el tufillo del humo —dijo Lucía.

—Eso da igual. Por supuesto yo no voy a comer nada, porque ahora no pruebo carne de ningún tipo; solo fingiré comer. La escena del asado para la cena de la reina en la cubierta del *Golden Hind* se hará solo de relleno, mientras tiene lugar el desfile de la reina. Oh, me preguntaba si nos permitirías empezar el desfile desde tu casa en vez de salir desde la mía... El trayecto sería mucho más largo, y además, así todo el mundo lo vería mejor. Yo vendría aquí para vestirme, si no te importa, como media hora antes.

Lucía, por supuesto, sabía perfectamente que Daisy iba a ser la reina, pero quería hacérselo decir.

—Naturalmente, salir de aquí... —dijo Lucía—. Estoy encantada de poder colaborar. Y te vestirás aquí, ¿verdad? A ver... ¿de quién decías que ibas a hacer?

—Todos se han empeñado en que yo debería ser la reina Isabel, claro —respondió Daisy apresuradamente—. ¿Dónde estábamos...? Ah, sí: cuando se esté celebrando el desfile, al mismo tiempo se estará preparando la comida. Canciones, claro: un coro de cocineros. Entonces el desfile cruzará la plaza hasta el *Golden Hind*, luego se servirá la cena, y después ordenaré caballero a Drake. Una espada preciosa. A continuación, juegos isabelinos, corribandas, brincos, peleas y todo eso. Habíamos pensado en apalearlo a algún oso, uno de algún zoo que nos aseguraran que no se enfadara mucho, pero al final lo hemos desechado. Si no se enfada, sería ridículo apalearlo, y si se enfada, sería peligrosísimo<sup>[10]</sup>.

—Muy prudente por tu parte —dijo Lucía.

—Luego me escabullo un momento al Ambermere Arms, que está bastante cerca, y me cambio, y me pongo un traje de montar. Habrá un palafrén blanco a la puerta, el que tira del carro del lechero. Ah, me olvidé de una cosa. Mientras me estoy vistiendo, antes de que llegue el palafrén, un mensajero llegará galopando desde Plymouth en un caballo cubierto de espumas y anunciando que ha sido avistada la Armada Invencible de los españoles. Creo que tendremos que utilizar un megáfono para hacer eso, o de lo contrario no se enterará nadie. Entonces salgo yo, y monto en mi palafrén, y les digo mi discurso a mis tropas en Tilbury<sup>[11]</sup>. Un gran estrado, ya sabes, con un cartel arriba que ponga «Tilbury», como si fuera una estación de trenes. El discurso está en un estilo bastante shakesperiano. Me lo tendré que aprender de memoria, y tendré a Raleigh justo

a mi lado, junto al palafrén, con una copia de mi arenga, para darme el pie si me olvido.

Una antigua y familiar emoción iba creciendo en brillo e intensidad en Lucía a medida que Daisy hablaba. Se preguntó si no habría cometido un error al no aceptar el ridículo papel de la mujer de Drake, aunque solo fuera para volver a involucrarse en esos asuntos y poder acudir a las reuniones, y, así, arrebatándole gradualmente a Daisy la supremacía, hacerse con el papel de la reina para sí misma. Consideró que debía pensárselo bien, y decidir si, en un estadio tan avanzado de los preparativos, podría conseguirlo. De momento, hasta que tomara una decisión, era más inteligente, con el fin de no levantar suspicacias, hacer como que todos aquellos asuntos le resultaban muy ajenos. Mostraría un interés leve, aunque amable, en todo aquello, como si una persona de mediana edad estuviera mirando cómo juegan los niños, y sonriendo pensativamente ante sus divertidas cabriolas. Pero respecto a ser una simple espectadora de la fiesta cuando llegara el momento... eso era impensable. O hacía de reina Isabel, o no se dignaría a estar en Riseholme para entonces. De eso nada. Y punto final.

—Bueno, tienes por delante un reto hecho a tu medida, querida Daisy —dijo, dando un subrepticio tirón a la cinta anudada de los poemas de Pepino—. ¡Cómo te lo vas a pasar! ¡Dios mío, qué lejano parece todo!

Daisy, con gran esfuerzo, apartó de su pensamiento la idea de la fiesta.

—Esto no durará para siempre, querida —aseguró, dándole un golpecito compasivo en la muñeca a Lucía—. Tu alegría de vivir renacerá de nuevo. Ya veo que tienes ahí los poemas de Pepino. ¿Quieres leerme alguno? ¿Te confortaría?

Lucía respondió a su gesto con otro golpecito.

—¿Te acuerdas del último que escribió? —dijo—. *Soledad*. Por aquel entonces yo estaba en Londres. Empezaba así...

*Tormentosas nubes quejumbrosas se derrumban desde el ruinoso cielo,  
ahora que solo me quedo.*

*Torpes las torpes hojas por el aire ácido alzan el vuelo...*

—No te lo leeré entero —añadió—. En otra ocasión, quizá.

Daisy la obsequió con otro golpecito compasivo en la muñeca, y se levantó para irse.

—Tienes que salir, querida —dijo—. ¿Te apetecería venir a casa esta noche para cenar tranquilamente?

—No puedo, muchas gracias. Georgie va a venir a cenar conmigo. ¿Alguna novedad esta mañana en Riseholme...?

Daisy reflexionó durante un instante.

—Oh, sí —contestó—. La señora Arbuthnot<sup>[12]</sup> se ha agenciado un aparato nuevo. ¡Prodigioso! No es una trompetilla para el oído, nada de eso. Solo muerde un pequeño parche de piel y ya lo oye todo perfectamente. Luego se lo quita de la boca y te responde, y se lo vuelve a colocar luego para escuchar.

—¡No...! —dijo Lucía interesadísima—. ¿Todo lleno de saliva?

—Absolutamente seco. Solo se sujeta entre los dientes. Y no se moja más en todo caso que un lapicero cuando te lo pones en la boca, te lo aseguro.

Daisy se apresuró a partir para hacer algunos ejercicios más. Tenía que beber unos cuantos litros más de agua caliente antes de la hora de la comida. Pensó que había salido

airosa de una situación que, fácilmente, podría haberse tornado amenazante, pues, de eso no cabía duda, Lucía, a pesar de sus suspiros y de sus melancólicas caricias a las cubiertas de los poemas de Pepino, y su gran lazo de *crêpe* negro, estaba empezando a mostrar indicios de su antigua vitalidad. Le había lanzado a Daisy una o dos miradas con aquellos ojos penetrantes suyos, capaces de herir como taladros, y había mostrado el más vivo interés en asuntos tales como el proceso de asar un cordero y las especificaciones técnicas del aparato auditivo de la señora Arbuthnot, que solo unas pocas semanas antes no habrían merecido ni la más leve respuesta por parte de su espíritu abatido. Y por otro lado era una suerte, pensó Daisy, que Lucía le hubiera asegurado con toda certeza que incluso el papel de la esposa de Drake en la fiesta sería excesivo para ella. ¡Porque solo Dios Todopoderoso sabía cuándo decidiría restablecerse Lucía, o cuán rápida podría ser su recuperación, o qué maquinaria mental —rebotante de intrigas y humillaciones— no podría poner en marcha después de aquel período en barbecho de inactividad! Había una atmósfera nueva en torno a ella aquel día: era como una mañana de primavera, como cuando el aire parece rebosar con el nacimiento inminente de una nueva vida, aunque el viento aún siga soplando helado y el sol todavía pueda ofrecer solo una parte de sus tibios y débiles rayos. Pero, evidentemente, Lucía no tenía intención de participar en la fiesta, lo cual, de momento, colmaba todas las expectativas de Daisy. «Después de la fiesta que haga lo que le dé la gana», pensó Daisy, empezando a trotar. «Pero yo seré la reina Isabel».

Su casa, con su morera en la entrada y su jardín trasero, estaba junto a la de Georgie Pillson, en un extremo de la plaza, y cuando la cruzó de parte a parte y apareció en el tapiz de hierba del jardín, oyó al otro lado de la empalizada aquel *tap tap tap* del mazo y la bola de *croquet* que ahora constantemente acentuaba las horas de cualquier mañana agradable. Georgie había cogido la manía de jugar solo al *croquet*: se pasaba la mitad del día entrenando en soledad, con gran perjuicio de sus habilidades acuarelísticas y sus talentos a la hora de aporrear el piano. En realidad, y aparte del *croquet*, parecía haber perdido cualquier interés por la vida; no prestaba ninguna atención a los apasionantes asuntos de Riseholme, como antaño. No se había mostrado interesado en absoluto en la descripción que Daisy le hizo del aparato auditivo de la señora Arbuthnot, y la inminente perspectiva de encarnar a Francis Drake en la fiesta solo logró infundir en él un tibio entusiasmo. Un libro de indumentarias isabelinas, lleno de suntuosos grabados a todo color, lo había sacado durante un tiempo de su letargo. Había escogido para la representación un jubón de satén blanco con mangas afolladas y acuchilladas en rojo carmesí, y una capa de seda de color rosa; Foljambe, su doncella, chica sin par, se encontraba en ese momento trabajando en la reproducción de aquella vestimenta, pero él no parecía afrontar la existencia con entusiasmo, precisamente. Desde luego, había tenido que hacer frente a algunos reveses del Destino en los últimos tiempos: la señorita Olga Bracely, la *prima donna* de la que se confesaba ferviente admirador, se había marchado de Riseholme un mes antes para emprender una gira operística por los Estados Unidos y Australia, y aquello constituyó una pérdida irreparable para él, mientras que la decisión de Lucía de no hacer ninguna de las cosas con las que antes disfrutaba tanto le había privado de todos los duetos que solían tocar juntos. Es más, en Riseholme se daba



por seguro (aunque de momento solo se susurraba) que Foljambe, aquella doncella modelo de virtudes sin parangón, en quien descansaba la tranquilidad y la comodidad de su vida doméstica, estaba citándose en secreto con Cadman, el chófer de Lucía. Puede que eso no significara nada, pero si significaba algo, si Foljambe y el chófer tenían efectivamente intención de casarse y Foljambe abandonaba a Georgie —y Georgie había oído campanas, la verdad—, entonces sí que tendría buenas razones para aquella falta de interés en la vida, para aquel aire de tristeza y aprensión que cada vez resultaba más llamativo en él. Todas esas razones, los reveses del Destino que ya habían caído sobre él y la ansiedad por aquella posible catástrofe en el futuro inmediato, probablemente contribuyeron a deteriorar aún más si cabe el mustio estado de su vitalidad.

Daisy se sentó en un banco del jardín y comenzó a practicar unas cuantas respiraciones profundas, reliquias de los días en que había estudiado yoga. Era importante concentrarse (o de lo contrario la respiración profunda no serviría de nada en absoluto), o más bien dejar la mente completamente en blanco y apartar de una cualquier interés mundano que fuera una maya<sup>[13]</sup>, o ilusión. Pero aquella mañana le resultó muy difícil: montones de asuntos surgían en su mente como champiñones y se amontonaban en tropel. En ocasiones se alegraba de haber confirmado que Lucía no tenía ninguna intención de inmiscuirse en la fiesta, pero otras veces le asaltaban serias dudas respecto a dicha confirmación (y ahí empezaban a surgir los desconcertantes pensamientos champiñones). Porque Lucía se había mostrado mucho más vivaz aquel día de lo que había estado jamás desde la muerte de Pepino, y si seguía así, su renovado interés por las cosas de la vida seguramente buscaría alguna otra salida. Entonces fue cuando la idea de su arenga a las tropas en Tilbury comenzó a filtrarse lentamente hasta ocupar su mente: ¿sería capaz de memorizar el discurso entero hasta tal punto que pudiera estar segura de que ningún ataque de nervios o ningún movimiento del palafreñ pudiera hacérselo olvidar? Y, encima, por si fuera poco, ahí estaba ese continuo y molesto *tap tap tap* procedente del jardín de Georgie. Así que, por mucho que intentara dejar la mente en blanco, siempre se sorprendía esperando el siguiente *tap*... En esas circunstancias, no había manera de meditar nada a derechas, así que se incorporó.

—¡Georgie! ¡Georgie, querido! ¿Estás ahí? —gritó.

—Sí —se le oyó decir a Georgie, trémulo de emoción—. Espere un segundo. He hecho nueve argollas y... ¡Vaya, qué fastidio! Acabo de fallar una facilísima. ¿Qué pasa? Mira que llamarme en este preciso momento...

Georgie era alto y espigado, así que podía mirar por encima de la empalizada sin esfuerzo. Daisy acercó una silla y se subió a ella. Así podrían conversar con las cabezas a la misma altura.

—Oh, vaya, cuánto lo siento, Georgie —se disculpó—. No sabía que estuvieras teniendo una racha tan buena. ¡Vaya! ¡Nueve! —Y aquí hizo una pausa, como pensándoselo—. Quería decirte que he ido a ver a Lucía.

—¿Solo era eso? Lo sé porque la vi a usted... —dijo Georgie—. Estaba quitándole el polvo a mis tesoritos<sup>[14]</sup> en el salón. Sé que estuvieron juntas en el jardín de Perdita.

—Hay novedades —añadió Daisy, que durante ese rato había mantenido la boca abierta todo el tiempo, con el fin de continuar tan pronto como Georgie se callara—.

Está mejor. Claramente. Más curiosa, y no tan débil y mustia. ¡Sarcástica respecto al asado de cordero, por ejemplo!

—¿Qué? ¿Ha vuelto a hablar otra vez de la fiesta? —se interesó Georgie—. Eso constituye una notable mejoría.

—De eso es de lo que iba a hablarte. Le pregunté si no le gustaría hacer de la mujer de Drake. Pero dijo que sería una tensión demasiado grande para ella.

—¡Cielo santo!, ¿de verdad le pidió usted a *Lucía* que hiciera de la mujer de Drake? —preguntó Georgie con incredulidad—. Para el caso, también le podía haber pedido que formara parte de la chusma. ¿Se puede saber en qué estaba usted pensando?

—De todos modos, dijo que no podía hacer ningún papel en absoluto —dijo Daisy—. Ha sido categórica. Pero si se está recuperando, y estoy segura de que es así, a buen seguro tendrá la cabeza llena de planes otra vez. No estoy muy tranquila al respecto...

—Lo que quiere usted decir es que teme que *Lucía* pueda querer arrebatarle el papel de la reina —observó Georgie agudamente.

—No lo permitiré —aclaró Daisy con mucha firmeza, sin molestarse en confirmar una deducción tan obvia como la que había hecho Georgie—. Ya me he ocupado de todo, y casi me tengo aprendida la arenga a las tropas. Y me he hecho la gorguera y me he comprado hasta un collar de perlas. No sería justo, Georgie... Así que no la animes, ¿de acuerdo? Sé que vas a cenar con ella esta noche.

—No, no la animaré, descuide —dijo Georgie—. Pero ya sabe cómo es *Lucía* cuando se pone en funcionamiento. Si quiere algo, lo consigue, cueste lo que cueste, y caiga quien caiga. Ella es así. Eso es todo lo que puedo decirle al respecto.

—Bueno, pues esta vez no será así —dijo Daisy, bajándose de la silla de mimbre, que estaba comenzando a combarse ya bajo su oronda figura—. Sería de una extraordinaria vileza. Ay, ojalá pudieras pasarte por aquí ahora para practicar la escena en la que te nombro caballero... Nos tiene que quedar *perfecta*.

—Esta mañana no —contestó Georgie—. Yo ya me sé mi parte: lo único que tengo que hacer es arrodillarme, y poco más. Si le parece, puede usted prepararla con el respaldo de un sofá. Imagínese que soy yo. Además, si *Lucía* realmente se está desperezando, tendré que tocar algunos duetos esta noche, y tengo que ensayarlos. No he tocado el piano desde hace semanas. Y me duele el hombro en el que usted me golpeó el otro día al nombrarme caballero. Menudo cardenal.

De repente, Daisy recordó algo más.

—Y *Lucía* me repitió varios versos de uno de los últimos poemas de Pepino —dijo—. Seguramente no podría haber hecho eso hace un mes sin haberse derrumbado. Y creo que me habría leído uno entero cuando se lo pedí, pero estoy completamente segura de que no podía desatar una de esas lazadas con las que está atado el libro. Un nudo muy fuerte. Estaba intentando desatarlo cuando...

—Oh, por lo que me cuentas debe de estar bastante mejor —añadió Georgie—. E incluso *mucho* mejor.

Así que Georgie entró en casa para ensayar algunos de los viejos duetos de antaño, por si acaso *Lucía* se encontraba lo suficientemente animada como para evocar recuerdos de los lejanos días felices al piano, y mientras tanto Daisy se dedicó a golpear el respaldo

de su sofá alrededor de una media docena de veces con su sombrilla, ordenándole que se pusiera en pie como sir Francis Drake. Aún se preguntaba si Lucía tendría en mente algún sucio plan de los suyos, pero aunque aquellos temores la habían incomodado durante algunos minutos, inmediatamente después de su conversación en el jardín de Perdita —que podía haber resultado extremadamente peligrosa para sus propias posibilidades de encarnar el papel de la reina—, para cuando se enfrascó en ordenar caballero al sofá, aquellas dudas ya habían desaparecido del todo.

Respecto a Lucía, que estaba aún meditando si no debería tramar alguna intriga para desbancar a Daisy, y no pudiendo desatar el lazo del libro de poemas, había vuelto a su *Times*, que no había leído, sino que se había limitado a repasar las columnas con una mirada bastante ausente. No había una sola noticia, consideró, que pudiera interesarle a nadie, y su mirada divagó arriba y abajo por las ofertas de empleo y los clasificados, los horarios de los barcos y los vapores, y, finalmente, las casas en alquiler veraniego. Había una fotografía de una casa con una sencilla y encantadora fachada estilo reina Ana<sup>[15]</sup> que daba a una calle empedrada. Resultaba enormemente atractiva, la verdad. Miró el pie de la fotografía y leyó que la señorita Mapp buscaba un inquilino para su encantadora casita en el pueblo de Tilling. Se llamaba Mallards, y se alquilaba para los meses de agosto y septiembre. Siete dormitorios, cuatro salones, agua f. y c., y un jardín estilo antiguo. Vaya. En ese preciso momento las perspectivas de Daisy de encarnar a la reina Isabel adquirieron una tonalidad enormemente favorable, porque aquella casa en alquiler alumbró una idea en la mente de Lucía que instantáneamente adquirió prioridad sobre cualquier otro plan que pudiera tener en la cabeza. Urgía hablar de aquello con Georgie aquella misma noche: hasta entonces, convenía cocinarlo a fuego lento. Seguramente también el nombre de la señorita Mapp despertó leves ecos de recuerdos en su mente: le pareció recordar a una mujer alta, con una amplia sonrisa, que se había quedado en el Ambermere Arms algunos años atrás, y se había mostrado muy agradable con todos, aunque aparentaba un ligero aire de superioridad. Georgie seguramente se acordaría de ella... Pero el sol había empezado a calentar demasiado, así que Lucía recogió su *Times* y el libro de poemas y entró en casa, a su fresco saloncito con celosías donde estaba el piano. A un lado de la estancia había una estantería repleta de carpetas de partituras, y Lucía sacó una que contenía los duetos con los que Georgie y ella solían divertirse tanto antaño, y a los que se aplicaban con fervor. Eran los cuartetos de Mozart arreglados para cuatro manos, deliciosas y cantarinas melodías: habían transcurrido meses desde que los tocara por última vez, o desde que en la salita de música había resonado algo que no fueran sino los ecos del dolor más sombrío y meditabundo. Ahora abrió el libro y lo colocó en el atril.

—*Uno, due, tre...* —dijo para sí misma, y comenzó a ejercitarse en los agudos, que era la parte más entretenida de tocar.

Georgie apreció la diferencia en Lucía inmediatamente, en cuanto llegó a cenar aquella misma noche. Se encontraba sentada fuera, en el jardín de Perdita, y por primera vez en muchos meses lo saludó como antaño, en su brillante italiano.

—*Buona sera, caro* —saludó—. *Come sta?*

—*Molto bene* —contestó Georgie—, ¡qué día más *caldo* hace hoy! Me he traído



algunas partituras, por si te sientes con ánimo. *Mozartino*.

—¡Qué buena idea! Luego tocaremos *un po' di musica*, pero tengo *tanto, tanto* de lo que hablar contigo... Entra, la cena estará preparada. ¿Alguna novedad?

—Déjame pensar... —respondió Georgie—. No, creo que no hay ninguna. He tenido el hombro bastante dolorido, donde Daisy me golpeó el otro día al nombrarme *sir*...

—¡Pobre Daisy! —dijo Lucía—. Es un poco torpe a veces, ¿no te parece? Poco delicada. Estuvo aquí esta mañana, parlotando sobre la fiesta. Insistió en que participara en ella. ¿Qué personaje dirías que me sugirió, Georgie? ¡No te lo puedes ni imaginar!

—Jamás lo habría imaginado si no me lo hubiera dicho ella —contestó Georgie—. ¡Es la cosa más ridícula que he oído en mi vida!

Lucía suspiró.

—Me temo que no mucho más ridículo que el hecho de que ella haga de la reina Isabel —añadió—. ¡Daisy en un palafrén, arengando a las tropas! Georgie, querido, ¡imagínatelo! Suena como ese juego absolutamente vulgar que se llama «Consecuencias<sup>[16]</sup>». A Daisy, me temo, se le ha subido a la cabeza lo de ser reina. Se ha desbocado y me jugaría todo mi patrimonio a que se pondrá en evidencia, y Riseholme será el hazmerreír de todos esos turistas americanos que vienen en agosto para admirar nuestro encantador pueblo isabelino. El pueblo hará un buen papel, pero ¿y la reina Isabel? *Tacete un momento*, Georgie. *Le domestiche*.

El italiano de Georgie se había oxidado un poco, después de tanto tiempo sin utilizarlo, pero al final consiguió traducir aquella frase, e inequívocamente dedujo que Lucía no quería proseguir con el tema mientras Grosvenor, la camarera, y su compañera estuvieran en la sala.

—*Sicuro* —dijo, y se apresuró a servirse el pescado.

Acto seguido las *domestiche* volvieron a abandonar la sala tal como vinieron: fueron despachadas mediante un toque con una campanilla de plata con forma de pimentera de hierbas aromáticas que se encontraba entre el sazónador y los botecillos de mostaza junto a Lucía. Casi antes de que la puerta se hubiera cerrado tras su salida, Lucía comenzó a discursar de nuevo.

—Por supuesto, después de la sugerencia que me hizo la pobre Daisy, lo último que querría en el mundo es participar en esa fiesta —continuó—; y aunque me suplicara de rodillas que hiciera de la reina Isabel, ni por asomo se me ocurriría hacerlo. Esa mujer no tiene derecho a privarme de lo que yo calificaría de un orgullo justo, y dado que ha creído aceptable ofrecerme el papel de la mujer de Drake (la cual, según se apresuró a explicarme, solo entraba en escena durante un momento para hacerle una reverencia *a ella*, y luego se retiraba de nuevo entre las tropas de hombres armados y las damas de compañía), mi sentido de la dignidad, de la cual aún conservo algunos pequeños fragmentos, me impediría naturalmente participar de ningún modo en la representación, ni aunque me obligaran a punta de pistola. Pero lo siento por la pobre Daisy. Su problema es que desconoce totalmente sus propias limitaciones. Y lo lamento también por Riseholme. Esa mujer sin duda está preparando un desastre absoluto, indudablemente. Creo que no deberíais dejarla sola. Eso es todo.

Sin embargo, parecía que había algo más, pues en cuanto Lucía se acabó el pescado, cosa que hizo en un abrir y cerrar de ojos, continuó hablando de inmediato.

—Así que después de lo que me dijo esta mañana, no me puedo ofrecer a ayudarla, pero si a ti te apetece, Georgie, puedes decirle... no de mi parte, entiéndeme, sino como cosa tuya, que piensas que yo estaría encantada de enseñarle y hacer todo lo que pudiera para ayudarla a representar a la gran reina Isabel. Algo se podrá hacer, digo yo. Daisy es bajita, la pobre, pero la reina también lo era. Y tiene bastante mala dentadura, pero eso no importa, porque a la reina le pasaba lo mismo. Además, no es en absoluto una dama, pero también la reina era una vulgar y una burguesa. Había una fibra de ordinariez en los Tudor, es lo que siempre digo. Todo esto, querido Georgie, lo digo con la mejor intención, no te creas. Basta con que la pobre Daisy no intente parecer más alta, que sonría bastante y se comporte con naturalidad, y todos los defectos se convertirán en ventajas, verdaderas ventajas. Pero, a pesar de todo, Daisy solo podrá hacer de sí misma y Riseholme hará el ridículo si ella no consigue mantener un semblante de dignidad y majestad. Ya sabes, pequeños gestos, leves giros de la cabeza, pequeñas gentilezas; todos esos actos tienen su relevancia. Medité a fondo sobre todas esas cosas en los días en los que comencé a planificar la fiesta, y, como te digo, estaría encantada de ofrecerle a la pobre Daisy todas las indicaciones que estén en mi mano, siempre que ella venga y me lo pida. Te doy permiso para decirle que crees que tal vez podría ayudarla, pero nada más que eso. *Capite?*

Esta palabra italiana, incomprensible para la gente común, la pronunció bastante a destiempo, pues Lucía había hecho sonar la campanilla, inconscientemente, mientras estaba haciendo hincapié en su generosa propuesta, y Grosvenor y su satélite llevaban ya en la sala un buen rato, mirando la escena con cara desconcertada. Así que ocultárselo a las *domestiche* ya no era posible... De hecho, tanto Georgie como Lucía se habían olvidado de las *domestiche* totalmente.

—Se trata de un gesto amabilísimo por tu parte, Lucía —dijo Georgie—. Pero ya sabes cómo es Daisy. Es más terca que...

—... Que un palafrén —interrumpió Lucía.

—Sí. Que un palafrén. No dudes que le contaré lo que me has dicho, o más bien *sugeriré* lo que tú podrías decirle si ella te pidiera que la enseñaras, pero no creo que sirva de nada. Todo ese asunto de la fiesta se ha convertido en un espantoso engorro para ella. Faltan todavía seis semanas hasta que se celebre, y pretende ensayar conmigo todos los días el nombramiento de caballero. Se pasa el día desfilando arriba y abajo por el jardín, y tiene a todos los tenderos del pueblo paseando delante de ella como alabarderos y capitanes de navío, cuando deberían estar atendiendo sus negocios y trinchando carnes y ordeñando vacas. Todo el mundo está harto de ella. Ojalá pudieras ocuparte tú de la fiesta, y hacer de reina. Ah, lo olvidé... Le prometí a Daisy que *no* te animaría a hacer de reina. Vaya por Dios, ¡qué fallo tan espantoso...!

Lucía se rio, se rio de muy buena gana. Lo que desde luego constituía un avance enorme respecto a las anteriores sonrisas melancólicas.

—No es ningún fallo espantoso en absoluto, *Georgino mio* —aseguró Lucía—. Me puedo imaginar perfectamente el temor irracional de la pobre Daisy ante la posibilidad

de que yo intentara salvarla del ridículo. Le encanta hacer el ridículo, pobrecita: es un complejo lo que tiene (lo dice ese nuevo libro maravilloso de Freud que tengo que leer). Creo que subconscientemente suspira por hacer el ridículo a unos niveles tan elevados como le sea posible. Y respecto a la idea de que me ocupe yo de la fiesta, eso es de todo punto imposible. Para empezar, no creo ni que esté aquí. Es el 12 de agosto, ¿no es así? La caza del urogallo en Escocia y el apaleamiento de osos en Riseholme.

—No, eso se ha eliminado —dijo Georgie—. Me opuse a eso absolutamente en el comité. Dije que aunque se pudiera conseguir un oso, no sería hostigado a no ser que se pusiera furioso...

Lucía le interrumpió.

—Ya, y si se ponía furioso, sería peor —concluyó.

—Sí. ¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó Georgie—. Muy ingenioso, ¿no te parece?

—Muy ingenioso, desde luego, *caro* —admitió Lucía—. Sé lo que dijiste porque Daisy me contó que había sido ella quien lo había dicho.

—¡Menuda copiota! —exclamó Georgie. Sentía que la indignación le hacía hervir la sangre.

Lucía lo observó con aire melancólico.

—Ah, no debes ser duro con nuestra pobrecita Daisy —le reprendió—. «Copiota» es una palabra demasiado fuerte. A lo mejor un poco *envidiosilla*, tal vez, de las cosas inteligentes y sabias que dicen otras personas, dado que ella no es muy *avispada* que digamos. Es más bien simplona.

—De todos modos, le diré que sé que se ha apropiado de mi ingeniosa ocurrencia.

—Querido, no vale la pena. Puedes inventarte muchísimas más. Además, la anécdota es insignificante, Georgie, no vale la pena ni darse por enterado. Sería algo indigno de ti.

Lucía se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa, exactamente con el mismo gesto amenazante de antaño. Ya no había en ella ni rastro de su antigua languidez.

—Tenemos cosas más importantes de las que hablar, que de las pequeñas ratonerías de Daisy —dijo—. A ver, ¿por dónde empiezo...?

—Por el principio —sentenció Georgie con avaricia. No se había sentido tan entusiasmado por los asuntos cotidianos desde que Lucía había decidido encerrarse en su duelo.

—Bueno, el verdadero comienzo tuvo lugar esta mañana —dijo Lucía—, cuando vi una cosilla en *The Times*.

—Pues ya viste más que yo —dijo Georgie—. ¿Era sobre Riseholme o la fiesta? Daisy dijo que iba a escribir una carta a *The Times* al respecto.

—Oh, vaya, se me debe de haber pasado eso... —se lamentó Lucía—, a menos que por algún casual no lo hayan publicado finalmente... No, no era sobre la fiesta sobre lo que quería hablarte, ni sobre Riseholme. Sobre todo, *no sobre Riseholme*. Georgie, ¿te acuerdas de una mujer que se alojó en el Ambermere Arms hace unos cuantos veranos? La señorita Mapp, me parece que se llamaba...

Georgie se concentró.

—Recuerdo el nombre, sí, porque era bastante terráqueo. Sonaba igual que *mapamundi*... —dijo—. Ay, espera un momento: creo que ya me acuerdo de ella. Alta, con una fantástica sonrisa. ¡Dientes!

—Sí, esa es —exclamó Lucía—. Es como si tuviéramos telepatía, Georgie, querido. Me está dando un escalofrío. Nos estamos sugiriendo mutuamente... Era un poco como una hiena, una hiena encantadora, eso sí, pero una hiena. No muy hambrienta de momento, pero podría estarlo.

—Sí, y hablaba sobre un sitio llamado Tilling, donde tenía una casa de estilo reina Ana. La despreciamos bastante por eso, recuerdo. Oh, sí, y vino a una fiesta que di en mi jardín.

Y recuerdo cuándo fue, también. Fue el verano que te inventaste aquello de «*Au reservoir*» en vez de «*Au revoir*». Lo estuvimos diciendo todos durante una semana y acabamos hartos de aquello. Recuerdo que la señorita Mapp asistió a mi fiesta en el jardín. Se quedó casi hasta el final, engullendo grandes cantidades de grosellas silvestres, y diciendo que había heredado una receta de su abuela y que me la enviaría. Lo hizo, por cierto, y mi cocinera dijo que aquello era una basura. Sí: fue el año del *au reservoir*, porque dijo *au reservoir* a todo el mundo cuando se marchó, y me contó que regresaría a Tilling. ¿Es esa? ¿Por qué lo preguntas?

—Georgie, tienes una memoria prodigiosa —afirmó Lucía—. Ahora fíjate en el anuncio que he leído en *The Times*. ¡La tal señorita Mapp alquila su casa estilo reina Ana! Se llama Mallards, tiene agua caliente y fría, y hasta un jardín estilo antiguo. La alquila de agosto a septiembre. Quiero que vengas mañana en coche conmigo para verla. Creo que muy probablemente, si todo es tal y como espero, la cogeré.

—¡No...! —exclamó Georgie—. Es decir, sí, por supuesto que iré contigo en coche mañana. ¡Qué divertido! Pero sería horroroso que estuvieras fuera dos meses enteros. ¿Qué voy a hacer yo? Olga no regresará hasta dentro de un año, y ahora tú estás pensando en marcharte. No me quedará nada aquí salvo mi juego de *croquet* y hacer de Drake.

Lucía le dispensó una de aquellas miradas tras las cuales se escondían propósitos ocultos, que sin duda se desvelarían a su debido tiempo. Las abejas se desperezaron en la colmena una vez más. En aquel momento estaban saliendo a miles para formar nuevos enjambres, o para picar a los excursionistas incautos, o para recolectar miel... Era maravilloso volver a ver a Lucía otra vez en su salsa.

—Georgie, necesito un cambio —sentenció—. Y aunque me conmueve la idea de que me puedas echar de menos, creo que debo procurármelo. Necesito animarme de nuevo, y moverme, y ponerme en marcha. Cambiar de aires, cambiar de casa, cambiar de compañías. No creo que nadie vivo haya estado más inmerso que yo en los felices días isabelinos, o se haya entregado más fervorosamente a la tradición y los ambientes shakesperianos (aunque tal vez debería exceptuar a sir Sidney Lee<sup>[17]</sup>, ¿no te parece?), pero en este momento necesito alejarme de todo esto, especialmente cuando la pobre Daisy está intentando perpetrar esa deplorable parodia pública de todo lo que yo he considerado sagrado durante tanto tiempo.

Lucía engulló tres o cuatro fresas como si fueran píldoras y tomó un trago de agua.

—No creo que pudiera soportar estar aquí durante todos los ensayos —continuó—, asomarme por encima de la ruda y el emparrado de madreSelva de mi precioso jardín y verla subida a su palafreón, dirigiéndose a sus vasallos de Riseholme, y haciéndolos caminar a todos en procesión delante de ella. Se me ocurrió esta mañana que tal vez podría intervenir, asumir el personaje de la reina, y montar el espectáculo tal y como lo había planeado en aquellos felices y lejanos días, con lo cual habría hecho honor a la gran época y a los merecimientos de Riseholme, pero eso sería arruinarle el sueño de su vida a Daisy, y una debe ser buena. Me lavo las manos de todo lo que pase, aunque, por supuesto, la dejaré vestirse aquí, y permitiré que el desfile parta desde mi casa. Si eso es lo que quería, así será, pero por supuesto en los programas debe quedar bien claro que el desfile parte de la casa de la señora de Philip Lucas. ¡Sería ya el colmo que los visitantes, si es que los hay, pensarán que mi preciosa Hurst pertenece a Daisy! Y, como digo, estaré encantada de aconsejarla y ver si puedo hacer algo con ella. Pero no estaré aquí para la fiesta. Y como en algún lugar tengo que estar, es por eso por lo que estaba pensando en Tilling.

Entre tanto se habían trasladado a la salita de música, presidida por un busto de Shakespeare entre dos vasijas con flores, y por un retrato que Tancred Sigismund<sup>[18]</sup> hizo de Lucía, que parecía un tablero de ajedrez, con brazos, piernas y ojos saliendo por todas partes. También había algunos bocetos de Georgie, y el piano estaba abierto, y los *Días de infancia de Beethoven* reposaban sobre la mesa con un abridor de cartas metido entre las páginas. En suma, en casa de Lucía la vida había vuelto.

Lucía se sentó en una silla que perfectamente podría haberse encontrado en el *cottage* de Anne Hathaway<sup>[19]</sup>, aunque no había ninguna razón particular para suponer que hubiera sido así.

—Georgie, me estoy empezando a sentir viva de nuevo —dijo—. ¿Recuerdas eso tan maravilloso que dice Alfred en *Maud*? «Mi vida se ha estado arrastrando demasiado tiempo con las alas rotas.»<sup>[20]</sup> Eso mismo es lo que ha estado haciendo mi vida, pero ya no me voy a arrastrar más. Al menos durante un tiempo estoy resuelta a *salir* de la época isabelina. No te negaré que en parte será por culpa de la pobre Daisy. Pero hay otras épocas, Georgie; la época de Pericles, por ejemplo. Imagínate sentado a los pies de Sócrates o de Platón, oyéndoles hablar mientras el sol se pone en Salamina o tras el monte Pentélico. Tengo que quitarle el polvo a mi griego, Georgie. Antaño tenía algunas nociones de griego, y si alguna vez vuelvo a hacer cuadros dramáticos, el primero será sobre la muerte de Agamenón. Y luego está la época de la reina Ana. ¡Qué época tan maravillosa! ¡Pope! ¡Addison! Qué gente tan civilizada, tan culta. Sus masacres, sus fiestas del té y sus raptos del rizo<sup>[21]</sup>. Tras toda la grandeza y esplendor de la época isabelina, necesariamente tuvo que haber alguna rudeza y brutalidad. Nadie la venera más que yo, de eso puedes estar seguro, pero es un error permanecer amarrada en el mismo puerto demasiado tiempo. Hay momentos en la vida de las personas en los que, si no cortas de raíz con la rutina, acabas sumido en el aburrimiento.

—¡Dios santo! ¿Eso es tuyo? —preguntó Georgie—. ¡Y, así de repente, absolutamente improvisado! ¡Eres decididamente brillante!

No era totalmente improvisado, pues Lucía llevaba horas pensando en ello, en concreto desde la hora del baño. Pero resultaría un tanto especioso explicarlo.

—Un poco cruel por mi parte, me temo —dijo—. Pero expresa mis sentimientos en este momento preciso. Verdaderamente necesito un cambio, y la casualidad de haber visto este anuncio de la señorita Mapp en *The Times* me parece una coincidencia muy llamativa. Es casi como si fuera un mensaje: lo que llaman «una señal». En fin, tú y yo iremos en coche a Tilling mañana, y ya veremos. Fingiremos que estamos de excursión, querido Georgie, porque hay un trecho largo. Pasaremos la noche allí, en una posada. Así tendremos todo el tiempo del mundo para ver el sitio.

Era un proyecto bastante atractivo, y Georgie no estaba totalmente seguro de si era correcto ir tan lejos con Lucía. Pero se conocía lo suficientemente bien para estar seguro de que ningún impulso pasional por su parte obligaría a Lucía a arrepentirse de haberle hecho una proposición tan íntima.

—Será extraordinariamente divertidísimo —aseguró—. Me llevaré las cosas de pintar. Hace semanas que no dibujo.

—*Cattivo ragazzo!* —exclamó Lucía—. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada. No había nadie con quien tocar el piano y nadie, que yo sepa, a quien enseñarle mis dibujos. Me he pasado las horas muertas jugando al *croquet*. Haciendo de Drake. ¡Ah, cómo me aburre esa fiesta!

—¡Ay, pobrecita cosita mía! —dijo Lucía, utilizando aquel modo de hablar infantil al que solían entregarse antaño tan a menudo Georgie y ella—. Pero ya estoy otra vez aquí, y te regañaré mucho-mucho-mucho si no te aprendes la lección.

—Y yo me alegraré mucho-mucho-mucho de que me vuelvas a regañar —contestó Georgie—. ¡Soy un niño *malo!* ¡Dios mío, qué encantador es todo esto! —añadió con entusiasmo.

El reloj del viejo aparador de roble dio las diez, y Lucía se incorporó de un brinco.

—Georgie, son las diez en punto —exclamó—. Dios mío, cómo ha volado el tiempo. Ahora mismo escribiré un telegrama para enviárselo a la señorita Mapp a primera hora de la mañana, diciéndole que llegaremos a Tilling por la tarde, para ver su casa, y luego un poquito de *musica*. Hay un dueto de Mozart que solíamos tocar. Podríamos *pelearnos* con él otra vez.

Abrió el libro que estaba sobre el piano. Afortunadamente, aquella pieza era la misma que Georgie había estado ensayando aquella mañana. (Igual que Lucía).

—Eso será maravilloso —dijo Georgie—. Pero no me regañes si toco mal... Hace meses que ni he visto esa partitura...

—Como yo —aseguró Lucía—. ¡Vamos! ¿Toco yo los agudos? Es un poco más fácil para mis torpes dedos. Ahora: *uno, due, tre...* ¡Ya!

Llegaron a Tilling a media tarde, entrando por la carretera elevada que cruza las renombradas marismas hacia el oeste. Azul estaba el cielo en lo alto, repleto de alondras y pequeñas nubes blancas; el pueblo allí soñoliento yacía, tomando el sol en el caluroso junio, con sus angostas calles formadas con casas de ladrillo rojo, con las techumbres de tejas, que gritaban los nombres de la reina Ana y de Jorge I en los extasiados oídos de Lucía, y conseguían que los dedos de Georgie se tensaran en busca de sus enseres de pintor.

—Querido Georgie, ¡esto es maravillosamente encantador! —exclamó Lucía—. Te aseguro que ya me siento como en casa. Mira, ahí hay otra casa preciosa. Solo tenemos que llegar hasta el final de la calle, y allí preguntaremos dónde está Mallards. Y la gente, también. Me gusta su aspecto. Rostros muy interesantes. Es como si estuvieran esperándonos.

Detuvieron el coche para permitir que un carro girara y pudiera entrar en la calle principal desde un empinado camino empedrado que conducía a lo alto de la colina. En la acera, junto a la esquina, había un grupo de *tillinguenses*: un pastor anglicano, una mujer un poco demasiado inquieta, ataviada con un vestido morado con un estampado de rosas, que parecía como si estuvieran hechas de cretona, un hombre alto de aspecto militar empuñando un par de palos de golf, y una muchacha sin sombrero con el pelo muy corto, vestida con un jersey de pescador y unos pantalones bombachos, que al verlos escupió con enorme puntería en la calzada.

—Preguntemos dónde está la casa —sugirió Lucía. Bajó la ventanilla de su Rolls-Royce y asomó la cabeza—. Me pregunto si serían ustedes tan amables de decirme...

El pastor se adelantó apresuradamente.

—Será la casa de la señorita Mapp lo que está buscando usted —dijo con un marcado acento escocés—. Calle arriba derechamente, hasta la esquina misma sin pasarse, y justo allí plantada es donde está la casa de la patrona.

La chica de aspecto raro lanzó una breve carcajada, y todos observaron a Lucía. El coche giró con dificultad y subió balanceándose lentamente la empinada y estrecha calle.

—Georgie... ¿te has fijado en que ese hombre me dijo dónde estaba la casa antes de que yo se lo preguntara? —comentó Lucía—. Alguien ha debido de enterarse en Tilling de que yo iba a venir. ¡Qué acento tan extraño el de ese pastor! ¿Un poco piripi, o me equivoco? ¿O solamente es que es escocés? ¡Y luego esos otros...! Todo esto resulta de lo más curioso y extraordinario. Vaya, por ahí baja un coche enorme. ¿Crees que podremos pasar?

El cruce se pudo efectuar gracias a que ambos coches se subieron literalmente a la acera. Cuando se encontraron, Lucía pudo ver a una mujer alta en el interior del otro vehículo, que a pesar del calor que hacía aquel día llevaba un chal forrado de martas cibelinas. Un hombrecillo tocado con un monóculo, tan pequeño que era casi invisible,



iba sentado a su lado. Luego, tras dejar atrás unas cuantas casas más de ladrillo rojo a derecha e izquierda, pararon el coche en lo alto de la calle, enfrente de una puerta muy señorial. Justo donde la calle giraba en ángulo recto, la casa les mostró un espléndido mirador; aunque ligeramente separado del cuerpo principal de la casa, el mirador parecía pertenecer al conjunto. Georgie creyó distinguir el rostro de una mujer mirando a hurtadillas por entre las cortinas medianeras, pero cuando miró por segunda vez, ya se había esfumado.

—Georgie... estoy soñando —susurró Lucía, mientras esperaban en el quicio de la puerta a que alguien respondiera a la llamada del timbre—. Esa preciosa chimenea, ¿la has visto? Tan torcida... La iglesia, los empedrados, la hierba y el diente de león creciendo entre los resquicios del pavimento. —Alguien abrió la puerta—. Oh, ¿está la señorita Mapp? Soy la señora Lucas. Me espera.

Apenas habían entrado en el vestíbulo cuando apareció la señorita Mapp apresuradamente desde una puerta que daba a la estancia del mirador, donde Georgie había creído ver a alguien observando furtivamente.

—¡Querida señora Lucas! —exclamó—. No se precisan presentaciones, que lo convierten todo en un lío, pues la recuerdo a usted muy bien de Riseholme, de su *encantador* Riseholme. ¡Y el señor Pillson! ¡Qué fiesta tan maravillosa la que ofreció en su jardín! La recuerdo muy vívidamente aún. ¡Unos días inolvidables! ¡Qué honor que hayan decidido venir en coche desde tan lejos para ver mi pequeño *cottage*! El té estará preparado en unos minutos. Withers, por favor. Disponga todo en el cenador del jardín. Es un trayecto largo, pero hace un día perfecto para viajar en coche. Recibí su telegrama esta mañana a la hora del desayuno. Podría haber aplaudido de alegría solo de pensar en la posibilidad de contar con una inquilina como la famosa señora Lucas de Riseholme. Pero tomemos primero una taza de té. ¿Y su chófer? Por supuesto, que pase también a tomar el té. Withers: el chófer de la señora Lucas. Ten la bondad de ocuparte de él.

La señora Mapp le cogió la capa a Lucía, y manteniendo aún aquel natural *fluir* de su hospitalario monólogo, los condujo al jardín a través de un pequeño saloncito revestido en madera. Un tramo de ocho escalones con un dosel de glicinias llevaba al cenador.

—Mi pequeña parcelita, la llamo yo —dijo la señorita Mapp—. Muy modesta, como ve, tres cuartos de acre, como mucho, pero bien protegida. Mis parterres: rosas perfumadas, mariposas ortigueras de bello color carey. Clemátides bastante agradables. Mi pequeño Paraíso, lo llamo yo; un poco pequeño es, pero aun así lo adoro.

—¡Encantador! —exclamó Lucía, mirando a su alrededor el jardín antes de subir los escalones del cenador. Tenía un césped muy verde y muy bien cuidado, entre los distintos arriates de flores. En un extremo, una celosía lo separaba de un huerto con verduras que se hallaba al otro lado, y rodeándolo todo había unos muros altos de ladrillo, por encima de los cuales se asomaban los tejados de otras casas. En uno de esos muros se abría un arco coronado por una cabeza estilo Della Robbia<sup>[22]</sup>.

—¿Le parece que demos un paseo por el jardín? —preguntó la señorita Mapp, señalando el arco—. Así podremos curiosear un poco hasta que Withers nos traiga el té. Solo para estirar... las piernas, señora Lucas, después de su largo viaje. Hay un rinconcito pequeñito al otro lado que es absolutamente mi preferido. Y aquí viene mi precioso



gatito a darle la bienvenida a mis amigos. ¡Cositita! ¡Cariñito!

El saludo de *Cariñito* consistió en lanzar un furibundo zarpazo a la mano descuidada que le tendió su ama, y salir zumbando y esconderse detrás de unas bonitas malvalocas, desde donde se dispuso a vigilarlos con singular enojo.

—Mi pequeño jardín secreto, lo llamo yo —añadió la señorita Mapp cuando pasaron bajo el arco—. Cuando estoy aquí y cierro la puerta, no tolero que me molesten por nada que no sea un telegrama urgentísimo. Normas de la casa: soy muy estricta al respecto. La torre de la iglesia, como digo yo siempre, vigila mi rinconcito, y cuida de mí. Aparte de esto, no vigila nada más. Hay un pequeño paseo pavimentado alrededor, como ve, parterres, un lienzo mínimo de césped, pequeño como un pañuelo, y en el medio una columna con un busto de nuestra buena reina Ana. Lo compré en una tienda de aquí por una minucia. ¡Uno de mis días de suerte!

—Oh, Georgie, ¿no es absolutamente delicioso? —exclamó Lucía—. *Un giardino segreto. Molto bello!*

La señorita Mapp ronroneó de placer.

—¡Qué encantador, poder hablar italiano así! —dijo—. Así que le gusta a usted mi pequeño... *giardino segreto*, ¿no? Ahora, vayamos a tomar el té. Estoy segura de que necesitarán un refrigerio, y luego veremos la casa, ¿de acuerdo? ¿O prefiere usted quizá un dedalito de whisky con soda, señor Pillson? No me asustaría. El mayor Benjy (aunque debería llamarlo más bien el mayor Flint) a menudo prefiere un dedalito de whisky y soda en vez del té, sobre todo los días calurosos y después de su partido de golf, cuando pasa a visitarme y a contármelo todo todo.

Este profundo interés por la humanidad, tan intensamente cultivado en Riseholme, nubló durante un instante el aprecio que Lucía sentía por el jardín secreto.

—Me pregunto si se refiere usted a ese hombre al que hemos visto en la esquina de la calle principal —dijo—. Un hombre grande, con aspecto de soldado, pertrechado con un par de palos de golf...

—Qué habilidad la suya al describirlo usted con un par de palabras —contestó la señorita Mapp con admiración—. No puede ser nadie salvo el mayor Benjy. Sin duda se dirigía a coger el tranvía (resulta de lo más útil, te deja al ladito mismo del campo de golf) para hacer unos hoyos después del té. Le dije que haría demasiado calor para jugar tan pronto. Le dije que le regañaría si se portaba mal y jugaba después de comer. Sirvió durante muchos años en la India. Su segunda lengua, desde luego, es el indostaní. Cuando quiere el desayuno, lo pide aullando: «*Quai-hai!*». Montones de diarios asombrosos, que todos esperamos ver publicados algún día. Su casa está al lado de la mía, calle abajo. Montones de pieles de tigre. Un jugador de *bridge* un tanto impetuoso: un poco tramposo a veces. Jugará usted al *bridge*, naturalmente, señora Lucas. Mucho *bridge* aquí en Tilling. Algunos jugadores buenos de verdad.

Habían regresado paseando por el césped hasta el cenador donde Withers había preparado el té. El lugar era fresco y espacioso, una ventana recibía la sombra de las grandes hojas de una higuera, a través de la cual, sin ser vista, la señorita Mapp con harta frecuencia se asomaba para ver si su jardinero estaba haciendo el vago. En la gran ventana del mirador que daba a la calle había una cortina que estaba corrida solo a medias; al lado

había un gran piano; las estanterías de libros recorrían toda la pared hasta media altura, y sobre ellas colgaban abundantes acuarelas de ese tipo que revela su origen estrictamente doméstico. Los temas también las traicionaban, pues había una que representaba la fachada de la casa de la señorita Mapp, y otra el jardín secreto, otra la chimenea torcida, y varias la torre de la iglesia elevándose sobre los tejados y mirando al jardín de la señorita Mapp.

Aunque continuó espolvoreando sobre sus invitados una permanente ducha de nimiedades halagüeñas y agradables, en su fuero interno la señorita Mapp estaba debatiéndose con el problema de cuánto le iba a pedir a Lucía por semana, cuando se llegara a la delicada cuestión de las condiciones del alquiler de la casa. En el anuncio que había puesto en *The Times* no se había mencionado el precio, y aunque le había dicho al agente de la inmobiliaria local que pidiera nueve guineas semanales, comprobó que Lucía estaba claramente más que encantada con lo que había visto, y constituiría un quijotismo sin sentido dejarle la casa por doce, si la inquilina podía estar dispuesta a pagar quince sin mayores inconvenientes. Es más, la señorita Mapp (desde detrás de la cortina donde Georgie la había visto) se había percatado de que Lucía tenía un Rolls-Royce, de modo que unas cuantas guineas de más por semana probablemente no tendrían ninguna importancia para ella. Por supuesto, si Lucía no se mostraba tan entusiasta con la casa como con el jardín, podría resultar poco prudente pedirle quince, pues podía pensar que el alquiler era demasiado caro, y acabaría soltándole alguna convención, como que le enviaría una respuesta a la señorita Mapp en cuanto regresara a Riseholme, lo que significaría que al final con toda seguridad le diría que no. Pero si continuaba desvariando y hablando en italiano sobre la casa cuando la viera, sin duda le pediría quince guineas. Y de esa cantidad, ni un penique iría a parar a manos de los señores Woolgar & Pipstow, los agentes inmobiliarios, en calidad de comisión, porque Lucía había dejado muy claro que había visto el anuncio en *The Times*. Aquello era un negocio personal de la señorita Mapp: nada que ver con Woolgar & Pipstow. De momento, se las arregló para que Georgie no mirara las acuarelas de las paredes.

—Unos pequeños garabatos míos —dijo, decididamente deseosa de que Georgie se apercibiera de aquel detalle—. Me moriría de vergüenza, querido señor Pillson, si se detuviera usted a mirarlos, porque yo sé lo gran artista que es usted. Además, Withers ya nos ha traído el té... ¿Le gusta la acuarela de mi pequeño *giardino segreto*? (Tengo que acordarme de esas preciosas palabras...). ¡Qué amable por su parte decirlo! Tal vez esa no sea tan mala como las otras, por el tema que la inspiró, y, por otra parte, es tan importante amar el asunto que pinta una, ¿verdad? Al mayor Benjy también le gusta mucho. ¿Leche, señora Lucas? Ya veo que Withers ha recolectado algunas fresas para nosotros de mi pequeño huertecito. ¡Qué año para las fresas! ¡Qué año! Entonces, me dice que el mayor Benjy estaba charlando con unos amigos, entiendo, cuando ustedes pasaron junto a ellos...

—Sí, un pastor anglicano —explicó Lucía—, que amablemente nos indicó dónde estaba su casa. En realidad, parecía saber que veníamos aquí antes de que yo se lo dijera, ¿verdad, Georgie? Un fuerte acento escocés...

—¡Nuestro querido Padre! —exclamó la señorita Mapp—. Es una de sus pequeñas

manías, hablar en escocés, aunque él es de Birmingham. Es un jugador de *bridge* muy bueno cuando dispone de tiempo, que es lo habitual. El reverendo Kenneth Bartlett. ¿Estaba allí con él una mujercilla muy delgada, muy poquita cosa, como un ratoncillo? Sería su mujer...

—No, no era delgada, en absoluto —contestó Lucía, absolutamente interesada—. Más bien todo lo contrario, era oronda: de hecho, *muy* oronda. Llevaba un vestido morado y una blusa estampada con rosas de color rosa que parecía como si fueran de cretona.

La señora estuvo a punto de atragantarse con su primer sorbo de té, pero al final pudo evitarlo.

—Afirmo que me da usted miedo, señora Lucas —dijo—. ¡Qué ojo tiene usted! Es nuestra Diva Plaistow, a quien todos adoramos fervientemente. ¡Su nombre verdadero es Godiva! ¡Menuda contradicción<sup>[23]</sup>! Y sí, eran rosas de cretona; las sacó de un par de cortinas viejas y se las cosió. Siempre anda por ahí, alumbrando encantadoras ideas absurdas como esa. Nos mondamos de risa con ella. ¿Y había alguien más?

—Sí, una chica sin sombrero y con un corte de pelo estilo Eton<sup>[24]</sup>. Iba vestida con un jersey de pescador y unos pantalones bombachos.

La señorita Mapp se quedó pensativa.

—*La pintoresca Irene* —dedujo—. Irene Coles. Se trataría simplemente de un toque de originalidad, lo cual a veces resulta muy refrescante, pero también puede resultar bastante embarazoso. Se dedica al *arte*. Pinta cuadros raros, cosas extrañas, hombres y mujeres sin vestir, mayormente. Una tiene que andarse con cuidado y llamar antes cuando se propone ir a ver a la pintoresca Irene a su estudio. Pero se trata de una chica enormemente original.

—Y luego, cuando subíamos por la calle principal —intervino emocionado Georgie—, nos encontramos con otro Rolls-Royce. Temí que no pudiéramos siquiera llegar a cruzarnos.

—Yo también —dijo la señorita Mapp sin darse cuenta, y dejando traslucir que había estado fisgoneando desde el mirador—. Ese coche se pasa el día subiendo y bajando la calle.

—Dentro iba una mujer muy alta —intervino Lucía—. Enfundada en martas cibelinas, con el calor que hace hoy Y un tipejo a su lado.

—El señor y la señora Wyse —aclaró la señorita Mapp—. Recién casados. Ella era la señora Poppit, Miembro de la Orden del Imperio Británico. Muy rica, además de una esnob pesadísima.

En cuanto terminaron de tomar el té y los habitantes de Tilling fueron convenientemente despellejados, se procedió a la visita de la casa en sí. Había pequeños y encantadores saloncitos revestidos en madera, con grandes ventanales que dejaban pasar el aire y la luz, y jarrones de flores recién cortadas en las mesas. Había también una amplia escalinata de escalones bajos, y a cada paso Lucía se enamoraba más y más de las sencillas habitaciones, tan arregladitas. Todo parecía tan luminoso y confortable, y — para una persona que necesitaba un cambio— tan diferente de The Hurst (con sus minúsculas ventanas emplomadas, sus empinadas e irregulares escaleras, y su peldaño

único, ascendente o descendente, en el quicio de entrada de cada habitación). La gente de la época de la reina Ana parecía tener una idea mucho más ajustada de las comodidades domésticas, así que las exclamaciones italianizantes de Lucía se tornaron agradablemente prolijas. Lucía entró a la habitación personal de la señorita Mapp a solas con la propietaria, dejando a Georgie en el rellano exterior, pues el respeto impedía que un caballero observara el lugar donde la señorita Mapp se desnudaba cada noche, y la cama donde cada noche se acostaba. Además, así, si estaban solas, sería más sencillo para Lucía aprovechar para preguntarle a bocajarro cuáles habrían de ser las condiciones económicas del alquiler, y para la dueña contestarlo.

—Que sepa usted que estoy *encantada* con la casa —aseguró Lucía—. Pero ¿exactamente qué...? Quiero decir... ¿por cuánto me saldría alquilarla por un período, digamos, de dos meses...?

—Por quince guineas a la semana —espetó la señorita Mapp sin respirar—. Eso incluiría el uso de mi piano, naturalmente. Un instrumento delicadísimo. Blumenfelt.

—Me la quedaré agosto y septiembre —dijo Lucía.

—Estoy segura de que quedará encantadísima con la casa —afirmó la señorita Mapp—. ¡Y estoy segura de que yo lo estaré con mi inquilina!

De repente se le ocurrió una brillante idea, y sonrió con más dientes que nunca.

—En el precio no estaría incluido, desde luego, el sueldo de mi jardinero, que es un hombre muy agradable y formal —explicó—, ni los productos del huerto. Las flores para la casa sí, por supuestísimo, pero la fruta y las verduras no...

Pero en ese momento, Lucía, cegada por la pasión que le infundían Mallards, Tilling y el conjunto de los tillinguenses, habría estado de buena gana de acuerdo en hacerse cargo incluso del recibo del agua. Si la señorita Mapp lo hubiera sospechado, sin duda le habría impuesto esa extravagante condición.

La señorita Mapp, a petición de Lucía, había reservado habitaciones para ella y para Georgie en un agradable mesón cercano, el Trader's Arms, y los acompañó hasta allí seguidos a corta distancia por el coche de Lucía, como un vehículo funerario vacío en un entierro. Debió de haberse producido algún tipo de malentendido en los mensajes, porque Georgie se encontró con que se había preparado una habitación doble para ambos. Afortunadamente Lucía se había quedado en la puerta del mesón con la señorita Mapp, admirando el paisaje de las marismas, así que Georgie, con embarazosos sonrojos pudo explicar en recepción que aquello no podía ser de ningún modo, ¡absolutamente!, y las palmas de las manos se le quedaron frías y húmedas hasta que el error fue subsanado y solventado. Luego la señorita Mapp los dejó solos y ellos dos salieron a dar un paseo por el pueblo. Pero Mallards era un imán para la mirada enamorada de Lucía, y al final regresaron casi a hurtadillas a volver a admirarlo. Al parecer había muchas casas amuebladas en alquiler en Tilling en ese momento, y Georgie también empezó a contagiarse del deseo de apañarse una. Riseholme se quedaría tremendamente mustia sin Lucía, pues una vez que el día de la fiesta hubiera pasado, estaba seguro de que, tras la emoción consustancial al evento, el pueblo reaccionaría de modo insospechado: puede que incluso echara de menos que lo ordenaran caballero. Había dibujado ya todo lo dibujable, no habría nadie con quien tocar duetos al piano, y el villorrio entero se

estancaría de nuevo hasta el regreso de Lucía, igual que se había estancado durante su riguroso luto. Por el contrario, en Tilling habría innumerables modelos para sus pinceles, y Lucía estaría instalada en Mallards con su Blumenfelt en el cenador del jardín, y, como era ya obvio, un torbellino de actividades girando velozmente en su cabeza. A Lucía le interesaba mucho el mayor Benjy, igual que la Pintoresca Irene y el Padre; todo el grupo, en realidad, al que se había acercado y que disponía de aquel conocimiento previo, o eso fue lo que pareció, de sus intenciones.

El muro del jardín de la casa de la señorita Mapp, que ahora conocían por dentro, se extendía hasta donde se encontraban ellos en ese momento. Fue entonces cuando Georgie observó que justo detrás de ellos había un pequeño y encantador *cottage*, con tejado a dos aguas, que se alquilaba amueblado.

—Cáspita, Lucía —dijo—. ¡Qué absolutamente adorable! Si no fuera por esa maldita fiesta en Riseholme, creo que estaría tentado a cogerlo; siempre y cuando, claro está, pudiera alquilarlo por el mismo par de meses que tú.

Eso es justamente lo que Lucía había estado esperando. Tenía previsto sugerir algo de ese tipo poco después, a menos que lo hiciera él, para lo cual había decidido invitar a Georgie a una botella de champán en la cena, de modo que cuando fueran a dar un paseo después (pues estaba determinada a hacerlo), Georgie, animado por los vapores etílicos, pudiera encontrar irresistibles las últimas luces del atardecer refulgiendo en las fachadas georgianas del pueblo y en las colinas de la campiña circundante. Pero al final resultó muy prudente haber esperado, porque Georgie acabó haciendo la sugerencia por sí mismo.

—¡Querido, qué estupenda idea! —exclamó—. ¿Realmente estás pensándotelo? Para mí sería divino tener conmigo a un amigo en vez de estar sola en medio de extraños. Y, desde luego, esta es una casita preciosa. No parece que esté ocupada, no hay humo en la chimenea. Creo que bien podríamos curiosear un poco por las ventanas y hacernos una idea de cómo pinta...

Tuvieron que empinarse y ponerse de puntillas para poder atisbar por las ventanas. Así, haciendo visera con las manos para protegerse del sol de poniente, pudieron hacerse una idea bastante precisa del interior.

—Este debe de ser el comedor —dijo Georgie, fisgoneando desde la ventana.

—Una chimenea abierta encantadora —observó Lucía—. Qué acogedor.

Se movieron hacia los lados como dos cangrejos.

—Un recibidor pequeño —continuó Lucía—. Una bonita escalera que sale desde ahí.

Más movimientos crustáceos.

—Y aquí el salón —añadió Georgie—. Absolutamente encantador. Mira, y si acercas más la nariz al cristal puedes ver a través de la otra ventana un jardín pequeñito al otro lado. La empalizada debe de ser la de tu huerto...

Retrocedieron en la calle para tener una mejor perspectiva de la topografía del lugar, y fue justo en ese momento cuando la señorita Mapp se asomó al mirador de su cenador en el jardín y los vio allí. Estaba tan intensamente interesada en ellos como ellos en el *cottage*.

—Y yo diría que tendrá tres habitaciones en la planta de arriba —dijo Lucía—. Y encima del todo dos buhardillas. Demasiadas, quizá...

—Mañana mismo iré a ver al agente inmobiliario —afirmó Georgie—. ¡Ya me puedo imaginar veraneando aquí comodísimamente!

Dieron un paseo por el cementerio abandonado que circundaba la iglesia. Lucía se volvió para echarle otro vistazo a la fachada de Mallards, y la señorita Mapp le hizo una breve y profunda cortesía, inclinándose tanto que acabó por desaparecer completamente por debajo de la ventana.

—Respecto a esa *engorrosa* fiesta... —comentó Georgie—, no quiero dejar a Daisy a su suerte. Estoy seguro de que a estas alturas no va a poder conseguir otro Drake a tiempo.

—Pero puedes bajar a Riseholme esa semana justo —sugirió Lucía, que ya había pensado en todo—, y regresar en cuanto haya pasado todo. Ya sabes que te van a ordenar caballero. No hace falta que vayas a todos esos ensayos interminables. Oh, Georgie, mira el reloj de la iglesia. Es precioso.

—Encantador, sí —dijo Georgie con aire ausente—. Le dije a Daisy que sencillamente no pensaba ser ordenado caballero todos los días... De tanto golpe me voy a quedar sin hombros.

—Y creo que eso debe de ser el Ayuntamiento —anunció Lucía—. Me parece perfecto, lo de no ser ordenado caballero tan a menudo. Qué acuarelas tan preciosas vas a hacer.

—Tendríamos un montón de habitaciones para todos en el *cottage* —dijo Georgie—. Espero que haya un salón para los criados.

—Estarán entrando y saliendo todo el día de Mallards, y allí hay un encantador salón para los criados.

—Si puedo alquilarlo, lo alquilaré —sentenció Georgie—. Intentaré poner en alquiler mi casa en Riseholme, aunque desde luego no dejaré allí mis tesoritos. Otros años me han hecho ofertas por la casa. Espero que a Foljambe le guste Tilling... Me haría muy desgraciado si no le gustara. Agua tibia en la bañera, toda la ropa llena de pelusas...

Entre tanto, se hizo la hora de regresar a la posada, aunque Georgie suspiraba por echarle otro vistazo a su *cottage*, y Lucía por hacer lo propio en Mallards, y no pudieron evitar subir de nuevo. Pero justo cuando doblaron la esquina, se oyó cómo se abría la ventana del cenador de la señorita Mapp y se vio que una mano hacía ondear un pañuelo blanco. Podía haber estado bordado en oro y plata.

—Georgie, ¿qué puede ser eso? —susurró Lucía—. Debe de ser una señal de algún tipo. ¿O era la señorita Mapp deseándonos las buenas noches?

—No es muy probable —contestó él—. Espera un segundo.

Apenas había dicho aquello cuando la señorita Coles, seguida de la jadeante señora Plaistow se apresuraron a subir los tres peldaños que conducían a la entrada principal de Mallards, tras cuya puerta desaparecieron.

—Diva Godiva y la Pintoresca Irene —dijo Lucía—. Debe de haberles hecho una señal.

—O bien podría ser una simple coincidencia... —repuso Georgie.

Lucía pensó que ni siquiera valía la pena replicar a una sugerencia tan pueril.

¡Por supuesto que era una señal, y una señal acordada desde hacía mucho tiempo! Porque el hecho de que la señorita Mapp encontrara un inquilino para Mallards era un asunto que concernía muy directamente a varios propietarios de Tilling, y había prometido a Diva y a la Pintoresca Irene hacerles una señal ondeando un pañuelo desde la ventana del cenador a las seis en punto exactamente, pues para entonces ya era razonable suponer que sus visitantes habrían abandonado la casa. Aquellas dos damas, que llevarían un rato rondando por la calle, un poco más abajo de la casa, cuando lo vieran, se apresurarían a reunirse con la señorita Mapp para compartir con ella las noticias frescas.

El interés de las tres mujeres en aquel negocio estaba claro. Ocurría que si la señorita Mapp conseguía alquilar Mallards, había prometido coger en alquiler la casa de Diva —llamada Wasters— durante dos meses a razón de ocho guineas la semana (en este caso la casa era mucho más pequeña que la suya), y Diva, a su vez, ocuparía la casa de Irene, llamada Taormina (aún más pequeña, casi minúscula), por cinco guineas semanales; Irene, a su vez, cogería un *cottage* (este no tenía ni nombre) de cuatro habitaciones propiedad de un labriego a las afueras del pueblo, por dos guineas a la semana. El labriego, que estaría cosechando en agosto y recogiendo lúpulo en septiembre, viviría con su familia en una especie de chiscón, por el que no pagaría ni un penique, naturalmente, faltaría más. Así pues, desde lo más alto a lo más bajo de la pirámide de arrendadores y arrendatarios, todos salían ganando con la operación, pues todos recibían más de lo que pagaban, y todos disfrutarían de un cambio saludable sin tener que preocuparse de gastar en viajes ni hoteles. Cada una de esas damas se despertaría por la mañana en una habitación desconocida, se sentaría en una silla que no le pertenecía, leería libros ajenos (y posiblemente también las cartas que fueran llegando al buzón), admiraría los cuadros de otros, se imbuiría de todos los estímulos de un nuevo e inusitado ambiente, y todo ello sin el engorro de tener que abandonar Tilling en absoluto. Ningún verdadero tillinguense que tuviera a gala serlo podía sentirse realmente feliz lejos de su pueblo; los forasteros eran una gente muy rara, cualquiera se fiaba de ellos, y si a uno no le gustaba la comida que le daban por ahí, era imposible contratar a otro cocinero para un hotel del cual uno no fuera propietario. Todos los años, cuando llegaba el verano, se ponía en marcha esa especie de estructura piramidal de alquiler de casas en Tilling, así que el fenómeno era de lo más popular. Y en esta ocasión todo dependía del éxito a la hora de alquilar Mallards: porque si Elizabeth Mapp no lograba alquilar Mallards, entonces no podría trasladarse a la Wasters de Diva, ni Diva a la Taormina de Irene.

Así pues, Diva e Irene se apresuraron a pasar al cenador ansiosas de conocer qué sorpresas les depararía su futuro; Irene se adelantó a grandes pasos, con aquel tranco largo y masculino suyo que posibilitaba que pudiera aguantarle el paso sin ninguna dificultad al mismísimo mayor Benjy, mientras la paticorta Diva marchaba detrás, con aquel movimiento rápido de pies que era como el desplazamiento saltarín de un tordo sobre el césped.

—Bueno, Mapp, dinos, ¿hubo suerte? —preguntó Irene.

La señorita Mapp esperó hasta que Diva entró del todo.

—Creo que os haré esperar un poco —dijo con aire juguetón. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Oh, vamos —protestó Irene—. Sé perfectamente por tu expresión que la has alquilado. De lo contrario tendrías todo arrugado el morro.

La señorita Mapp, aunque no había duda alguna sobre quién era la *reina social* de Tilling, algunas veces sentía que había en el ambiente algunos síntomas muy feos de signo bolchevique, sobre todo cuando la Pintoresca Irene le hablaba de aquel modo tan poco respetuoso. E Irene tenía un espantoso don para la mofa mímica, lo cual constituía un arma muy rudimentaria, pero de efectos formidables. Lo más prudente con los imitadores era ser amable con ellos.

—Paciencia, un poco de paciencia, querida... —dijo la señorita Mapp con aire delicado—. Si sabes que la he alquilado, ¿por qué esperas a que yo te lo confirme?

—Porque me gustaría que me ofrecieras un cóctel o algo —respondió Irene—. Si me pides uno, podemos seguir jugando al gato y al ratón todo lo que quieras.

—Bueno, ¡la he alquilado para agosto y septiembre! —anunció la señorita Mapp, prefiriendo abandonar su juego a tener que prepararle a Irene un cóctel—. Y he tenido una suerte bárbara con mi inquilina. No he conocido nunca una mujer más dulce que la querida señora Lucas...

—Gracias a Dios —dijo Diva, resoplando y arrojando su silla a la mesa que aún no había sido retirada—. Dame una taza de té, Elizabeth, amor. No he podido probar bocado en todo el día. Estaba preocupada por que no pudieras alquilar Mallards.

—¿Y cuánto le vas a soplar a esa alma cándida? —preguntó Irene.

—¿Perdón, querida? —dijo la señorita Mapp, de quien no se esperaba en absoluto que pudiera encontrar sentido a una expresión tan vulgar.

—Que cuánto le vas a sacar. ¿Cuánto te va a pagar esa desdichada? —repitió Irene con impaciencia—. ¡La pasta!

—Dio por buena la primera oferta que yo sugerí —contestó la señorita Mapp—. No estoy segura, por lo demás, de que nada aparte de lo que te he dicho pueda considerarse de tu incumbencia.

—No estoy de acuerdo con eso —dijo la chica pintoresca—. Debería basarse en una especie de escala gradual. Si le vas a cobrar un ojo de la cara, Diva debería hacerte pagar un ojo de la cara por su casa, y yo debería hacerle pagar a Diva un ojo de la cara por la mía. Igualdad, Fraternidad, Oftalmología.

La señorita Mapp burbujeó con una risa encantadora e hizo sonar la campanilla para que trajeran el cóctel de Irene, lo cual podría evitar que siguiera dando la matraca con aquel asunto, pues la escala gradual de doce, ocho y cinco guineas semanales había sido la base de los cálculos previos, y eso no tenía por qué cambiarse. Sin embargo, si Lucía aceptaba de tan buen grado pagar más, eso no era asunto de nadie, desde luego, salvo de las partes contratantes. Irene, calmada ante la perspectiva de su cóctel, ya no continuó con aquel peligroso tema, pero se sentó al piano de la señorita Mapp y picoteó el *Dios salve al rey* con un dedo dubitativo. El cóctel llegó justo cuando terminó.

—Gracias, querida —dijo la señorita Mapp—. Muy bonita la música.



—¡Ahí estamos! —exclamó Irene—. Y por cierto, ¿vas a cobrarle un extra a la señora Lucas por utilizar este delicado y viejo instrumento?

La señorita Mapp se sintió aguijoneada y respondió furiosa con una contestación vehemente y directa:

—No, querida, no le voy a cobrar más —dijo, y añadió—: ya que estás tan interesada en asuntos que no te incumben.

—Vale, vale... No quería molestar... —se disculpó Irene—. Gracias por el cóctel. Pásate mañana entre las doce y la una por mi estudio si quieres ver a un hombre bien hecho. Ahora me tengo que ir a prepararme la cena. *Au reservoir!*

La señorita Mapp terminó las pocas fresas que Diva había dejado intactas y suspiró.

—Nuestra querida Irene tiene un no sé qué de ordinario en su carácter, Diva —dijo—. No tengo nada en contra de ella, que quede claro, pero es que simplemente se trata de alguien muy vulgar. ¡Qué triste! Todo lo contrario que la querida señora Lucas... *Educadísima*: unas pizquitas de italiano preciosamente pronunciadas. Y tan encantada con todo...

—Deberíamos visitarla, ¿tú crees? —preguntó Diva—. Por el luto, ya sabes...

La señorita Mapp se lo pensó un momento. Un plan sería acoger a Lucía bajo su manto, dado que insistía en quedarse allí; otro, dejar que se supiera en Tilling que no deseaba que la visitaran (si era eso lo que quería). Eso contaría con el respaldo de Tilling entero, porque si había algo que el pueblo odiara era todo lo que (a pesar de la ropa de luto) pudiera ser interpretado como indicativo de que uno se daba aires de superioridad. Aunque Lucía solo se quedaría dos meses en Tilling, la señorita Mapp no quería que fuera demasiado popular por sí misma. Quería... quería tener a Lucía metida en su bolsillo, llevarla de la mano y mostrársela a Tilling. Pero siempre bajo su control. Lo tenía todo planeado al milímetro.

—Ya lo averiguaré cuando venga —sentenció—. Se lo preguntaré directamente, porque en realidad ya me siento como una vieja amiga suya.

—Y el tipo que la acompaña, ¿quién es? —preguntó Diva.

—Nuestro querido señor Georgie Pillson. Se ocupó de mí del modo más afable cuando estuve en Riseholme durante un par de noches hace algunos años. Se hospedan en el Trader's Arms, y parten mañana.

—¿Qué? ¿Te refieres a que están ahí los dos *juntos*? —inquirió Diva.

La señorita Mapp inclinó levemente la cabeza hacia un lado, como si estuviera evitando algún leve y desagradable olor.

—Diva, querida —contestó—, aunque somos viejas amigas, lamentaría coincidir contigo en tu juicio. Demasiado calenturiento. Qué espanto. Has estado leyendo demasiadas novelas. Si la ropa de luto no es suficiente protección contra semejantes insinuaciones, me temo que una niñita con su vestido de bautizo no estaría más a salvo.

—Oh, por Cristo bendito, Dios me libre de hacer ninguna insinuación —dijo la atónita Diva—. Solo quise decir que se trataba de una cosa bastante atrevida... Y lo es. Todo lo demás está en tu cabeza, Elizabeth, no en la mía. Lo único que te pido es que no me lo atribuyas, y luego me digas que soy espantosa.

La señorita Mapp sonrió enseñando todos los dientes.

—Por supuesto, acepto tus disculpas, Diva querida —contestó—. Olvidado, sin rencores de ningún tipo.

—Pero si yo no me he disculpado... —exclamó Diva—. Eres tú la que debe hacerlo.

Para aquellos que no estuvieran acostumbrados a los modos habituales de relacionarse propios de las damas de Tilling, hay que decir que esta manera de hablar un tanto agria y directa bien podría denotar una seria fricción entre viejas amigas. Pero ni Elizabeth ni Diva albergaban semejantes sentimientos de animadversión. Se habrían sorprendido mucho si un observador imparcial hubiera imaginado algo tan absurdo. Esas ventoleras, incluso cuando eran mucho más violentas que esta, no eran más que brisillas vigorizantes, o ejercicios para mantener la cabeza en forma. Sin malicia.

—¿Otra taza de té, querida? —dijo la señorita Mapp, aparentando toda la amabilidad del mundo.

Aquello era muy propio de ella, pensó Diva: típico de Elizabeth. Cuando bien la lógica o los buenos sentimientos la colocaban en una situación imposible, se escabullía y te preguntaba si te apetecía un poco más de té frío o de cordero frío, o de lo que fuera.

Diva cedió. Sabía que no estaba a su altura, y aceptó una taza más de té.

—Entonces, respecto a nuestros negocios... —prosiguió—, si todo está acordado...

—Sí, querida: solucionado, solucionado —sentenció Elizabeth.

Diva se tragó una regurgitación de rencor, y continuó como si no hubiera sido interrumpida.

—... La señora Lucas tomará posesión de la casa el primero de agosto —dijo—. Es decir, que supongo que querrás entrar en Wasters ese mismo día.

—Ese día, a primera hora, efectivamente. Si es que puedes organizarlo —respondió Elizabeth—. Quiero darles a los criados tiempo para que lo limpien y lo adecenten todo. Me gustaría pasar por allí por la mañana, y mis criados irían después. Así es más fácil organizado todo.

—Entonces, hay una cosa... —dijo Diva—. Los frutos del huerto. Te llevarás tus propias hortalizas, supongo.

La señorita Mapp dejó escapar un gorjeo de risillas.

—No creerás que voy a arrancar todas mis patatas y a recolectar las judías y a esquilmar los árboles frutales —replicó—. Más bien yo pensaba (corrígeme si me equivoco) que mis ocho guineas semanales por tu pequeña casita incluirían los productos del huerto, que es lo que realmente nos importa a ti y a mí. Creo que fue eso lo que acordamos.

Mientras decía eso, la señorita Mapp se inclinó hacia delante con el aire de estar compartiendo una jugosa información secreta.

—Y déjame que te cuente algo apasionante —añadió—. Dio la casualidad de que estaba yo asomándome a la ventana solo unos minutos antes de haceros la señal, y ahí estaban la señora Lucas y el señor Pillson curioseando como chiquillas exploradoras... Desde luego, sin ninguna duda, estaban cotilleando por las ventanas del Mallards Cottage. No pude evitar preguntarme si el señor Pillson estaría pensando en alquilarlo. Parecían estar completamente absortos. Se pone en alquiler, porque Isabel Poppit ha cogido un pequeño *bungalow* playero sin agua corriente que hay cerca del campo de golf.

—Apasionante... —dijo Diva—. Hay una puerta en la empalizada entre ese pequeño jardín trasero en Mallards Cottage y tu jardín. Podrían tenerla abierta...

Se detuvo, porque aquello conducía a la misma concatenación de ideas por la que ninguna de ellas se había querido disculpar antes.

—Pero aunque el señor Pillson estuviera pensando en alquilarlo, ¿qué podríamos hacer nosotras para remediarlo, Elizabeth? —preguntó.

La señorita Mapp se inclinó para inspirar el perfume de las rosas que tenía en un precioso jarrón de flores y que había cortado aquella misma mañana, preparando la visita de Lucía.

—Nada particular, querida —contestó—. Era solo una de mis ideas disparatadas... Tú y yo podríamos alquilar Mallards Cottage entre las dos, si te parece bien. La encantadora Isabel solo está pidiendo cuatro guineas a la semana por él. Si da la casualidad de que el señor Pillson... bueno, es solo una especulación... Si da la casualidad de que quiere alquilarlo, podríamos pedir... digamos... ¿seis? Muy baratito: seis guineas.

Diva se levantó.

—¡Quieta ahí! —exclamó—. ¿Y si el señor Pillson no lo quiere alquilar? Pongamos por caso... una pura especulación.

—A lo mejor sería muy arriesgado, tienes razón —admitió la señorita Mapp—. Y, ahora que lo pienso, posiblemente... posiblemente solo coincidió que vi de soslayo a mis amigos dando una vuelta (¿no lo llaman *así* ahora?).

—Oh, *indudablemente* —aseguró Diva—. Aquí no hay «posiblemente, posiblemente» que valga.

La señorita Mapp hizo una mueca momentánea ante aquella aguda apreciación, y cambió de asunto.

—Dispongo de poco más de un mes, entonces, en mi querida casita —dijo—, antes de que tenga que abandonarla. Tengo que explorar todas las posibilidades, e ingeniar un montón de pequeñas diversiones para todos vosotros.

Georgie y Lucía dieron otro largo paseo por el pueblo después de cenar. Los grandes hitos cósmicos se comportaron admirablemente: era como si el espíritu de Tilling hubiera dispuesto que el sol, la luna y las estrellas ofrecieran de consuno sus magistrales artes publicitarias en su beneficio, pues apenas los resplandores del atardecer cesaron en su refulgir sobre los rojizos muros y los tejados, y de embermejar los rasgados jirones de niebla que serpenteaban sobre las marismas, una enorme luna apareció en el momento justo por oriente y ejecutó los nocturnos más maravillosos en colores negro y plata.

Se toparon con una gran torre gris, probablemente de época normanda, que aún seguía vigilante frente al mar, con una puerta eduardiana adornada de torreones redondos que miraban tierra adentro; y también con una plataforma a modo de mirador construida sobre una empinada cuesta en la parte oriental del pueblo. El perfume de los espinos en flor que crecían allí llegó hasta ellos mientras detenían el vagar de su mirada en un faro que parpadeaba en la distancia. En otra calle había multitud de *cottages* isabelinos de ladrillo y madera, muy pintorescos, pero de escaso interés para los nativos de Riseholme, que ya estaban muy acostumbrados a ellos. En su paseo se toparon con

personajes de lo más interesante: mientras aquel refulgente atardecer tenía lugar ante sus ojos, vieron a la Pintoresca Irene sentada en una silla plegable, en mitad de una calle, con sus pantalones bombachos y sin sombrero, pintando un cuadro de lo más llamativo. Debía de representar el Día del Juicio Final, porque el mundo entero aparecía envuelto en llamas. Justo cuando pasaron a su lado, se le cayó el caballete, y ella empezó a gritar mirando al cielo.

—¡Maldito trasto de mierda...!

Luego vieron a Diva, que venía conejeando a toda prisa por la calle principal, cargando con una jaula de pájaros. Metió la cabeza por una ventana y gritó algo al interior.

—¡Eh, doctor Dobbie, por favor! ¡Mi canario ha tenido un ataque!

Desde otra ventana, también abierta y sin persianas, invitando sin duda al escrutinio público, salió una voz de barítono cantando a voz en grito *¿No vas a volver?* Se trataría, con toda seguridad, del Padre Birmingham, acompañado al piano por el pequeño ratoncillo gris. No pudieron alejarse de allí (de hecho, había un montón de gente escuchando que impedía el paso) hasta que no concluyó la canción, y luego se escabulleron calle arriba, hasta que llegaron a Mallards. Desde la casa, justo a sus pies, se escuchó un amortiguado grito: «*Quai-hai*». Los labios de Lucía formaron sin sonido las sílabas que componían «mayor Benjy, escribiendo sus diarios». Pasaron de puntillas junto a Mallards, porque el mirador del cenador estaba totalmente abierto, y así llegaron a Mallards Cottage.

—Georgie, este sitio es absolutamente fascinante —dijo Lucía—. Todos se comportan con exquisita naturalidad, y parecen tan humanos y fabriles...

—Si no alquilo Mallards Cottage, me muero —contestó Georgie.

—Pues debes. Hazlo. Ahora es hora de irse a la cama, aunque podría tirarme deambulando por ahí toda la noche. Debemos levantarnos temprano para estar en la inmobiliaria en cuanto abran. Woggles & Pickstick se llamaba, ¿no es así?

—Ahora me haces dudar... —dijo Georgie—. Era bastante parecido, pero creo que no era exactamente.

Una vez en el mesón, subieron al piso superior para irse a la cama: sus habitaciones se encontraban una al lado de la otra, con una puerta comunicante. Había un cerrojo por la parte de Georgie, así que se dirigió rápidamente a la puerta y echó el pestillo. En cuanto lo hizo, oyó una llave que se giraba lentamente al otro lado de la puerta. Se desvistió con el sigilo de un ladrón que estuviera merodeando alrededor de un palacete, pues de algún modo resultaba un tanto vergonzoso que él y Lucía fueran a dormir uno tan cerca del otro; se cepilló los dientes con una precaución infinita para no hacer ruido y se inclinó todo lo que pudo sobre el lavabo para expulsar (“escupir” sería una palabra excesivamente *ruidosa*) el agua con la que se había enjuagado la boca. No estaba dispuesto a tolerar que el rumor siquiera de esas maniobras íntimas pudieran llegar a oídos de la inquilina de la habitación vecina. Cuando estaba medio desnudo, recordó que el nombre exacto de los agentes inmobiliarios era Woolgar & Pipstow, y deseó ir a llamar a la puerta de Lucía y decírselo a voz en grito, pero al otro lado de la puerta reinaba un silencio sepulcral, así que quizá Lucía ya estaría dormida. ¿O es que estaba siendo tan sigilosa como él?

Comoquiera que fuese (especialmente si era esto último), no debía permitir que la revelación de su presencia llegara hasta ella.

Se metió en la cama y apagó la luz. Eso sí que pudo hacerlo bastante descaradamente: ella podía oírlo si quería, porque lo único que anunciaba era que todo había terminado. Luego, a pesar de aquel largo día al aire libre, que debería haberle provocado algo de sueño, se descubrió terriblemente desvelado, pues el *asunto* que había ocupado su mente de tanto en tanto, ensombreciéndolo con ligeras aprensiones, desde la muerte de Pepino, se le presentaba en los más vivos colores. Durante años, como una divertida fantasía en Riseholme, se había dado por hecho que él era el *amante* —impecablemente platónico, pero sin duda ferviente— de Lucía: de alguna manera aquella curiosa ficción había prosperado entre el gentío, y desde luego tanto Lucía como él la habían alimentado a sabiendas de que era equívoca. Ella había permitido que se diera por sentado que era así, y que aceptaba aquel casto fervor. Pero ahora que su año de luto estaba a punto de cumplirse, ante Georgie se presentaba el espantoso hecho de que muy pronto no habría ninguna maldita razón por la que él no pudiera reclamar su recompensa por todos aquellos años de devoción y cambiar su apasionado celibato por un matrimonio incluso más apasionado. Resultaba ciertamente perturbadora la idea de que, antes de que terminara el verano, quizá pudiera tener derecho a llamar a esa misma puerta comunicante, o a alguna como aquella que tan cuidadosamente había cerrado con pestillo (y ella había cerrado con llave) y preguntar: «¿Puedo pasar, querida?». Pensó que las palabras se le congelarían en los labios antes de que pudiera proferirlas.

¿Acaso Lucía esperaba que él le pidiera matrimonio? Allí estaba el cogollo de la cuestión, y su imaginación procedió a picarlo en ensalada. Durante años habían actuado como si ambos se dispensaran mutuamente una devoción inmaculada, pero ¿qué pasaría si por su parte (es decir, por parte de Lucía) no había pose ninguna en absoluto, sino una horrible realidad? ¿Acaso había estado favoreciendo esa esperanza, atreviéndose a quedarse en aquel hotel en aquellas circunstancias tan comprometidas? En sus horribles meditaciones nocturnas, aquello se le reveló de repente terriblemente probable. Había sido muy temerario al viajar a Tilling a solas con ella, y durante toda la tarde había seguido comportándose de un modo igual de temerario. Incluso había llegado a decir que la vida no valía la pena si no podía conseguir alquilar Mallards Cottage, que estaba, recordemos a menos de un tiro de piedra (podía incluso lanzar una piedra bastante más lejos) de la casa en la que Lucía iba a vivir sola. ¡Sola! Parecía como si, en realidad, fuera la proximidad a Lucía lo que hacía que el *cottage* resultara tan deseable. ¡Si ella supiera lo embarazosa que resultaba su proximidad precisamente entonces, justo cuando se disponía a irse a la cama...!

Lo que estaba claro es que Lucía siempre conseguía lo que quería. Él estaba seguro de que Lucía poseía una especie de fuerza inhumana (muy diferente a los violentos ladridos y refriegas con que se despachaba la pobre Daisy) que conseguía que las cosas acontecieran conforme a sus deseos. Él se había adherido a sus planes con un entusiasmo tal que simplemente era comprensible que ella lo interpretara favorablemente: apenas hacía un par de horas había afirmado con toda solemnidad que debía alquilar Mallards Cottage, y la cosa se daba ya por hecha, pues al día siguiente iban a desayunar a las ocho

de la mañana con la idea de ir a la inmobiliaria (Woggle & Pipsqueak, ¿no era así?), en cuanto abrieran sus puertas. Para ella todo era siempre de la misma manera: conseguía todo lo que quería. «Pero a mí no me tendrá, eso sí que no. Nunca, jamás», pensó Georgie. «Desde luego, no *podría* casarme con ella. Lo único que quiero es vivir tranquilamente y dedicarme a mi costura y a mis acuarelas, y disfrutar mucho de Lucía, y tocar todos los duetos del mundo con ella, pero de casarme con ella, eso nada. Y Dios quiera que tampoco ella quiera casarse conmigo».

Lucía, por su parte, también estaba tumbada y despierta, en la habitación de al lado, y si cualquiera de ellos hubiera podido saber lo que el otro estaba pensando, ambos habrían caído de inmediato en un placentero sueño, en vez de carraspear y dar vueltas, que era lo que estaban haciendo. Lucía también sabía que durante años ella y Georgie habían permitido que se diera por hecho que estaban mutuamente enamorados, y que ambos habían fomentado del mismo modo aquella suposición. Se había producido un interludio, es verdad, cuando aquella prodigiosa Olga Bracely brilló sobre Riseholme (como los luceros nocturnos, cantando), pero iba a estar fuera de Inglaterra durante un año; además, estaba casada, y aunque no lo hubiera estado, con toda seguridad con quien no se habría casado era con Georgie. «Así que no es necesario meter en esto a Olga», pensó Lucía. «Es una cuestión que solo nos atañe a Georgie y a mí. ¡Pobre Georgie: estaba tan contento cuando volví a ser yo misma, y qué rápido se aprestó al plan de venir a Tilling y pasar la noche aquí...! ¡Y cómo se aferró a la idea de alquilar Mallards Cottage en cuanto supo que yo alquilaría Mallards! Me temo que le estoy dando demasiadas esperanzas... Él sabe que mi año de luto casi ha pasado, y en las mismísimas vísperas de su cumplimiento, voy y me lo llevo de excursión, a solas conmigo. Dios mío, parece como si efectivamente se lo estuviera pidiendo... ¡Es absolutamente horrible!».

Aunque todo estaba bastante oscuro, Lucía sintió cómo se ruborizaba.

«¿Qué demonios voy a hacer?», se preguntó, prosiguiendo con aquellas perturbadoras reflexiones. «Si me pide que me case con él, desde luego debo rechazarlo, pues no podría contraer matrimonio con él: es absolutamente imposible. Y luego, cuando le diga que no, él tendrá todo el derecho a rebelarse contra mí y decirme que yo llevo años provocándole. Me he tirado la noche dando paseos a la luz de la luna junto a él, y en este momento estoy a solas con él en una posada junto al mar. ¡Oh, Dios mío! ¡Ay, Dios!».

Lucía se incorporó en la cama como animada por un resorte y escuchó. Rezó para oír ronquidos en la habitación de al lado, porque eso demostraría que la idea de hacer efectiva su larga devoción por ella no había conseguido mantenerlo despierto. Pero al otro lado de la puerta no se oía ni una mosca.

«Debo hacer algo al respecto. De mañana no pasa», se dijo, «porque si permito que las cosas sigan por este camino, los dos próximos meses serán una sucesión insoportable de ataques de nervios. Debo dejarle absolutamente claro que no me voy a casar con él incluso antes de que se le pase por la cabeza pedírmelo. No soporto la idea de hacerle daño a Georgie, pero quizá le duela menos si le dejo claro de antemano que no tiene ninguna posibilidad conmigo. Le soltaré algo sobre la belleza de la amistad no enturbiada por la pasión. O sobre la tranquilidad de los sentimientos que la edad trae consigo... Oh, ahí está ese reloj de la vieja iglesia dando las tres. Seguro que va adelantado».

Lucía se volvió a arrebujar entre las sábanas: al final se estaba quedando dormida.

«Mallards», se dijo. «La Pintoresca Irene... Woffles &... ¿cómo era? Bueno, Georgie se acordará. Tilling es fascinante... intrigante, también... lleno de personajes de una fuerte personalidad con los que convivir... Hay una enorme variedad de ellos, pero creo que podré controlarlos a todos... ¿Y qué pensar de la señorita Mapp? Esas sonrisas... Pero ya me ocuparé de eso por la mañana...».

Lucía se despertó de su duermevela por un sonoro ronquido, y durante un agónico instante pensó que había sido Georgie —a quien había esperado oír roncar—, que de pronto se encontraba a su lado, metido en la cama con ella. Aquel sobresalto pesadillesco se pasó rápidamente, y se percató de que había sido ella la que había estado roncando. ¡Después de todas las molestias que se había tomado para impedir que ningún tipo de ruido atravesara aquella puerta!

Georgie lo oyó. Vaya si lo oyó. Estaba cogiendo el sueño también, sobreponiéndose a sus desasosegantes reflexiones, pero estaba lo suficientemente despierto como para darse cuenta de dónde había venido aquel ruido.

«Y encima ronca...», pensó, y se durmió.

A penas eran las nueve de la mañana cuando salieron en dirección a la inmobiliaria. La alta sociedad de Tilling aún estaba tranquilamente en cama, no eran horas. Pero había un pregonero municipal ataviado con una casaca azul tocando una campanilla en High Street y proclamando que se cortarían el suministro de agua aquel día entre las doce del mediodía y las tres de la tarde. Resultó difícil llegar a la inmobiliaria, porque la calle donde se encontraba estaba siendo sometida a una excavación implacable y ellos habían elegido el lado equivocado de la calzada, y aunque vieron la inmobiliaria enfrente de ellos cuando ya habían bajado la mitad de la vía, aún tuvieron que dar un largo rodeo para acceder a la puerta.

—Pero qué típico es todo esto, por Dios, qué encantador... —dijo Lucía—. Naturalmente hay un pregonero municipal, y por supuesto las calles están levantadas. No seas tan impaciente, Georgie. Ah, podemos cruzar por aquí...

Después se produjo un hecho cargado de cierto suspense.

—La ocupante actual de Mallards Cottage —explicó el señor Woolgar (o a lo mejor era el otro, el señor Pipstow)— esperaba alquilarlo durante tres meses, julio, agosto y septiembre. No estoy seguro de que quiera considerar...

—En ese caso seguramente podría llamarla usted —interrumpió Georgie— y decirle que ha recibido una oferta para dos meses.

El señor Woolgar (¿o era Pipstow?), le dio vueltas a una manivela como las que se utilizan para arrancar los coches un poco antiguos, y entonces sonó un timbre. A una señal, pronunció un número, y entró en comunicación con el *bungalow* playero desprovisto de agua corriente.

—Lo siento mucho, señor —dijo—, pero la señorita Poppit ha salido para tomar su baño de sol en las dunas de arena. Según me dicen, habitualmente toma el sol durante unas tres horas, si es que hace bueno.

—Pero nos tenemos que ir esta misma mañana —protestó Georgie—, ¿no puede su criado, o su camarera, o quien sea, ir a buscarla a las dunas y preguntarle?

—Preguntaré, señor —accedió el señor Woolgar comprensivamente—. Pero hay cerca de dos millas de dunas, y puede estar en cualquier parte.

—Por favor, pregunte —pidió Georgie.

Hubo un espantoso espacio de tiempo durante el cual el señor Woolgar estuvo diciendo todo el rato cosas como «naturalmente», «desde luego», «entiendo», «sí, querida», con la voz más tediosa y monótona que uno pudiera imaginar, en respuesta a una especie de ruidosa e ininteligible cháchara que se escuchaba procedente del otro lado del teléfono.

—Absolutamente imposible, me temo —anunció al final—. La señorita Poppit solo tiene una criada, y tiene que quedarse allí, pendiente de la casa. Además, a la señorita Poppit le gusta... le gusta la privacidad, quiero decir, cuando está tomando el sol.



—Pero qué fastidio... —gruñó Georgie—. ¿Y qué podemos hacer?

—Bueno, señor, podría usted preguntarle a la madre de la señorita Poppit. Ahora la señora Wyse. Recién casada, ya sabe. Una boda preciosa. La casa que usted quiere alquilar es de su propiedad, realmente.

—Ah, ya sé —interrumpió Lucía—. La de las martas cibelinas y el Rolls-Royce. Y el señor Wyse, por lo que he visto, gasta un monóculo.

—Ah, si conoce usted a la dama, señora, sería perfecto. Yo puedo darle su dirección. Starling Cottage, Porpoise Street. Se la escribiré a usted en un papelito.

—Georgie, ¡Porpoise Street! —susurró Lucía en un aparte emocionado—. Qué nombre tan exótico. *Com' e bello e molto peculiarissimo!*

Mientras todo esto tenía lugar, Diva entró repentinamente en la oficina, y empezó a parlotear antes de ni siquiera haber traspasado la puerta. Siguió un corto y tempestuoso interludio.

—... Nos días, señor Woolgar —dijo Diva—. Ya he alquilado Wasters, así que puede usted quitarlo de su catálogo; una mañana estupenda.

—Desde luego, señora —contestó el señor Woolgar—. Muy agradable. Y espero que su pequeño y querido canario se encuentre mejor.

—Todavía vive y ya no sufre tanto, gracias. ¡Pepita! —gritó Diva, y se lanzó de cabeza a las excavaciones exteriores antes de perder tiempo siquiera en darse la vuelta.

El señor Woolgar al parecer entendió que «pepita» no era el nombre del pájaro, sino una enfermedad de los canarios, y no dijo «Hasta luego» ni le envió sus mejores deseos a «Pepita». La tranquilidad regresó a la oficina.

—Voy a llamar a la señora Wyse para decirle que irá usted a visitarla, señora —dijo el hombre—. Déjeme ver... ¿Cuál era su nombre? Se me ha ido de la cabeza en este momento...

Dado que en ningún momento se lo habían dicho, era difícil entender cómo diablos se le había ido de la cabeza.

—Señora Lucas y señor Pillson —respondió Lucía—. Y por cierto, ¿dónde está Porpoise Street?

—A dos minutos andando de aquí, señora. Como si subiera usted hacia Mallards, pero girando primero a la derecha un poquito antes.

—Muchas gracias —dijo Lucía—. Sé dónde está Mallards.

—La mejor casa de Tilling, señora —aseguró el señor Woolgar—, si es que estuviera usted buscando algo un poco más grande que Mallards Cottage. La tenemos en catálogo, también.

El orgullo de quien ya tiene algo en sus manos tentó a Lucía durante un instante a decirle: «Ya la he alquilado», pero se contuvo. Las complicaciones que podrían haber surgido, si hubiera preguntado por el precio, habrían sido interminables...

—Hay muchas casas en alquiler en Tilling, ¿verdad? —dijo.

—Por esta época del año hay un extraordinario número de viviendas en alquiler —dijo el señor Woolgar—, pero todas se arriendan rápidamente. Aquí en Tilling a muchas señoras les gusta disfrutar de un pequeño cambio en verano.

Dado que el tiempo era oro, y que Georgie estaba ya a punto de sufrir un ataque de

nervios, tras esa advertencia de que alguien se le pudiera adelantar y se quedara con Mallards Cottage (aunque la propietaria se encontraba a buen recaudo en las dunas de arena en aquel momento), resultaba imposible rodear las excavaciones de la calle e, imitando a Diva, se arriesgaron a tomar un intrépido atajo entre tuberías de gas y cañerías de agua y soldados y ladrillos para llegar al otro lado. Una lamentable salpicadura de barro se estampó en los pantalones de color beis de Georgie cuando pisó un charco, lo cual fue muy engorroso, pero era inútil intentar cepillarlo hasta que no estuviera seco. Mientras subían la ya familiar calle hacia Mallards, atisbaron a la Pintoresca Irene asomándose por la ventana superior de una casita pequeña, intentando quitar un cartel que colgaba en el exterior y que anunciaba que aquella casa, también, estaba en alquiler: el hecho de que lo estuviera quitando parecía indicar que a partir de ese momento ya no estaba disponible. Justo cuando pasaban por allí, el cartel, que estaba pintado con los colores más asombrosos, se le escurrió de las manos y se estrelló contra la acera: Diva, que en ese preciso instante salía por la puerta de la casa, se libró por muy poco de morir. El cartel se rompió en mil pedazos a sus pies, y Diva levantó la cabeza y lanzó un aullido. Entonces, viendo a Irene, le gritó:

—No ha sido nada, querida.

E Irene, con voz airada, exclamó:

—¿Nada, dices? Me has hecho añicos el cartel. ¿Por qué no lo has cogido, so estúpida?

Por única respuesta recibió un bufido de infinito desprecio, y Diva se alejó rápidamente por la calle principal.

—¿Pero si esto es mismamente como una partida del Correo General<sup>[25]</sup>, Georgie! —dijo Lucía asombrada—. Y nosotros también estamos jugando. ¿Se están alquilando las casas unos a otros? ¿O es que estoy soñando?

—No me importa a quién se las estén alquilando —dijo Georgie— siempre que yo me pueda quedar con Mallards Cottage. Oh, este barro asqueroso de mis pantalones, no me atrevo siquiera a intentar cepillarlo... ¿Qué pensará la señora Wyse cuando me vea? Bueno, en fin, aquí está Porpoise Street. Mira, Starling Cottage, isabelino también.

La puerta era de roble antiguo, sin picaporte, pero con una cinta para la colanilla<sup>[26]</sup>, en el estilo isabelino más riguroso. También había una gruesa cadena con su pátina de bronce verde colgando al lado, que Georgie razonablemente imaginó que serviría como llamador, así que tiró de ella. Una campanilla de bronce, que él no había visto, pendiendo sobre su cabeza, estalló en un clamor que se podría haber escuchado no solo en la casa, sino en todo Tilling y en parte de la comarca. Georgie retrocedió del susto. Entonces, en el interior se manipularon pestillos y cerrojos y se les hizo pasar al interior de una sala en la que se distinguían dos estilos claramente diferenciados. Vigas de roble cruzaban el techo, vigas de roble se entrecruzaban en las paredes: había una gran chimenea abierta de ladrillos grises holandeses, y a cada lado del hogar sendos bancos contruidos con otros trozos de viga de roble para sentarse. Las ventanas estaban enrejadas y tenían unas palancas antiguas para controlarlas; había una larga mesa rectangular y un mueble especiero, y algunas jarras de peltre y un cofrecillo para Biblias y un baúl antiguo. Todo esto era de un estilo; y luego venía el otro, pues la sala estaba

repleta de maravillosos objetos de muy distintas clases. La mesa larga estaba cubierta con fotografías colocadas en marcos de plata: una era de un hombre uniformado y con muchas condecoraciones, con un cartelito con el nombre de Cecco Faraglione; otra, de una dama en vestido de gala con una enorme cantidad de plumas en la cabeza, con el nombre de Amelia Faraglione. Otra del rey de Italia; otra, de un hombre con levita, cuyo nombre era Wyse. Delante de los retratos, bastante ostentosamente, había una caja púrpura de marroquinería en la cual descansaba la cinta y la cruz de Miembro de la Orden del Imperio Británico. En una esquina había un gabinete de porcelana con un jarrón de malaquita encima; había una mesa *auxiliar* cuya superficie estaba compuesta de mosaicos de mármol; había un piano de madera satinada cubierto con un bordado; una palmera, un sofá de terciopelo verde en el que descansaba, en un extremo, un abrigo de pieles. Todas estas cosas constituían refinamientos posisabelinos.

Mucho antes de que Lucía tuviera tiempo de admirarlas todas, se oyeron unos tintineos tras la puerta sobre la que colgaba una cortina de cuentas y abalorios, y entró la señora Wyse.

—Siento mucho haberla hecho esperar, señora Lucas —se disculpó—, pero pensaban que estaba en el jardín, y estaba en mi *boudoir*. Y debe disculparme usted por mi *deshabillé*, es solo la ropa de ir de compras. Y usted es el señor Pillson, ¿verdad? Encantada. Por favor, siéntense.

Trasladó el abrigo de martas cibelinas desde el extremo del sofá al asiento de la ventana.

—Acabamos de ir a ver al agente inmobiliario —explicó Georgie con gran apresuramiento, mientras ocultaba su pernera embarrada—. Nos dijo que usted podría ayudarme.

—Desde luego, estaría encantada, si puedo. Le ruego que me diga en qué puedo servirle —dijo la señora Wyse. Parecía ignorar por completo en qué podría serle ella de alguna utilidad a Georgie.

—Mallards Cottage —aclaró Georgie—. Parece que no hay ninguna posibilidad de alquilárselo a la señorita Poppit, y nosotros tenemos que marcharnos antes de que ella regrese de tomar el sol. Me volvería loco si pudiera alquilársela durante agosto y septiembre.

La señora Wyse hizo un pequeño ruidillo, como de arrullos de palomo.

—¡Mi querida Isabel! —exclamó al fin—. Mi hija. ¡Lleva toda la mañana fuera, en las dunas de arena! ¿Y si le asalta un vagabundo? A ella, digo. Pero no hay manera: ella lo llama la Browning Society, y dice que no debe perderse ni una reunión. ¡Qué aguda y qué lista! Browning, no por el poeta, sino por la acción del sol<sup>[27]</sup>...

—¡Pero qué divertido...! —dijo Georgie—. Y respecto a Mallards Cottage...

—La casita es mía, y sin duda el señor Woolgar les habrá avisado de ello —explicó la señora Wyse, olvidando que apenas sabía nada de todas esas operaciones—, pero naturalmente pueden ustedes ir y verla, antes de acordar nada... Ah, aquí está el señor Wyse. Algernon, querido: la señora Lucas y el señor Pillson. El señor Pillson quiere alquilar Mallards Cottage.

Lucía pensó que no había visto jamás a nadie tan perfectamente correcto y educado

como el señor Wyse. Dedicó dos leves reverencias y dos sonrisas a cada uno mientras se dirigía a ellos, y lo hizo no de un modo condescendiente, ni tampoco rastrero, sino como una persona que actúa con toda naturalidad en su relación con sus iguales.

—De su precioso Riseholme, entiendo —le dijo a Lucía (haciendo también una reverencia a Riseholme entero)—. Y todos nosotros nos atrevemos a esperar que durante dos meses al menos el encanto de nuestra pintoresca (¿no le parece?), pequeña Tilling nos conceda a Susan y a mí mismo el inestimable placer de su vecindad. Aguardaremos el inminente agosto con entusiasmado anhelo. Recuérdame, querida Susan, decirle a Amelia lo que nos aguarda este verano. —Hizo sendas reverencias cuando dijo «agosto», «Susan» y «Amelia», y continuó—: Y bien, he oído que el señor Pillson —y al hacerle una reverencia a Georgie observó la mancha seca de barro en su pernera— está *detrás*, como dicen... *detrás* de Mallards Cottage.

Georgie, durante aquel bonito discurso que el señor Wyse les había endilgado, estaba tomando nota de su indumentaria y apariencia. Su rostro, pulcramente afeitado, con abundante pelo gris peinado hacia atrás desde la frente, era el de un actor que ha conocido tiempos mejores, pero que ha asistido a cenas en Windsor con la familia real. Llevaba una chaqueta marrón de pana de cuello byroniano, y una corbata prendida con un camafeo. Asimismo, unos bombachos marrones y medias deportivas, y unos bonitos zapatos de golf. Parecía como si estuviera a punto de irse directo al campo de juego con sus palos, y sin embargo parecía poco probable...

Georgie y Lucía emitieron educados murmullos de aprobación.

—Le estaba diciendo al señor Pillson que debería ver la casa primero —explicó la señora Wyse—. Hay unas llaves del *cottage* en mi *boudoir*, si tienes la amabilidad de ir a cogerlas, Algernon. Y el Rolls-Royce está en la puerta, veo, así que si la señora Lucas lo tiene a bien, iremos todos en el coche juntos, y les mostraré a ella y al señor Pillson lo que hay.

Mientras Algernon salía, la señora Wyse cogió la fotografía señalada con el nombre de Amelia Faraglione.

—Sin duda habrá usted reconocido el parecido familiar —le comentó a Lucía—. Amelia, la hermana de mi marido, se casó con el Conte di Faraglione, de la vieja nobleza napolitana. Este es.

—Encantadora —dijo Lucía—. Y se parece mucho al señor Wyse. ¿Y esa medalla? ¿De qué orden es?

La señora Wyse se apresuró a cerrar la caja de marroquinería.

—Cuánto les gusta a los criados dejarla así —masculló—. Pero parecen orgullosos de ello. Tuve el honor de que me la impusieran. Miembro de la Orden del Imperio Británico. Ah, aquí está Algernon con las llaves. Le estaba enseñando a la señora Lucas, querido, la fotografía de Amelia. Se dio cuenta del parecido inmediatamente. Ahora, en marcha. Una mañana calurosa, ¿no? No creo que necesite mis pieles.

La distancia total que había que cubrir no superaba las cien yardas, pero Porpoise Street era una calle muy empinada, y el empedrado por el que había que caminar era muy incómodo, así lo explicó la señora Wyse. Tuvieron que esperar un poquito en la esquina, a veinte yardas de su punto de origen, porque una furgoneta estaba bajando la

calle desde Mallards, y el Rolls-Royce seguramente no podría cruzarse con ella, y entonces quedaron a merced del fuego graneado procedente de las ventanas del cenador de la señorita Mapp. Como era habitual a esa hora, la buena mujer se encontraba allí plantada, enarbolando el periódico matutino, donde podía sumergirse si pasaba por la calle alguien a quien no deseaba ver, pero que también le permitía estar al tanto de cualquier movimiento que se produjera en el exterior.

Diva Plaistow había pasado por allí con la noticia de que había visto a Lucía y a Georgie en la inmobiliaria, y que su canario todavía vivía. La señorita Mapp le transmitió su regocijo ante la buena noticia de la salud del canario, pero para sus adentros desconfiaba de que Diva hubiera visto realmente a los forasteros. Diva era muy imaginativa; haber visto a un hombre y a una mujer cualquiera que no fueran del pueblo era suficiente para que creyera que eran *ellos*. Entonces el Rolls-Royce entró en su campo visual, y la señorita Mapp se puso muy nerviosa.

—Creo, Diva —dijo—, que por ahí sube el precioso coche de la señora Lucas. Probablemente viene a visitarme para preguntarme algo que necesite saber. Si te sientas al piano la verás bajarse. Entonces sabremos si de verdad la viste en el pueblo...

El coche subió lentamente la cuesta, rugió con potencia, medio clavado en la pendiente, y en vez de detenerse a la puerta de Mallards, como habría sido de suponer, continuó calle arriba en dirección a Mallards Cottage. Al mismo tiempo, la señorita Mapp pudo vislumbrar tras la ventanilla a aquel odioso chófer de la señora Wyse. No podía ver más que las rodillas de los pasajeros del coche (ese era el único defecto de la ventana del cenador, que estaba demasiado alta respecto al nivel de la calle), pero sin duda había varios pares.

—No, se trata solamente del mismo trasto viejo de Susan —rectificó—, ocupando toda la calle. Probablemente se ha enterado de que la señora Lucas está en el Trader's Arms y habrá ido a dejarle una tarjeta de presentación. En mi vida he visto a una mujer más entrometida. Afortunadamente le dije a la señora Lucas lo espantosamente esnob que era...

—Qué decepción te habrás llevado, querida. Lo mismo pensabas que la señora Lucas venía a verte... —dijo Diva—. ¡Pero yo los vi esta mañana en la oficina de Woolgar, y es inútil que digas que no!

La señorita Mapp profirió un grito agudo.

—¡Diva, mira! ¡Se han parado junto a Mallards Cottage! Y ahora están saliendo. Susan primero... o parece ella... o... ¡Son *ellos*! Va a intentar apropiárselos pase lo que pase... Ahí está el señor Wyse con las llaves, haciendo reverencias... Están entrando... Así que yo estaba en lo cierto, cuando los vi figoneando por las ventanas del *cottage* ayer. El señor Pillson va a ver la casa, y los Wyse van a alquirlársela. Puedes apostar lo que sea a que a estas alturas ya les habrán endilgado todo el rollo sobre el conde y la condesa *Faradiddleone*<sup>[28]</sup>, y esas paparruchas sobre la Orden del Imperio Británico. Realmente, no pensaba que la señora Lucas se pudiera dejar engatusar tan fácilmente. Pero en fin, no es asunto mío.

No podía existir una razón mejor para que la señorita Mapp estuviera vivamente interesada en todo lo que sucedía. Entonces se le ocurrió una idea y las nerviosas arrugas

de su rostro desaparecieron como por ensalmo.

—Vayamos a visitar Mallards Cottage, Diva, mientras aún están allí —dijo—. Me espantaría pensar que la señora Lucas pudiera hacerse una idea de la sociedad que se va a encontrar en Tilling basándose en la vulgaridad de la pobre Susan. Probablemente les apetecerá un pequeño almuerzo antes de emprender su largo viaje de regreso a Riseholme.

La inspección del *cottage* había llevado muy poco tiempo. Para Georgie lo principal era que a Foljambe le gustara, y de hecho había una excelente habitación para ella, donde podría descansar tranquilamente cuando no estuviera trabajando. Las salas que más le interesaban ya las había visto a través de las ventanas la tarde anterior. Por tanto, la señorita Mapp apenas había tenido tiempo de ponerse el sombrero jardinero, y subir calle arriba con Diva, cuando la partida de inspección salía ya de la casa.

—¡Queridísima Susan! —dijo—. He visto pasar tu coche y... Querida señora Lucas, buenos días, solo pasaba por aquí... Le presento a la señora Plaistow... Para ver si le apetecería almorzar conmigo un poco antes de que regresen en coche a su encantador Riseholme. Cualquier hora sería buena, porque yo nunca desayuno. ¿A las doce? ¿A las doce y media? ¿Una cosita para picar, quizá?

—Es muy amable por su parte —aseguró Lucía—, pero la señora Wyse nos acaba de pedir que nos quedemos con ella a comer.

—Ya —dijo la señorita Mapp, haciendo una mueca espantosa—. Qué pena. Había pensado... pero en fin.

Obviamente era de esperar que la queridísima Susan le pidiera que se uniera a ellos a ese almuerzo, pero la queridísima Susan no dio ningún paso en ese sentido. Fuéronse Lucía y Georgie al Trader's Arms para hacer las maletas y tener el resto de la mañana libre, y los Wyse, después de intentar en vano persuadirlos para que fueran con ellos en el Rolls-Royce, se metieron en el coche, y dieron marcha atrás hasta que el vehículo tuvo sitio para girar en el espacio ligeramente más amplio que se abría enfrente mismo del cenador de la señorita Mapp. Esta operación les llevó un buen rato, y la señorita Mapp no pudo llegar hasta la puerta de su casa hasta que se efectuó la maniobra, pues en cuanto ella intentaba rodear la parte delantera del coche, este daba un pequeño acelerón hacia delante, amenazando con despachurrarla contra el muro de su propia vivienda si intentaba escabullirse rodeándolo por detrás.

Pero había asuntos extraordinariamente golosos que la consolaban ante aquel acto de piratería social que habían perpetrado los Wyse. Fue una jugada maestra haber alquilado Mallards por quince guineas semanales (sin derecho a los productos del jardín), y una operación igualmente brillante haber cogido la casa de Diva por ocho (con los productos del jardín incluidos). Diva tenía algunos ciruelos notablemente buenos, cuyos frutos estarían en sazón durante su alquiler, por no hablar de las manzanas: la señorita Mapp ya podía imaginar que no se podrían cerrar las puertas de los armarios de la cocina por culpa de la cantidad de tarros de mermelada que metería dentro. Semejantes reflexiones le proporcionaron un paisaje mental de felicidad completa cuando se dirigió al centro del pueblo, pues había negocios que requerían tratarse sin dilación. Primero fue a la inmobiliaria. Le costó un buen rato convencer al señor Woolgar de que el alquiler de

Mallards se debía al anuncio que ella misma había insertado en *The Times*, y que, por lo tanto, no tenía por qué pagarle ninguna comisión a la agencia. Al final su lógica resultó irrefutable. Acalorada pero aliviada tras esa conversación, fue a visitar a su verdulero y estableció un jugoso acuerdo para la venta de los productos de su propio huerto, en Mallards, durante los meses de agosto y septiembre. Aquella caminata la condujo hasta el extremo oriental de la calle principal, donde encontró a Georgie muy atareado dibujando la Puerta Interior antes de tener que dejarlo para ir a Porpoise Street a «desayunar» (como los Wyse denominaban lo que toda la gente de bien siempre ha llamado almuerzo). La señorita Mapp aún no sabía si había terminado alquilando Mallards Cottage, así que decidió que ese detalle merecía dilucidarse de inmediato.

Se inclinó sobre la barandilla que había junto al mirador, y se meneó un poco e hizo algo de ruido, hasta que Georgie levantó la mirada.

—Oh, señor Pillson, ¡qué avergonzada estoy de mí misma...! —exclamó—. Pero no he podido evitar echar una miradita a su encantador dibujito. Qué maleducada soy: igual que un forastero mirón. No tenía intención de interrumpirle, ya me iba, en cuanto hubiera echado una simple miradita. El tiempo es oro para usted, lo sé, porque se van ustedes esta tarde después del almuerzo temprano. Pero debo preguntarle si le pareció el hotel confortable. Me sentiría fatal al saber que yo se lo había recomendado y que luego no les hubiera gustado.

—Sí, muy confortable, gracias —dijo Georgie.

La señorita Mapp se acercó furtivamente al banco donde estaba sentado Georgie.

—Solo me quedo aquí un momentito, antes de irme enseguida, se lo juro —añadió—. Pero con una condición. Ha de prometerme usted que no me prestará atención, sino que continuará usted con su dibujito, como si yo no estuviera. ¡Qué bien ha captado usted la perspectiva! Yo siempre me siento aquí dos o tres minutos todas las mañanas para alegrarme la vista con la belleza de la panorámica. ¡Qué pena que no se quede usted más tiempo! Solo ha visto usted una mínima parte de nuestro encantador Tilling.

Georgie sostuvo en alto su pintura.

—He captado bien la perspectiva, ¿no cree? —dijo—. ¿A que es un engorro cuando uno intenta hacer un camino cuesta abajo y, en vez de eso, le sale cuesta arriba?

—¡No se preocupe por eso! —exclamó la señorita Mapp—. Si fuera yo un poco más atrevida, le diría que enviara su dibujo a nuestra Sociedad Artística. Tenemos una pequeña exposición todos los veranos. ¿Podría convencerle...?

—Me temo que no seré capaz de terminarlo esta mañana —contestó Georgie.

—¿No hay posibilidad entonces de que regrese? —preguntó.

—En agosto, espero —dijo Georgie—. He alquilado Mallards Cottage para dos meses.

—Oh, señor Pillson, ¡qué buena noticia! —exclamó la señorita Mapp—. ¡Delicioso! ¡Todo agosto y todo septiembre! ¡Imagínese!

—Tengo que irme durante una semana en agosto, eso sí, —apuntó Georgie—, para la fiesta isabelina en Riseholme. Hago de Francis Drake.

Aquello era un tesoro en manos de la señorita Mapp. Pensó que debía publicarlo inmediatamente. Se levantó como impulsada por un resorte.



—¡Oh, qué maravilla! —dijo—. Dios mío, puedo imaginármelo a usted perfectamente. ¡El *Golden Hind*! ¡El tesoro español! Toda la pompa y toda la majestad. Me pregunto si podría arreglármelas para bajar a verlo. Pero no quiero interrumpirle más. Sería fantástico pensar que solo es un *au reservoir*, y no un adiós.

Volvió a subir andando la calle, a punto de reventar con su cargamento de noticias. Seguramente solo los Wyse sabían que Georgie había alquilado Mallards Cottage, pero nadie podría imaginarse siquiera que encarnaría nada menos que al mismísimo Francis Drake... Allí estaba el Padre, hablando con el mayor Benjy, que sin duda se dirigía al campo de golf, y allí, un poco más allá, estaban Diva e Irene, discutiendo.

—Buenos días tenga usted, Padre; y buenos días, mayor Benjy —les dijo.

—Buena mañana tenga usted, señora Mapp —contestó el Padre—. ¿Cómo llevamos el día de Dios? Se anda diciendo por los contornos que tiene usted una inquilina muy agradable para su Mallards.

La señorita Mapp disparó sus noticias a bocajarro.

—¡Efectivamente, así es, Padre! —asintió—. Y también se ha alquilado Mallards Cottage, cosa que usted no sabrá, pero que yo sí sé. El señor Pillson lo ha cogido, aunque no estará ahí todo el tiempo, porque tiene que actuar en una fiesta que hay en Riseholme y que durará una semana. ¡Y hará de Francis Drake, nada menos!

El mayor Benjy no estaba de muy buen humor. Había pedido gachas para desayunar, y las gachas se habían quemado, y le habían sentado mal. La señorita Mapp ya sospechaba algo de ese estilo, porque había oído gritos de enfado en el comedor cuando pasó por delante de su casa.

—¿Es ese individuo a quien he visto con la señora Lucas esta mañana con un capotillo en el brazo? —preguntó despectivamente—. No creo que sirviera de mucho en pleno combate contra los españoles, diría yo. ¡Ridículo! Bah, té y pastitas con cuatro gatos viejos como él. ¡Bah!

Y se fue a coger el tranvía, apartando a empujones a todos los viandantes con los que se iba encontrando.

—Gachas quemadas, supongo —apuntó la señorita Mapp, pensativamente—, aunque no puedo asegurarlo a ciencia cierta. Buenos días, querida Irene. Que sepas que va a venir otro artista a Tilling, y se va a quedar agosto y septiembre.

—A buenas horas, mangas verdes —dijo Irene, como homenaje a la presencia del Padre—. Bien lo sé, pues la sita Wyse me lo dijo una hora hará.

—Pero estará fuera durante una semana, aunque por supuesto eso también lo sabrás —comentó la señorita Mapp, ligeramente picada—. ¡Actúa de Francis Drake en una fiesta en Riseholme!

Diva se le adelantó.

—Me imagino que no sabrás, Elizabeth, que el señor Pillson ha alquilado Mallards Cottage —le dijo apresuradamente.

La señorita Mapp sonrió compasivamente.

—Claro que lo sé, querida Diva, y antes que tú —añadió—. El señor Pillson en persona me lo dijo hace horas. Ahora está dibujando la Puerta Interior (un dibujito encantador, por cierto), e insistió en que me sentara allí y que charlara un ratito con él

mientras trabajaba.

—¡Dios! ¡Los atraes a todos como moscas! —dijo la Pintoresca Irene—. Parece un joven prometedor para su edad, pero ya es hora de que se vuelva a teñir el pelo. Gris en las raíces.

El Padre se marchó: tenía que ir enseguida a casa, ardía en deseos de contárselo a su mujer.

—Bueno, bueno, no puedo andarme entreteniendo —se excusó—. Tengo un sermón en el que cavilar.

La señorita Mapp hizo algunas otras compras en el pueblo, confiando en poder ver a Lucía de nuevo, y luego regresó a Mallards, para atender sus queridas flores. Algunos de los arriates necesitaban una limpieza, y entonces, mientras se ocupaba en aquella labor tan útil y espigaba las malas hierbas, cada cizaña que arrancaba y arrojaba en la cesta podía haber sido un señor o una señora Wyse. Era muy desagradable que los Wyse le hubieran lanzado sus anzuelos a Lucía para que picase (así se le presentaron los hechos en su virulenta imaginación), pues la señorita Mapp se había propuesto que si había anzuelos, tendrían que ser los suyos. Ella quería dirigirla, patrocinarla, organizar pequeñas fiestas para ella, y sugerirle a Lucía que preparara otras pequeñas fiestas a su dictado, y, mientras la mantenía bien sujeta, mostrársela a Tilling como su presa. La Providencia, o cualquiera que fuera el poder ingrato que ordenara el mundo, había considerado que ella no tenía el derecho inalienable a hacer aquello, aunque había sido ella quien se había gastado el dinero para anunciar Mallards en *The Times*, y a ello se debía enteramente que Lucía hubiera venido al pueblo, y había sido ella quien había puesto en marcha aquella ingeniosa maquinaria de subarrendamientos, para que así todo el mundo ganara desde el punto de vista financiero y disfrutara de paso de unas pequeñas vacaciones pagadas. Pero no había nada que hacer al respecto, al menos de momento: debía esperar a que Lucía se instalara en su casa, y luego adoptar una postura al tiempo benevolente y regia. Un encanto de mujer, hasta el momento —ese había sido su veredicto—, aunque posiblemente carente de un discernimiento muy vivo, como se había puesto de manifiesto al hacerse amiga de los Wyse. Y luego estaba ese Georgie: también estaba predispuesta favorablemente hacia él, de momento, pero él, como Lucía, debía ser bueno y reconocer en ella a la suma sacerdotisa social de Tilling. Si se portaba bien en ese aspecto, podría incluso proponerlo como miembro honorario de la Sociedad Artística de Tilling, y, como ella era miembro del comité de selección de obras, podría considerar que su obra merecía un lugar de honor en las paredes de la Exposición; pero valía la pena recordar (en caso de que no se portara bien) que la Pintoresca Irene había dicho que llevaba el pelo teñido, y que el mayor Benjy pensaba que no sería de mucha utilidad contra los españoles.

Pero pensar era una labor que hacía que se le abriera el apetito, y escardar era una labor sucia e indigna, así que se metió en casa con la intención de lavarse las manos y luego sentarse a comer. Había sido una mañana de lo más excitante.

Se produjo un monumental atasco en Porpoise Street cuando el coche de Lucía vino a buscarla después del «desayuno» en Starling Cottage, puesto que el Rolls-Royce de la señora Wyse seguía allí estacionado, impidiendo el paso a todo carruaje o persona que se

aventurase por la calle. Los dos vehículos rugían y retrocedían, y avanzaban centímetro a centímetro, se subían ceremoniosamente por las aceras y ocupaban los espacios de los peatones. Y hasta que el coche de Lucía no consintió en dar marcha atrás e irse por donde había venido, rodeando por debajo el cenador de la señorita Mapp, y hasta que el mastodonte de la señora Wyse no avanzó hasta la calle principal, Lucía no pudo entrar en su coche; entonces Porpoise Street quedó expedita ya para su partida hacia Riseholme. Y mientras el coche y sus ocupantes se alejaban hasta perderse de vista, Susan estuvo diciendo adiós con la mano, y Algernon haciendo reverencias.

Durante el viaje de vuelta, Lucía intentó en varias ocasiones, pero siempre en vano, sacar a relucir el asunto que les había mantenido en vela a ambos durante toda la noche pasada, y decirle a Georgie que nunca se volvería a casar de nuevo, pero cada vez que hacía algún tipo de aproximación al asunto de la amistad, o incluso cada vez que se preguntaba en voz alta cuánto tiempo llevaría viuda la señora Plaistow o si el mayor Benjy se habría casado alguna vez, Georgie veía una vaca por la ventana, o un arcoiris, o un conejo muerto, y centraba la conversación obsesivamente en ello. Lucía no tenía ni idea de lo que podía estar pasándole por la cabeza a Georgie. Rehuía temas como la amistad o la viudedad, y ella se preguntaba si sería porque aún no estaba lo suficientemente preparado para lanzar su proposición. Aunque, indudablemente, y por lo visto, parecía estar armándose de valor. Lucía pensó que si le dejara hablar de aquellos asuntos, aunque solo fuera un instante, le podría ahorrar el dolor de un rechazo de plano, y así se suavizaría el golpe. Pero tuvo que dejarlo, aunque en cualquier caso decidió que aquella misma noche, cuando Georgie acudiera a su casa para cenar con ella, no se contendría y se dejaría de nimiedades: se lo dejaría todo bien clarito, antes de que se embarcara en una declaración apasionada que, a pesar de todo el afecto que le profesaba, jamás conduciría a nada parecido al matrimonio. ¡Ay, pobre Georgie...!

Lucía lo dejó en su casa, y Georgie le aseguró que en cuanto hablara con Foljambe y le dijera que había alquilado una casa en Tilling (porque eso era lo primero que había que hacer, sin duda), cumpliría con su palabra y acudiría a The Hurst a cenar con ella.

—Espero que le guste la idea —dijo Georgie muy serio, mientras bajaba del coche—; además su habitación es estupenda, ¿no te parece?

Foljambe le abrió la puerta.

—Una excursión agradable, espero, señor —dijo.

—Mucho, sí, gracias, Foljambe... —contestó Georgie—. Y traigo magníficas noticias. La señora Lucas ha alquilado una casa en Tilling para agosto y septiembre... Y yo también. Muy cerca de ella. A un tiro de piedra, como quien dice.

—Será un cambio de lo más agradable —dijo Foljambe.

—Creo que te gustará. Hay un dormitorio precioso para ti, en el segundo piso.

—Estoy segura de que así será —dijo Foljambe.

Georgie sintió un alivio inmenso cuando vio que Foljambe reaccionaba bien. Así que, mientras se dirigía alegremente a The Hurst, olvidó casi por completo la amenaza matrimonial que parecía cernirse sobre él.

—Le gusta la idea —anunció antes de transponer incluso la cancela del jardín de Perdita, donde Lucía estaba sentada.

—Georgie, pero eso es maravilloso... —exclamó ella—. Ah, Foljambe está encantada... Me alegro. Una habitación excelente la suya. Ya sabía yo que le gustaría. Pero justo al llegar me he encontrado con una carta de Adele Brixton; ya sabes, lady Brixton, la que siempre se va a América cuando su marido viene a Inglaterra, y luego al contrario, así que solo se cruzan mientras cada uno va en su barco por el Atlántico; me ha dicho que quiere alquilar The Hurst durante los tres meses que yo esté fuera. Me visitó aquí un domingo, ¿no te acuerdas?, y la casa le encantó. La telefoneé inmediatamente para decirle que se la alquilaría de mil amores.

—Bueno, pues vaya suerte —dijo Georgie—. Pero tres meses... Estarás dos en Tilling... ¿Qué vas a hacer con el tercero?

—Georgie, no lo sé, y no me pidas que lo piense ahora —protestó—. Algo se me ocurrirá: estoy segura. Querido mío, es una emoción indescriptible sentir el poderoso pulso de la vida latiendo de nuevo. ¡Voy a ponerme manos a la obra enseguida con los viejos asuntos, y con los nuevos también! Tilling, la época de la reina Ana... Me agenciaré una traducción de la *Iliada* de Pope y del *Banquete* de Platón hasta que le saque brillo a mi griego de nuevo. Entremos a cenar, ¿te parece? He estado muy perezosa últimamente, me he limitado con una estrechez de miras cada vez mayor. Y creo que tú has estado haciendo lo mismo. ¡Debemos abrirnos, recibir nuevas impresiones, amoldarnos a nuevas situaciones...!

Esta última frase sobresaltó mucho a Georgie, aunque puede que solo se refiriera a Tilling. Aun así, Lucía no pareció darse cuenta de su paso vacilante mientras caminaba tras ella al comedor revestido de madera, con su mesa larga, «de refectorio», bajo la cual resultaba tan difícil colocar los pies con alguna comodidad, debido al reposapiés corrido.

—Esa gente de Tilling es tan exótica —comentó Lucía—. Qué interesante será todo. Me resultaron muy graciosos, especialmente las mujeres, que parecen tener a sus *mayores* y a sus *padres* absolutamente bajo sus tacones. Encantador, ¿verdad?, pensar en este nuevo intercambio de experiencias que nos espera. Aquí en Riseholme no pasa nada. Nuestra querida Daisy cada día engorda más, y la señora Arbuthnot cada día está más sorda. Vivimos anquilosados: Riseholme está anquilosado. Necesitamos, y lo digo por los dos, salir de aquí, y eso es lo que vamos a hacer. Nuevos campos y pastos nuevos, Georgie... ¿Nada que decir, querido? Parecías muy *distraído* mientras regresábamos en coche a Riseholme.

Algún espíritu terrible se había apoderado de Lucía, pensó el pobre Georgie. Había sido maravilloso, solo un par de días antes, ver cómo regresaba a sus inquietudes habituales, pero aquel repudio a Riseholme y aquel antojo por la *Iliada* y por Tilling y por el *Banquete* de Platón no auguraban nada bueno. Indicaban un apetito casi peligroso de nuevas experiencias. ¿O significaba solo que habiendo estado tan reprimida durante un año, como metida en una botella, era natural que, al quitar el corcho ahora, estallara en ebullición? Parecía estar fustigándose con la idea de excitar en sí misma otras necesidades mentales o espirituales. Georgie sintió un estremecimiento ante la idea de cuál podría ser la novedad que podría ocurrírsele a continuación. A lo mejor le hacía *la pregunta*.

—Siento haber estado *distraído* —dijo—. Desde luego, estaba nervioso por cómo iba

a tomarse Foljambe la idea de tener que trasladarse a Tilling.

Lucía hizo sonar la campanilla con forma de especiero y para Georgie fue un alivio saber que Grosvenor aparecería de inmediato por la puerta... Lucía se rio y posó cariñosamente la mano sobre el dorso de la suya.

—Georgie, querido, eres... —Buscó refugio en el italiano en cuanto apareció Grosvenor—, eres *una vecchia signorina*.

«Eso significa “vieja solterona”», pensó Georgie, que estaba empezando a escamarse en serio.

—¡Amplios horizontes, Georgie: eso es lo que tú necesitas! Pon el resto de la comida en la mesa, Grosvenor, ya nos serviremos nosotros. Y ten preparado el café en la salita de música para cuando te avise.

Aquello era horroroso: Lucía, toda aquella historia de que él era una vieja solterona y que necesitaba adaptarse a nuevas situaciones... Aquello empezaba a resultar verdaderamente alarmante. Casi se preguntó si habría estado tomando algo así como glándulas de mono durante su reclusión<sup>[29]</sup>. ¿Sería capaz de proponérselo en mitad de la cena para que él no tuviera escapatoria? Nunca, a lo largo de todos los años de su amistad con ella, se había sentido tan extrañamente *extraño*. Pero aún era dueño de su destino (al menos, eso esperaba), y no permitiría que la situación se saliera de madre.

—¿Quieres que te sirva un poco de helado de fresa...?

Lucía pareció no oírlo.

—Georgie, deberíamos tener una charlita, antes de que llame para que traigan el café —le interrumpió—. ¿Desde cuándo somos tú y yo buenos amigos? Ya te respondo yo: desde antes de lo que nos conviene recordar.

—Oh, todo ha sido muy agradable... —dijo Georgie, frotándose las manos sudorosas y frías en la servilleta... Se preguntaba si eso era lo que se sentía cuando uno moría ahogado.

—Querido, ¿qué importan los años si solo han servido para profundizar y reforzar nuestra amistad? Años felices, Georgie, años que han venido con sus panes bajo el brazo. Acuérdate de esa encantadora escena en Esmondi; ¡la catedral de Winchester<sup>[30]</sup>! Pero las cosas han cambiado, y ambos tenemos que continuar nuestro camino. Y me gustaría que fuera juntos. Tú estás bastante solo en el mundo, y yo también, pero la gente como nosotros, a quienes unen tan fuertes lazos de amistad, nos merecemos mirar al frente, a la edad proveya, ¿no crees?, sin dudas ni recelos. Con los años llega la tranquilidad, y esa cosa espantosa que Freud llama sexo se deja al margen. Deberíamos leer a ese tipo, Freud; yo hasta el momento no he leído nada de él. Esa era una de las cosas que quería decirte todo el rato en el coche, mientras tú me señalabas por la ventana las vacas que pastaban en los prados. Nuestra amistad es perfecta. Conservémosla tal y como está.

El alivio que sintió Georgie cuando descubrió que a Foljambe le parecía bien ir a Tilling no fue nada, absolutamente nada, en comparación con el majestuoso alivio que sintió en ese momento.

—Querida mía, ¡qué encanto por tu parte decir eso...! —contestó Georgie—. A mí también me parece que nuestra amistad es perfecta en todos los sentidos. No tiene ningún sentido, de hecho, pensar en... en fin, quiero decir... ¡que estoy totalmente de

acuerdo contigo, caray! Como tú dices, ambos nos vamos haciendo viejos... esto es, yo... Lucía, tienes toda la razón del mundo.

Lucía vio el alivio reflejado en el rostro de Georgie, y aunque pensó que había sido absolutamente sincera al desear que Georgie no se sintiera terriblemente herido cuando le sugiriera que debía abandonar cualquier esperanza de ser para ella más de lo que era, no se esperaba semejante demostración de alivio, la verdad. Era como si en vez de pronunciar su sentencia de muerte, le hubiera quitado un enorme peso de encima. Parecía haberse liberado de una secreta y terrible ansiedad. De momento, la satisfacción de Lucía al haber sacado a colación aquello sin haberle hecho sufrir quedó oscurecida ante la sorpresa de ver que Georgie estaba muy lejos de sentirse dolido. ¿Era posible que todo su interés en hablarle de las vacas y los arcoiris se debiera al temor de que ella pudiera acabar hablando, *via* asuntos como la amistad y el matrimonio, de algo completamente diferente?

Golpeó la campanilla especiera con un golpe bastante seco.

—Vayamos y tomemos el café, entonces —dijo—. Es encantador que estemos totalmente de acuerdo. ¡Encantador! Y ya que estamos, hay otro asunto del que convendría que hablásemos. La señorita Mapp. ¿Qué te parece la señorita Mapp? Hubo un brillo en su mirada que me sorprendió cuando supo que íbamos a ir a comer con la señora Wyse. Le hubiera gustado morderla, o arañarla quizá. ¿Qué significaría eso? Era como si la señora Wyse (por cierto, me pidió que la llamara Susan, pero no estoy segura de que pueda conseguirlo sin un poco de práctica)... como si la señora Wyse le hubiera metido la mano en los bolsillos y le hubiera robado algo. Verdaderamente extraordinario. Yo no pertenezco a la señorita Mapp. Por supuesto, es fácil ver que se cree muy superior a todo el resto de Tilling. Dice que todos sus amigos son ángeles y corderitos, y luego los critica despiadadamente. *Marcate mie parole, Georgino!* Creo que lo que quiere es utilizarme y disponer a su antojo de mí. Creo que Tilling bulle en intrigas. Pero ya veremos. ¡Ah, cómo odio ese tipo de cosas...! Nosotros hemos tenido alguna cosilla de esas de vez en cuando aquí en Riseholme. ¡Como si a alguien le importara quién ocupa el lugar preeminente! Deberíamos procurar ser ciudadanos iguales en una noble república, donde el arte y la literatura, y las inquietudes humanas fueran nuestra única ocupación. Y ahora, ¿tocamos un poquito?

\* \* \*

Cualquiera que fuera el estado de la cuestión en Tilling, durante aquel mes de julio Riseholme hervía y bullía de emociones. Era exactamente como en los viejos tiempos, y todo giraba, como antaño, en torno a Lucía. Había dado el paso decisivo: había regresado a su trono natural (aunque solo por un breve espacio de tiempo antes de trasladarse a Mallards). Poco a poco, y en áreas cada vez más amplias, el gris, el blanco y el violeta fueron ocupando el lugar del implacable negro en el que había vivido sumergida durante el año que duró su luto; un día se puso un cinturón blanco, otro había un tableado gris en su falda, otro su pamelita llevaba una cinta violeta. Incluso Georgie, que tenía un buen ojo para la indumentaria femenina, no pudo seguir con

precisión aquella serie de cambios acumulativos: no podía estar seguro de si antes vestía una capa gris o si había llevado guantes blancos en la iglesia el domingo anterior. Luego, en vez de dejar que su pelo cayera en descuidadas y funerarias guedejas sobre sus orejas, hizo que el cabello volviera a su brillante y tersa apariencia, y sobre sus pálidas mejillas (cenicientas por el dolor) florecieron leves toques de colorete, que consiguieron que pareciera como si hubiera vuelto a jugar al golf de vez en cuando. Sus labios, desde luego, estaban igual de rojos que en su época más esplendorosa. Todo aquello resultaba tremendamente emocionante: tras una sucesión de sutiles cambios, a mediados de julio, sin nada negro encima y con la flor de su vitalidad totalmente recuperada, su epifanía en la iglesia pasó casi desapercibida.

Aquellos indicios externos eran naturalmente representativos de lo que estaba teniendo lugar en el interior de Lucía. El tiempo, ese gran sanador, había visitado su lecho del dolor, había colocado la mano sobre su lánguida frente y los resultados habían sido verdaderamente asombrosos. Lucía estaba como nueva (o más bien como antigua). La señora Arbuthnot y sus longilíneas hijas, Piggy y Goosie, Georgie y Daisy y su marido, el glotón de Robert, el coronel Boucher y su esposa, y el resto volvían a recibir invitaciones para cenar en The Hurst, y a veces Lucía tocaba para ellos el movimiento lento de *Claro de luna*, y otras veces los instruía en ciertos trucos del *bridge* que había llegado a dominar como una experta. Pintó, tocó el órgano en la iglesia cuando el organista estuvo ausente por sarampión, cantó un solo de Mendelssohn, *Oh, por las alas de una paloma*, cuando el organista se recuperó y el solista del coro cogió la varicela, acudió a clases de encuadernación impartidas en *Ye Signe of ye Daffodille*, se pasó las tardes sentada en el jardín de Perdita, no leyendo ya a Shakespeare, sino la *Ilíada* de Pope, y murmuraba las conjugaciones de los verbos irregulares griegos, casi olvidados ya, cuando se iba a dormir. Había hecho planes para visitar Atenas en primavera («la de violetas coronada<sup>[31]</sup>», ¿no es un epíteto encantador, Georgie?) y, en consideración hacia la reina Ana, agasajó a sus invitados con chocolate a la taza bien espeso. Los sabuesos de la primavera corrieron tras las invernales huellas<sup>[32]</sup> de su luto, y lo devoraron hasta los huesos, y efectivamente la primavera pareció regresar al jardín de Lucía, tan variadas y tan coloridas fueron las flores que se abrieron. Nunca jamás había visto Riseholme a Lucía en tan buenas condiciones artísticas e intelectuales, y hacía mucho que no la veían tan alegre. El mundo —o Riseholme, que viene a ser lo mismo— había vuelto a ser su predio particular nuevamente.

Georgie —que vivía esclavizado con la interpretación de los duetos, con las continuas consultas de Foljambe respecto a cuestiones relativas a la ropa blanca y la plata (pues al parecer Isabel Poppit, con el fin de llevar una vida sencilla, se había acostumbrado a dormir entre unas mantas en el jardín trasero, y comía verduras sin cocinar en un bol de madera, como si fuera un perro), con el aprendizaje de las reglas Vanderbilt<sup>[33]</sup>, con su participación en los desfiles reales por la plaza del pueblo, con el lento embalaje de sus tesoritos para depositarlos en el banco, con sus dibujos y sus entrenamientos para poder estar en plena forma cuando comenzara a pintar en Tilling— se preguntaba cuál sería la verdadera fuente de aquella asombrosa actividad de Lucía, y si se estaría entrenando, por



así decirlo, para afrontar en plena forma la campaña de Tilling. En alguna medida aquello parecía bastante probable, pues difícilmente consideraría que valiera la pena dirigir los asuntos de Riseholme con semejante energía cuando estaba a punto de desaparecer de allí durante tres meses. ¿O acaso pretendía que Riseholme viera lo espantosamente vulgar que iba a ser todo cuando ella se fuera? Muy probablemente ambas hipótesis eran ciertas: era como si quisiera matar dos pájaros de un tiro. En realidad, tal vez iba a matar *tres* pájaros de un tiro, pues, aunque los asuntos en los que andaba involucrada en ese momento eran muy variopintos, había uno, que ahora se cernía sobre Riseholme (la fiesta isabelina, digámoslo claramente), al cual parecía extrañamente ajena. Su dinamismo, su poder para inocular en sus amigos sus propias pasiones jamás se aplicaban a ese tema en concreto: parecía como si desconociera en absoluto el hecho de que se fuera a celebrar una fiesta, aunque por esas fechas apenas transcurría un día sin que algún desfile de un tipo u otro cruzara la plaza o se organizara alguna danza cascabelera con los corifeos practicando madrigales, o una multitud de soldados y cortesanos se reuniera cerca de la entrada principal del Ambermere Arms, donde Daisy los arengaba desde una silla colocada encima de una mesa, deteniéndose de vez en cuando porque se olvidaba del texto, o con el fin de permitir que los soldados y la plebe lanzaran sus sombreros al aire y gritaran «Dios salve a su excelencia la reina», o «al diablo con España», u otras exclamaciones de ese jaez. Daisy, de vez en cuando, ya ataviada con su indumentaria completa, con gorguera y perlas y todo, se acercaba a la puerta de The Hurst, para esperar el desfile y unirse a él, y Lucía, sentada en el jardín de Perdita, le hablaba de Tilling o de la importancia de ser prudente si uno estaba en una posición vulnerable en el *bridge*, aparentemente inconsciente de que Daisy iba completamente disfrazada toda de reina. En una ocasión Lucía salió del Ambermere Arms cuando Daisy estaba montando el palafrén que tiraba del carro de la leche, para un ensayo general y con la indumentaria completa, y pareció como si verdaderamente fuera incapaz de ver el palafrén. Simplemente le dijo: «No olvides que tú y Robert cenáis conmigo esta noche. A las siete y media. Así podremos disfrutar de una buena velada de *bridge*», tras lo cual siguió su camino... O bien pasaba junto al estanque donde ya habían montado el escenario del *Golden Hind*, con el mismísimo Georgie arrodillado para recibir el honroso galardón en medio de los débiles hurras de Piggy y Goosie, y lo único que hacía era saludar con la mano a Georgie y decirle: «¿Un poco de música después de comer, Georgie?». No le hizo comentarios sarcásticos a nadie en ningún momento, y parecía como si no se diera cuenta de que estaban haciendo algo fuera de lo normal.

A raíz de aquel evidente desinterés de Lucía, una especie de apatía fue impregnando poco a poco todo el plan al que Riseholme debería haber estado dedicando sus energías más entusiastas. Los cortesanos llegaban tarde a los ensayos, ni siquiera apagaban los cigarros cuando se inclinaban a besarle la mano a la reina, Piggy y Goosie se entregaban a diversas danzas cascabeleras cuando deberían haber ido sujetando la cola del vestido de la reina Isabel, y Georgie se llegó a agenciar un cojín, cuando se iba a proceder al ordenamiento de caballero, para protegerse el hombro de más moratones. El coro de chicos rezongaban monótonamente sus madrigales, chupando sus caramelos de menta: en suma, no había vida, no había entusiasmo, porque Lucía, que solía inspirar todas las

actividades de Riseholme, parecía ignorar que estuviera ocurriendo algo en el pueblo.

Una mañana, cuando ya solo quedaban quince días para que acabase julio, Drake se encontraba absorto en su césped de *croquet* golpeando las bolas e intentando domar sus zapatos de charol blanco, que le hacían un daño espantoso, cuando desde el jardín colindante le llegaron los conocidos ecos del discurso de la reina a sus tropas.

—¡Y aunque solo soy una débil mujer...! —Declamaba Daisy, que estaba decidida a pronunciar todo el discurso sin tener que mirar el libreto—. Aunque solo soy una débil mujer, una débil mujer... —repitió.

—¡Sin embargo tengo el corazón de un príncipe! —gritó Drake, con la amistosa intención de apuntarle.

—Gracias, Georgie. ¿O debería decir «princesa», qué piensas?

—No: «príncipe» —dijo Georgie.

—¡Príncipe! —exclamó Daisy—. ¡Aunque solo soy una débil mujer, sin embargo tengo el corazón de un *príncipe*...! Déjame ver... príncipe...

Hubo un silencio.

—Georgie —dijo Daisy con su voz normal—. Deja tu *croquet* un minuto y acércate a la empalizada. Quiero hablar contigo.

—Estoy intentando acostumbrarme a estos zapatos —comentó Georgie—. Me hacen un daño espantoso. Tendré que llevármelos a Tilling y ponérmelos allí. Oh, no se lo había dicho, lady Brixton vino ayer por la noche...

—Ya lo sé —aseguró Daisy.

—... Y cree que su hermano me alquilará la casa por un par de meses, siempre que yo me lleve a los criados conmigo. Estará aquí para la fiesta, si es que me la alquila finalmente, así que me preguntaba si usted podría darme cobijo en esas fechas. Y por cierto, ¿cómo va el resfriado de su Robert?

—Peor —contestó—. Y yo también estoy peor. No me puedo acordar ni de la mitad de lo que me sabía de memoria hace una semana. ¿No conocerás algún sistema de memorización?

—Un montón, creo —dijo Georgie—. Pero ya es muy tarde. No conseguirán mejorar su memoria en un minuto. Realmente creo que haría mejor leyendo el discurso a las tropas, como si estuviera en la sesión de apertura del Parlamento.

—No —replicó Daisy quitándose la gorguera—. Me lo aprenderé aunque me cueste el último aliento de mi sangre... la última gota, quiero decir.

—En fin... sería muy incómodo que se le olvidara todo —insistió Georgie—. No podríamos dar vivas a nada. Una lástima, porque ahora su voz se oye de lejos perfectamente. Mientras estaba desayunando podía oírla a usted como si estuviera en la habitación de al lado.

—Y no es eso solo —dijo Daisy—. Mi discurso no tiene vida. Parece como si todo fuera falso.

—Sí, eso es verdad —asintió Georgie—. ¡Estos engorrosos zapatos míos sí que son reales, en cambio!

—Empiezo a pensar que deberíamos haber contratado a un productor —continuó Daisy—. Pero resultaba mucho más agradable hacerlo nosotros mismos, como... como

hacen en Oberammergau<sup>[34]</sup>. ¿Ha dicho Lucía algo al respecto? Creo que el asunto es demasiado vergonzoso para que se digne a mencionarlo siquiera.

—Bueno, debe usted recordar que solo le pidió que fuera mi esposa —dijo Georgie—. Naturalmente eso no le gustó.

—Debería ayudarnos en vez de andar por ahí fingiendo que todos somos invisibles —exclamó Daisy.

—Querida, ella le ofreció su ayuda, recuérdelo. Al menos, yo le dije hace siglos que estaba seguro de que ella lo haría si usted se lo pedía.

—Me siento inclinada a tirarlo todo por la borda —dijo Daisy.

—Pero no puede hacer eso. Ya se han vendido montones de entradas. ¿Y quién va a pagar el *Golden Hind* y el cordero asado y todos los vestidos? —preguntó Georgie—. Por no mencionar todas las molestias que nos hemos tomado. ¿Por qué no le pide a Lucía que la ayude, si es que es eso lo que usted quiere?

—Georgie, ¿se lo pedirías tú por mí? —preguntó Daisy.

—Por supuesto que no —respondió Georgie con toda firmeza—. Usted se ha ocupado de todo desde el principio, y es usted la que tiene que arreglarlo. Es su espectáculo. Yo en su lugar, se lo pediría inmediatamente. Estará aquí en un rato, porque vamos a tocar un poco. Pase usted por casa si quiere.

Una melodiosa exclamación («*Georgino miooooo!*») resonó desde la ventana abierta del salón de Georgie, y él avanzó cojeando por el camino del jardín. Desde que llegaron a aquel maravilloso entendimiento —consistente en que ambos huían espantados, como de una copa de cicuta, de la idea del matrimonio—, se pasaban el día hablando italiano o como dos niños pequeños, como puro resultado de la mera alegría.

—Ya voy... —exclamó—. Eres una niñita muy buena, Lucía. *O molto puntuale*.

(No estaba muy seguro de la última palabra, ni Lucía tampoco, pero aun así ella la entendió).

—*Georgino! Che curiose scalpe!* —dijo Lucía, asomándose a la ventana.

—No seas tan *cattiva*. Ellos (los zapatos) ya son bastante *cattivos* —explicó Georgie—. Pero Drake tenía unos exactamente como estos.

La mera mención de Drake naturalmente obligaba a Lucía a decir algo más. Ella no captó ninguna alusión a Drake.

—Ahora, unos buenos ejercicios al piano —dijo mientras Georgie entraba renqueando en el salón—. ¡Ah, Foljambe me ha sonreído! ¡Estoy sumida en la felicidad completa! Espero que no le hayas dicho a nadie que estás en casa. Comencemos de una vez. ¿Puedes arreglártelas con el pedal *sostenuto* con esos zapatos tan raros?

Entró Foljambe.

—La señora Quantock, señor —anunció.

—¡Daisy, querida! —dijo Lucía efusivamente—. ¿Vienes a oír nuestros pequeños ejercicios pianísticos? Hoy debemos tocar lo mejor que podamos, Georgino.

Daisy todavía estaba ataviada con el vestido regio, excepto por la gorguera. Como era habitual, pareció que Lucía no se había apercebido de ello.

—Lucía, antes de que empieces... —intervino Daisy.

—Eso es mucho mejor que interrumpir —aseguró Lucía—. Gracias, querida. ¿Sí?

—Es sobre la fiesta. Oh, por el amor de Dios, ¿no continúes haciendo como que no te enteras de nada! Ya te lo digo yo: va a haber una fiesta. Y todo está siendo un desastre. ¿Puedes ayudarnos?

Lucía saltó de la banqueta del piano. Había estado esperando aquel momento, no con impaciencia, precisamente, pero llevaba semanas preparada por si aquello se producía, como sabía perfectamente que debía producirse, sin que mediara ninguna conspiración por su parte. Había estado observando los desordenados desfiles desde el jardín de Perdita, con todo el cortejo fumando cigarrillos y charlando, con los lánguidos alabarderos desfilando a destiempo y desacompañados, los cortesanos bostezando en la cara misma de Su Majestad; había observado, en suma, la languidez y la flojera aumentando a ojos vista como consecuencia de la ausencia de una hábil mente organizadora. La escena sobre el *Golden Hind* y la del discurso de la reina Isabel a sus tropas le resultaban también muy familiares, pues aunque no podía observarlas muy atentamente desde debajo de la pámela, su marido había sido un gran aficionado a la astronomía y había telescopios de todos los tamaños en casa, que hacían que esas escenas parecieran estar ocurriendo justo delante de su jardín. Es más, se sabía de memoria el discurso que la pobre Daisy consideraba tan complicado. Muy fácil de memorizar; era simplemente el tipo de discurso barato y rimbombante al que solía entregarse la reina Isabel: Lucía lo había encontrado en una pequeña historia de Inglaterra, y se había empeñado en aprenderse, solo por si acaso...

—Pues claro que estaré encantada de ayudarte, querida Daisy —dijo—. Me parece recordar que algo me contaste de todo eso... Tú haces de la reina Isabel, ¿no?; luego había un cordero asado en el *Golden Hind*, un discurso a las tropas, unas cuantas danzas con cascabeles, el hostigamiento de un oso... no, el hostigamiento de un oso no. ¿Pero no está yendo todo maravillosamente?

—¡No! ¡Claro que no! —contestó Daisy con voz lastimera—. Todo está siendo un desastre. Necesito que nos ayudes, ¿lo harás? Es todo un barullo.

Magnánima, Lucía. No hubo reproches: tampoco dudas; aquella llamada de auxilio no recibió por respuesta más que una positiva y brillante cordialidad.

—¡Cómo os aprovecháis de mí! —exclamó Lucía—. Pero, ya que insistís, intentaré ayudaros si puedo. Georgie, querido, me temo que debemos aplazar nuestros ensayos, y ponernos manos a la obra con esto, si queremos que la fiesta sea de alguna utilidad para Riseholme. *Addio, caro Mozartino*, de momento. Y ahora, desembucha, Daisy, y cuéntame cuál es el problema.

Durante la semana siguiente *Mozartino* y el *Banquete* y el *bridge* brillaron por su ausencia en The Hurst, y los ensayos ocuparon todo el día. Lucía le mostró a Daisy cómo ejecutar su primera aparición y cómo, cuando los heraldos trompeteros tocaran la fanfarria, salir por la puerta de la casa, y sin la más leve precipitación, bajar majestuosamente por el camino de pavimento quebrado. Ni se acercó a la cancela, como hacía siempre Daisy, sino que con un leve e imperioso gesto con la cabeza dirigido a Robert Quantock, que lo dejó petrificado a mitad de un estornudo, obligó al marido a acudir corriendo, abrirla y arrodillarse cuando ella traspasaba la puerta. Hizo una elegante cortesía a sus vasallos y, con un gesto, les indicó que se reunieran en torno a ella.

Y todo esto se hizo con la ropa normal, sin gorgueras ni perlas que apoyaran sus actos.

—Algo así, querida Daisy, quedaría bien para el comienzo del desfile, ¿no te parece? —le dijo—. ¿Quieres intentarlo tú y ver cómo te va? ¡Un poco más de brío, caballeros, por parte de los alabarderos! ¿Les importaría formar delante de mí ahora, mientras la señora Quantock se mete en casa? Ah, esto tiene más fuerza, ¿no creéis? Excelente. Talmente como miembros de la guardia real. Piggy y Goosie, queridas mías, debéis recordar que sois dos puras condesas isabelinas. Muy majestuosas, por favor; las condesas nunca andan con risitas. Inclinaos en dos profundas cortesías, y cuando aún estéis abajo, recoged la cola del traje de la reina. Antes abriste la cancela muy adecuadamente, Robert. Muy bien, de hecho. Ahora podemos hacerlo otra vez. ¡Reina, por favor...! —le gritó a Daisy.

Daisy salió de la casa con toda la panoplia en majestad, y con la idea de no precipitarse, emergió tan despacio que su avance recordaba el de una reina siguiendo un carro fúnebre. («Un poquito más rápido, querida», susurró Lucía con ánimo alentador. «Estamos todos esperándote...»). Luego Daisy se tropezó con un trozo desprendido del pavimento quebrado. Luego estornudó, porque con toda seguridad Robert le había pegado el catarro. Luego olvidó hacerles una reverencia a sus vasallos, hasta que se colocaron para el desfile delante de ella, y entonces fue cuando les hizo la reverencia, cuando estaban de espaldas.

—Hala, la la la la... —cantó Lucía para que comenzaran los coros—. ¡Ahí vamos...! Derecha, izquierda... Ay, perdonadme, qué tonta estoy... ¡Izquierda, derecha...! ¡*Crescendo*, corifeos! ¡Cantad fuerte, por favor! ¡Estamos en la Gloriosa Inglaterra de la Edad de Oro! ¡Magnífico!

Lucía caminó al lado del desfile por la plaza, marcando el ritmo con su sombrilla, rebosante de animación y entusiasmo. A veces corría y se ponía al frente para ver cómo avanzaba el cortejo, y otras veces se detenía a un lado para verlos pasar.

—¡Abríos un poco más, alabarderos —gritaba—, que se pueda ver un poquito a la reina desde el frente! ¡La la la...! ¡Sostenedme ese sol ahí arriba, corifeos! Reina, querida, procura no marcar el paso con los alabarderos. Camina todo lo majestuosa que puedas. La cola del traje un poquito más alta, Piggy y Goosie. ¡Chan, la, la la... Chaaan!

Lucía miró a su alrededor cuando llegaron cerca del *Golden Hind*, para ver si los cocineros estaban engrasando el espetón del cordero, y para comprobar que los hombres de Drake estaban bailando sus danzas marineras.

—¡Bailad, bailad, marineros, por favor! —ordenó—. ¡Seguid engrasando, cocineros, hasta que se detenga el desfile, y luego comienza el coro de marineros con el último «eh, la la la». Los cocineros deben unirse a los cánticos también, o el sonido no tendrá suficiente cuerpo. Abríos más, alabarderos, dejad sitio de sobra para que la reina pase entre vosotros. ¡Más despacio, Isabel! «¡Cuando los vientos de la furibunda tormenta se desatan y se levanta el oleajeeeee!»). ¡Más fuerte! ¿Estás preparado, Georgie? No: no bajas del *Golden Hind*. Recibe a la reina en el barco. Un poco más deprisita, Isabel, que van a acabar los coros antes de que llegues.

Lucía aplaudió.

—Un momento, por favor —dijo—. Una escena preciosa. Pero solo una sugerencia.

¿Puedo ser yo la reina un momentito nada más que para mostrarte el efecto que quiero conseguir, Daisy querida? Vayamos un poco hacia atrás, desfile, por favor, veinte yardas. Cuando los alabarderos aún vayan desfilando delante de la reina. El coro de los marineros, que empiece otra vez. ¡Adelante! ¡Ahora, alabarderos, abríos! Volveos, a la derecha, y a la izquierda, respectivamente. Dos pasos más, y alto, haciendo un pasillo...

Quedó perfectamente medido. Lucía avanzó por el pasillo de alabarderos, y justo cuando los cocineros, los cortesanos y los marineros lanzaban al aire el último «¡eh, eh!», ella accedió con indescriptible majestad a la cubierta del *Golden Hind*. Permaneció allí durante un instante, absolutamente quieta, y le susurró a Georgie:

—Arrodíllate y bésame la mano, Georgie. ¡Y ahora, todos juntos! «¡DIOS SALVE A LA REINA! ¡Hurra, hurra!». ¡Sombreros al aire! ¡Más alto, más fuerte! Y ahora, ¡callándonos poco a poco! ¡Eso es!

Lucía había estado ondeando su propio sombrero, y gritándose hurras a sí misma, y ahora de nuevo dio unas palmaditas para llamar la atención, mientras escrutaba la cubierta del *Golden Hind*.

—Pero no veo a la mujer de Drake... —dijo—. La mujer de Drake, por favor...

La mujer de Drake desde luego no estaba por parte alguna. Era la mujer del tendero, y como solo tenía que presentarse para aquella única escena, hacer la cortesía y desaparecer, era bastante negligente en su asistencia a los ensayos.

—No importa —continuó Lucía—. Yo haré de la mujer de Drake, solo para este ensayo. Ahora vamos a empezar de nuevo. Este es uno de los momentos más importantes: la entrada de la reina en el *Golden Hind*. Debemos adornarlo con poesía, con majestad, con amplitud. A ver, el desfile: por favor, hacia atrás, ¿lo hacemos todo otra vez?

En esta ocasión la pobre Daisy se adelantó demasiado. Llegó al *Golden Hind* mucho antes de que los cocineros y el coro estuvieran preparados para recibirla. En cambio, hubo un murmullo de aprobación cuando la señora Drake (que inmediatamente sería lady Drake) se adelantó y se arrojó a los pies de la reina en un éxtasis de lealtad, y tras haberle besado la mano, se retiró de la presencia de Su Majestad con la cabeza inclinada, como si fuera en adoración.

—Ahora colócate a la izquierda de la reina, Georgie —pidió Lucía—, y cógele la mano izquierda, sostenía en alto y condúcela al banquete. Daisy, querida, *debes* recordar que llevas cola. Piggy y Goosie la soltarán cuando tú subas a cubierta, y entonces tendrás que ocuparte de ella tú misma. Si no tienes cuidado, te la pisarás y te caerás en el Támesis. Tienes que moverte de modo que la cola vaya tras de ti cuando te gires.

—¿Puedo darle una patada? —preguntó Daisy.

—No, puede hacerse sin tener que darle patadas al vestido. Tienes que ensayar eso.

Para entonces el grupo entero de marineros, soldados, cortesanos y todos los demás estaban ansiosos como perros cuando la dueña va a sacarlos de paseo, y Lucía a regañadientes aceptó ir y echar un vistazo a la escena del paso de revista en Tilbury. A lo mejor se le ocurría alguna pequeña idea, dijo tímidamente; en ocasiones una mirada nueva descubre algo inusitado, y si todos ellos realmente querían... Desde luego ella estaba a su disposición... Así que todos partieron para ver el *rendezvous* real delante del

Ambermere Arms, y la mirada nueva percibió que, de acuerdo con la disposición de los soldados y el populacho, ningún espectador podría ver a la reina, en absoluto. Así que eso se cambió, y se ordenó a la multitud que se trasladara a su emplazamiento adecuado con la debida celeridad, y Lucía se colocó donde estaría la primera fila de espectadores para oír el gran discurso. Cuando concluyó, Lucía felicitó calurosamente a la reina.

—Oh, me alegro muchísimo de que te guste... —dijo la reina—. ¿Hay algo que te haya chocado?

Lucía permaneció durante un instante pensativa y totalmente en silencio.

—Solo un par de detalles insignificantes, querida —contestó, reflexivamente—. No se te oía muy bien. A veces me preguntaba por qué estaba aplaudiendo el populacho. ¿Y no sería más seguro leer el discurso? Una buena parte de los apuntes que te hicieron se pudieron oír perfectamente. Por supuesto, leerlo tiene sus desventajas. No resultará tan espontáneo y animado si estás consultando un papel todo el rato. De todas formas, me atrevería a decir que te lo sabrás de memoria cuando llegue el momento. De hecho, la única crítica real que tengo que hacerte es respecto a tus gestos, tus movimientos. No son en absoluto, en absoluto, lo suficientemente majestuosos, ni lo suficientemente emotivos. Es como si estuvieras espantando moscas. ¡Más amplitud!

Lucía suspiró, parecía sumida en sus meditaciones.

—¿Cómo que amplitud? —preguntó Daisy.

—Es un poco difícil de explicar —dijo Lucía—. Tienes que ofrecer más variedad, más fuerza, tanto en los gestos como en la voz. Debes mostrarte feroz en ocasiones, ser el terrible enemigo de España, debes ser tierna, la madre de tu pueblo. Debes ser una Tudor. La hija de aquel glorioso sinvergüenza, el rey Hal<sup>[35]</sup>. Severa y regia. ¿Puedo enseñarte un momentito lo que te quiero decir? Es mucho más fácil mostrarlo que explicarlo.

A Daisy se le cayó el alma a los pies: estaba llena de terribles aprensiones. Pero habiendo pedido ayuda, difícilmente podía rechazar aquel generoso ofrecimiento, porque desde luego Lucía le estaba dedicando toda la mañana.

—Muy amable por tu parte.

—Déjame tu ejemplar del discurso, entonces —ordenó Lucía—. Y de paso, ¿puedo pedirte que me prestes la gorguera, solo para ponerme en situación? Ahora déjame que me lea el discurso... sí... ah, sí... *crescendo*, y luego furor... una pausa entonces; un toque de ternura... Bueno, ya que insistes, intentaré mostrarte lo que quiero decir. Aunque estoy terriblemente nerviosa.

Lucía avanzó y le habló con el tonillo más zalamero a su ejército y a la multitud.

—Por favor, tengan paciencia conmigo, damas y caballeros —dijo—, mientras leo de nuevo el discurso. Maravillosas palabras, ¿verdad? Ya sé que no les haré justicia. Veamos... el palafren con la reina saldrá del jardín del Ambermere Arms, ¿no es así? Entonces, por favor, que toda la multitud entre en el jardín y luego vaya saliendo como en tropel y gritando hurras y todo eso delante de mí. Cuando llegue yo donde está la mesa, es decir, donde esperará el palafren sobre el que pronunciaré el discurso, que esta parte de la multitud se eche hacia atrás, y el resto que se siente en la hierba para que los espectadores puedan ver. Ahora, por favor...



Lucía salió con paso firme del jardín, reuniendo de tanto en tanto a la multitud para mostrarles cómo exacerbarse, y (gracias a la calistenia) con hábil destreza saltó a la mesa en la que estaba la silla que hacía de grupa del caballo.

Entonces, con un amplísima floritura ejecutada con el brazo, comenzó a hablar. El ejemplar del discurso que llevaba en la mano se cayó, pero aquello no importaba nada, porque se lo sabía de memoria, y sin pausa —excepto por los estallidos de euforia de la muchedumbre, cuando ella se lo indicaba— Lucía lo declamó todo, ahora elevando la voz, ahora bajándola, ahora rebosante de fuego, ahora tierna y maternal. Luego bajó de la mesa, y caminó frente a sus tropas, haciendo señas a la multitud —que en la escena previa habían sido cocineros y marineros y todo tipo de cosas— para que se cerrasen tras ella con gritos y ovaciones y aspavientos, y regresaran de nuevo por el camino al jardín del hotel.

—Pues eso es más o menos, querida Daisy. ¿Qué piensas? —le preguntó a la reina, devolviéndole la gorguera—. Un poco burdo y torpe, ya lo sé, pero quizá ese sea el modo de insuflar un poco de vida en la escena. Ah, aquí está tu copia del discurso. Me ha resultado muy familiar. Diría que lo aprendí en la escuela. Y ahora, de verdad, tengo que irme. Ojalá pudiera decir que os he sido de alguna utilidad...

A la mañana siguiente Lucía estaba demasiado ocupada para supervisar el ensayo; estaba segura de que Daisy podría arreglárselas sola maravillosamente, y ella estaba ciertamente muy ocupada observando a través de un catalejo, desde la ventana de su salita de música, aquella actuación confusa y desvaída. Los alabarderos avanzaban a grandes zancadas con las manos en los bolsillos, Piggy y Goosie estaban sentadas en la hierba y Daisy no recordaba ya nada del discurso. La conciencia colectiva de Riseholme comenzó a percatarse de que nada podría salir bien sin el concurso de Lucía, y se formaron algunos grupos de conspiradores que murmuraban a hurtadillas, dispersándose o acallando sus voces cuando se acercaba la reina Isabel, y reuniéndose de nuevo cuando se había ido. Al coro, que había cantado tan convincentemente cuando Lucía estaba allí con su «¡venga, la la laaaa!», ya no le importaba en absoluto el sol alto, y simplemente decidieron prescindir de la canción; los jóvenes isabelinos que habían triscado como corderillos embriagados bajo su estimulante mirada se sentaban y rumiaban margaritas; los cocineros dejaron de engrasar el espetón; y el discurso de la reina a sus tropas fue recibido con la más respetuosa indiferencia.

Georgie, calzado con los zapatos de Drake, que con el uso se habían tornado menos mortificantes, almorzó con el coronel y la señora Boucher. La señora Boucher era prácticamente la única riseholmense que no iba a participar en la fiesta, pues su movilidad estaba reducida a la limitada operatividad de una silla de ruedas. Pero presenciaba todos los ensayos y tenía opiniones que en ocasiones eran tan contundentes como su voz.

—Os guste o no —decía enfáticamente a todo el que quisiera escucharla—, la única persona que puede sacaros del atolladero es Lucía.

—Sacar del atolladero a la pobre Daisy es imposible —contestó Georgie—. No tiene remedio.

—Pues eso es lo que yo digo —replicó la señora—. Si Lucía no es la reina, lo doy

todo por perdido. La pobre Daisy, entiéndeme bien, todos somos amigos suyos, es de las que pretende abarcar más de lo que puede apretar. El gato de mi cocina, y no me importa que me oigan, haría mejor de reina que ella.

—Pero Lucía se va a Tilling la semana que viene —dijo Georgie—. Ni siquiera estará aquí para la fiesta.

—Bueno, pues ruégale e implórale que no abandone Riseholme —sentenció la señora Boucher—. En fin, todo el mundo andaba murmurando eso esta mañana, el ejército, la armada y todo el mundo. Era como una revolución. Ahí está la señora Arbuthnot, que me dijo: «Ay, por Dios, por Dios, esto no va a salir bien. ¡De ninguna manera!», y allí estaba la pobre Daisy, bien cerca de ella; y todos nos pusimos colorados cuando nos dimos cuenta. Fue de lo más incómodo. Y lo que te corresponde a ti, Georgie, es ponerte de rodillas delante de Lucía, y decirle: «¡Salva Riseholme!». ¡Y punto!

—Pero se niega a tener nada que ver con la fiesta. Como Daisy le pidió que hiciera de mi mujer... —dijo Georgie Drake.

—Naturalmente, estaría indignadísima. ¡Una ofensa! Pero tú y Daisy debéis suplicárselo. A lo mejor puede ir a Tilling e instalarse apropiadamente allí y luego regresar para la fiesta. Ella no necesita ensayar. Si Lucía fuera una multitud, podría representar el papel de todos.

—¡Una mujer excepcional, ciertamente! —aseguró el coronel Boucher—. Se sabía de memoria cada palabra del discurso de la reina Isabel, cantaba con el coro, engrasaba con los cocineros, bailaba con los marineros... Eso es lo que yo llamo *instinto*, ¿eh? Cualquiera podría haber pensado que había estado estudiándoselo todo este tiempo. Estoy de acuerdo con mi esposa, Georgie. El problema es Daisy. ¿Estará *dispuesta* a renunciar...?

Georgie se animó por momentos.

—Dijo que se sentía inclinada a dejarlo todo, hace unos días... —concluyó.

—Ahí lo tienes entonces —dijo la señora Boucher—. Recuérdale sus palabras. Luego ella y tú, los dos, vais a ver a Lucía antes de perder el tiempo con más ensayos, y le suplicáis. ¡Se lo suplicáis! No me sorprendería ni lo más mínimo que dijera que sí. De hecho, por si lo quieres saber, creo que se ha mantenido al margen hasta que comprendisteis que no podíais hacerlo sin ella. Entonces vino a ayudar en un ensayo y todos vosotros os disteis cuenta de lo que podíais hacer estando ella presente. En fin, hasta yo misma estallé en vítores cuando dijo que tenía el corazón de un príncipe... Después se aparta otra vez del asunto, como hizo esta mañana, y entonces veis más claramente que nunca que no podéis hacerlo sin ella. ¡Lo que digo es que está esperando que se lo pidáis! Eso es muy típico de ella, ya sabes.

Era una conclusión reveladora; desde luego aquello parecía típico de ella, como en sus mejores tiempos.

—Creo que tiene usted razón. Ella es más inteligente que todos nosotros juntos —admitió Georgie—. Iré a ver a Daisy enseguida y la tantearé. Gracias a Dios, los zapatos me van dejando vivir...

Georgie se encontró con una reina mediatruda, una reina de Saba completamente desanimada, una mujer hundida en la desesperación.

—Esta mañana todo ha salido fatal, peor que nunca —remarcó—. Incluso me atrevería a decir que aún no hemos tocado fondo. Georgie, ¿qué vamos a hacer?

Era más delicado darle a Daisy la posibilidad de abdicar por sí misma.

—La verdad es que no lo sé —dijo—. Pero algo hay que hacer... Me gustaría saber qué...

Daisy estaba dividida entre las punzadas de los celos y la conciencia de su absoluta impotencia. Se tomó medio vaso de vino de un trago, a pesar de que su régimen le decía que era un veneno mortal.

—¡Georgie! ¿Crees que existe la más mínima posibilidad de que Lucía quisiera hacer de reina y ocuparse de todo el espectáculo? —preguntó al final con voz trémula.

—Podríamos intentarlo... —contestó Georgie—. Los Boucher son partidarios de esa opción, y todos los demás también, creo.

—Bueno, entonces vamos rápido, no vaya a ser que me arrepienta —dijo Daisy.

\* \* \*

Lucía los había visto llegar, así que se fue corriendo de la ventana y se sentó al piano. No tuvo siquiera tiempo para abrir la partitura, así que empezó el primer movimiento de la sonata *Claro de luna*, que se sabía de memoria.

—¡Ah, qué agradable! —dijo—. Georgie, tenía pensado practicar toda la tarde. ¡Estos pobres dedos están tan oxidados! ¿Y vosotros? ¿Habéis tenido un buen ensayo esta mañana? ¿Vas bien con el discurso, Daisy? Estoy segura de que será así.

—No consigo recordar ni una palabra —sollozó Daisy—. Lucía, querida, todos creemos que sería mejor que todo el asunto volviera a estar en tus manos. Que hicieras de la reina y te ocupases de todo. ¿Querrás...?

—Por favor, Lucía... —imploró Georgie.

Lucía miró a uno y a otro sucesiva y repetidamente con gesto de asombro.

—Pero, pobrecitos míos, ¿qué puedo hacer yo que no hagáis vosotros ya? —dijo—. Además, no voy a estar aquí cuando se celebre. Estaré en Tilling, ¿recordáis? Y luego, todas las molestias que te has tomado, Daisy. No podría. ¡Imposible! Una crueldad sería para contigo.

Lucía parecía totalmente desconcertada ante aquellas vehementes súplicas.

—¿No puedes venir para la fiesta, siquiera? —preguntó Georgie—. Ensayamos todo el día, todos los días, hasta finales de mes. Luego te vas a Tilling, y tú y yo regresamos justo para la semana de la fiesta.

Lucía fingía estar experimentando un violentísimo combate consigo misma.

—Querido Georgie, querida Daisy, que sepáis que me estáis pidiendo un gran sacrificio —dijo—. Había planificado minuciosamente los días que me quedan aquí. Mi música, mi Dante... ¡todas mis clases! Tendré que abandonarlo todo, ya sabéis, si quiero que esa fiesta adquiera forma. No voy a tener tiempo para nada más.

La desdichada tocata y fuga, interpretada a dos voces, de *Por favor, Lucía. Es la única oportunidad. No podemos hacerlo a menos que tú seas la reina*, de repente estalló en los alegres acordes de *¡Qué buena eres! ¡Oh, gracias, Lucía!*, y solo entonces se pudo entonar el

himno de la victoria.

Al instante Lucía se transformó en una persona extremadamente ocupada.

—¡En ese caso, no hay tiempo que perder! —espetó—. A las tres toca ensayo general. Después ya me ocuparé yo de los bailarines cascabeleros y de los alabarderos. Tú y Georgie debéis ser mis lugartenientes, querida Daisy. Tenemos que formar todos juntos un equipo. A propósito, ¿de quién vas a hacer ahora?

—De quien tú quieras.

Lucía la escrutó fijamente con aquella mirada penetrante, como si estuviera calculando, hasta el más mínimo detalle, todas sus posibilidades.

—Entonces, querida Daisy —dijo—, veamos qué puedes hacer con el papel de la esposa de Drake. Es un papel bastante pequeño, lo sé, pero muy importante. Tienes que mostrar en ese único momento toda la lealtad, toda la devoción de las mujeres de Inglaterra hacia la reina.

Se puso en pie.

—Empecemos a trabajar de inmediato —añadió—. Este es el *Golden Hind*: yo acabo de subir al barco. Ahora, ve detrás del piano, y luego, sal arrobada en éxtasis, arrebatada de temor reverencial, rebosante de sumisión... Oh, Dios mío, así no saldrá nunca. ¿Tendré que hacerlo yo otra vez...?

Lucía había regresado a Tilling la noche anterior, tras el sonoro éxito de la festiva semana de Riseholme. Esa mañana, tras el desayuno, estaba sentada frente a la ventana del cenador del jardín de la casa de la señorita Mapp. Un marco incomparable para cualquiera que estuviera interesado en la vida, como sin duda lo estaba Lucía. Cada mañana en Tilling había una marea de asuntos, que, como no podía ser menos, debían cogerse con la pleamar<sup>[36]</sup>. Como cada día, el Rolls-Royce de la señora Wyse había bajado dando trompos por la calle, Diva había salido con su cesta de la compra de la casa de la Pintoresca Irene (de la cual era inquilina momentánea), y el jardinero de la señorita Mapp (ahora más conocida como «Elizabeth» a secas, a petición expresa de la susodicha) había transportado su cosecha diaria de productos hortofrutícolas al verdulero en un carrito. Elizabeth en persona había ido a visitarla para darle la bienvenida tras su regreso de Riseholme y para felicitarla por el éxito de la fiesta, de la que todos los periódicos ilustrados habían hecho amplísimas crónicas, y, paseando por el jardín con ella había cortado con aire ausente algunas rosas (las de Diva estaban afectadas por el pulgón); el Padre, pasando por delante del marco incomparable, le había deseado buenos días, y finalmente el mayor Benjy había salido de su casa con la intención de coger el tranvía que lo llevara al campo de golf, donde al parecer vivía a lo largo de toda la semana. Lucía lo saludó con un vigoroso «*Quai-hai*» en tonos argentinos, pues con ellos había conseguido hacer grandes amigos en los pocos días que ya llevaba en Tilling, y aprovechó para recordarle que estaba invitado a cenar aquella misma noche. Con gran galantería, él se había quitado la gorra, y le había vociferado que aquel no era el tipo de compromiso que corriera peligro de olvidar. Se despidió con un *au reservoir*.

Luego la pleamar remitió, se tornó bajamar, y Lucía se apartó de la ventana. Había tanto sobre lo que pensar concienzudamente que apenas sabía por dónde empezar. Al principio su mirada se centró en el piano, que ya no era el notable Blumenfelt de Elizabeth, en el cual se le había garantizado que podría tener el privilegio de tocar, sino uno que había alquilado en Brighton. Sin duda era totalmente cierto que, tal y como había dicho Elizabeth, su Blumenfelt había sido catalogado como un instrumento delicadísimo, pero nadie durante los últimos veinte años aproximadamente lo había considerado más que como una notable curiosidad. Algunas notas sonaban como gorjeos de canarios (el canario de Diva ya estaba completamente recuperado de su pepita, afortunadamente), otras no sonaban en absoluto, y el pedal del *sostenuto* era una cosa deplorable. Así que Lucía había alquilado otro piano y había colocado el piano-canario en la pequeña salita del teléfono, junto al vestíbulo. La ocupaba totalmente, pero todavía se podía acceder al teléfono si uno iba por los lados. Elizabeth había dejado entrever ciertos signos de acidez cuando supo de la sustitución, y había señalado con aire melancólico que su piano había pertenecido a su queridísima mamá, y que esperaba que la salita del teléfono no fuera demasiado húmeda. Visto su aspecto, parecía bastante

probable, efectivamente, que el instrumento hubiera pertenecido a su madre, si no a su bisabuela, pero después de todo Lucía no había prometido tocar en él.

Hasta ahí lo del piano. Sobre el nuevo, más plebeyo, había ahora un bol de cerámica lleno de recortes de prensa, y Lucía les echó un vistazo a algunos, recordando los triunfos de la semana anterior. La fiesta, favorecida por un tiempo magnífico y por los trenes especiales procedentes de Worcester, Gloucester y Birmingham, había sido un rotundo éxito. El desfile había sido registrado con una cámara cinematográfica, al igual que la escena en el *Golden Hind*, y el chasquido de las cámaras fotográficas a lo largo de toda la representación había sido tan agradable y excitante como el ruido de las cigarras en el sur. The Hurst se había convertido en el objetivo de innumerables lentes (Lucía se mostró de lo más comprensiva), y su dueña fue fotografiada sentada al piano y posando en el jardín de Perdita, y meditando junto a un florido arbusto, a la guisa de la reina Isabel y como ella misma, y había conseguido que uno de aquellos artistas de la cámara (si bien a regañadientes) le hiciera una fotografía especial a la pobre mujer de Drake. Al final esa fotografía fue un fiasco, porque Daisy se había movido, pero la intención de Lucía había sido de lo más considerada. Y, por todas partes, tanto a los fotógrafos como a los reporteros (sabiendo que nadie lo creería), Lucía les había insistido en que todo el mérito era de la mujer de Drake, que lo había planificado todo (bueno, casi todo) y que había hecho todo el trabajo con la espada.

Estuvo a punto de producirse un desastre horroroso. De hecho, se había producido un desastre horroroso, pero la asombrosa Lucía, improvisando sin más, había conseguido alzarse con un nuevo triunfo personal a partir de lo sucedido. Ocurrió el último día de la fiesta, cuando la plaza del pueblo apenas podía contener la marea de turistas, y había sido necesario levantar otra gradería rodeando el estanque donde se encontraba el *Golden Hind*; entonces fue cuando se produjo el accidente. La reina Isabel acababa de abandonar el barco donde había disfrutado de un suculento plato repleto de carbonillas ahumadas, y el cortejo la estaba escoltando en su retirada, cuando de repente toda la popa del *Golden Hind*, en la que se encontraba el fuego y el cordero previamente asado, además de un estrado cargado de antigüedades y la multitud de entusiastas cocineros, crujió, se partió en dos y, con un espantoso chapoteo, cayó directa al agua. Antes de que nadie pudiera reírse, Lucía (recordando que el agua solo tenía tres pies de profundidad en lo más hondo, y sabiendo por tanto que no había peligro de que nadie se ahogara) estalló en grandes alaridos:

—¡Por los benditos clavos de Cristo! —gritó—. ¡Así será como acabaré con los malditos galeones españoles!

Y con un gesto de majestuoso desdén a los cocineros, que a estas alturas estaban ya hasta la cintura de agua, se alejó seguida de su cortejo. Los periodistas resaltaron en grandes titulares este maravilloso alarde simbólico. Algunos intelectualillos lo consideraron un episodio no totalmente legítimo desde el punto de vista histórico, pero nadie cuestionó el soberbio efecto dramático del recurso, puesto que se ajustaba perfectamente a la siguiente escena, esto es, la irrupción de la Armada Invencible. Los cocineros vadearon como pudieron el estanque hasta la orilla, corrieron a casa a cambiarse de ropa y llegaron a tiempo para ocupar sus sitios en la multitud que escoltaría

a la reina hasta el blanco palafreón. ¿A quién iba a importarle un chapuzón veraniego, estando al servicio de una reina tan ingeniosa? De todos los triunfos de Lucía a lo largo de la semana, aquel momento de inspiración constituyó la cumbre y cima, y no pudo evitar preguntarse qué habría hecho la pobre Daisy si hubiera estado en el trono aquel día. Probablemente se habría puesto a gritar presa de un ataque de histeria: «Ay, Dios mío, se han caído al agua. ¡Paren toda la representación!».

No era de extrañar que Riseholme estuviera tan orgulloso de Lucía, y en cuanto a Tilling, donde literalmente habían estado devorando con gula todos los periódicos ilustrados, allí también estaban orgullosísimos. Con una posible excepción, pensaba la propia Lucía, y era Elizabeth, que en su visita de bienvenida se había limitado a decir, como con desgana:

—¡Qué espanto toda esta publicidad para ti, querida! ¡Yo que tú me preocuparía! Lucía, como era habitual, había estado a la altura de las circunstancias.

—Qué amable por tu parte tener tanta compasión de mí, Elizabeth, querida —había dicho—. Pero mi deber era ayudar a mi adorado Riseholme, sin reparar en las consecuencias.

Aquello sirvió para cerrarle el pico a Elizabeth: no volvió a mencionar la fiesta.

Lucía, mientras aquellos caprichosos pensamientos sugeridos por aquel montón de recortes de prensa revoloteaban por su mente, pensó que tendría que dar un toque de atención a Elizabeth. Últimamente se estaba convirtiendo en un pequeño problema.

Pero primero debía concentrarse en Georgie, pues este representaba una preocupación más inmediata. Georgie, en aquel momento concreto, inconsciente de su destino, y en un estado de luminosa exaltación de la vida en general, aún seguía en Riseholme, pues el hermano de Adele Brixton, el coronel Cresswell, había alquilado finalmente su casa para dos de los meses veraniegos y había muchas cosas insignificantes —bordados y cuadros, y pequeños frasquitos con etiquetas del tipo «Solo para aplicación externa»— que debían ser retirados a la mayor urgencia. Durante la celebración de la fiesta se había quedado en casa de Daisy, pues Foljambe y el resto de su servicio se habían trasladado a Tilling a principios de agosto, y consideró que no valía la pena hacerlos volver de nuevo a todos tan solo para la fiesta. Aun así, le resultó muy difícil sobrevivir sin Foljambe toda una semana. Luego se había quedado un día más con Daisy, después de que concluyeran los festejos, para comprobar que todo quedaba ordenado y arreglado, así que Lucía esperaba que regresara esa misma mañana.

Tenía terribles noticias para él; noticias espantosas, en realidad. Los vagos rumores que se habían ido difundiendo últimamente en Riseholme eran completamente ciertos, y Cadman, su chófer, se había presentado ante Lucía la noche anterior con una bomba de relojería bajo el brazo: él y Foljambe estaban pensando en casarse. Lucía también había estado con Foljambe, y esta le había rogado que fuera ella quien le diera la noticia a Georgie.

—Sería muy amable por su parte, señora, si lo hiciera —le había dicho Foljambe—, porque sé que yo nunca reuniría el valor suficiente para hacerlo por mí misma, y a él no le gustaría pensar que he tomado una decisión sin comunicárselo. No tenemos prisa... Cadman y yo, quiero decir... no pensamos casarnos hasta que no regresemos a

Riseholme en otoño. Eso concederá al señor Georgie varios meses para encontrar una solución.

Aquel generoso homenaje a su sensibilidad doméstica había sido recibido con la importancia que realmente tenía, y Lucía había prometido que sería la fiel mensajera de aquellas deprimentes noticias. Así que Georgie llegaría justo para la hora de la comida, y Lucía estaba decidida a contárselo todo inmediatamente. Pero, rebosante como estaba Georgie de emocionantes expectativas ante el futuro inmediato (dado que Foljambe se había mostrado más que satisfecha con el dormitorio que se le había adjudicado) y feliz también por el notabilísimo éxito de su representación de Drake y la muy sustancial renta por la que había logrado alquilar su casa durante los dos siguientes meses, a Lucía le horrorizaba pensar cómo se iba a sentir el pobre ante aquel espantoso golpe que no tardaría en propinarle con su propia mano. Lucía no tenía ni idea de cómo se lo tomaría, pero tenía claro, con total seguridad, que aquello le sumiría en una horrible depresión. Así, mientras abandonaba el cenador del jardín y se acomodaba en la agradable sombra del césped exterior, se entregó a la elaboración de una abundante cantidad de argumentos preparatorios y reconfortantes.

Sus pensamientos se deslizaron hacia la figura de Elizabeth Mapp. Durante aquellos diez días, antes de que Lucía se hubiera ausentado para la fiesta, la señorita Mapp la había visitado todos y cada uno de los días: era absolutamente obvio que Elizabeth la estaba sometiendo a una estricta vigilancia. Siempre tenía alguna excusa palmariamente falsa: necesitaba una botella de agua caliente, o un dedal, o un destornillador que había olvidado llevarse, y declinando cualquier ayuda, se iba a buscar esos objetos ella misma por la casa, diciendo que estaba segura de poder encontrarlos sola, que no había necesidad de molestar a nadie. Entraba entonces en la cocina, deshaciéndose en sonrisas y agradables observaciones ante la cocinera de Lucía, se colaba en el salón de los criados y le decía algo agradable a Cadman, y figoneaba en los armarios con la idea de encontrar lo que andaba buscando. (Fue durante una de estas expediciones cuando descubrió que el piano de su queridísima mamá se había trasladado al cuarto del teléfono). A menudo entraba sin llamar a la puerta ni tocar el timbre, y entonces, si Lucía o Grosvenor advertían su entrada clandestina, y acudían a ver quién era, se reprendía a sí misma por su estupidez al no recordar que en ese momento aquella no era su casa. Qué olvidos más tontos tenía...

En una de esas ocasiones se había colado en el jardín y había sorprendido a Lucía comiéndose un higo que colgaba del árbol junto al cenador, y que estaba repleto de fruta.

—¡Ah, pequeña ladronzuela! —dijo—. ¿Qué habíamos dicho de los productos hortofrutícolas?

Luego, viendo la mirada de absoluto asombro de Lucía, había dejado escapar una cascada de carcajadas.

—Lulú, querida... ¡es solo una broma! —exclamó—. ¡A ver, ese sentido del humor de la reina Isabel! Puedes comer todos los higos que quieras de mi jardín, y ojalá te quepan muchos.

En otra ocasión Elizabeth había encontrado al mayor Benjy tomando el té con Lucía, y había exclamado:



—¡Ay, qué disgustada estoy...! Toda mi ilusión era presentarles a ustedes, y ahora alguien me ha arrebatado ese gusto. ¿Quién ha sido el aguafiestas?

Aunque quizá lo dijera en tono de broma... Lucía no estaba segura de que le gustaran las bromitas de Elizabeth mucho más de lo que le gustaban sus intempestivas visitas.

Aquella mañana, Lucía estaba observando su jardín. El césped requería imperiosamente una siega, los parterres precisaban un escardado, los bordes necesitaban recortarse, y le dio la impresión de que el jardinero, cuyo sueldo, por cierto, pagaba ella, no había echado ni una hora allí desde que ella se fuera a Riseholme para la fiesta. Jamás se le veía por el jardín, o eso le pareció, al menos, aunque sí que le había sorprendido un par de veces recogiendo fruta y recolectando verduras en el huerto, o escardando en el lecho de espárragos, o enmacetando crisantemos, o haciendo otras faenas que no concernían a sus propios intereses sino a los de Elizabeth. Y justo entonces lo vio, un hombre de un estupendo talante, preparando otro cesto de verduras para llevárselas al tendero, que luego se las vendía a Lucía. Aquello requería una investigación inmediata.

—Buenos días, Coplen —saludó—. Me gustaría que hoy cortases el césped. Está escandalosamente alto.

—Lo siento mucho, señora —contestó el jardinero—. Hoy no creo que tenga tiempo. Yo de usted contrataría a alguien para que lo hiciera.

—Preferiría que lo hicieras tú —manifestó Lucía—. Y ya que estamos, te sugiero que contrates a alguien para que te recoja las verduras.

—No es solo las verduras, señora —respondió—. La señorita Mapp me dijo que hoy sin falta tengo que abonar las fresas.

—¿Y se puede saber qué pinta aquí la señorita Mapp? —preguntó Lucía—. Tú eres empleado mío, no suyo.

—Bueno, eso es lo que parecería razonable —dijo el imparcial Coplen—. Pero verá usted, señora, las órdenes que tengo son de ir a ver a la señorita Mapp todos los días y ella me dice lo que quiere que haga.

—Entonces, en el futuro, por favor, ven a verme todas las mañanas y te diré lo que quiero que hagas —ordenó—. Acaba ahora con lo que estés, y luego comienza con el césped de inmediato. Dile a la señorita Mapp sin falta que he sido yo quien te ha dado esas órdenes. ¡Y hoy no se abonan las fresas! No, desde luego, mientras mi jardín tenga el aspecto de un pedigüeño que no se ha afeitado en una semana.

Respaldada por un implacable sentido de la justicia, pero todavía peligrosamente furiosa, Lucía regresó al cenador a ver si se tranquilizaba con una hora de ensayos con el nuevo piano. Un sonido muy agradable, el del nuevo piano. Ella y Georgie podrían retomar sus veladas musicales, quizá. Aquella misma tarde, si se sentía con fuerzas tras el bombazo, puede que un dueto le sirviera como reconstituyente. Durante su semana triunfal en Riseholme no había sacado tiempo para tocar ni una tecla. Así que, primero haría unas escalas, y luego trabajaría duro con una nueva pieza de Mozart que Georgie y ella repasarían juntos más tarde.

Entonces se oyó un golpecito en la puerta del cenador. Se abrió un poquito, y Elizabeth asomó la nariz.

—¿Puedo pasar otra vez, querida? —preguntó con su voz más meliflua.

Se notaba que le faltaba la respiración. Había venido corriendo desde High Street.

—Cuánto siento interrumpir tu encantador concierto, *Lucia mia* —dijo—. ¡Qué bonita tonada! ¡Ay, qué dedos tienes tan prodigiosos! Pero el bueno de mi Coplen ha venido a verme absolutamente perplejo. Será mejor aclararlo de una vez, pensé, así que he venido de inmediato, aunque mi visita sea un poco precipitada. Un pequeño malentendido, sin duda. Coplen no es muy listo que se diga.

Elizabeth parecía algo nerviosa también, lo cual podía contribuir a su falta de resuello. Así que Lucía esperó a que recuperara el completo dominio de sí misma.

—Oh, ¿y tu nuevo piano, querida? ¿Te gusta? —preguntó Elizabeth—. Sonaba muy dulce y melodioso, aunque no tiene en absoluto el tono del de mi queridísima mamá, claro... ¿Hablamos de Coplen, entonces?

—Sí, hablemos de Coplen —respondió Lucía.

—Le habré entendido mal, estoy segura. Estaba muy excitado. Temía que estuviera enfadada con él. Le dije que vendría a verte y que lo arreglaría todo.

—Nada más sencillo, querida —añadió Lucía—. Lo podemos arreglar todo en un minuto. Me dijo que no tenía tiempo para cortar el césped hoy porque tenía que abonar *tus* matas de fresas, y yo le dije: «El césped, por favor, ya», o puede que algo parecido. Al parecer sí que es un poco torpe: no había comprendido, creo, que está a mi cargo. Así que naturalmente yo se lo recordé. Aunque supongo que ya lo habrá entendido, o al menos eso espero.

Elizabeth pareció bastante desconcertada ante aquellas enérgicas observaciones, y Lucía comprendió de inmediato que aquella era la forma de tratarla.

—Pero los frutos de mi huerto, ya lo sabes, querida *Lulú*... —dijo Elizabeth—... no me servirá *de mucho* si deajo que se me pudran en los árboles todas esas suculentas peras; de lo contrario, se las comerán las avispas.

—Sin duda, sin duda —asintió Lucía—, pero Coplen, cuyo salario me compete, no me servirá de mucho si se pasa el día cuidando tu huerto. Le pago por su tiempo, Elizabeth querida, y pretendo que me lo dedique a mí. Ah, por cierto, también me dijo que recibía órdenes tuyas todas las mañanas. Has de saber que no será así en lo sucesivo. No lo permitiré. ¡De ningún modo! Si yo hubiera contratado a *tu* cocinera lo mismo que he contratado a *tu* jardinero, no le permitiría que pasara todo el día asando corderos para *ti*.

Elizabeth cayó en la cuenta entonces de que no tenía a dónde agarrarse, y se sentó.

—*Lulú*... —dijo lastimeramente—, cualquier cosa sería preferible a disgustarte. Eres un encanto. No voy a discutir. Me permitirás no exponer mi punto de vista. Cederé yo. ¡En fin! Aunque me pregunto si no te importaría permitir que Coplen dedique una horita por la mañana para que lleve mis frutitas y verduritas al tendero. Te estaría tan agradecida...

—Oh, me temo que es absolutamente imposible —dijo Lucía con la mayor cordialidad—. El torpe de Coplen ha estado descuidando el jardín de flores de un modo espantoso, y arreglarlo de nuevo le llevará todo el tiempo de que dispone, al menos de momento. Quizá tengas que contratar a alguien más...

Durante un instante, la cara de Elizabeth se torció en una espantosa mueca; luego su rostro se deshizo en sonrisas otra vez.

—¡Muy bien, entonces! —dijo con una cordialidad llena de dientes—. Pues será exactamente como deseas. Ahora tengo que marcharme. *Au reservoir!* Supongo que no estarás libre esta noche para venir a cenar conmigo. Le pediría al mayor Benjy que se uniera a nosotras, y a nuestra querida Diva, que tiene *pasión*, una verdadera pasión, por ti. Y el mayor Benjy también. Lo suyo por ti es delirio. Hechicera: estás robando todos los corazones de Tilling.

Lucía sintió verdadera lástima por la pobre. Después de partir hacia Riseholme la última semana, se había comprometido con Diva y con el mayor Benjy para que fueran a cenar con ella aquella misma noche, y resultaba absolutamente imposible que Elizabeth, para entonces, no lo supiera.

—Es muy amable por tu parte —aseguró—, pero coincide con que tengo una fiestecita yo misma esta noche, con un par de invitados.

Elizabeth se demoró un instante todavía, y Lucía se dijo que ni aunque la pusieran en el potro de tortura invitaría a Elizabeth, por mucho que se demorara.

Lucía y ella intercambiaron un par de besitos aéreos y entonces Elizabeth salió por la puerta principal y bajó la calle. «En fin: tendré que ser algo severa con ella», pensó Lucía, «y cuando le haya enseñado cuál es su lugar, entonces será el momento de mostrarme un poco amable. Pero ahora, desde luego, no la invitaré a cenar. Debe aprender a no invitarme cuando sabe que estoy comprometida. Y debe dejar de entrar sin llamar. Le diré a Grosvenor que eche la cadena a la puerta».

Lucía regresó a sus ejercicios de piano, pero apartó rápidamente de la vista la nueva partitura de Mozart, cuando, en una de sus miradas de reojo por la ventana abierta, vio que Georgie subía calle arriba, desde la estación. Traía un paso vivo y alegre, era evidente que estaba del mejor humor posible. Cuando la vio allí, la saludó con la mano.

—Solo voy a echar un vistazo al *cottage*, para ver que todo está bien —le gritó—, y en cuanto salga charlamos. ¡Tengo un montón de cosas que contarte!

—Y yo... —dijo Lucía, tristemente—. Pero date prisa, Georgie.

Siguió subiendo hasta el *cottage*, y el corazón de Lucía se sintió acongojado por él, pues toda aquella alegría pronto sufriría un eclipse total, y ella iba a ser quien le oscureciera el día. ¿Sería mejor decírselo de sopetón y a la primera, se preguntó, o escuchar primero sus noticias, y resumirle a grandes rasgos las recientes *Maniobras de Mapp*? Aquellos excitantes asuntos podían servir como revitalizantes, un paliativo a lo que recurrir después de contarle lo de Foljambe. Por otra parte, si lo apuñalaba directamente por la espalda, no serían de ninguna utilidad como reconstituyentes. También había langosta al vapor para comer, y a Georgie, a quien le encantaba, probablemente le traería sin cuidado si antes recibía aquel duro golpe.

Georgie empezó a hablar casi antes de abrir la puerta.

—Todo maravillosamente bien en el *cottage* —anunció—. Foljambe está encantadísima con Tilling. Todo en orden y limpio como los chorros del oro, mi caja de pinturas impoluta y el agujero de la alfombra remendado perfectamente. Debe de haber estado muy atareada mientras he estado fuera.

(«Dios mío, ay, Dios mío, vaya si lo ha estado», pensó Lucía).

—Y todo en orden en Riseholme también —continuó el pobre Georgie—. El coronel Cresswell quiere mi casa para tres meses, así que le dije que sí, de modo que me temo que tú y yo nos quedaremos sin techo en octubre, a menos que mantengamos el alquiler de nuestras casas aquí, claro... Tuve que ponerme la ropa de Drake ayer otra vez, porque la *Birmingham Gazette* quería hacerme unas fotos. Dios mío, la fiesta fue un exitazo absoluto, pero me alegro de que haya pasado ya, porque así todo estará tan calmo como la superficie de un lago, todo excepto Daisy. Empezó a enredar en cuanto te fuiste, y la oí murmurar (te lo juro) sobre lo rápido que captaste el papel de la reina después de verla actuar solo un par de veces.

—¡No...! ¡Pobrecita! —dijo Lucía con profunda compasión.

—Ahora cuéntame todo lo que pasa en Tilling —pidió Georgie, creyendo que ya era hora de ir al grano.

—Las cosas están empezando a moverse, Georgie —comenzó Lucía, olvidando por el momento la tragedia pendiente—. Operaciones nocturnas, Georgie, maniobras subrepticias. Elizabeth, por supuesto. Estoy segura de que estaba en lo cierto: quiere manipularme, y si no puede (*¡sí!*), intentará enfrentarse conmigo. Puedo atisbar ciertos indicios de odio y malicia en su actitud.

—¿Y te vas a enfrentar a ella? —preguntó Georgie emocionado.

—Nada de eso, querido mío —dijo Lucía—. ¿Por quién me has tomado? De vez en cuando, cuando sea necesario, le atizaré dos o tres buenos sopapos. Ya le di uno esta mañana: ya lo creo que lo hice. No fue muy fuerte, pero le picó.

—¡No...! ¡Cuenta, cuenta...! —exclamó Georgie.

Lucía le proporcionó una descripción sucinta, pero absolutamente precisa, del incidente con el asunto del díscolo jardinero.

—Así que la frené en seco —declaró Lucía—, y hay algunas otras cosas que también frenaré en seco. Por ejemplo, se acabó eso de tenerla paseando todo el día por mi casa. Así que le he dicho a Grosvenor que eche la cadena. Me llama *Lulú*, lo cual me pone enferma. Nadie me ha llamado *Lulú* jamás, y no van a empezar ahora. Tengo que mirar a ver si llamándola a ella *Liblib* la cosa surte efecto. Y luego me invitó a cenar esta noche, cuando debería saber perfectamente que el mayor Benjy y Diva van a cenar aquí conmigo. Tú también vas a venir, por cierto...

—No sé si debo... —dijo Georgie—. Creo que Foljambe espera que me quede a cenar. Será la primera noche tras mi regreso. Sé que quiere repasar la ropa blanca y la plata conmigo.

—No, Georgie, me temo que eso es completamente innecesario —aseguró Lucía—. Quiero que me ayudes a proporcionarles a mis invitados una velada alegre y agradable. Jugaremos al *bridge* y dejaremos por una vez que el mayor Benjy se salga con la suya. Disfrutaremos de una divertida velada. Y mañana invitaremos a los Wyse y hablaremos de condesas italianas. Y al otro invitaré al Padre y a su mujer, y hablaremos en escocés. Quiero que vengas todas las noches. Todas. Creo que esto de dar pequeñas cenas diarias es una novedad en Tilling. Aquí solo se entretienen tomando el té. Y desde luego, no invitaré a *Liblib* a nada hasta la semana que viene.

—Pero... querida mía, no me digas que esto es la guerra... —dijo Georgie con voz temerosa. (Se parecía bastante).

—No, en absoluto. Soy benevolentemente neutral. Lo único que me interesa es que esa mujer entre en razón. Si lo hace, volveré a ser de nuevo amable con ella y la invitaré a algunas de mis agradables fiestecitas. Estoy concediéndole oportunidades de sobra. Además, Georgie... —Y aquí la mirada de Lucía adquirió aquella expresión penetrante que presagiaba una seria amenaza—, quiero comprenderla y ser agradable con ella. Pero de momento, no la comprendo. ¡Vaya idea la suya, darle órdenes a un jardinero al que *yo* pago el sueldo! Pero eso ya está resuelto. Desde aquí puedo oír el ruido del cortacésped. Hay un par de cosillas nada más que no pienso tolerar: que Liblib disponga a su antojo de mí, que me llame Lulú, y que ande entrando y saliendo de mi casa como si fuera el pajarito de un reloj de cuco.

El almuerzo llegó a su fin. Allí estaba Georgie, con un aspecto fabulosamente próspero y rollizo, con su *nuevo* pelo de color castaño, sin necesidad ninguna de un repaso de tinte, y enfundado en un bonito traje. Incluso el mayor Benjy, que había comprendido rápidamente que si quería ser amigo de Lucía primero tenía que ser amigo de Georgie, lo había declarado el hombre mejor vestido de Tilling. Y Lucía, que invariablemente le comunicaba este tipo de minucias, había conseguido que Georgie se sintiera profundamente emocionado cuando se lo repitió. Y ahora estaba a punto de clavarle una daga en el centro del corazón. Puso los codos sobre la mesa, para poder tener la posibilidad inmediata de tenderle una mano de comprensión a Georgie, y se lanzó sin mirar.

—Georgie, tengo algo que decirte... —anunció Lucía.

—Estoy seguro de que me gustará —dijo él—. Adelante.

—No, no te gustará en absoluto —replicó Lucía.

Como un relámpago, a Georgie se le pasó por la cabeza que Lucía había cambiado de opinión respecto a lo de casarse con él, pero aquello no podía ser, porque, si lo fuera, nunca habría dicho que a él no le gustaría en absoluto... Entonces, un fugaz presentimiento se le cruzó por la mente.

—Es sobre Foljambe... —dijo con voz temblorosa.

—Sí. Me temo que va a casarse con Cadman.

Georgie la miró con una cara en la que se había difuminado cualquier otra expresión que no fuera de impotente desesperación, y fue entonces cuando la mano comprensiva de Lucía descendió sobre la de Georgie, apretándola con confianza.

—¿Cuándo será? —preguntó, después de humedecerse los labios resecaos.

—No de momento. No hasta que volvamos a Riseholme.

Georgie apartó su café sin probarlo.

—¡Oh, es la cosa más horrible que me ha pasado en la vida! —exclamó—. Toda mi felicidad arruinada para siempre. ¡No me puedo creer que Foljambe sea tan... tan egoísta! Ha estado conmigo quince años, y ahora coge y se va y destruye mi hogar...

—Querido, ¿no crees que eso es un poquito exagerado...? —dijo Lucía—. Siempre puedes coger otra doncella. Hay más.

—Si vamos a eso, también Cadman puede coger otra mujer —replicó Georgie—. ¡Y

no hay otra doncella como Foljambe! Algo sospechaba, pero nunca pensé que... ¡Qué estúpido fui, dejándola aquí mientras yo regresaba a Riseholme! Si al menos hubiera utilizado a Cadman para ir a Riseholme, en vez de ir en tren... Fue una *locura*. Ahora lo veo. Se quedaron aquí los dos, sin nada que hacer, más que tramar infamias a nuestras espaldas. ¡Nadie se ocupará jamás de mi ropa como lo hace ella! ¡Y de mi vajilla! Aunque tú echarás también de menos a tu Cadman, supongo...

—Oh, no creo que Cadman tenga intención de dejarme... —aseguró Lucía con cierto sobresalto—. ¿Qué te hace pensar eso? No me ha dicho nada al respecto.

—Oh, entonces tal vez Foljambe tampoco tenga pensado dejarme a mí —contestó Georgie, atisbando un posible amanecer en el naufragio de su hogar.

—Eso es diferente, Georgie —dijo Lucía—. Ella tendrá que ocuparse de su propia casa, ¿comprendes? Durante el día, y luego, por la noche a él... a él seguramente le gustará estar con ella.

—Oh, pensamiento espantoso —protestó Georgie amargamente—. Me pregunto qué habrá visto en él. Me dan ganas de irme a vivir a un hotel. Y pensar que le había dejado quinientas libras en mi testamento...

—Georgie, eso es muy generoso por tu parte —sentenció Lucía, aunque luego pensó que Georgie no sentiría la pérdida de esa gran cantidad de dinero después de muerto.

—Pero, claro, ahora tendré que añadir una cláusula que diga algo así como: «Si todavía está a mi servicio» —dijo Georgie, bastante menos generosamente—. ¡No me esperaba esto de ella!

Lucía permaneció en silencio durante un instante. Georgie estaba tomándose lo verdaderamente muy a pecho, y ella tuvo que estrujarse la mollera.

—Tengo una idea —anunció al fin—. No sé si funcionará, pero al menos podríamos intentarlo. ¿Te sentirías menos desgraciado si Foljambe aceptara acudir a tu casa, digamos, a las nueve de la mañana y se quedara hasta después de cenar? Cuando cenes fuera, cosa que haces muy a menudo, ella se podría ir a casa más temprano. Cadman se pasa todo el día en The Hurst, porque también hace otros trabajillos, y su *cottage* en Riseholme está bastante cerca de tu casa. Eso sí, tendrías que ponerles una asistenta para que les hiciera la casa.

—Ah, esa es una buena idea —dijo Georgie, alegrándose un poco—. Por supuesto, les pondría una asistenta o lo que ella quisiera con tal de que ella se ocupara de mí como antes. Le permitiré que duerma donde quiera. Por supuesto, puede haber períodos en los que tendrá que estar fuera, pero no me importará en tanto en cuanto sepa que va a regresar. Además, ya es muy mayor para *eso*, ¿no?

Era inútil hablar de niños antes de que nacieran, y Lucía, que había sido educada durante la época victoriana, dejó pasar de largo aquel embarazoso tema.

—Valdrá la pena comprobar si se quiere quedar contigo en esas condiciones —respondió.

—Ya lo creo, se lo sugeriré de inmediato —sentenció Georgie—. Creo la felicitaré muy calurosamente, y le diré lo encantado que estoy, y luego le lanzaré la pregunta a bocajarro. ¿O sería mejor mostrarse gélido y preocupado, y no dirigirle la palabra en absoluto? A Foljambe le espantaría esa actitud, y luego cuando le preguntara unos días

después si se iba a quedar conmigo, podría prometer cualquier cosa con tal de no verme tan demolido.

Lucía desaprobó absolutamente aquel maquiavélico expediente.

—Por otra parte, eso podría conducir a que se casara inmediatamente con Cadman, con el fin de olvidarse de ti —sugirió—. Lo mejor será que te andes con cuidado.

—Lo pensaré —dijo Georgie—. Quizá sería más prudente comportarse amabilísimamente con ella, y apelar a su buen carácter, si es que lo tiene. Pero sé que nunca me acostumbraré a llamarla «señora Cadman». Mi condición es que mantenga su nombre de camarera, como si fuera una actriz.

\* \* \*

Tal y como estaba previsto, Lucía puso en marcha las medidas encaminadas a degradar a Elizabeth. El mayor Benjy, Diva y Georgie cenaron con ella aquella noche, y hubo un plato de bombones de turrón para Diva, cuya desordenada pasión por ellos era bien conocida en todo Tilling, y un *curry* picante para el mayor, a fin de recordarle la India, además de un plato de higos morados comprados en la frutería, pero que Lucía sabía que habían sido cogidos esa misma mañana de la higuera que había junto al cenador. Lucía no pudo resistir la tentación de arrearle a Elizabeth otro sopapo, y dijo que era un proceso bastante laborioso bajar a la calle mayor a comprar los mismos higos que Coplen recogía cada mañana de la higuera del jardín: tal vez debería pedirle a la querida Elizabeth que le permitiera comprarlos, por así decirlo, a precio de mayorista. Pero se sintió realmente asombrada ante el efecto que aquel chiste tuvo en Diva. Se tragó apresuradamente un bombón de turrón entero y se puso colorada como un tomate.

—Pero... ¿es que Elizabeth no te da los frutos que crecen en el huerto? —preguntó con voz incrédula.

—Oh, no —contestó Lucía—, apenas flores para la casa. Nada más.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Diva—. Yo pensaba que... al menos creía que...

Lucía se levantó, fingiendo dignidad. Debía ser magnánima y no someter a la vergüenza pública la conducta de Elizabeth, cualquiera que esta pudiera ser, pero con el fin de pulir la vara disciplinaria, pensó que le gustaría conocer aquello con más detalle y tranquilamente.

—Pasemos al cenador del jardín, Diva, querida, charlemos un rato —dijo—. Ocúpate del mayor Benjy, Georgie, y no os centréis demasiado en vuestras conversaciones de solterones, porque quiero que me lo dejes vivo para jugar una partidita de *bridge* de las nuestras. Le tengo muchísimo miedo, pero los jugadores consumados como él y la señorita Mapp deben ser bondadosos con los principiantes como tú y yo.

Una vez estuvieron juntas y a solas, la indignada Diva estalló y empezó a vomitar, cual torrente tumultuoso, el catálogo de iniquidades de Elizabeth.

—¡Muy propio de Elizabeth! —dijo—. Cuando le pregunté qué iba a hacer con el huerto y el jardín, me dijo que pensaba sacar las patatas del huerto y comérselas todas. Bueno, naturalmente yo creí que exageraba e interpreté que te lo dejaría todo a ti... Muy

propio de ella. ¡Muy propio! ¿No era Bismarck el que acostumbraba a decir toda la verdad con la intención de engañar? Pues que sepas que yo le cedí los frutos de mi huerto y mientras tanto ella está vendiendo los suyos y comiéndose los míos. ¡Ojalá me hubiera dado cuenta a tiempo!

Lucía sonrió con aquella indulgente sonrisa suya de domingo por la noche que significaba que estaba pensando seriamente en asuntos de diario.

—Me cae muy bien Elizabeth —aseguró—, así que ¿qué importan unos pocos higos?

—Nada, pero ella siempre sale ganando —replicó Diva—. Y eso a veces resulta difícil soportarlo, créeme. Ha alquilado mi casa con toda la producción del huerto incluida por ocho guineas semanales mientras que a ti te alquila la suya por doce, pero sin los productos del huerto.

—No, querida. Yo pago quince... —dijo Lucía.

Diva la miró con los ojos como platos y la boca muy abierta.

—¡Pero en los catálogos de Woolgar estaba a doce guineas...! —gritó escandalizada—. Lo vi con mis propios ojos.

Lucía mantuvo su actitud de alta nobleza, pero aquella información hizo que añadiera un poco más de cera a la vara.

—¡Pobre Elizabeth! —exclamó—. Al menos me alegro por ella. Es lo suficientemente avispada como para conseguir unas pocas guineas sin que nadie se aperciba de ello. Supongo que se cree muy inteligente, ¿verdad? Oh, aquí vienen los caballeros. Ahora disfrutemos de una divertida partidita de *bridge*.

Georgie estaba fascinado con Lucía. Acostumbraba a imponer su criterio con una considerable firmeza, y a distribuir órdenes entre sus compañeros y oponentes como quien respira, pero aquella noche mostró una actitud de extraña humildad. Parecía muy insegura respecto a su propia inteligencia y dispensaba abundantes elogios a su compañero de juego; solicitaba consejo, pedía parecer, e incluso una vez le preguntó a Georgie la baza que debía jugar, aunque aquello debió de ser un espejismo, pues al momento siguiente lo regañó por una maniobra suya. Pero para los otros dos, Lucía no hacía sino demostrar una admirada envidia ante sus envites y su dominio de las manos, y cuando Diva señaló un renuncio, Lucía se echó toda la culpa a sí misma por no haber preguntado si su mano no tenía triunfos... Partida tras partida, entre ellos reinó un beatífico estado de concordia hasta entonces desconocido entre la élite del juego de naipes de Tilling; y cuando, mucho después de que dieran las doce de la noche, se descubrió en un recuento de puntos que Lucía era la perdedora absoluta, declaró que nunca había tenido una experiencia tan satisfactoria y que le hubiera salido tan barata.

El mayor Benjy se limpió de su bigote de morsa la espuma de su tercer whisky con soda (furtiva y apresuradamente consumido).

—Ha sido la velada de *bridge* más agradable que he pasado en Tilling —dijo—. Por Dios, cuando pienso en las trifulcas que he tenido en esta misma sala por algún leve desliz, cuando pienso en las fricciones... La señora Plaistow sabe a qué me refiero.

—Diría yo que sí —confirmó Diva, comenzando a hervir de nuevo con el recuerdo de los productos hortícolas—. ¡Pobre Elizabeth! Una lección de dominio de sí misma es lo que necesita, y después, no le vendrían mal algunas lecciones también sobre las reglas



del juego. Luego ya se vería si estaba en condiciones de decirle a otras personas cómo jugar.

Aquella agradabilísima velada concluyó, y Georgie, apresurándose a volver a Mallards Cottage, pensó que podía entrever en aquellos comentarios la clave de la insólita humildad de Lucía en la mesa de cartas. Por su parte, ella solo había tenido palabras amables sobre el *affaire* Elizabeth, y se había mostrado como alguien poseedora de un gran corazón, pero Diva y el mayor Benjy apenas pudieron evitar una comparación —de la que Lucía salía mucho mejor parada— entre la encantadora velada que habían pasado y las desabridas escenas que habitualmente tenían lugar cuando jugaban al *bridge* en aquel mismo cenador.

«Creo que Lucía no ha hecho más que empezar...», pensó Georgie mientras subía silenciosamente las escaleras de su casa para no importunar el dulce sueño de Foljambe.

Desde luego, a la mañana siguiente todo el mundo en Tilling sabía ya que la noche anterior se había celebrado en Mallards una serie de partidas de cartas de *bridge*, de lo más amables y entretenidas, y hasta Dios sabe qué hora, porque Diva se pasó media mañana contándoselo a todo el mundo, y la otra media advirtiéndoles que no compraran la fruta y las verduras en la tienda que vendía los productos procedentes de la huerta de la *bismarckesa* Elizabeth. Del mismo modo, se supo con toda certeza que los Wyse se disponían a cenar en Mallards aquella noche, pues la señora Wyse se encargó de hacérselo saber a todo el mundo, así que a las ocho en punto de aquella noche el Rolls-Royce partió de Porpoise Street y un minuto después exactamente llegó a la puerta de Mallards. Georgie se acercó a pie desde el *cottage* que se encontraba a treinta yardas de distancia en dirección opuesta. Estaba de un magnífico humor, pues Foljambe, después de consultar con su Cadman, había decidido continuar con sus labores diurnas cuando regresaran a Riseholme. Así que de momento Georgie no tenía intención de incluir aquella rencorosa cláusula en su testamento. Compartió con los Wyse, a los que se encontró en la puerta de Mallards, la feliz resolución de su crisis doméstica, mientras la señora Wyse se despojaba de sus pieles y revelaba al mundo el hecho de que llevaba encima la insignia de la Orden de M.I.B., colgando en su generosísimo pecho; observó asimismo que el señor Wyse llevaba una ligera camisa un poquito arrugada con un cuello bajo, y un traje de pana: aquella curiosa indumentaria lo obligó a empezar a mirarlo como a un gurú de la moda. Hubo encantadoras y educadísimas conversaciones a la hora de la cena, repletas de aquiescencias por parte del señor Wyse; primero trató de hablar solo con su anfitriona, y cuando Lucía intentó que la conversación fuera general y se dirigió a Georgie, él inmediatamente volvió la cabeza hacia su derecha y habló educadísimamente con su mujer sobre el tiempo y sobre las noticias que aparecían en el periódico vespertino, hasta que Lucía estuvo dispuesta a escucharlo otra vez.

—He sabido por nuestra amiga, la señorita Mapp —le dijo a Lucía—, que habla usted un italiano hermosísimo y muy fluido.

Lucía estuvo inmediatamente dispuesta a agradecersele.

—*Ah, che bella lingua...!* —exclamó—. *Ma ho dimenticato tutto, non parla nessuno* en Riseholme.

—Pero espero que tenga la oportunidad de hablarlo aquí, en Tilling, a no mucho

tardar —contestó el señor Wyse—. Mi hermana Amelia, la *contessa* Faraglione, puede que pronto se reúna con nosotros, y espero tener la oportunidad de oírlas a ambas hablando italiano. Es delicioso oír esa lengua, aunque Amelia se ríe de mí y de mis lastimosos resultados cuando me atrevo a intentarlo.

Lucía olió el peligro. En cierta ocasión, en Riseholme, su reputación como dama bilingüe se había quebrado en mil pedazos cuando se vio expuesta a una tremenda tempestad lanzada contra ella por un nativo, y ella había sido incapaz de entender nada de lo que decía<sup>[37]</sup>. Pero la llegada de Amelia era hartamente improbable y, de momento, hasta remota, y sería humillante confesar que su conocimiento del italiano se veía reducido a un vocabulario muy escogido, aunque lamentablemente reducido.

—Georgie, conviene que desempolvemos nuestro italiano otra vez —dijo—. La hermana del señor Wyse puede que venga pronto. ¡Qué ocasión tan buena para practicarlo!

—No me puedo imaginar que tenga usted mucha necesidad de practicarlo —comentó el señor Wyse, haciendo otra reverencia hacia Lucía—. Por cierto, hemos sabido que su festival isabelino —otra reverencia a la reina Isabel— fue un éxito fabuloso. Aquí en Tilling tenemos mucha falta de alguien que pueda organizar y planificar tales acontecimientos. Mi esposa, desde luego, podría encargarse, pero desgraciadamente necesita a alguien que la ayude, o incluso la dirija. El hospital, por ejemplo, tiene una necesidad espantosa de fondos. Mi esposa y yo estuvimos hablando sobre la posibilidad de organizar una fiesta al aire libre con algunos *tableaux* o cuadros dramáticos, o algo de ese tipo, para recaudar dinero. Yo sé que ella tiene todas las esperanzas puestas en usted, cuando pueda hablar con usted a solas, porque verdaderamente en Tilling no hay nadie con su capacidad e iniciativa.

De repente a Lucía se le ocurrió que aunque aquello le resultara muy gratificante a la señora Wyse, el asunto tenía otro propósito; exactamente, poner en evidencia a otra persona que ella *sabía*. Pero ese nombre no debía salir de sus labios.

—Todo lo que pueda hacer lo pongo a disposición completamente de la señora Wyse —dijo— mientras esté aquí en Tilling. Este jardín, por ejemplo. ¿Sería este un lugar apropiado para lo que ustedes están pensando?

El señor Wyse lanzó una reverencia al jardín.

—El lugar ideal, sin duda —aseguró—. Todo Tilling acudiría en tropel aquí si usted se lo pidiera. Nunca, que yo recuerde, se ha cedido este jardín para un propósito semejante; hecho que a menudo hemos lamentado.

Ya no podía quedar la menor duda respecto a las corrientes subterráneas que se insinuaban en aquellas observaciones, pero la hermosa y lisa superficie no debía alterarse.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —manifestó Lucía—. Si una tiene la fortuna, aunque por un período corto de tiempo, de contar con un precioso jardincito como este, debería usarlo para ofrecer espectáculos benéficos. Un hospital: ¿qué otra cosa podría merecer con más razón nuestros esfuerzos? Algunos cuadros dramáticos, sugería usted. Pueden estar seguros de que el señor Pillson y yo estaríamos absolutamente *encantados* de repetir un par de escenas de nuestro festival en Riseholme.

El señor Wyse se reverenció tanto que el extremo de su corbata estuvo a punto de

sumergirse en el helado.

—Estaba intentando reunir el valor para sugerirle justamente eso —admitió—. Susan, querida: la señora Lucas nos anima a confiar en que te concederá una audiencia favorable respecto al proyecto del que tú y yo hemos hablado.

La audiencia favorable comenzó en cuanto las damas se levantaron, y continuó cuando Georgie y el señor Wyse las siguieron. Ya se había acordado que el Padre podría contribuir con algún argumento al entretenimiento, y eso resultaba de lo más oportuno, porque iba a cenar con Lucía la noche siguiente.

—Esas historias escocesas tuyas —dijo Susan—, nunca me canso de escucharlas, y eso que no corre ni una gota de sangre escocesa por mis venas. No una escena entera, por supuesto, señora Lucas, sino solo para llenar las pausas. Y luego está la señora Plaistow. ¡Cómo nos reímos cuando hace que se marea con una naranja...! Aunque no sé si podremos conseguir naranjas en esta época. Y la señorita Coles. Una mímica maravillosa. Y luego está el mayor Benjy. Tal vez podría leernos algunos fragmentos de su diario.

Se hizo un silencio. Lucía tuvo uno de aquellos infalibles presentimientos de que iba a pronunciarse cierto nombre ignorado hasta entonces. Así fue.

—Y si la señorita Mapp quisiera proporcionar los refrigerios con fruta de este jardín suyo, sería de una gran ayuda... —sugirió la señora Wyse.

Lucía observó en una rápida sucesión las respectivas miradas de todos sus invitados, y vio cómo cada cual se giraba hacia otro lado. «Así que todo Tilling ya sabe la historia de las frutas y las verduras del jardín...», pensó.

A continuación jugaron al *bridge*, pero en esta ocasión la partida no pudo ser tan humilde como lo había sido la noche anterior, porque ambos Wyse se humillaron antes de que ella pudiera empezar a hacerlo.

—Ya sabemos —dijo Algernon— la clase de jugadora que es usted, señora Lucas. Cualquier consejo que nos dé a Susan o a mí será muy bien recibido. No le daremos ninguna baza en absoluto, me temo, pero así aprenderemos algo. No hay nadie en Tilling que pueda presumir de ser buen jugador. El mayor Benjy, la señora Plaistow y nosotros a veces jugamos una buena partida a nuestro nivel, y el Padre no siempre juega malas manos. Pero cuanto menos se hable de nuestra habilidad con el *bridge*, mejor. Susan, querida, prométeme que lo haremos lo mejor que podamos.

Aquí, efectivamente, la humildad que Lucía mostró la noche anterior fue debidamente recompensada. Los ganadores proclamaron su consumada pericia, evidentemente, y ¿fue eso, también, un gesto en contra de otra persona, solo mencionada una vez hasta ese momento, y por cierto, en relación con los productos hortofrutícolas? Aquella noche las manos de Lucía pillaron infinidad de ases y reyes: despojó a todos sus adversarios de sus triunfos, y luego salió con uno más para asegurarse, después de lo cual soltó una miríada de bazas ganadoras. Quienquiera que fuese aquella noche su compañero estaba de suerte, y aquella noche fue Georgie quien tuvo que pedir cambio para un billete de diez chelines y dejar que los otros ajustaran cuentas. No le importó nada aquel desastre financiero, porque al menos no había perdido a Foljambe. Cuando se levantó la mesa, la señora Wyse le rogó que le permitiera llevarlo a casa en su Rolls-Royce, pero como aquello implicaría un giro del majestuoso coche en el que se

emplearían al menos cinco minutos, seguidos de un largo periplo en el que se daría la vuelta a la plaza de la iglesia para bajar luego por la calle principal y subir de nuevo a Porpoise Street, Georgie se aventuró a hacer por sí mismo aquel tramo de apenas veinticinco yardas y llegar a su casa sin excesivas fatigas.

\* \* \*

Georgie y Lucía comenzaron a pintar a la mañana siguiente. Como ocurre con la caridad, empezaron por ellos mismos, y lo primero que dibujaron fueron sus casas respectivas. Colocaron sus taburetes plegables uno al lado del otro, pero en direcciones opuestas, en medio de la calle, a medio camino entre Mallards y Mallards Cottage; y así, dado que tenían diferentes objetos que retratar, evitaban cualquier tipo de rivalidad, y se aseguraban la camaradería del otro.

—Esto es excelente para nuestra técnica pictórica —aseguró Georgie—. Nos estábamos acostumbrando a no pintar más que árboles y nubes, que no precisan ni una recta.

—Ya tengo la chimenea torcida —dijo Lucía orgullosa—. Esa que hay detrás de tu casa. Creo que la pintaré recta. La gente podría pensar que la he hecho torcida porque no sé hacerla recta. ¿Qué me aconsejas?

—Yo que tú no lo haría —aconsejó Georgie—. Hay carácter en esa curvatura. O tal vez podrías hacerla más torcida de lo que está: entonces no habría ninguna duda... Aquí viene el coche de los Wyse. Tendremos que subirnos a la acera. Qué engorro.

Un bocinazo les advirtió de que aquello era lo más seguro, y el coche avanzó bamboleándose hacia ellos. Al pasar, el señor Wyse vio a quién había importunado, detuvo el Rolls-Royce (que tenía mucho más derecho a utilizar la calzada que los artistas) y saltó del coche, con el sombrero en la mano.

—Mil disculpas —exclamó—. No tenía ni idea de quién estaba ocupando la carretera, y con qué propósitos artísticos. Lo lamento profundamente, de verdad... Si me hubiera dado cuenta a tiempo, habría dado marcha atrás de inmediato y habría rodeado por otro camino... ¿Puedo echar un vistazo?

¡Exquisito! ¡La chimenea torcida! ¡Mallards Cottage! ¡La cara oeste de la iglesia! —E hizo una reverencia.

Aquella noche tuvo lugar la tercera cena. El Padre y «su parienta» completaban el cuadro. Vinieron en Rolls-Royce para llevarlo a comer en Porpoise Street (Lucía lo había visto ir), y fue él quien luego, en la cena, planteó el tema de la función en beneficio del hospital, pues estaba al tanto de todo y estaba dispuesto a colaborar en lo que la señora Lucas pudiera ordenar. Había algunas historias escocesas que estaría encantado de narrar, con el fin de llenar los intervalos entre los distintos cuadros dramáticos, y estaba convencido de que la señorita Coles (vestida como un chico, como era habitual en ella) escenificaría sus parodias más divertidas de «El muchacho en el barco incendiado<sup>[38]</sup>» y de que la señora Diva podría conseguir una o dos naranjas para hacer su número. Si no, un tomate maduro serviría. Él personalmente se comprometería a contar con los servicios del coro de la iglesia para cantar rondas jocosas, coros y madrigales siempre que fuera

necesario. Sugirió también que algunos miembros del asilo de pobres que no estuvieran postrados en la cama podrían ser invitados al té, en cuyo caso el coro cantarían la bendición de los alimentos antes y después de que se sirviesen las magdalenas.

—Y respecto al coste de todo ello, si a usted le parece bien —dijo—, añada otro medio penique al precio de entrada, y no habrá nadie en Tilling que le regatee ese gasto extra ante el espectáculo que usted y las otras damas van a ofrecerles.

—Dios mío, que rápidamente está tomando forma todo... —comentó Lucía, descubriendo que casi sin esfuerzo por su parte había quedado encumbrada como la organizadora suprema del lugar.

Mientras tanto, aún se mantenía una especie de conspiración de silencio respecto al nombre de la señorita Mapp, que hasta ese momento solo se había mencionado como una posible proveedora de fruta para la sección de refrigerios.

—Debe organizar usted un pequeño comité, Padre, para poner en marcha de inmediato todo lo planeado. Ahí está el señor Wyse, que fue quien tuvo realmente la idea, y usted...

—Y con usted —interrumpió el Padre—, seremos tres. Eso es suficiente para cualquier comité que pretenda hacer su trabajo sin peloteras ni trifulcas.

Como un relámpago cruzó el pensamiento de Lucía la fugaz visión de la cara de Elizabeth cuando se enterara —como sin duda se enteraría a la mañana siguiente— de la noticia de que todo aquello estaba tomando cuerpo tan rápidamente.

—Yo creo que sería mejor no estar en el comité —dijo, absolutamente convencida de que ellos insistirían en lo contrario—. La comisión debería estar formada por verdaderos tillinguenses. Yo solo soy una forastera. Cualquiera pensará que quiero entrometerme.

—Oh, pero nosotros no podríamos conseguirlo sin usted, señora Lucas —aseguró el Padre—. Debe usted aceptar unirse a nuestra junta. Tres personas en total, no necesitamos más.

La señora Bartlett había estado asistiendo a todo aquello con un aire de extática atención reflejada en su afilada pero asustadiza carita. En ese momento dejó escapar una serie de agudos y diminutos gritos que expresaban un regocijo ratonil, desde luego inexplicable por nada que se hubiera dicho realmente, sino fácilmente explicable por lo que no se había dicho. Bebió apresuradamente un sorbito de agua y le aseguró a Lucía que una miguita de algo (estaba comiendo un melocotón) se le había atragantado y le hacía toser. Lucía se levantó cuando acabó la fruta.

—Mañana tendremos que empezar a trabajar en serio —accedió—. ¡Y pensar que yo había planeado unas pequeñas vacaciones en Tilling! Usted y el señor Wyse son unos negreros de tomo y lomo, Padre.

Aquella noche Georgie no se fue cuando los otros se despidieron, y regresó al cenador después de verlos marcharse.

—Querida, esto se está poniendo muy interesante —dijo—. Pero me pregunto si es inteligente unirse al comité.

—Ya sé a lo que te refieres —contestó Lucía—, pero realmente no hay ninguna razón por la que debiera rechazar la oferta, puesto que no van a contar con Elizabeth. No soy yo, Georgie, quien la está ignorando. Pero tal vez tengas razón. Creo que mañana

mismo le enviaré unas letras al Padre y le diré que realmente estoy demasiado ocupada como para participar en el comité, y le rogaré que se lo pida a Elizabeth en vez de a mí. Eso sería mucho más amable. Puedo manejar todo este asunto igual de bien sin necesidad de estar en el ajo. Mañana por la mañana me enteraré de todo lo concerniente al espectáculo. Se que a ella no se le va a pedir que haga nada, excepto proporcionar un poco de fruta.

—Sabe bastante ya sobre todo el asunto —informó Georgie—. Vino a tomar el té conmigo hoy.

—¡No...! No sabía que la habías invitado...

—No la invité —dijo Georgie—. Vino simplemente.

—¿Y qué dijo sobre todo esto?

—No mucho, pero algo cavila, eso es obvio. Pude intuirlo. Le di el pequeño dibujo que hice de la Puerta Interior, cuando vinimos por primera vez, y quiere que presente otra pintura de las mías para la Exposición de Arte de Tilling. También quiere que tú envíes algo.

—Desde luego, tendrá mi dibujo de Mallards Cottage con su chimenea torcida —aseguró Lucía—. Será una muestra de buena voluntad. ¿Y qué más te dijo?

—Está montando un mercadillo benéfico para ayudar al hospital —continuó Georgie—. Está muy atareada.

—Georgie, nos ha copiado.

—Pues claro; quiere tener un espectáculo propio, y desde luego no me extraña en absoluto. Y lo sabe todo respecto a las tres cenas.

Lucía asintió.

—Muy bien entonces —dijo—. La invitaré a la próxima. Y esa noche interpretaremos algunos duetos, Georgie. Nada de *bridge*. Todos dicen que es *terrorífica* jugando a las cartas. Pero ya es hora de ser un poco amable con ella.

Lucía se incorporó.

—Georgie, esto se está convirtiendo en una competición —dijo—. Esa fiestecilla que insisten en que yo dirija me va a mantener muy ocupada, pero cuando a una la requieren de ese modo, no puede una renunciar. Así pues, ahí está mi música, y mis dibujos, y eso que aún no he empezado a recuperar mi griego... Ah, y no olvides enviar a alguien a buscar tu traje de Drake. Que tengas buenas noches, querido. Te avisaré por encima de la empalizada del jardín mañana si ocurre algo.

—Tengo la impresión de que ocurrirá —dijo Georgie con velado entusiasmo.

**A** la mañana siguiente, Lucía se encontraba enfrascada escribiendo cartas junto a la ventana del cenador. Una, ya concluida, iba dirigida a Adele Brixton, pidiéndole que enviara a Mallards el traje de la reina Isabel para los *tableaux*; una segunda, también terminada, era para el Padre, diciendo que le parecía que no iba a tener tiempo para asistir a las reuniones del comité para la fiesta del hospital, y que le rogaba que solicitara la ayuda de la señorita Mapp. Sin embargo, ella haría todo lo que estuviera en su mano para contribuir al proyecto, y haría todas las sugerencias que se le ocurrieran. Añadía que la posibilidad de conseguir fruta gratis para la sección de refrigerios sería más probable si la propietaria estaba incluida en el comité de festejos.

La tercera carta, sutilmente encabezada con un «Mi queridísima Liblib», y que se cerraría con un enorme *LUCIA*, incluía una invitación para una cena que se celebraría dos días después. Pero aún no había puesto punto final a esta carta cuando atisbo a la queridísima Liblib, con una sonrisa espantosa y gélida congelada en la cara, subiendo rauda la calle. Lucía, sentada de lado junto a la ventana, pudo aparentar sin esfuerzo que estaba absorta en su carta y que no se había dado cuenta de la cercanía de Elizabeth, pero por debajo de sus párpados medio cerrados la observó con la curiosidad más viva. Ahora cruzaba la calle, derecha hacia la puerta de Mallards («Pues como intente entrar sin llamar al timbre, se encontrará con la cadena puesta en la puerta», pensó Lucía).

La desenfrenada fémina, prescindiendo del timbre, giró el picaporte y empujó. La puerta trancada no le permitió la intrusión, así que le propinó un violento empujón. Cuando el cierre que sostenía el extremo de la cadena cedió, se oyó el sonido del metal tintineante, audible incluso desde el cenador del jardín; la puerta se abrió de golpe y de par en par, y solo unos rápidos y ágiles pasos evitaron que Elizabeth se cayera de bruces en el suelo del vestíbulo.

Lucía, pálida de ira, dejó la pluma y esperó que los acontecimientos se desarrollasen por sí solos. Esperaba poder comportarse como una auténtica dama, pero desde luego sería una dama implacable. Al final el sonido de aquellos pasos voladores llegó hasta el cenador, la puerta se abrió unos milímetros y se escuchó una voz odiosa:

—¿Puedo entrar, querida?

—Desde luego —exclamó Lucía alegremente.

—*Lulú*, querida —dijo Elizabeth, cruzando la sala con pasos pequeños y vivos—. Lo primero que quiero es disculparme. Humildemente. Un accidente estúpido, lo reconozco. Intenté abrir la puerta de la calle, di un pequeñito empujoncito, pero tus criados han debido de olvidarse de quitar la cadena. Me temo que algo se ha roto. Esa cadena debía de estar bastante oxidada.

Lucía puso cara de desconcierto.

—¿Pero no salió Grosvenor a abrirte cuando llamaste al timbre? —preguntó.

—Eso fue precisamente lo que se me olvidó, querida —contestó Elizabeth—. Pensé

que podría entrar a verte sin necesidad de molestar a Grosvenor. Tú y yo somos *tan amigas*, y es *tan difícil* recordar que mi queridita Mallards... ¡Hay un montón de cosas de las que te quería hablar!

Lucía se incorporó.

—Veamos primero los daños —dijo con una calma gélida, y salió directamente de la estancia, seguida por Elizabeth.

El sonido del golpetazo había hecho salir a Grosvenor del salón. Lucía recogió del suelo el extremo de la cadena y lo examinó.

—No, no hay indicios de que estuviera oxidada —aclaró—. Grosvenor, tendrás que bajar al ferretero y decirle que suba a reparar esto inmediatamente. La cadena debe estar en perfecto estado y debes recordar que tienes que echarla siempre, día y noche. Si estoy fuera, llamaré.

—Lo siento horrores, querida *Lulú* —dijo Elizabeth, ligeramente acobardada por aquellas órdenes tan firmes—. No tenía ni idea de que la cadena pudiera estar echada. En Tilling todos tenemos las puertas abiertas sin pestillo. Es una costumbre.

—También es una costumbre en Riseholme —dijo Lucía—. Pero volvamos al cenador. Pero dime, ¿qué te trae hasta aquí?

—Varias cosas —respondió Elizabeth, cuando ambas se acomodaron—. Lo primero, estoy poniendo marcha un pequeño mercadillo para el hospital, y quería coger algunas cortinas viejas y alfombras, que tengo guardadas en los armarios, para regalarlas. ¿Puedo buscar por toda la casa y mirar a ver si las encuentro?

—Desde luego —accedió Lucía—. Grosvenor te acompañará en cuanto vuelva de la ferretería.

—Gracias, querida —dijo Elizabeth—, aunque no hay ninguna necesidad de molestar a Grosvenor. Luego, otra cosa... He convencido al señor Georgie para que me envíe un dibujo para nuestra pequeña exposición. Prométeme que tú también me enviarás uno. La exposición no estaría completa sin algo tuyo. No consigo imaginarme cómo consigues hacer tantas cosas a la vez: tu encantadora música, tus dibujos, una cena cada noche...

Lucía prometió un dibujo, y entonces Elizabeth pareció perderse en una ensoñación.

—Ah, y *una cosa* más —añadió al final—. He oído un pequeño rumor en el pueblo, de hecho llevo varios días oyéndolo, a propósito de una fiesta que al parecer se va a dar en *mi* jardín. Estoy segura de que se trata de meras habladurías, pero pensé que sería mejor venir aquí para saber por tu propia boca que es un chisme sin ningún fundamento.

—Pues yo confío en que lo tenga, y mucho —dijo Lucía—. Algunos *tableaux*, algunas canciones, todo con el fin de obtener fondos para el hospital. Sería muy amable por tu parte si pudieras proporcionar la fruta de tu jardín para el puesto de refrigerios. A propósito, yo estaría encantada de aprovechar para comprar alguna fruta para mi propio consumo. Estaría más fresca que si, como ahora, tengo que bajar al frutero para subirla otra vez.

—¡Con mucho gusto, querida *Lulú!* —exclamó Elizabeth—. Pero me temo que eso tendría mal arreglo. He llegado a un acuerdo para vender estos meses toda mi producción hortofrutícola a Twistevant's... ¡Qué nombre tan pintoresco!, ¿no es así...? Y



por la misma razón me sería imposible proporcionar fruta a esa fiesta de la que me hablas. La fruta ya no es mía.

Lucía ya había decidido que, después de aquel asunto de la cadena, nada la induciría a proponer que Elizabeth pudiera tener un puesto en el comité. Se mantendría firme contra viento y marea.

—Comprendo —contestó—. En ese caso tal vez podrías dejarnos coger alguna fruta del jardín de Diva. A menos que la hayas vendido también, claro está.

Elizabeth fue al grano, desdeñando una sugerencia tan vana.

—Es de la fiesta en sí misma, querida —dijo—, de lo que quiero hablarte. Obviamente no puedo permitir que tenga lugar en mi jardín. ¡Toda la chusma y la mugre de Tilling desfilando por mi vestíbulo y por mi encantador saloncito, y pasando la sobremesa en mi jardín...! ¡Todas mis alfombras embarradas y mis parterres pisoteados! ¿Y cómo sé que no subirán a hurtadillas a las habitaciones de arriba y que no birlarán todo lo que encuentren?

La sangre de Lucía había comenzado a entrar en ebullición: nadie podría decir que hasta ese momento no había mantenido una benevolente neutralidad. En consecuencia, se comportó con gélido ademán, y si su voz tembló en algún momento, fue por su excesiva frialdad.

—No se permitirá el acceso a las estancias de la casa —aseguró—. Cerraré con llave todas las puertas, y estoy segura de que nadie en Tilling será tan maleducado de intentar forzarlas con una ganzúa para abrirlas.

Aquello fue una grosería en toda regla. Elizabeth retrocedió un paso por el golpe, pero pronto se recobró. Abrió la boca todo lo que pudo para comenzar a hablar otra vez, pero Lucía le cogió la delantera.

—Tras presentar sus entradas o pagando en la puerta, pasarán directamente de la puerta de entrada al jardín —prosiguió—, donde nos ocuparemos de entretenerlos convenientemente. Respecto a la alfombra de tu encantador saloncito, no hay ninguna alfombra. Y tengo una elevada opinión de los modales de los tillinguenses en general para suponer que se dedicarán a pisotear tus parterres.

—Tal vez os apetecería alquilar los servicios de un zoo —replicó Elizabeth, que a estas alturas había perdido ya absolutamente el control de sí misma—, y contar con una actuación de unos cuantos tigres y tiburones en el cenador.

—No, a mí particularmente no me agradaría —dijo Lucía vehementemente—. La mitad del cenador tendría que convertirse en un tanque con agua de mar para los tiburones y *mi* piano podría mojarse. Y el resto tendría que llenarse de barriles repletos de carne de caballo para los tigres. Una propuesta de lo más ridícula, la tuya: permíteme que no la tenga ni en consideración.

Elizabeth dio una espantosa boqueada, como si fuera uno de los tiburones de los que hablaba y el agua hubiera desaparecido. Cambió de tema hábilmente.

—Y luego, hay otro rumor... por supuesto, es solo un rumor... de que se ha planteado la idea de invitar a los internos del asilo de indigentes que no estén postrados en la cama a la fiesta. ¡Imposible!

—Imagino que es el pobre Padre quien está organizándolo —dijo Lucía—. Por mi

parte, estaría encantada de ofrecerles un pequeño solaz a esos desdichados.

—Y por mi parte —aclaró la señorita Mapp, levantándose de golpe (se había vuelto a convertir en la señorita Mapp otra vez)— no permitiré que mi pequeño santuario hogareño sea invadido por la gentuza...

—Las entradas costarán media corona —interrumpió Lucía.

—... Y la flor y nata del hampa de Tilling —concluyó la señorita Mapp.

—Mientras yo sea la inquilina de esta casa —dijo Lucía—, invitaré a quien me plazca, y cuando me plazca, y... y como me plazca. ¿O vas a enviarme una lista de amigos tuyos para que pueda invitarlos a cenar con tu aprobación?

La señorita Mapp, temblando violentamente, obligó a sus labios a formar sílabas:

—Pero... querida *Lulú*...

—Querida Elizabeth, debo rogarte que dejes de llamarme Lulú —dijo—. Es una abreviación detestable...

Grosvenor había asomado la nariz por la puerta del cenador.

—Sí, Grosvenor, ¿qué ocurre? —preguntó Lucía exactamente con la misma voz.

—El ferretero está aquí, señora —advirtió—. Dice que tendrá que poner unos tornillos bastante más grandes, y tendrá que quitar...

—Lo que sea necesario con tal de conseguir que la puerta sea segura contra los intrusos —contestó Lucía—. Y Grosvenor, la señorita Mapp quiere mirar en los armarios y coger algunas cosas antes de irse. Ve con ella, por favor, y dale todas las facilidades.

Lucía, en un gesto absolutamente majestuoso, se volvió a mirar por la ventana en dirección a Mallards Cottage, con el fin de dar a la señorita Mapp la posibilidad de una salida discreta. Abrió la ventana.

—¡Georgino, Georgino! —exclamó, y el rostro de Georgie apareció por encima de la empalizada—. Pásate por aquí, que quiero charlar contigo un poquito, Georgie —dijo—. Tengo una cosita muy bonita que decirte... *Presto!*

Le envió un beso con la mano a Georgie, y se giró hacia el interior de la estancia. La señorita Mapp todavía estaba allí, pero ahora era invisible para la mirada de Lucía. Canturreó unos acordes alegres de Mozartino, y regresó a la mesa junto al mirador, donde rompió en mil pedazos la carta de dimisión y recomendación que le había escrito al Padre, y la nota a medio acabar para la señorita Mapp, en la que tan cordialmente la invitaba a cenar, diciendo que hacía mucho tiempo desde que no se habían visto. Ya no hacía falta, puesto que acababan de verse en ese momento. Cuando volvió a alzar la mirada ya se encontraba sola y los pasos de Georgie se oían subiendo desde la puerta principal. Aunque permanecía abierta (puesto que el cerrajero estaba ya enfrascado en la implacable restauración de la cadena), Georgie llamó al timbre tal y como era preceptivo, y fue admitido en la casa.

—Ah, estás aquí... —dijo Lucía alegremente cuando Georgie entró—. Otro día encantador.

—Perfecto. ¿Qué le ha pasado a la puerta de tu casa?

Lucía se rio.

—Elizabeth vino a verme —contó con aire divertido—. La cadena estaba echada, tal y como he ordenado a Grosvenor que esté siempre. Pero esa mujer le dio tal empellón a

la puerta que la cadena saltó en mil pedazos. Ahora la están arreglando.

—¡No...! —exclamó Georgie—. ¿Y para qué te quería?

—Tenía varios asuntos entre manos —explicó Lucía, echando un ojo de tanto en tanto a la puerta principal—. Pretendía sacar de sus armarios algunos retales para el mercadillo que está organizando para ayudar al hospital; y en eso anda ahora, bajo la estricta supervisión de Grosvenor. También quería que le enviara un dibujo para la exposición de pintura. Le contesté que estaría encantada de mandárselo. Luego dijo que le resultaba imposible darnos fruta para nuestra fiesta. No aprobaba la fiesta en absoluto, Georgie. De hecho, me prohibió organizarla. Tuvimos una pequeña conversación al respecto.

—¿Y qué va a pasar entonces? —preguntó Georgie.

—Nada, que yo sepa, salvo que vamos a organizar una fiesta —dijo Lucía—. Pero sería de todo punto inútil pedirle que se incorporara al comité. Desaprueba el asunto totalmente, así que he roto la carta que le había escrito al Padre pidiéndole que la admitiera.

Lucía de repente centró su mirada y su atención en la puerta principal, y un matiz de vivo interés humano se mezcló con la mortal frialdad de su voz.

—Georgie, ahí va... —dijo—. ¡Qué montón de cosas lleva! Una tetera vieja, un sacabotas, una alfombra con un agujero y una varilla de las que se usan para sujetar las alfombras en las escaleras. Y en la falda lleva prendido un trozo de madera de la puerta... Mira, se le ha caído la varilla de la alfombra... Menos mal que el mayor Benjy se la ha cogido.

Georgie se acercó apresuradamente a la ventana. Quería ser testigo también de aquellos emocionantes acontecimientos, pero cuando llegó, la señorita Mapp, recién recuperada la varilla, ya había desaparecido.

—Ojalá no le hubiera regalado mi dibujo de la Puerta Interior —dijo Georgie—. Era uno de los mejores que he hecho en mi vida. ¿Pero no me vas a contar todo sobre vuestra conversación? Y cuando digo todo, quiero decir *todo*.

—No vale la pena comentar nada —aseguró Lucía—. En un momento dado me preguntó si me gustaría tener un zoo y exhibir tigres y tiburones en el cenador. Ese tipo de cosas. Auténticas bobadas. Salgamos, Georgie. Necesito ir a comprar unas cosillas. Coplen me dijo que había algunas ciruelas verdes excelentes que iba a bajar a Twistevant's.

Era la hora en la que la vida social colectiva de Tilling se hallaba en su apogeo. Los acontecimientos de la noche anterior, las veladas de té y las partidas de *bridge* se habían convertido en dominio público, y se comentaban minuciosamente, mientras las damas del lugar, con sus cestas de la compra bajo el brazo, colisionaban unas contra otras al salir y entrar de las tiendas, obstruyendo las aceras. A Wasters, ahora ocupada por la señorita Mapp, llegaban muchos paquetes, pues los mercadillos en beneficio de las personas necesitadas eran muy populares, puesto que todo el mundo tenía un montón de basura y desperdicios en sus casas, que no podían permitirse tirar al vertedero, pero a los cuales no podían dar ningún uso en absoluto. Diva ya había regresado de Taormina a su propia casa (al igual que Elizabeth había regresado a la suya) y había desenterrado de un armario

lleno de porquería un par de tenazas, cuyas pinzas se desencajaban cuando intentabas coger un ascua de carbón, con lo que el ascua al rojo se te caía en la alfombra, pero que por lo demás estaban perfectas. Luego había un cubo carbonero que tenía un pequeño agujero en el fondo, a través del cual el polvillo del carbón se filtraba poco a poco, y un candelabro que había perdido uno de los brazos, y un tintero de cristal que alguna vez tuvo cierto encanto, pero que ahora estaba rajado. Llevó a su propia casa aquellos tesoros, hermosas donaciones de mercadillo, pero por lo demás sin ningún valor; a los donantes se les había dicho que llevaran sus donativos a Wasters. Se enteró por Withers, la camarera de la señorita Mapp, de que allí era donde iba a celebrarse el mercadillo. La idea le revolvió el estómago: toda la chusma y la mugre de Tilling andarían deambulando por su casa, ensuciando sus alfombras y manchando sus paredes. En aquel preciso momento la mismísima señorita Mapp entró trayendo una tetera, un sacabotas y otros objetos. Ya había pensado en media docena de réplicas fulminantes que podría haberle hecho a Lucía.

—Elizabeth, esto no funcionará —dijo Diva—. No puedo dejarte que montes el mercadillo aquí. Se pondrá todo esto hecho un asco.

—Oh, no, querida, de eso nada —respondió la señorita Mapp, con amargos y vivos recuerdos de una reciente conversación en mente—. La gente solo entrará hasta el vestíbulo, donde, como ves, no hay alfombra alguna, y aquí harán sus compras. ¡Qué precioso par de tenazas! ¿Son para mi mercadillo? ¡Vaya! Gracias, querida Diva.

—Pero te *prohíbo* que celebres el mercadillo aquí —dijo Diva—. ¡La próxima vez seguro que querrás montar un zoo!

Vaya, qué coincidencia tan asombrosa.

—No, querida, ni se me pasaría por la imaginación —replicó la señorita Mapp—. Me espantaría que los tigres y los tiburones anduvieran por toda la casa. ¡Ridículo!

—Pondré un tiovivo en el estudio de Irene, en Taormina —dijo Diva.

—No sé si habrá sitio, querida —comentó la señorita Mapp, quedando por encima de nuevo—, pero podrías sacar un metro y tomar tus medidas. Estarías perfectamente legitimada, desde luego, porque si mi casa puede ser utilizada para dar fiestas para indigentes, tú desde luego puedes poner un tiovivo en la de Irene, y yo un mercadillo en la tuya.

—¡No es lo mismo! —dijo Diva—. Ofrecer cuadros dramáticos en tu jardín es totalmente distinto a utilizar mi vestíbulo para vender teteras y cubos carboneros repletos de agujeros.

—Me atrevo a decir que también podría encontrar montones de agujeros en los cuadros dramáticos —dijo la señorita Mapp.

Diva no pudo imaginar ninguna réplica a unas respuestas tan brillantes, así que a modo de protesta lo único que hizo fue coger las tenazas, el cubo carbonero, el candelabro y el tintero, y volverlos a colocar en el armario del cual acababan de salir. Mejor dejar a su inquilina que fuera ingeniosa consigo misma.

La mayoría de los objetos viejos para el mercadillo debían haber llegado ya, y después de ordenarlos en grupos, la señorita Mapp se sentó en una tambaleante silla de mimbre que el Padre había donado y se entregó a la meditación. Desde luego no fue muy

agradable por parte de Diva (nadie podía decir que Diva fuera agradable) haber retirado sus donaciones, pero no valía la pena darle vueltas al asunto. Lo que de verdad exigía poner en acción los niveles más elevados de su actividad mental era la conducta de Lucía. Al final, ¡qué lamentablemente diferente había resultado, en comparación con aquella dulce mujer por la que al principio había sentido un afecto tan cálido, a quien había planeado acoger amorosamente bajo sus alas, para ir administrándola en pequeñas dosis, como si fuera una golosina, a la sociedad de Tilling! Lucía se había revuelto contra ella y, efectivamente, había mordido la mano que le daba de comer. Mediante aquellas ostentosas cenas y esos odiosos halagos, desde luego, había conseguido que el mayor Benjy, y el Padre, y los Wyse, y la pobre Diva pensaran que era una persona encantadora y notabilísima. Y en aquellas maniobras la señorita Mapp vio un aterrador y siniestro intento de derrocarla como reina de la alta sociedad de Tilling. Lucía había ofrecido tres cenas durante tres noches consecutivas desde su regreso, y había aprovechado para propugnarse como miembro del comité de organización de una fiesta en su jardín, la cual (por mucho que la señorita Mapp dijera que no iba a permitir) no tenía ni la más ligera idea de cómo impedir. Y aunque Lucía era solo una residente temporal en el pueblo, aquellas semanas se le harían intolerables a Elizabeth si continuaba hinchándose de aquella manera tan presuntuosa. Ya era hora de que la señorita Mapp se reafirmase antes de que aquella rebelde hiciera más progresos, y aunque en Tilling no había costumbre de dar cenas con invitados, decidió organizar un par de ellas, de lo más elegantes, a ninguna de las cuales, naturalmente, invitaría a Lucía. Pero eso no era suficiente en absoluto: debía hacer a aquella mujer algún desaire terrible (o varios). Georgie iba en el mismo barco y debía sufrir igualmente su penitencia, pues a Lucía también eso le dolería. Así que se sentó en mitad de aquel caos de trastos desvencijados y alfombras raídas, como una araña meditando represalias. Tal vez fue un error haberse enfadado con Diva cuando lo que necesitaba precisamente era aliados, pero eso lo arreglaría con una cena. No transcurrió mucho tiempo antes de que se levantara con una expresión de satisfacción. «Esto para empezar... Y al señorito no le va a gustar en absoluto», se dijo, y salió para hacer las compras de última hora.

Se cruzó con Lucía y Georgie, pero decidió no reparar en ellos, y, saludando enérgicamente con la mano a la señora Bartlett, se metió en Twistevant's, que era justo de donde ellos acababan de salir. En aquel momento, la Pintoresca Irene, después de conversar un momento con el Padre, vio a Lucía, y cruzó apresuradamente la calle a su encuentro. Iba sin sombrero, como era habitual en ella, y llevaba una camisa sin cuello y pantalones bombachos, al contrario que todas y cada una de las mujeres de Tilling. Sin embargo, mientras se aproximaba a Lucía su rostro adoptó una sonrisa ácida y horrible, como si no fuera suya, y luego habló con una voz inconfundible, aterciopeladamente meliflua.

—El chico estaba ardiendo en el barco, Lulú —dijo—. Pues todos salvo él habían huido, Dios mío. Las llamas que iluminan el naufrago navío, querida mía, refulgían en torno a él<sup>[39]</sup>...

La Pintoresca Irene se calló súbitamente, porque a medio metro de donde estaba, por la puerta de Twistevant's, apareció la señorita Mapp. Miró a la concurrencia por encima

del hombro, y cruzó rápidamente la calle en dirección a Wasters, con una pequeña cestilla de mimbre repleta de deliciosas ciruelas verdes.

—¡Oh, Señor! El navío de Mapp está en llamas, todo está acabado. Sí, querida mía, recitaré para usted en su fiesta. ¡Señor Georgie, qué sombrero tan atrevido! Ahora mismo iba a Taormina a buscar algunos viejos dibujos para la Exposición de Arte, y entonces ocurre esto. Ni aunque hubiera pagado cien malditas libras lo habría logrado.

—Ven a casa a cenar esta noche, querida —dijo Lucía calurosamente, rompiendo todas las convenciones en lo que a hospitalidad se refería.

—De acuerdo, pero siempre y cuando no tenga que ir arreglada. Además, ocúpese de que me lleven luego a mi casa. En coche. Vivo a media milla, a las afueras del pueblo y seguramente estaré borracha como una cuba. Ya me ha avisado el mayor Benjy de que tiene usted un botellero de lo más surtido. *Quai-hai!* ¡Que Dios bendiga al Rey! Adiós.

—¡Qué graciosa esta chica! —comentó Lucía—. Pero déjame que continúe con lo que te estaba diciendo, Georgie. La buena de Liblib dijo que no permitiría que su pequeño santuario hogareño... Buenos días, Padre. ¿Sabe?, la señorita Mapp entró a empujones esta mañana en Mallards, sin llamar, naturalmente, y rompió la cadena de la puerta: se ve que tenía mucha prisa por decirme que no iba a permitir que su pequeño santuario hogareño, como le estaba diciendo ahora mismo a Georgie, se viera invadido por la chusma y el hampa de Tilling.

—¡En qué mala hora! —exclamó el Padre—. ¿Qué demonios pinta la señora Mapp en todo eso? ¿Y quién está montando un mercadillo en casa de la señora Plaistow? Acabo de llevar ahora mismo un poco de basura y no había visto en mi vida un estercolero semejante. ¡Nada, nada...! La honradez es un honor<sup>[40]</sup>, así que nosotros seguiremos a lo nuestro. Discúlpenme, allí está mi parienta, que me está esperando.

—¡Es la guerra! ¡A las armas! —dijo Georgie cuando el Padre cruzó la calle en dirección al Ratón para contarle lo que había ocurrido.

—Solo pretendía defenderme —contestó Lucía—. Es justo que la gente sepa que esa mujer me ha reventado la cadena de la puerta.

—Bueno, me siento como si fuera de nuevo el 4 de agosto de 1914<sup>[41]</sup> —dijo Georgie—. ¿Qué crees que será lo próximo?

—Que esa mujer haga lo que quiera: puedes apostar lo que sea, Georgie, a que estaré preparada para hacerla frente —aseguró Lucía—. No moveré un dedo contra ella, si se comporta correctamente. Pero tiene que llamar al timbre, no me va a ordenar lo que tengo que hacer y va a dejar de llamarme Lulú. De todos modos, no hay peligro inmediato de que eso pueda ocurrir. Venga, Georgie, vayamos a casa y acabemos nuestros dibujos. Luego los llevaremos a enmarcar y se los enviaremos a Liblib para la exposición de pintura. Tal vez eso la convenza de mi buena voluntad para con todo el mundo, que te aseguro que es absolutamente sincera.

El mercadillo se inauguró al día siguiente, y Georgie, tras llevar a enmarcar con alguna guarnición elegante el cuadro que había pintado de la casa de Lucía y el cuadro de su casa que había pintado ella, entró en Wasters con la idea de comprar algo que pudiera ser siquiera de alguna mínima utilidad para cualquier propósito, y de este modo mostrar aún mejor voluntad hacia la promotora. La señorita Mapp entraba y salía de acá para allá

con gangas para los compradores, apartando la tetera de la luz para que no se viera el agujero que tenía en el fondo, y le lanzó una sonrisa que se pareció bastante a un gruñido, pero al fin y al cabo una sonrisa que se parecía a la que le dedicaba a todos los demás. Georgie seleccionó una escobilla de chimenea, algunas argollas de cortinas y un salvamanteles para teteras.

Luego, en un rincón oscuro, descubrió una gran caja de cartón con un montón de objetos variopintos marcados con la etiqueta «Todo a 6p.». Había dedales, había fotografías con los bordes ligeramente deteriorados, había adornos de china desconchados y sacacorchos, y allí estaba el cuadro de la Puerta Interior que él había pintado y que le había dado a la señorita Mapp. Withers, la camarera de la señorita Mapp, estaba en una mesa junto a la puerta y le daba el cambio a los clientes. Georgie le mostró sus adquisiciones para que las inspeccionara.

—Así que son nueve peniques por la escobilla de chimenea, tres peniques por las arandelas de la cortina —dijo Georgie con voz temblorosa—, y seis peniques por el salvamanteles para teteras. Luego... este pequeño cuadro que he cogido de la caja de todo a seis peniques, lo cual suma en total justo dos chelines.

Cargado con tan variopintas mercaderías, subió rápidamente la calle hasta Mallards. Lucía estaba en la ventana del cenador, y su perspicaz mirada no tardó en descubrir que algo había ocurrido. Abrió inmediatamente el mirador.

—Me temo que la cadena de la puerta está echada, Georgie —exclamó—. Tendrás que llamar. ¿Qué pasa?

—Ahora lo verás.

Georgie dejó en el suelo del vestíbulo la escobilla, las arandelas y el salvamanteles, y corrió hacia el cenador con su cuadro.

—El dibujo que le di —dijo—. Estaba en el cajón de todo a seis peniques. ¡Vaya, solo el marco me costó un chelín!

El rostro de Lucía se petrificó.

—Jamás vi cosa igual, Georgie —gruñó—. ¡Esa mujer es un auténtico monstruo!

—Puede que llegara allí por error... —titubeó Georgie, aterrorizado ante aquel rostro de Medusa.

—Tonterías, Georgie —replicó Lucía—. Tonterías.

Los cuadros para la exposición anual de la Sociedad Artística, de la cual la señorita Mapp era presidenta, habían ido llegando en cantidades considerables a Wasters, y permanecían apilados contra las paredes alrededor de todo el vestíbulo donde se había montado el mercadillo solo unos días antes, esperando el juicio del comité de selección, que estaba formado por la presidenta, el tesorero y la secretaria: los dos últimos eran el señor y la señora Wyse. La señorita Mapp había presentado media docena de acuarelas; el tesorero, un estudio de una naturaleza muerta, con una taza de té, una naranja y un alhelí; la secretaria, un retrato a pastel del rey de Italia, a quien había visto de lejos en Roma la última primavera; había reforzado con algunas fotografías la vivida impresión que el monarca había causado en ella. Todas estas obras, siguiendo el precedente de los cuadros de la Royal Academy de Burlington House<sup>[42]</sup>, se colgarían a la altura de los ojos sin discusión, y así no habría tiranteces entre ellos. Pero la pintoresca Irene había enviado

algunos que a la señorita Mapp le parecía que debían apartarse. Eran, como siempre, muy extraños y modernos; había uno, inofensivo pero enloquecido, que pretendía representar la iglesia de Tilling a la luz de la luna: un pináculo verde brillante todo retorcido (ella supuso que era un pináculo) elevándose contra una franja de cielo púrpura, con el resto del lienzo pintado de negro. Había otro que representaba la espalda de alguien sin ropa tumbado en un sofá verde esmeralda; y había un cuadro, el peor de todos, titulado *Mujeres luchadoras*, del que la señorita Mapp apartó la mirada rápidamente. Una adecuada vigilancia de la decencia, simplemente, la habría obligado a oponerse, con uñas y dientes, a la exposición de semejantes atletas desvergonzadas... incluso aunque Irene no la hubiera imitado en su recitado de «El muchacho permaneció en el barco ardiendo...». Desgraciadamente, el señor Wyse sentía la más desatada admiración por la obra de la Pintoresca Irene, y como ella había enviado un cuadro de unas luchadoras enzarzadas en una pelea, él probablemente diría: «¡Dios mío, qué intensidad!». Era un hombre difícil de doblegar, porque si él y la señorita Mapp tenían alguna diferencia de opinión respecto a algún lienzo en concreto, se abismaba y caía en nuevos arrebatos de admiración ante las propias pinturas de Elizabeth, y esto prácticamente desactivaba toda oposición.

La reunión del comité de selección iba a tener lugar aquella mañana a mediodía. Media hora antes de la hora fijada llegó a Wasters el chico de los recados de la tienda de marcos, trayendo, de acuerdo con las órdenes que había recibido, dos paquetes que contenían el cuadro de Mallards, de Georgie, y el cuadro de Mallards Cottage, de Lucía: llevaban adjuntas las tarjetas de las personas que los habían perpetrado. «Garabatos de pacotilla», pensó la señorita Mapp, «pero supongo que los dos Wyse insistirán en que los colguemos». Entonces, de repente, un imprudente demonio vengativo se apoderó por completo de ella, y llamó al chico que ya se iba, y le dijo que tenía otro recado para él.

Apenas un cuarto de hora antes de que dieran las doce, el chico llegó a Mallards y llamó al timbre. Grosvenor quitó la cadena y le cogió un delgado paquetillo con la etiqueta: «Frágil». Un minuto después, el muchacho le entregaba un paquete parecido a Foljambe, en Mallards Cottage, cumpliendo de este modo con los dos encargos de la señorita Mapp. Las dos criadas llevaron sus respectivos paquetes a sus señores, y Georgie y Lucía, rasgando los envoltorios, se encontraron simultáneamente frente a sus propios cuadros. Una nota oficial escrita a máquina acompañaba cada paquete; en ella se les comunicaba el agradecimiento cordial del comité de selección y se lamentaba que el poco espacio disponible en la pared impidiera que aquellas obras de arte pudieran exponerse.

Georgie salió corriendo a su pequeño patio y miró por encima de la empalizada en dirección al jardín de Lucía. En aquel mismo momento Lucía abrió la ventana del cenador que daba a la empalizada.

—Georgie... ¿tú has recibido...? —exclamó.

—Sí —contestó Georgie.

—Yo también.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Georgie.

El rostro de Lucía adquirió una expresión impaciente y reflexiva. Tenía la mirada distante que adoptaba cuando escuchaba a Beethoven. Pensó intensamente durante un



instante.

—Compraré un abono para todo lo que dure la exposición —dijo—, y estaré constantemente...

—Casi no te oigo... —protestó Georgie.

Lucía elevó la voz.

—¡Compraré un abono para todo lo que dure la exposición —gritó— e iré allí todos y cada uno de los días! Créeme, esa es la única manera de tomárselo. No quieren nuestros cuadros, sencillamente. Pero no debemos rebajarnos por esto. Dignidad, Georgie, dignidad.

No había nada que replicar a una declaración tan sublime, y Lucía se acercó al mirador para observar la calle. En aquel momento, el Rolls-Royce de los Wyse bajaba dando tumbos por Porpoise Street, y giraba hacia High Street. Lucía sabía que ambos estaban en el comité de selección que acababa de rechazar uno de sus dibujos más apreciables (porque la chimenea torcida le había salido maravillosamente bien), pero no sintió el más mínimo resentimiento hacia ellos. Sin duda habían actuado con plena consciencia, así que saludó con la mano en respuesta a un revuelo de martas cibelinas que observó en el interior del coche. Luego bajó a la calle principal para enterarse de las novedades de la mañana, y allí estaba el coche de los Wyse, delante de Wasters. Lucía recordó entonces que el comité de selección se reunía aquella mañana, y una sospecha, demasiado horrible para ser creíble, le cruzó el pensamiento. Pero se la quitó de encima, porque no valía la pena que una mente limpia como la suya se entretuviera en aquello. Hizo la compra y a su regreso descolgó un dibujo pálido y amarillento de la señorita Mapp que colgaba en el cenador, y en su lugar puso su cuadro de Mallards Cottage con su chimenea torcida. Entonces recordó aquel implacable dicho que rezaba que el tiempo pondría a cada cual...

La señorita Mapp no tenía intención de estar presente cuando los indigentes del asilo y el resto de pordioseros acudieran a su jardín para profanarlo. Había consultado con su abogado la posibilidad de impedir tal espectáculo, pero este le aseguró que no había ninguna normativa conocida en toda la ley inglesa que le confiriera el poder para impedir que una inquilina diera una fiesta. Así que la señorita Mapp decidió, igual que Lucía hizo con la fiesta isabelina de Riseholme, ignorarla por completo, hacer como si no supiera que se fuera a celebrar fiesta alguna, y en lo sucesivo no hacer ni la más mínima pregunta al respecto. Pero a medida que se aproximaba el día fatídico, sospechó que la virulenta oleada de curiosidad, que crecía veloz en su interior, probablemente acabaría sumergiendo sus principios. Había visto al Padre ataviado con una larga capa negra, y portando un hacha de unas enormes proporciones, entrando en Mallards; había visto a Diva salir con un vestido de noche blanco de satén, y trotar por la calle hacia Taormina, y supo que aquellos dos prodigios, considerados en conjunto, sugerían que estaba a punto de perpetrarse la ejecución de la mismísima reina María de Escocia. (¡Y Diva haría de reina!) Había visto que metían tarimas y postes por la puerta del jardín, y grandes cantidades de tela roja, así que probablemente estarían montando un escenario para los *tableaux*. Más intrigante aún era la visión del mayor Benjy portando una corona de cartón forrada con papel dorado. ¿Qué demonios significaba aquello? Luego estaba la

cuestión de la fruta, a la que había que vigilar: aquellos niños del coro, correteando por todo el jardín en los intervalos entre sus madrigales, probablemente arrancarían todas las peras de los árboles. Se moría de ganas de saber qué pasaría después, pero como había evitado hacer cualquier mención de la fiesta, los demás fueron asombrosamente respetuosos con su reticencia. No sabía nada: solo se permitía hacer aquellas delirantes suposiciones, y además estaba *esa mujer*, Lucía, erigiéndose en centro de los verdugos, y las reinas, y los niños del coro, en vez de quedarse en el lugar que le correspondía, elevada a los altares por la bondad de la señorita Mapp, y disfrutando de las reuniones sociales de Tilling cuando ella decidiera ofrecérselas. «Hace quince días», pensó bondadosamente la señorita Mapp, «yo entraba y salía de la casa, y ella era mi *Lulú*. De cualquier modo, fue bastante desagradable tener que devolverle su cuadro. No debo guardarle rencor. Iré a la fiesta porque cualquiera no va, y seré muy cordial con ella y admiraré sus cuadros dramáticos. Todos somos cristianos y hermanos. Además, yo desprecio la mezquindad».

Resultaba muy embarazoso que se le exigiera pagar media corona para entrar en su propia casa, pero parecía que no había ningún modo posible de sortear a Grosvenor. Muy embarazoso, también, era ver a Lucía vestida de los pies a la cabeza de reina Isabel, recibiendo soberanamente a los recién llegados al borde del césped, exactamente como si aquella fuera *su* fiesta y aquella gente que había pagado media corona por entrar fueran *sus* invitados. A la señorita Mapp le resultaba muy amargo pensar que debía ser *ella* quien (a pesar de que no estuviera vestida con toda aquella ridícula parafernalia, tan poco convincente a la luz del día) diera la bienvenida a la multitud; porque ¿a quién, por Dios bendito, a quién pertenecía Mallards, y quién había permitido (dado que no podía evitarlo) que se abriera a todo el mundo? En lo alto de las escaleras que daban al cenador había un gran cartel que decía «Privado», pero naturalmente aquello no podía aplicársele a ella. A través de la puerta medio abierta, cuando logró acercarse lo suficiente, pudo atisbar la imagen de una figura familiar, aunque tristemente travestida, luciendo una túnica y una corona de oro, y sirviéndose algo en un vaso; no cabía duda, entonces: el cenador era el camerino de los actores de los cuadros dramáticos, quienes, menos avariciosos de publicidad que Lulú, se ocultaban allí hasta la hora de la actuación. Tendría que entrar allí al momento, pero su obligación, desagradable aunque necesaria, era saludar a su anfitriona. Con una muy feliz ocurrencia, se acercó a Lucía y le dispensó una profunda cortesía.

—Su Majestad, su más obediente y humilde servidora... —dijo, y entonces, confiando en que Lucía hubiera visto que aquella sumisión se había formulado con un espíritu burlón, abundó en el humor—: Querida mía, ¡qué encanto de vestido! —dijo—. ¡Y qué día tan precioso para tu *fiestecita*! ¡Y qué gentío! ¡Qué cantidad de medias coronas habrás recaudado! Todo Tilling parece estar aquí, aunque puedo decir que no me extraña.

Lucía devolvió aquellas cordialidades con idéntica vehemencia y aproximadamente con la misma sinceridad.

—¡Elizabeth! ¡Qué agradable verte por aquí...! —contestó—. *Ecco, le due Elizabeth!* ¿Te gusta mi vestido? ¡Qué encanto! Sí. Desde luego, ¡Tilling ha decidido venir, pero para ayudar al hospital! Y tu mercadillo también fue un maravilloso éxito, ¿no? No quedó

nada, me dijeron.

La señorita Mapp tuvo un momento de duda, y no supo si debía continuar al lado de Lucía y darle la mano a los invitados que iban llegando, así como unas palabras de bienvenida, pero finalmente decidió que sería más útil y efectivo si se independizaba y ejercía como anfitriona por sí misma. También aquella mención del mercadillo la hizo sentir ligeramente incómoda. Withers le había dicho que Georgie había cogido su propio cuadro de la Puerta Interior de la caja de todo a seis peniques y lo había comprado, y Lucía (a pesar de toda su cordialidad) podía estar tendiéndole una espantosa trampa por aquello.

—Sí, así es —dijo—. Mi pequeño salón de subastas no tardó en quedarse tan vacío como la alacena de mamá Hubbard<sup>[43]</sup>. Pero no quiero monopolizarte, querida, o me lincharán. Hay toda una cola de gente esperando a que le digas algo. ¡Cómo disfrutaré de los *tableaux*! ¡Con qué impaciencia los espero!

Y se escabulló entre la multitud. Había algunos pobres desgraciados del asilo, tan desagradables y hechos polvo los pobrecitos, algunos fumando pipas en *su* césped y tirando por ahí las cerillas, mientras Irene y el coadjutor del Padre les servían litros de té.

—Estoy encantadísima de veros a todos aquí —les dijo—, ahí sentaditos en mi jardín y disfrutando del té caliente. Voy a coger un ramito de flores bonito para que os lo llevéis a vuestra casa. ¿Cómo está usted, señor Sturgis? Encantada de que haya podido venir y colaborar con nosotros para distraer a estos ancianos amigos. Buenas tardes, señor Wyse; sí, sí, mi jardincito está maravilloso, ¿verdad? ¡Susan, querida! Te has dado cuenta de mi parterre de *delphinias*? Tengo que darte algunas semillas. ¡Oh, ahí está el pregonero haciendo sonar su campanilla! Supongo que eso significa que debemos ocupar nuestros sitios para los *tableaux*. ¡Qué escenario tan estupendo! Espero que los postes no hayan hecho unos agujeros muy grandes en mi césped. Oh, uno de esos desagradables chicos del coro está rondando mi higuera. ¡No puedo permitirlo!

Se apresuró a detener cualquier posibilidad de depredación, y ya había hecho algunas alusiones al octavo mandamiento cuando, a un segundo repique de campana del pregonero, el desfile de actores disfrazados bajó los peldaños del cenador y, avanzando por medio del césped, desapareció tras el escenario. El pobre mayor Benjy (un individuo lo suficientemente débil como para dejarse arrastrar a este tipo de mascaradas) parecía una perfecta parodia de sí mismo, con su corona (¿quién se creería que era?). Luego venía Georgie (era Drake, en efecto), y la última de todos, cerrando la marcha, la reina Isabel, con la cola de su vestido sujeta por dos muchachos del coro. Pobre Lucía, no contenta con una semana de teatrillos en Riseholme, había tenido que continuar con sus desfiles y sus vestidillos en Tilling. Algunas personas no pueden vivir sin estar en el candelero.

La señorita Mapp no se sintió con fuerzas para tomar asiento cerca del escenario, y que todo el mundo la viera aplaudiendo —parecía que había algún contratiempo con el telón: no, vaya, se solucionó solo, ¡qué lástima!—, así que esperó en la periferia del auditorio. Los madrigales iban interpolados entre los distintos cuadros dramáticos; ¡qué nimias resultaban al aire libre las voces de aquellos chiquillos! Entonces, Irene, vestida como un estibador del puerto, recitó su ridícula parodia. Rugidos y risas. Luego, el mayor Benjy hizo del rey Cophetua<sup>[44]</sup>: ah, por eso llevaba la corona. ¡Ay, Dios mío,

Dios mío! Era muy triste pensar que un hombre de mediana edad como él, juicioso (cuando se encontraba sobrio), pudiera haber caído en manos de esa mujer ambiciosa. El último cuadro dramático, por supuesto (cualquiera podría haberlo imaginado), era la concesión del título de caballero a Drake, a cargo de la reina Isabel. Luego, en medio del aplauso psicopático, la procesión de ridículos disfraces hizo el camino de vuelta y se refugió en el cenador. El señor y la señora Wyse fueron tras ellos, y pareció bastante evidente que se dispondrían a disfrutar de un té privado allí. Sin duda alguien vendría a buscarla en medio del gentío con un mensaje de Lucía en el que se le diría que esperaban que se uniera a ellos en *su propio cenador*, pero como eso no ocurrió en absoluto, al final pensó que constituiría un gesto de amabilidad para con Lucía reunirse con ellos, y, de ese modo, añadir su voz al coro general de felicitaciones que sin duda se estaban produciendo. Así que con un breve y vigoroso toque en la puerta, a la pregunta de «¿puedo pasar?», entró.

Allí estaban todos, tan contentos como muchachuelos con zapatos nuevos. El rey Cophetua todavía llevaba su corona puesta, ligeramente inclinada hacia un lado, como la de un soldadito, y él, la reina Isabel y la reina María de Escocia estaban sentados alrededor de una mesa de té, llamándose los unos a los otros «Su Majestad». El rey Cophetua tenía delante un descomunal vaso de whisky con soda y a la señorita Mapp le pareció que con seguridad no era el primero. Pero aunque le revolvió el estómago todas aquellas puerilidades, se tranquilizó y escenificó una maravillosa reverencia que dirigió a aquellos improvisados estafermos. Y lo peor de todo era que no quedaba nadie de su círculo íntimo a quien pudiera expresarle en privado su desdén, puesto que todos se encontraban allí, más o menos activamente, véanse los Wyse, sometiéndose servilmente a los caprichos de Lucía.

En aquel momento Lucía se volvió y puso cara de estar bastante sorprendida de verla, pero aun así le dio la bienvenida y le sirvió una taza de té bastante tibio, y ciertamente asqueroso al gusto. Debía someterse servilmente, también, a todos ellos, aunque aquello le resultaba aún más asqueroso que el té.

—¡Os felicito a todos! —exclamó—. Padre, parecía usted un verdugo de lo más cruel, con ese gesto tan firme y severo. Fue casi un alivio cuando cayó el telón. Irene, pintoresca, ¡cómo nos has hecho reír a todos...! Diva, señor Georgie, y, por encima de todos, nuestra maravillosa Reina Lucía. ¡Qué maravilloso ha sido todo! ¡El coro! ¡Esos madrigales preciosos! Ha sido una verdadera lástima, señor Wyse, que la condesa no estuviera aquí...

Allí estaba Susan también, a quien debería decirle algo agradable, pero desde luego no podía continuar hasta que hubiera comido algo sólido. Entonces Lucía metió baza.

—Y tu jardín, Elizabeth —dijo—. ¡Cómo lo están disfrutando los invitados! Creo, a decir verdad, que todos se alegrarán de que nuestros pequeños *tableaux* ya hayan terminado, para así poder dar una vuelta por el jardín y admirar las flores. Creo que voy a dar alguna otra pequeña fiestecita, esta vez nocturna, con farolillos chinos y velas de colores en los parterres.

—¡Caramba! Su Majestad nos está mimando demasiado —intervino el mayor Benjy—. Tilling nunca había tenido un mes con tantas actividades recreativas. Magnífico.

La señorita Mapp había decidido quedarse allí, quedarse como fuera, hasta que aquellos sicofantes se hubieran dispersado convenientemente, y luego mantener una breve conversación privada con Lucía para indicarle hasta qué punto estaba dispuesta a pasar por alto todas las pequeñas fricciones que indudablemente habían surgido entre ellas. Lo que pretendía Elizabeth era que, sin tener que comerse ni una miga del pastel de la humildad, Lucía pudiera disfrutar del pastel del orgullo, pues comprendía que, al menos de momento, ella no era nadie, mientras que Lucía lo era todo. Así Lucía se daría un atracón de absoluta superioridad, y luego sería la hora de dar comienzo a maniobras totalmente nuevas. El mayor Benjy y Diva no tardaron en marcharse: los vio desde el mirador, bajando lentamente la calle, desde luego encantados de que la gente se quedara mirándolos, e Irene, a petición del Padre, comenzó a bailar una danza marinera en la hierba, ataviada con su indumentaria náutica. Los dos Wyse (de siempre famosos por su pesadez) se quedaron, y Georgie también.

El señor Wyse se levantó de la mesa de té y pasó rodeando por detrás la silla de la señorita Mapp. Por el rabillo del ojo, la señorita Mapp pudo ver que estaba mirando la pared en la que colgaba su cuadro de tonos pajizos. El señor Wyse siempre solía admirarlo, y fue agradable comprobar que estaba observándolo con tanto cuidado y respeto. Entonces se dirigió a Lucía.

—Recuerdo perfectamente haberla visto pintando esto... —dijo Algernon Wyse—, y cuánto tardé en perdonarme por haberla molestado a usted con mi torpe coche. Una perfecta obra maestra: Mallards Cottage y la chimenea torcida. La viva imagen.

Susan se levantó del sofá y se unió a la admiración.

—Absolutamente delicioso —aseguró—. Las luces, las sombras. ¡Precioso! ¡Qué detalles!

La señorita Mapp volvió la mirada lentamente, como si tuviera un cuello demasiado rígido, y constató que era cierta la espantosa suposición de que no era su cuadro el que colgaba de aquella pared, sino el mismísimo cuadro que había sido rechazado para la Exposición de Arte. Sintió como si de allí no colgara un cuadro, sino una bomba de relojería, que podía explotar en cualquier momento y hacerla volar en mil pedazos. Lo mejor sería salir pitando de allí y abandonar tan peligrosa compañía.

—Querida Lucía —dijo—, me temo que tengo que irme. Solo daré un pequeño paseo, si es que puedo, por mi jardín, antes de irme a casa. Mis rosas nunca me perdonarían si me fuera sin ir a verlas.

Demasiado tarde.

—¡Ojalá hubiera sabido que ya estaba acabado! —exclamó el señor Wyse—. Le habría rogado que nos lo cediera para nuestra Exposición de Arte. Habría sido la joya de la exposición. Qué crueldad la suya, señora Lucas.

—Pero si yo se lo envié al comité de selección... —contestó Lucía—. Georgie envió el suyo también, de Mallards. Nos devolvieron los dos.

El señor Wyse dejó de mirar el cuadro y se giró hacia Lucía con una expresión de incrédulo horror, y la señorita Mapp se transmutó discretamente en piedra.

—Pero eso... eso es *imposible*... —dijo el señor Wyse—. Yo pertenezco al comité de selección, y espero que no piense usted que yo habría sido tan imbécil... Y Susan

también está en el comité; y la señorita Mapp. De hecho, los tres *somos* el comité de selección. Susan, esta joya, esta pequeña obra maestra jamás la hemos tenido delante.

—No, nunca —dijo Susan—. Nunca. Jamás de los jamases.

La mirada del señor Wyse se escurrió hacia la señorita Mapp. Estaba todavía petrificada y su rostro estaba tan blanco como la pared. Entonces, por vez primera en la memoria colectiva de Tilling, el señor Wyse se permitió el uso de la jerga común.

—Creo que esto me huele a chamusquina —sentenció—. Este cuadro jamás se presentó al comité de selección.

La estatua petrificada apenas pudo mover los ojos, y estos se clavaron, de un modo vidrioso, en Lucía. Lucía se topó con ellos como si se tratara de una violenta y penetrante puñalada, y se volvió rápidamente hacia Georgie. Su rostro estaba fuera del alcance de la mirada de los demás, así que le dedicó un guiño cómplice. Georgie temblaba de emoción.

—*Giorgino mio* —dijo—. Recordemos exactamente lo que ocurrió... Me refiero a la mañana en la que se reunió el comité. Veamos... veamos... No, no me interrumpas: me acordaré sola de todos los detalles...

Lucía se presionó la frente con las manos.

—Ah, ya lo tengo —prosiguió—. Ahora lo tengo perfectamente claro. Tú habías llevado nuestros cuadritos al enmarcador, Georgie, ¿no es así?, y le dijiste que los llevara directamente a casa de Elizabeth. Eso fue. El chico de los recados de la tienda de marcos subió aquí aquella misma mañana, y le entregó el mío a Grosvenor, y el tuyo a Foljambe. Déjame que piense cuándo ocurrió eso exactamente... ¿A qué hora se reunió, señor Wyse, el comité de selección?

—A las doce, exactamente —contestó el señor Wyse.

—Eso concuerda a la perfección —dijo Lucía—. Yo llamé a Georgie por esta misma ventana, y nos dijimos el uno al otro que nuestros cuadros habían sido rechazados. Un momento después, vi cómo su coche bajaba por High Street y cuando bajé a la calle poco después, estaba aparcado delante de la casa de la señorita... delante de la casa de Elizabeth, quiero decir. Obviamente lo que ocurrió fue que el hombre de los marcos no entendió bien las órdenes de Georgie, y nos devolvió los cuadros antes de que se reuniera el comité de selección. Por eso ustedes no los llegaron a ver, y nosotros imaginamos todo este tiempo, ¿a que sí, Georgie?, que ustedes simplemente nos los habían devuelto.

—Pero... ¿qué habrá pensado usted de nosotros? —dijo el señor Wyse, con un ademán de desesperación.

—Bueno, que en conciencia no pensaban que nuestro arte tuviera mucho valor... —respondió Lucía—. Nosotros quedamos perfectamente satisfechos con su decisión. Yo estaba segura de que mi pequeño cuadrito tendría mil fallos y defectos.

La señorita Mapp había vuelto a recuperar el color. ¿Podría ser que por algún milagroso descuido no hubiera metido en aquellos paquetes el rechazo formal y mecanografiado del comité? No parecía probable, porque conservaba un vivo recuerdo de la satisfacción que le produjo hacerlo, pero la única teoría alternativa era suponer una magnanimidad por parte de Lucía que parecía incluso más milagrosa. Estalló en una perorata.

—¡Cómo nos congratulamos todos —exclamó— de que todo se haya aclarado! ¡El chico de los recados: qué estúpido! ¿Qué podemos hacer al respecto, señor Wyse? Nuestra exposición debe asegurarse la participación de la encantadora pintura de Lucía, y por supuesto, de la del señor Pillson también. ¿Pero cómo vamos a encontrar sitio para ellas? Todo está ya colgado...

—Nada más sencillo —dijo el señor Wyse—. Descolgaré inmediatamente mi lamentable pinturilla de una naturaleza muerta, y estoy seguro de que Susan...

—No, eso no puede ser... —replicó la señorita Mapp, recabando el favor de todos los demás—. Ese precioso alhelí... Casi se podía oler; y ese rey de Italia... Retiraré el mío: dos o tres de los míos. Insisto.

El señor Wyse hizo una reverencia a Lucía y luego a Georgie.

—Tengo un plan aún mejor —dijo—. Pongamos... si podemos tener el privilegio de contar con lo que casi estuvimos a punto de perder para nuestra exposición... pongamos, digo, esos dos cuadros en caballetes para demostrar hasta qué punto apreciamos profundamente la suerte que tenemos al contar con ellos.

Le dedicó una reverencia a su mujer, le dedicó una reverencia —¿era aquello una verdadera reverencia?— a la señorita Mapp, y si hubiera habido un espejo, sin duda se habría hecho una reverencia a sí mismo.

—Además —añadió—, de este modo, nuestros pequeños esbozos no sufrirán demasiado con su proximidad... —Y le hizo una reverencia a Lucía—. Y si el señor Pillson del mismo modo nos permitiera... —Y le dedicó también a Georgie otra reverencia.

Georgie, siguiendo el juego de Lucía, amabilísimamente se ofreció a acercarse al *cottage* y recoger su cuadro de Mallards, pero el señor Wyse no quiso ni oír hablar de ello. Él y Susan cargarían en el Rolls-Royce la obra maestra de Lucía, y recogerían el cuadro de Georgie en Mallards Cottage, y antes de que se pusiera el sol ambos estarían colocados en sus distinguidos caballetes en la exposición ampliada y enriquecida. Así que se fueron precipitadamente para conseguir los caballetes antes de que atardeciera, y la señorita Mapp, sintiéndose simplemente incapaz de mirar a la cara a las restituidas víctimas de su fraude, se escabulló tras ellos sumida en un tumulto de emociones encontradas. Fuera, en el jardín, Irene, que seguía bailando danzas marineras, estaba rodeada de miembros de ambos sexos de la embelesada juventud de Tilling, pues aunque los chicos sabían que era una chica, las chicas pensaban que se parecía sospechosamente a un chico. Irene le dio un grito:

—¡Eh, tú, Mapp, ven a bailar conmigo!

Pero Elizabeth huyó de su encantador jardín como si fuera un lugar apestado. Se le olvidó que había prometido conversar con sus rosas.

La reina y Drake se quedaron solos en el cenador del jardín.

—Bueno, ¿no me lo puedo creer! —exclamó Georgie—. ¡Fue ella la que nos los devolvió por su cuenta!

—No me sorprende en absoluto —dijo Lucía—. Muy propio de Elizabeth.

—Pero ¿por qué la has dejado salir viva? —preguntó—. Deberías haberla puesto en evidencia. Podrías haberla aplastado.

Lucía se mostró momentáneamente exultante, y ejecutó unos pasitos de danzas cascabeleras medievales.

—No, Georgie, eso habría sido un error —explicó—. Ella sabe que nosotros lo sabemos, y no puedo desearle nada peor que eso. Y además creo, aunque me marea con tanta reverencia, que el señor Wyse se lo ha imaginado. Con seguridad sospecha algo.

—Sí, dijo que había algo que le olía a chamusquina —recordó Georgie—. Para haberlo dicho él, es una cosa fortísima. De todos modos...

Lucía sacudió la cabeza.

—No, tengo razón —dijo—. ¿No te das cuenta de que he obtenido una victoria moral sobre esa mujer, mucho mayor que si la hubiera puesto en evidencia?

—¡Pero si es una tramposa! —exclamó Georgie—. Es una embustera. Nos devolvió nuestros cuadros con una nota en la que decía que el comité los había rechazado. Esa mujer carece de moral.

Lucía meditó aquello.

—Eso es cierto, no parece que tenga mucha —admitió—. Pero incluso así, piensa en la victoria que me he apuntado. Una victoria mucho mayor, Georgie, que haberla puesto en evidencia. Debe de ser absolutamente insoportable tener esa espada pendiendo sobre tu cabeza. Además, no puede evitar estarme profundamente agradecida, si es que hay alguna profundidad en esa pobre naturaleza superficial. Aunque todo puede ser: debemos intentar descubrirla. Míralo desde un punto de vista más amplio, Georgie... ¡Oh, y he pensado otra cosa! Envíale al señor Wyse para la exposición tu cuadro de la Puerta Interior que vendió Elizabeth. Con toda seguridad lo colgará también. ¡Eso lo redondeará todo!

Lucía se acercó al piano y se sentó en el taburete, junto a la parte correspondiente a los agudos.

—Pero olvidémonos de todos esos *piccoli disturbi*, Georgie —concluyó—, y toquemos algo de música para ponernos de nuevo en el sendero de la belleza. No, no es necesario que cierres la puerta: hace demasiado calor, y estoy segura de que a nadie más se le ocurrirá ignorar ese cartel de «Privado», ni entrará aquí sin que se le llame. ¿Un poquitín del divino Mozartino?

Lucía encontró el dueto en el cual había estado trabajando secretamente a ratos sueltos.

—Intentemos esto —dijo—, aunque parece bastante difícil. Ah, una cosa más, Georgie. Creo que tú y yo haríamos bien en mantener a buen recaudo esas notas formales de rechazo que nos envió el comité de selección. Podríamos necesitarlas algún día, aunque he de decir que espero que no sea preciso. Pero una debe tener cuidado cuando se tiene que enfrentar a ese tipo de personajes. Eso es lo que creo. Ahora, entreguémonos a la armonía y la belleza de nuevo. *Uno, due... ya.*



Era una apacible mañana de octubre, la estación, tal y como pensó Lucía, de nieblas y de frutos dulces y maduros, del maravilloso John Keats<sup>[45]</sup>. Respecto a las nieblas no cabía la menor duda, pues el día se había levantado con brumas marinas en el Canal de la Mancha, y respecto a la dulzura y la madurez de los frutos del jardín de Mallards, estos eran igualmente indiscutibles. Pero ahora la abundancia frutal de aquel soleado terrenito concernía a Lucía mucho más de lo que le había ocupado durante agosto y septiembre, pues había alquilado Mallards otro mes más (dado que Adele Brixton había ampliado su alquiler de The Hurst, allá en Riseholme), pero no con aquellas condiciones propias de Shylock<sup>[46]</sup> de a quince guineas la semana y sin derecho al disfrute de los productos hortofrutícolas... sino, tras una hábil negociación, a doce guineas semanales, y con derecho a todos los productos de la tierra imaginables. Fue un año magnífico para los tomates: había muchísimos más de los que se podía comer una viuda, y Lucía, en vez de venderlos, acostumbraba a enviarlos en forma de pequeños regalitos tomateros a Georgie y al mayor Benjy. Había enviado una cesta de ellos a la señorita Mapp, pero ella se los había devuelto junto con una efusiva nota diciendo que se echarían a perder en su casa. Lucía había aplaudido aquel gesto: demostraba un espíritu muy correcto y formal por su parte.

La cadena de consecuencias que acarreó la permanencia de Lucía en Tilling, por tanto, tuvo un gran alcance: la señorita Mapp alquiló Wasters otro mes más con una renta ligeramente menor. Diva amplió su alquiler de Taormina, e Irene siguió ocupando el *cottage* del labriego, haciendo que la familia de este permaneciera en el chamizo donde se solía guardar la cosecha de lúpulo. Estaban pasando unas noches muy frías en el chamizo, y el labrador estaba deseando que llegara el momento en que pudiera devolver su *cottage*. Pero la cadena de consecuencias ni siquiera terminaba ahí, porque Georgie no podía regresar a Riseholme sin Foljambe, y Foljambe no regresaría a casa, abandonando a Cadman, mientras este siguiera con Lucía en Mallards. Así que Isabel Poppit continuó ocupando su *bungalow* junto al mar, mientras que Georgie permaneció en Mallards Cottage. Con la piel ya negra por todos los baños de sol que se daba, y con el pelo fosco y como de alambre por todas aquellas abluciones marinas, Isabel recordaba a estas alturas a un cruce entre un arenque ahumado y un erizo de mar.

Septiembre había estado plagado de interesantes acontecimientos. La Exposición de Arte había sido un gran éxito, y se habían vendido un montón de cuadros. Lucía había comprado el cuadro de Georgie sobre Mallards, Georgie había comprado el cuadro de Lucía sobre Mallards Cottage, el señor Wyse había comprado el pastel de su esposa sobre el rey de Italia, pastel que envió como regalo de cumpleaños a Amelia, y Susan Wyse había comprado la taza de té y el alhelí de su marido, cuadro que se quedó para ella. Pero el gesto más grandioso de todos había sido la compra de Lucía de una de las seis obras de la señorita Mapp exhibidas en la exposición, hecho que prácticamente había forzado a la

señorita Mapp —tan poderosa fue la sugerencia que aquel gesto implicaba— a comprar el cuadro de la Puerta Interior de Georgie, que él le había dado, y que ella había vendido (ni siquiera para su propio beneficio, sino para el del hospital) por seis peniques en su mercadillo. Había tenido que pagar una guinea para recuperar lo que una vez había sido suyo gratis, así que al final el impulso vengativo que la había empujado a colocarlo en el cajón de todo a seis peniques le había resultado cruelmente caro. Sin embargo, aquel asunto de la exposición había hecho que cayera en manos de Lucía (y efectivamente lo estaba) y aquella compra tuvo una sorprendente naturaleza conciliadora. Se habían encontrado un día en la exposición, y Lucía había observado durante mucho rato aquel dibujo de Georgie, y entonces, mirando detenidamente a Elizabeth, había dicho que era una de las acuarelas más encantadoras y exquisitas que había visto en su vida. Rabiando por dentro, y sin embargo de algún modo incapaz de resistir la indirecta, Elizabeth había aflojado el monedero. Pero ahora se encontraba ocupada convenciéndose a sí misma de que aquella compra guardaba alguna relación con la ayuda al hospital, y de que ya no necesitaba hacer más contribuciones económicas al menos por ese año: le parecía que había bastantes posibilidades de convencerse en este asunto. Nadie, por ejemplo, había comprado los cuadros de la pintoresca Irene, y eso que había transformado en hombres a las damas luchadoras.

Desde entonces la señorita Mapp había estado ocupadísima convirtiendo la prodigiosa cosecha de manzanas, ciruelas y grosellas rojas del jardín de Diva en mermeladas y compotas. Su cocinera no podía encargarse de tanto trabajo sola, y la propia Elizabeth se pasaba las horas muertas en la cocina; en consecuencia, los más deliciosos olores de las conservas bullendo se escapaban por las ventanas e inundaban toda High Street. Sabía perfectamente que esos aromas escaparían al agudo olfato de Diva, y que habría alguna conversación al respecto. Pero para eso era una cosecha hortofrutícola (eso creía la señorita Mapp), ¿o acaso preferiría la querida Diva que se dejara pudrir la fruta en los árboles, y que fuera pasto de las avispas? Diva reconoció que lo preferiría. Así que cuando se acabó la fruta, la señorita Mapp pensó en volver su atención a los calabacines, los cuales, con un poco de genjibre, se convertían en una confitura muy agradable. Decidió que le dejaría una docena de aquellos botes a Diva.

Pero la elaboración de las mermeladas ya había concluido y la señorita Mapp se alegraba de ello, porque en el proceso se había escaldado los pulgares: hasta le había salido una ampolla. Se alegraba incluso más de que la Exposición de Arte hubiera terminado. Todas las obras importantes de la *escuela tillinguense* (excepto el pastel del rey de Italia) permanecerían en Tilling, ella había hecho un sacrificio de lo más conciliador con el dibujo de la Puerta Interior de Georgie, y no tenía ninguna razón para suponer que Lucía se había arrepentido de aquel momento de soberbia magnanimidad en el cenador del jardín, que había evitado una vergüenza ante cuyo recuerdo aún temblaba de vez en cuando. Lucía ya no podía volver siquiera a plantearse el asunto: todo aquello de los cuadros era ya agua pasada, como la elaboración de mermelada (aunque, igual que en el caso de la elaboración de mermelada, había dejado una parte de ella chamuscada y dolorida). Así que si había cerrado el pico en aquella ocasión, Lucía no podía sacar el asunto a relucir como si nada hubiera pasado. Como ocurre con las amonestaciones

matrimoniales, Lucía no había hablado cuando le tocaba, y ahora debía callarse para siempre. En su momento, la señorita Mapp se había sentido profundamente agradecida por aquel gesto de clemencia, pero nadie es agradecido indefinidamente. Uno es agradecido hasta que ha pagado la deuda de gratitud, tras lo cual queda liberado. Es cierto que la señorita Mapp estaría agradecida otra vez, cuando terminara el mes y Lucía y Georgie se fueran de Tilling para no volver jamás, o al menos eso esperaba ella, pero durante el último par de semanas le había parecido que había abonado hasta el último penique de su deuda de gratitud para con Lucía, y su mente había estado más ocupada de lo habitual pergeñando estrategias y planes y calumnias e insinuaciones respecto a su inquilina, quien, con aquellas tacañerías que tan justamente aborrecía la señorita Mapp, había rebajado la renta a doce guineas semanales y la dejaba aprovecharse de los tomates.

Pero la señorita Mapp no desesperaba de poder infligirle a Lucía algún desagradable bofetón, pues lo cierto y verdad (de eso estaba segura) era que Tilling, en términos generales, se estaba empezando a mostrar signos de cansancio respecto a los autoritarios métodos de Lucía. Esa mujer había estado dominándolos, incluso tratándolos con condescendencia, algo que Tilling ya no podía tolerar, había estado dándoles migajas, ¡exactamente eso! Hasta había llegado a enviar tarjetas para una fiesta nocturna (ni siquiera era una cena) con el texto «*UN PO' DI MUSICA*» escrito en una esquina, a la izquierda. Incluso el señor Wyse, aquel notable sicofante, no había podido evitar levantar las cejas ante aquella propuesta, y había admitido que era una anotación bastante rara: si hubiera escrito solo «*MUSICA*» habría sido más normal, y añadió que se lo preguntaría a Amelia cuando viniera. Aquello había confirmado una secreta sospecha que la señorita Mapp había acariciado durante mucho tiempo, y era que el italiano de Lucía (y por supuesto, el de Georgie también) realmente se reducía a palabras tales como “*ecco*”, o “*bon giorno*”, o “*bello*”, y deseaba vehementemente que Amelia llegara a Tilling antes de que acabara octubre, para que todo el mundo viera en qué quedaban aquellas grandes charlas en italiano que tan efusivamente les habían prometido.

¡Y cómo había sido aquella velada *po-di-mu* (como ya se conocía en el pueblo, entre leves sonrisillas)! La noche resultó lluviosa así que, obedeciendo el mandato de Lucía (pues en aquellos momentos esta gozaba aún de la notable ascendencia que había adquirido en la fiesta del hospital), todos habían llevado chubasquero encima de la ropa de gala, y unas katiuskas para proteger los zapatos de noche, y de esa guisa subieron hasta Mallards en medio de una lluvia torrencial. Un par de viajes con el coche de Lucía podría haberlos llevado a todos cómodamente y secos, pero ella no había creído conveniente ofrecer una comodidad tan obvia. El Rolls-Royce de la señora Wyse estaba varado en el taller, así que ellos también tuvieron que acudir andando. Cuando llegaron, todos estaban desaliñados y tremendamente descontentos. El grupo entró en el cenador del jardín intentando sortear las glicinias empapadas, y a continuación hubo un *po-di-mu* que a todos les pareció interminable. Lucía apagó todas las luces de la estancia, excepto una, la del piano, de modo que así pudieran ver su perfil recortado contra un fondo negro, como si fuera la cabeza de un sello, y entonces empezó a tocar. Vino el movimiento lento del *Claro de luna*. En una ocasión se paró, justo después de haber comenzado, porque Diva tosió. Y cuando hubo terminado, se produjo un largo silencio.

Lucía suspiró, y Georgie suspiró, y todo el mundo dijo «gracias» simultáneamente. El mayor Benjy dijo que él era un apasionado de Chopin y Lucía juguetonamente le dijo que no importaba, que ella se encargaría personalmente de su educación musical.

Luego había permitido que se dieran las luces de nuevo, y hubo una pausa de unos pocos minutos para que los invitados pudieran recobrase de la conmovedora emoción provocada por aquella exquisita interpretación del *Claro de luna*, ocasión que los presentes aprovecharon para desinfectarla, por así decirlo, con cigarrillos, o para asfixiarla, como hizo el mayor Benjy, en una rápida sucesión de whiskies con soda, cuando presintieron que una nueva y puede que más feroz sesión de *po-di-mu* se aproximaba, con un dueto entre Lucía y Georgie, compuesto de innumerables movimientos de Mozart, que efectivamente debió de haber sido el compositor más prolífico de la tierra si escribió todo aquello. Diva poco a poco se fue quedando traspuesta, y al final hubo indicios de que no tardaría en pasar al estado de *ruidosamente* dormida. La señorita Mapp esperaba que comenzara a roncar propiamente, pues aquello sería un buen correctivo para el ego de Lucía, pero el mayor Benjy, a hurtadillas, le dio unas pertinentes palmaditas en la rodilla para despertarla. El señor Wyse comenzó a sofocar algunos bostezos, aunque permaneció tan estirado como siempre, con los ojos vidriosos clavados en el techo. Al final de cada movimiento exclamaba «encantador, encantador». Cuando todo acabó, se produjo un débil murmullo con el que la concurrencia parecía pedir a Lucía que siguiera tocando para ellos. Así que, sin que hubiera que insistir mucho, Lucía se volvió a sentar al piano.

—¡Cómo me hacéis trabajar! —exclamó—. Tocaré una fuga de Bach, entonces, ya que me insistís tanto. Espero que Georgie no me regañe si me equivoco.

Por fortuna, hecho que fue acompañado de ahogados suspiros de alivio, efectivamente se equivocó, y aunque insistió en volver a intentarlo de nuevo, se produjo un coro general asegurando que no podían aprovecharse de su enorme bondad y sacrificio. Después vino una desdichada cena, consistente básicamente en una ensalada de tomate, tras la cual todos huyeron en desbandada en medio de la lluvia, muy alegres ante la promesa de otra velada musical que se celebraría la semana siguiente, cuando la anfitriona ya se sabría de memoria aquella resbaladiza fuga.

Pero no esperó a la semana siguiente, sino que esa misma semana de actos todos fueron convocados a una nueva velada de armonía. Fue entonces cuando los síntomas de revuelta, hábilmente fomentados por la señorita Mapp, se hicieron realmente palpables. Una mañana, cuando acababa de recibir su nota de invitación, Diva entró atropelladamente en Wasters.

—¡Otro *po-di-mu*! ¡Y es inminente! —dijo sarcásticamente.

—¿No es mala suerte? —interrumpió Elizabeth—. Confío, querida Diva, en que no habrás olvidado que esa misma noche prometiste venir a mi casa... ¿no recuerdas?, a jugar al *piquet*.<sup>[47]</sup>

Diva devolvió el guiño a Elizabeth.

—Vendré —dijo—. Cueste lo que cueste y caiga quien caiga, vendré.

—Así pues, tendremos que rechazar la invitación de nuestra querida Lucía —concluyó Elizabeth con aire de hondo pesar—. Estuvo encantadora, ¿no crees?, la otra

noche. Y cuántos movimientos de Mozart todos seguidos. Empezaba a pensar que Mozart debió de descubrir en algún momento el secreto del movimiento perpetuo, y que tendríamos que quedarnos allí clavados en la silla hasta el día del Juicio Final.

Diva no paraba de moverse inquieta por toda la sala, a su modo nervioso («Muy parecido a una peonza», pensó la señorita Mapp, «tropezándose con todo. Ojalá se estuviera quieta»).

—No creo que sea muy buena jugando al *bridge* —dijo Diva—. Ya sabes, empezó diciendo que tenía muchas ganas de aprender, y que todos nosotros jugábamos maravillosamente, pero ahora se salta las reglas como si nada, diciéndonos lo que deberíamos haber envidado, y cómo deberíamos haber jugado. Es exactamente como...

Iba a continuar diciendo: «Es exactamente como jugar *contigo*», pero afortunadamente se contuvo a tiempo.

—No he tenido el privilegio de jugar con ella. Desde luego, no voy a dudar de su capacidad —respondió Elizabeth—, pero he oído (solo es un rumor, entiéndeme) que no conoce ni los rudimentos del juego.

—Bueno, no mucho más —confirmó Diva—. Y eso que dice que empezará a impartir clases de *bridge* si nosotros queremos.

—¡Cuánto nos mima! ¿Y quiénes serán sus alumnos? —preguntó Elizabeth.

—Yo me sé de una que no lo será —dijo Diva sombríamente.

—Y uno y uno son dos —observó Elizabeth—. Una lástima que se ponga en evidencia de ese modo. ¡Mira que decir el otro día que iba a ocuparse personalmente de la educación musical del mayor Benjy! Yo siempre pensé que la educación comenzaba en casa, y desde luego nunca oí unos comentarios tan desafortunados en mi vida.

Diva rumió aquello durante unos instantes, y comenzó a dar vueltas de nuevo.

—Se ofreció a ocuparse de los ensayos del coro en la iglesia, siempre y cuando el Padre no se enterara —añadió—. Y hay quien habla de una clase para leer a Homero en la traducción de Pope.

—Tiene todos los talentos esa mujer —aseguró Elizabeth—, incluido el de trepar.

Diva se tropezó con otro asunto.

—Me acabo de encontrar con el señor Wyse, por cierto —dijo—. La condesa Amelia Faraglione viene mañana.

La señorita Mapp se levantó de un brinco.

—¿De verdad? —exclamó—. Vaya, estará aquí para el *po-di-mu* del jueves. Y los Wyse van a ir, eso es seguro, y con seguridad preguntarán si pueden llevar a la Faradiddleone. Diva, querida, tendremos que dejar nuestro *piquet* para otra noche. Eso no me lo perdería por nada del mundo.

—¿Por qué?

—¡Piensa en lo que va a pasar! Se verá obligada a hablar italiano, porque el señor Wyse a menudo ha dicho que será un regalo poderlas oír hablar entre ellas, y estoy segura de que Lucía es una inepta en ese sentido. Tengo que estar allí.

—Pero si sabe, será una ruina —dijo Diva—. Habremos ido nada más que para oír todo eso de Mozart una vez más y para comer tomates. Me tiré toda la noche con ardor de estómago.

—Confía en mí, Diva —contestó Elizabeth—. Te juro que esa mujer no sabe ni una palabra de italiano. ¿Y cómo demonios va a arreglárselas para escaquearse de hablarlo? Con todo el ingenio que dice que tiene, no podrá conseguirlo. ¡Hará el ridículo más espantoso!

—Bueno, eso sería bastante divertido... —dijo—. Bajarle los humos desde luego no le vendría mal. De acuerdo. Diré que voy.

Naturalmente, la política de la señorita Mapp desde ese momento consistió exactamente en lo contrario de lo que había planeado al principio. En vez de intrigar para conseguir que todo Tilling rechazara la invitación de Lucía a asistir a otro *po-di-mu*, su objetivo ahora era animar a todo el mundo a ir, con la idea de que todos ellos pudieran escuchar, no tanto a Mozart, como los jugosos silencios o ridículas contestaciones de la anfitriona cuando se viera obligada a conversar en italiano. Descubrió que el Padre y la señora Bartlett habían fijado apresuradamente un ensayo del coro y una reunión de exploradoras respectivamente a la extraña hora de las nueve y media de la noche con el fin de tener la posibilidad de declinar el *po-di-mu*, pero Elizabeth, tirando la casa por la ventana, les pidió a ambos que fueran a cenar con ella la noche fatal, y que se pasaran por la deliciosa velada musical de Lucía después. Aquel aliciente añadido los convenció, y se apresuraron a decirle a los chicos del coro y a las chicas exploradoras que se cancelaban las reuniones y que estas se celebrarían a la hora de costumbre al día siguiente. El coadjutor no necesitaba que lo persuadieran de ningún modo, puesto que era de los que pensaba que Lucía tenía un tacto maravilloso para el piano, y ya estaba deseando escuchar más; del mismo modo, Irene había desarrollado un violento *schwärm*<sup>[48]</sup> hacia Lucía y había aceptado sin pensárselo, de modo que Tilling, gracias a los amigables servicios de Elizabeth, se reuniría en masa para oír a Lucía tocar sus duetos y fugas, y de paso para oír cómo *no* hablaba en italiano. Y cuando, por una conversación casual con el señor Wyse, Elizabeth supo que (tal y como ella había previsto) se había atrevido a preguntarle a Lucía si ella excusaría la presunción de uno de sus mayores admiradores, y podría llevar a su hermana Amelia a su *soirée*, habiendo recibido por parte de Lucía el permiso más cordial, pareció que nada podría interponerse en el camino de la romántica venganza de Elizabeth sobre aquella advenediza, aquella intrusa que se había atrevido a erigirse como la REINA de la vida social de Tilling.

Apenas es necesario explicar aquí que fue este aspecto del asunto lo que con más fuerza excitó los instintos deportivos de los lugareños. La señorita Mapp había sido considerada durante mucho tiempo por los demás y por ella misma como la primera ciudadana en lo que se refería a la sociedad de Tilling, y aunque a menudo se había visto obligada a luchar desesperadamente para mantener su posición, y había sufrido de tanto en tanto algunos reveses de diversa índole, siempre se las había arreglado para conservarla, porque no había en el pueblo nadie con un carácter más autoritario que ella, y con menos escrúpulos. Entonces había aparecido aquella extraña de Riseholme, y no solo la había retado, sino que le había arrebatado el cetro y la corona, y los había ostentado durante un par de meses. Hasta el momento, todos los intentos de recuperar los símbolos de su realeza habían fracasado, pero Lucía se había tornado un poco arrogante, se había ofrecido a dirigir los ensayos del coro, había enviado sus invitaciones

(así lo pensaba Tilling) con el aire de quien envía órdenes, y Tilling no lamentaría verla sufrir algún revés. Nadie pensaba siquiera en presentarse aquella noche para oírla tocar a Mozart (excepto el coadjutor), nadie tenía intención alguna de oírla leer la traducción de la *Iliada* homérica de Pope, ni recibir clases de cómo jugar al *bridge*, y aunque la señorita Mapp no era la favorita de nadie, les habría gustado verla anotarse algún tanto. Pero había pocos partidarios de una o de otra contendiente; era el espíritu deportivo el que los empujaba a ser testigos de una confrontación entre dos reinas bien pertrechadas, y de paso comprobar si una de ellas realmente podía hablar italiano, incluso aunque por ello tuvieran que tragarse todas las fugas de Bach del mundo. Todos, finalmente, excepto la señorita Mapp, independientemente de por quién sintiera más simpatía personal, lamentaban que, en menos de un mes, Lucía tuviera que regresar a su reino particular de Riseholme, donde al parecer no tenía rival, pues aquellos encuentros eran extraordinariamente estimulantes para los estudiantes de la naturaleza humana y para los que odiaban a la señorita Mapp. En efecto, Tilling jamás había conocido una temporada estival tan excitante.

Aquella apacible mañana, por tanto, de octubre, Lucía<sup>[49]</sup>, después de ensayar su fuga para el inminente *po-di-mu*, y ver cómo Coplen metía en casa una prodigiosa provisión de tomates, había recibido la espantosa nota del señor Wyse, trasladada mediante el Rolls-Royce, preguntándole si podía llevar a la *contessa* Amelia di Faraglione a la fiesta musical que esperaban con tanta impaciencia. La gravedad del asunto se le hizo evidente al momento a Lucía, porque el señor Wyse no había sido nada discreto al comentar el placer que le causaría escuchar a su hermana y a la propia Lucía conversando melifluamente en la dulce lengua italiana, pero sin dudarle un instante ella le envió una nota de respuesta por el chófer y el Rolls-Royce, diciéndole que estaría encantada de ver a la *contessa*. No había escapatoria, pues, y debía aceptar lo inevitable antes de enfrentarse irremediablemente a su fortuna. Desde la ventana observó el Rolls-Royce reculando, luego avanzando, luego reculando, y así hasta que consiguió girar y doblar la esquina en dirección a Porpoise Street.

Lucía cerró el piano. Tenía preocupaciones más cósmicas en las que pensar que los arpegios de una fuga. Su fiesta, desde luego (eso no había ni que decirlo), tendría que cancelarse, pero esa era solo una parte del problema al que se enfrentaba. Porque aquella funesta Contessa di Faraglione no iba a venir a Tilling (en un viaje tan largo desde Italia) para una noche, sino que amenazaba con quedarse —y así lo había mencionado el señor Wyse en su nota— «alrededor de una semana», después de lo cual visitaría a sus familiares, los Wyse de Whitchurch. Así que durante toda una semana (aproximadamente) Lucía estaría en constante peligro de que se le exigiera hablar en italiano sin avisar. En realidad, el peligro era más que un simple peligro, porque si había algo cierto en este mundo, era que el señor Wyse la invitaría a cenar a lo largo de aquella semana, y el peligro de quedar en evidencia se revelaría inevitable. El único plan posible era desaparecer de Tilling durante el tiempo que durara la visita de la *contessa* en el pueblo; sin embargo, ¿cómo escapar exitosamente sin que pareciera que lo estaba haciendo? Su casa en Riseholme estaba alquilada, pero aunque no lo hubiera estado, no podría abandonar Tilling al día siguiente. Ya había invitado a todo el mundo a su velada



nocturna.

El reloj dio el mediodía: llevaba quince minutos enteros meditando. Empezaba a dolerle la cabeza.

—Lo único que se me ocurre es la gripe —se dijo a sí misma—. Pero consultaré a Georgie. Quizá un hombre pueda considerarlo desde otra perspectiva.

Georgie acudió de inmediato a su llamada de socorro.

—*Georgino mio* —comenzó Lucía, pero entonces, de repente, se corrigió a sí misma—, Georgie —dijo—. Me ha ocurrido una cosa muy desagradable. La *contessa Thingummy*<sup>[50]</sup> llega mañana a casa de los Wyse, y el señor Wyse me ha preguntado si puede traerla a nuestra velada musical. He tenido que decir que sí; no tenía más remedio.

En ocasiones Georgie era muy perspicaz. Inmediatamente comprendió lo que significaba aquello.

—Dios bendito... —dijo—. ¿No puedes posponerla? Tuércete el pulgar.

La perspectiva masculina no estaba siendo de mucha ayuda hasta el momento.

—No serviría de nada —dijo—. Estará aquí alrededor de una semana, y naturalmente tengo que hacer todo lo posible por evitar encontrármela. Lo único que se me ocurre es coger la gripe.

Georgie nunca fumaba por la mañana, pero la situación parecía exigir un cigarrillo.

—Eso funcionaría, sin duda —dijo—. Será una pesadez para ti, pero así podrías vivir en el jardín secreto tranquilamente. No da a ninguna parte.

Se detuvo: el tabaco a una hora inusual había estimulado sus potencias perceptivas.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Te juro que no lo sé.

—No lo has pensado lo suficiente —señaló Georgie—. No estás considerándolo desde ese punto de vista tan amplio del que tan a menudo me hablas. Yo no puedo coger gripe también, sería demasiado sospechoso. Así que estoy condenado a encontrarme con la Faraglione, y ella en un minuto verá que yo no hablo italiano.

—¿Y? —dijo Lucía, del modo más egoísta, como si no le importara en absoluto.

—Vaya, no me digas que estoy pensando solo en mí —dijo Georgie, en defensa propia—. En absoluto. Eso te afectará a ti. Se supone que tú y yo hablamos italiano entre nosotros, ¡y cuando sea obvio que yo no puedo decir más de tres cosas en italiano, se va a armar gorda, por mucha gripe que tengas! ¿Cómo se va a suponer que tú charlas en italiano conmigo cuando todo el mundo vea que no entiendo ni una palabra?

Ahí estaba, efectivamente: el punto de vista masculino. Y era un punto de vista francamente horroroso. Lucía se cubrió el rostro con las manos durante un instante.

—Georgie, ¿qué vamos a hacer? —preguntó con voz de congoja.

Georgie estaba un poco susceptible, pues se le había ninguneado absolutamente, hasta que le señaló a Lucía que su destino estaba unido indisolublemente al suyo. Así que le agradó repetir las mismas palabras que Lucía le había espetado a él:

—Te juro que no lo sé.

Lucía se apresuró a calmar su enojo.

—Querido mío, me alegro mucho de haber pensado en consultarte —dijo—. Sabía que debía contar con un cerebro masculino a fin de ver la cuestión en toda su amplitud.



¡Cuánta razón tienes! No se me había ocurrido pensar en eso.

—Exactamente —contestó Georgie—. Es evidente que no has comprendido la situación en absoluto.

Lucía empezó a caminar de un lado a otro del cenador en silencio, retrocediendo rápidamente desde la ventana, porque vio pasar a Elizabeth, que le envió un beso con la mano, con aquel espantoso gesto de hiena suyo.

—Georgie, querido ¿estás enfadado con la pobrecita Lucía...? —preguntó, recurriendo a aquella jerga infantil y menos peligrosa que utilizaban en días más felices. Aquello consiguió ablandar a Georgie.

—Estaba bastante enfadado, sí —dijo—, pero eso ahora no importa. ¿Qué voy a hacer? *Che faro?*, exactamente.

Lucía se estremeció.

—¡Oh, por el amor de Dios, no hables en italiano! —protestó—. Tenemos que evitarlo a toda costa. Es curioso que tengamos que privarnos de la costumbre de hacer algo que no sabemos hacer... Y tú no puedes tener gripe. Sería demasiado sospechoso si empezaras a tenerla al mismo tiempo que yo. Me pregunto, ahora que lo pienso, si esa mujer, esa Mapp, no habrá sospechado que nuestro italiano es impostado; si tú y yo tuviéramos gripe exactamente cuando llegara la Faraglione, no le costaría mucho sumar dos y dos. La suya es una mente muy perversa, hazme caso.

—Yo sé que lo sospecha —dijo Georgie—. Me dijo una cosa en italiano el otro día, que significaba abrecartas, y pareció sorprendida cuando yo no lo comprendí. Entonces lo dijo en inglés. Por supuesto, lo había sacado de un diccionario: me tendió una trampa, la muy pérfida.

Una oleada de espantosa clarividencia estalló sobre Lucía.

—¡Georgie! —exclamó—. ¡También lo intentó conmigo! ¡Y con la misma palabra! Yo tampoco la conocía, pero fingí que fue su pronunciación lo que me indujo a confusión. Por lo que parece, sus añagazas no tienen fin. Pero volveré a quedar por encima de ella, pase lo que pase. Me temo que tendrás que irte, mientras la Faraglione está aquí y yo cojo la gripe.

—Pero yo no quiero irme... —empezó Georgie—. Seguro que podemos pensar en algo...

Lucía no le prestó ninguna atención a aquella tentativa de protesta: es dudoso que la oyera siquiera, porque la mecha estaba de nuevo encendida y corría rugiendo a través de su fértil cerebro como el fuego en una pradera cuando hay vendaval.

—Tienes que irte mañana —sentenció—. Y debes quedarte lejos hasta que yo te envíe un telegrama, diciéndote que la Faraglione se ha ido. Será muy aburrido para mí, porque estaré completamente confinada en casa todo el tiempo que tú estés fuera. Creo que el jardín será seguro. No puedo recordar si se ve desde las ventanas de otras casas. Leeré mucho, aunque ni siquiera podré tocar el piano... Georgie, ahora lo veo todo claro. No has tenido muy buen aspecto últimamente (querido, eres la viva imagen de la salud, de verdad, nunca te he visto con un aspecto más juvenil que ahora), así que tendrás que tomarte una semana en Folkestone o Littlestone, o donde prefieras. ¡Aire del mar; necesitas que te dé el aire y tomar unos baños! Y puedes llevarte mi coche si quieres,

yo no podré utilizarlo. ¿Y por qué no te llevas también a Foljambe para que te atienda, como haces cuando te ausentas unos días de excursión? Así estará con Cadman: de este modo haremos felices a esa pareja, Georgie. Oh, todo parece encajar maravillosamente. Y una cosa más: quiero que sepas que esa pequeña excursión tuya corre exclusivamente a mi cargo. Insisto. Vete a un hotelito agradable y ponte cómodo; media botella de champán siempre que te apetezca, por la noche, y todos los extras que quieras. Ya te telefonaré para decirte cuándo puedes volver. Pero es imprescindible que partas mañana por la mañana, antes de que la Faraglione llegue.

Georgie sabía que era inútil protestar cuando Lucía utilizaba aquel tono de voz suyo, resolutivo y arrollador; atajaría cualquier oposición, como una sierra de vapor que zumbara a través del tablón más duro de roble, hasta que, en medio de una fuente de serrín volando, se abriera paso cortándolo todo en rebanadas. Él no se quería marchar, pero cuando Lucía le mostró el calibre de su determinación, consideró mejor rendirse de una vez por todas que hundirse poco después en un estado de lamentable extenuación. Además, había ciertos detalles brillantes en su plan. Foljambe estaría encantada con aquella idea, porque les permitiría a ella y a Cadman tener tiempo de sobra para disfrutar de su mutua compañía; y no sería desagradable del todo permanecer durante una semana en algún hotel en Folkestone, y observar los cargamentos de viajeros procedentes del extranjero llegando al puerto después de un duro viaje. Además, también podría encontrar algunos tesoritos que tanto le gustaban en las tiendas, y escucharía a la banda municipal, y tendría un baño al lado de su habitación, y haría algunos dibujos, y se sentaría en un salón vestido con aquellos trajes que le habían valido justamente el título del mejor vestido de Tilling. Tendría un agradable Rolls-Royce a su disposición en el garaje del hotel, y un diligente *chauffeur* que se presentaría todas las mañanas para recibir órdenes, y todo el mundo lo vería —una imagen interesante y opulenta— bebiendo su media botella de champán todas las noches, y posiblemente haría un par de agradables amistades. No tuvo ninguna duda en absoluto a la hora de aceptar la propuesta de Lucía de cargar con todos los gastos de aquel viaje, pues, como ella misma había dicho muy acertadamente, el viaje se efectuaba en exclusivo interés suyo, y naturalmente ella pagaba para que se llevara a cabo (además, qué caray, era asquerosamente rica).

Una vez dispuestas de este modo las principales posiciones de la línea defensiva, Lucía, con napoleónica visión para los detalles, se adentró en cuestiones menores. Por supuesto, no creía que «esa mujer, Mapp» hubiera gestionado la visita de la Faraglione, pero hasta un crío podía ver que si se encontraba con la Faraglione durante su estancia en Tilling, no tardaría en producirse el ridículo más espantoso por la ignorancia de la lengua que se supone que a ambas las unía. «Esa mujer, Mapp» se lanzaría en picado sobre su punto débil, y era estúpido negar que conseguiría un triunfo absoluto. Pero la ausencia de Georgie (barata para lo que suponía), unida a su propia invisibilidad por culpa de la gripe, hacía de la situación algo aparentemente irrefutable, y Lucía contempló el próximo enfrentamiento en el campo de batalla social con una exultante sensación de entusiasmo.

Lucía hizo llamar a su fiel Grosvenor, y le confió lo suficiente para hacer de ella una colaboradora imprescindible en la farsa. Le dijo que tenía un montón de cosas que leer y escribir atrasadas, y que durante la semana siguiente tenía la intención de dedicarse

exclusivamente a ello, y que llevaría la vida de una eremita. No quería visitas, y no tenía intención de ver a nadie, y que la excusa más sencilla sería decir que tenía gripe. Sin duda habría muchas preguntas, así que ella le daría personalmente a Grosvenor el parte oficial día a día. Luego le dijo a Cadman que el señor Georgie no se encontraba muy bien, y que ella misma le había recomendado que se fuera con el coche a Folkestone para pasar allí alrededor de una semana: él y Foljambe lo acompañarían. Luego hizo un cuidadoso repaso de la casa y del jardín para comprobar hasta qué punto tendría libertad de movimientos durante su *enfermedad*. Tocar el piano, a no ser que fuera muy cuidadosamente y con el pedal del unicordio pisado, resultaría bastante arriesgado, pero mediante un aplicado ajuste de las cortinas en la ventana del cenador, podría disfrutar de unas miraditas muy satisfactorias al mundo exterior. El jardín, como pudo comprobar con agrado, era totalmente seguro, gracias a sus muros circundantes, y estaba libre de miradas curiosas de las casas de alrededor: solo la torre de la iglesia tenía vistas sobre el jardín, y ese detalle podía desestimarse, pues allí solo subían turistas.

Luego, a continuación, fue a realizar las compras habituales y a mantener las conversaciones comunes en High Street, y de paso poner en marcha una labor de orfebrería fina. La marea matutina estaba ya en retroceso, pero mediante hábiles requiebros, yendo de acá para allá, se las arregló para conversar brevemente con la mayoría de los que iban a acudir a su *po-di-mu* al día siguiente, e intercalar todo lo que les decía con deliciosas miguitas de italiano. Se topó con los Wyse precisamente cuando ellos regresaban a casa en el Rolls-Royce y les dijo cuán *molto amabile* fue por su parte darle el *gran' piacere* de poder ver a la *contessa* la noche siguiente: desde luego, sería una invitada muy bienvenida, y sería otro *gran' piacere* hablar *la bella lingua* otra vez con alguien nativo de la hermosa Italia. Georgie, ay, no estaría presente, porque estaba un *po' ammalato*, e iba a pasar una *settimana* junto al *mare per stabilirsi*. Nunca había tenido un italiano tan fluido ni había estado tan políglota, y aceptó con *mille grazie* la invitación de Susan para cenar por la noche, después de la velada musical, y continuar las conversaciones que esperaba mantener con tanta impaciencia. Casi estaba borracha con tanto italiano... Luego cruzó a toda prisa la calle para decirle al coadjutor que iba a encerrarse toda la tarde en casa con la idea de conseguir que la fuga de Bach mereciera el aplauso de su oído crítico, le dijo a Diva que acudiera pronto a la fiesta con el fin de mantener una breve charla primero, y consiguió detener a Elizabeth con un aflautado «¡yujuuu!», precisamente cuando esta se encontraba en el mismísimo quicio de Wasters, dispuesta a entrar. Con gran regocijo supo que Elizabeth estaba convenciendo al Padre y a su esposa, y al mayor Benjy para ir a cenar con ella, antes de llevarlos a la velada musical, y luego, recordando la trampa que aquella mujer les había tendido a ella y a Georgie con el abrecartas italiano, no pudo contenerse y la invitó a cenar y a jugar al *bridge* la tercera noche de su inminente enfermedad. Por supuesto, se vería obligada a suspenderla, y eso sería prácticamente como ajustar cuentas... Aquella media hora de intenso trabajo produjo la impresión generalizada de que, por muy poco placer que Tilling esperara del *po-di-mu* del día siguiente, la ejecutante parecía anhelar el momento con vehemente pasión, y que estaba deseando hablar italiano hasta con las piedras.

Desde la ventana de su dormitorio, a la mañana siguiente, Lucía vio a Georgie y a

Cadman y a Foljambe partir hacia Folkestone, y anticipó la conmoción y el desconcierto general que poco después se cerniría sobre Tilling con un lucreciano<sup>[51]</sup> sentimiento de placer por su propia e inminente tranquilidad. Fue al cenador del jardín, ajustó las cortinas y preparó la tormenta que se disponía a arrojar sobre el pueblo en forma de una barahúnda de notas cargadas con los lamentos más amargos. Las escribió a lapicero, como si estuviera en cama (la consumada farsante), y las trazó con mano débil, y no con su habitual y firme caligrafía. «¡Ay, qué disgusto...!», le escribió a la señora Wyse. ¡Qué mala suerte haber cogido la gripe —¿dónde podría haberla cogido?— la misma mañana de la fiesta, y qué lástima no poder estar en condiciones de recibir a la *contessa* aquel día ni poder cenar con la querida Susan al día siguiente...! Hubo otra nota para el mayor Benjy, y otras para Diva y la pintoresca Irene, y para el coadjutor y el Padre, y para Elizabeth. De todos modos, esperaba que a lo mejor ya podría estar lo suficientemente recuperada para el *bridge* y la cena de dos días después, pero Elizabeth debía recordar cuán infecciosa era la gripe, y era posible que ella misma no se encontrara muy bien. Eso parecía bastante poco probable, pues Elizabeth tenía una fobia frenética a las infecciones, y Wasters había estado todo el tiempo ahumando con ácido fénico<sup>[52]</sup> el mercadillo mientras se celebró, por miedo a que alguna pieza de aquella basura hubiera estado en contacto con manos infectadas. Lucía le entregó las notas a Grosvenor para que se despacharan inmediatamente y le dijo que el parte diario en respuesta a los visitantes era que no debían temer, pues aunque el ataque había sido virulento, no era serio, y solo precisaba de calor y un reposo absoluto. Luego procedió a cumplir con ambas prescripciones sentándose al cálido sol de octubre en su jardín, leyendo la traducción de Pope de la *Iliada* y viendo cómo se transcribía en griego.

Así transcurrieron tres inexpugnables días. Escondida detrás de las cortinas corridas del cenador, Lucía observaba el ir y venir de abundantes visitas y el admirable comportamiento de Grosvenor para con ellas. El Rolls-Royce subió por la calle dando tumbos, y allí estaba Susan, con sus martas cibelinas, y sentada a su lado, una mujer vivaracha y gesticulante con un monóculo, que parecía de ese tipo de personas que podían hablar a una velocidad asombrosa. Aquella sin duda era la condesa fatal, y Lucía pensó que verla así era como observar a un león de lejos, con la protección de los barrotes de una jaula segura. El segundo día la señorita Mapp acudió dos veces seguidas, y en cada una de esas ocasiones dirigió una penetrante mirada a las cortinas, como si conociera perfectamente aquel truco, y aguzó el oído, como si esperara escuchar el sonido del piano. El Padre envió una nota casi enteramente escrita en dialecto escocés, el coadjutor llamó a la puerta, escuchó, se dio la vuelta y se alejó con evidente alivio en su rostro, silbando bastante desafinadamente la fuga de Bach.

El quinto día de su enfermedad, Lucía se vio asaltada por nuevos acontecimientos que la obligaron a abandonar por completo la *Iliada* de Pope. Con el primer correo del día le llegó una carta de Georgie, que contenía un sobre que, según comprobó Lucía (con un ligero recelo), estaba escrita en italiano. Leyó primero la carta de Georgie:

Ha ocurrido la cosa más increíble que te puedas imaginar (escribía Georgie), te encantará... Hay aquí una familia con la que he hecho amistad: un padre inglés, una madre italiana y una niña con una coleta. ¡Atiende! La madre enseña a la niña italiano, y

le pone como deberes unas pequeñas redacciones para que escriba sobre este asunto o el otro, y luego las corrige y las pasa a limpio. Bueno, pues estaba yo sentado en el salón esta mañana mientras la niña estaba con su lección, y la señora Brocklebank (pues ese es su nombre) me pidió que sugiriera un tema para la redacción, y a mí se me ocurrió una idea absolutamente prodigiosa. Le dije: «Que escriba una carta a una condesa italiana a quien no ha visto nunca, y que le diga cómo lamenta haberse visto obligada a aplazar la velada musical a la que había invitado junto con su hermano por haber contraído la gripe. Ella, claro está, lamenta muchísimo no poder conocerla, y teme que si la condesa solo se queda una semana en la zona, no podrá tener el placer de verla, por desgracia». La señora B. dijo que sería un tema estupendo para una redacción, y muy imaginativo, y yo se lo repetí otra vez para confirmar todos los detalles. Entonces la niña lo escribió, y la señora B. lo corrigió y la pasó a limpio. Le rogué que me la diera, porque yo adoraba el italiano (aunque no sabía hablarlo, por desgracia), y estaba maravillosamente escrita. No te lo explico del todo bien, no vaya a ser que se me vaya el correo, pero te adjunto aquí la carta italiana de la señora B., y tú misma podrás comprobar si el ardid no funciona a las mil maravillas. Estoy pasando unos días divertidísimos, con música y viajes en coche y viendo llegar los barcos del Canal, y... ¿no te parece que soy muy sagaz?

Afectuosísimamente,

Tu Georgie.

P. D.: Foljambe y Cadman han tenido una pelea, pero, ay, me temo que ya se han arreglado.

Lucía, con los celos convertidos en gozosa expectación, extrajo y leyó la carta adjunta. Efectivamente, aquella era como maná para el hambriento. Parecía como si la señora Brocklebank y su propio yo subconsciente hubieran estado unidos por una corriente telepática: tan atinadamente había captado aquella señora sus particulares y acuciantes necesidades. Aquella carta expresaba en la lengua más elegante que uno pudiera imaginarse, con precisión milimétrica, lo que la situación requería, así que ella se dispuso a copiarla para enviarla aquel mismo día, sin alterar una sola palabra. ¡Qué extraordinariamente sagaz había sido Georgie al planear aquello! Se merecía todo el champán que se pudiera beber y ella pudiera pagar.

Lucía utilizó sus más excelsas habilidades a la hora de transcribir el documento (con papel de Mallards, naturalmente), como si estuviera garabateando apresuradamente en una lengua que le resultara familiar. De tanto en tanto escribía una palabra (no importaba cuál), la borraba para hacerla ilegible al escrutinio más concienzudo, y luego continuaba con el manuscrito de la señora Brocklebank; de tanto en tanto omitía alguna palabra del texto y luego la insertaba con las flechas correspondientes por encima. Nadie que recibiera su transcripción podría imaginar que fuera otra cosa más que su propia escritura improvisada. La señora Brocklebank decía que en dos o tres días esperaba poder estar en disposición de ver a sus amigos de nuevo, y eso le convenía maravillosamente, porque en dos o tres días la visita de la *contessa* habría llegado a su fin, y Lucía podría reponerse por fin.

El segundo reparto del correo llegó antes de que Lucía hubiera podido siquiera concluir aquella atentísima misiva. Era una carta con la caligrafía de lady Brixton así que,

mientras garabateaba apresuradamente las floridas saluciones finales a la *contessa*, abrió la otra carta, y de inmediato se olvidó de Georgie, de la señora Brocklebank y de todo lo demás. Aquello exigía una decisión. Resultaba que Adele simplemente se había enamorado de Riseholme; afirmaba que la vida ya no merecería vivirse sin contar con una casa allí, y que, de todas las casas del pueblo, la que más le gustaría comprar sería The Hurst. Sin amueblar, naturalmente. Si esto no pudiera ser, había otra que le vendría bien, y era la que pertenecía a la oronda, rubicunda y pequeña señora Quantock, quien, tal y como le había asegurado, incluso podría considerar la posibilidad de vendérsela. ¿Le importaría a Lucía, por tanto, hacerle saber a la mayor brevedad posible si estaría dispuesta a venderle The Hurst? Si no tuviera ninguna intención de venderla, Adele podría comenzar a hacerle propuestas *ya mismo* a la señora Quantock. Pero si por el contrario consideraba la venta, le rogaba encarecidamente que le enviara cuanto antes alguna propuesta sobre el precio.

Hay ciertos procesos de resolución mental que tienen lugar con extraordinaria rapidez, porque el sistema está ya empapado y sobresaturado con las distintas decisiones. Eso fue lo que le ocurrió en aquel momento a Lucía. De repente, tras leer con detenimiento las preguntas de Adele, su mente tomó una decisión fulminante. Durante mucho tiempo había estado considerando, casi sin querer, dar un paso semejante al que la carta de Adele le sugería, y se sorprendió al descubrir que su decisión ya estaba tomada de antemano sin que ella lo supiera. Riseholme, antaño tan vital y tan importante para ella, se había ido desdibujando durante aquellas semanas como una vieja fotografía abandonada al sol, y todos sus matices, los objetos del primer plano y los del fondo, se habían tornado irremediabilmente borrosos. Si regresara a Riseholme a finales de mes, no encontraría allí nada en lo que emplear sus energías, ni en qué centrar su singular poder de dominación. Había llegado a tal nivel de poder con motivo de la organización de la fiesta isabelina que ya no era posible avanzar más en ese sentido. La pobrecita Daisy podría intentar de vez en cuando organizar algunos motines ocasionales, pero después de tener que encarnar a la mujer de Drake (¡menuda lección le había dado!), no le quedaría ya ningún espíritu de lucha. Era muchísimo mejor, mientras aún tuviera energía en su interior, dedicarse a conquistar y tomar posesión del nuevo mundo. Mejor Tilling que languidecer en Riseholme. Su labor allí había concluido, mientras que aquí, en Tilling, tal y como demostraba aquella semana de gripe, había muchísimo que hacer. Cierto que Elizabeth Mapp estaba aún vivita y coleando, y era capaz de lanzar buenas andanadas; cierto que aún podrían producirse innumerables crisis, volcanes humeantes, nubes de tormenta amenazantes..., había fuerzas hostiles y malignas a las que desbaratar. Pero nunca había estado tan ocupada y tan entretenida. El lugar se ajustaba a ella como un guante, y hervía de excitantes oportunidades. Escribió a Adele de inmediato, diciéndole que aunque Riseholme le era muy querido (y especialmente The Hurst, que tantos recuerdos de su difunto marido le traía), estaba dispuesta a escuchar ofertas, e indicó una cifra ante la cual pensó que probablemente cedería.

Para cuando se cumplió el quinto día de la enfermedad de Lucía, la señorita Mapp estaba ya totalmente desconcertada. Aún no se había rendido, pues estaba segura de que en todo aquel asunto había escondido algún misterio, y tenía que encontrar la

explicación a ese enigma: basta con que una trabaje lo suficiente en intentar resolverlo. La coincidencia de la enfermedad de Lucía con la llegada de la *contessa* y la partida de Georgie, junto con la trampa que ella les había tendido con lo del abridor de cartas eran demasiado llamativas para que una mente elucubradoras como la suya las pasara por alto. Ahí debía de haber algo oculto. Solo un crío estúpido e ingenuo (y Elizabeth era cualquier cosa menos eso) podría considerar todos esos hechos como fenómenos aislados. Con una fe que podría haber movido montañas, estaba segura de que Lucía se encontraba perfectamente, pero todo lo que había sido capaz de hacer hasta el momento era recitar su credo al mayor Benjy y a Diva y a otros, y esperar con vehemente ansiedad que se desvelara alguna prueba que apoyara su teoría. Los intentos de sonsacarle a Grosvenor alguna pista y las miradas de lince a la ventana del cenador se habían quedado en nada, y sus angustiosos interrogatorios dirigidos al doctor Dobbie, el médico más eminente de Tilling, habían acabado en desaires por parte de este. Ella desconocía si el doctor Dobbie estaba haciéndose cargo de la enfermedad de Lucía, así que, ardiendo en deseos de averiguarlo, y posiblemente de conseguir algo más de información, se había aproximado a él con su sonrisa más cautivadora, y le había preguntado a bocajarro cómo se encontraba la querida paciente de Mallards.

—No estoy atendiendo a ninguna querida paciente en Mallards —tal había sido su frustrante contestación—. Y en caso de que lo estuviera haciendo, no necesito recordarle que, como profesional, no se me pasaría siquiera por la imaginación responder a ninguna pregunta sobre mis pacientes sin contar con el permiso expreso de estos. Buenos días.

«Qué individuo más grosero», pensó la señorita Mapp. «Tal vez lo mejor sea no seguir por este camino».

Alzó la mirada hacia la iglesia, preguntándose si encontraría inspiración en aquella hermosa torre gris, que tan a menudo había dibujado, perfilada contra el diáfano azul del cielo de octubre. La encontró al instante, pues recordó que los miradores que había en lo alto ofrecían una panorámica tan extensa de todos los contornos de Tilling que, también brindaban una vista perfectamente maravillosa de su pequeño jardincito secreto. Era una posibilidad remota y desesperada, pero, en cualquier caso, ninguna posibilidad por pequeña que fuera debía desestimarse ante aquella flagrante ausencia de pruebas. Como en un fogonazo se le ocurrió que no podía haber un modo más agradable de pasar la mañana que haciendo un dibujo de las verdes, verdísimas marismas y el horizonte del mar azul, azulísimo más allá. Regresó apresuradamente a Wasters, deteniéndose apenas en Mallards para echar la pertinente mirada al cenador, cuyas cortinas estaban corridas del modo más exasperantemente hábil, y para recibir de Grosvenor la confirmación de que la temperatura de la paciente era absolutamente normal aquel día.

—¡Oh, esa es una buenísima noticia! —dijo la señorita Mapp—. Entonces tal vez mañana esté repuesta del todo.

—No podría decirle, señorita —respondió Grosvenor, sujetando la puerta.

—Dale mis recuerdos más fervientes —pidió la señorita Mapp—, y dile que me alegro de su súbita y milagrosa mejoría, Grosvenor.

—Sí, señorita —dijo Grosvenor, y antes de que la señorita Mapp hubiera bajado el peldaño del quicio de la puerta, oyó el traqueteo de la cadena tras la puerta cerrada.

Aquel día comería con los Wyse, una comida a la que el señor Wyse, en su moda absurda y afectada, siempre aludía como almuerzo, especialmente cuando la *contessa* estaba con ellos. El almuerzo era a la una, pero antes aún disponía de una hora para pasarla en lo alto de la torre de la iglesia. Con el fin de captar mejor las características del paisaje, se llevó con ella unos prismáticos de ópera junto con sus aparejos de pintura. Primero hizo una aguada azul en el papel, para el cielo y el mar, y una verde para los pantanales, y mientras se secaban, examinó cada rincón de su jardín con los anteojos. No hubo suerte, así volvió a su dibujo otra vez.

Aquella mañana Lucía había sabido, *via* Grosvenor y su cocinera, que lo sabía por Figgis, el mayordomo del señor Wyse, que la semana de estancia de la condesa en Tilling se iba a acortar un día, y que a la mañana siguiente la llevarían en Rolls-Royce a Whitchurch a fin de que visitara a la más joven pero ennoblecida rama de la familia. Ulteriores investigaciones de las mismas fuentes difundieron que el almuerzo al cual la señorita Mapp estaba invitada era poco menos que el almuerzo de Baltasar, con ocho invitados, cuando no diez<sup>[53]</sup>. Aquello eran excelentes noticias: el período de peligro concluiría en menos de veinticuatro horas. Y mientras la señorita Mapp se hallaba en lo alto de la torre de la iglesia de Tilling separando apresuradamente el firmamento de la tierra firme, Lucía despachaba un telegrama a Georgie diciéndole que ya podía regresar sin cuidado, puesto que ya no habría moros en la costa. Junto al telegrama, envió una petición a los señores Woolgar & Pipstow para que le proporcionaran un permiso para visitar cierta casa en venta que había visto justo en las afueras de Tilling, cerca del *cottage* de la pintoresca Irene.

Dudó si entregarle a Grosvenor el sobre dirigido a la Contessa di Faraglione, que contenía la transcripción, debidamente firmada, de la carta de la señora Brocklebank a una condesa, y decidió, con la intención de conseguir un efecto más dramático, despacharlo poco después de la una en punto, cuando se estuviera celebrando el almuerzo de la señora Wyse. Se aseguró, eso sí, de dar la orden explícita de que la carta debería entregarse a la *contessa* en persona e inmediatamente.

Lucía empezaba a sentir la necesidad de realizar algún ejercicio vigoroso, y fue entonces cuando se acordó del *Sistema ideal de calistenia para aquellos que ya no son muy jóvenes*. Durante cinco días había permanecido confinada en su casa y su jardín, y las ansias de saltar y brincar se apoderaron súbitamente de ella. Saltar era uno de los ejercicios más recomendados por aquel «sistema ideal», así que le dijo a Grosvenor que le trajera, junto con el permiso de visita de los señores Woolgar & Pipstow, una sencilla comba de la juguetería de la High Street. Mientras Grosvenor se encontraba fuera, este deseo de acción al aire libre despertó una pasión semejante por la saludable acción del sol en la piel, y corrió hacia el dormitorio de la postración, se cambió y se embutió en un deslumbrante bañador negro y amarillo, y, poniéndose un elegantísimo batín corto con ribetes, se dedicó a esperar a Grosvenor de esa guisa, mientras recordaba los ejercicios y balanceos que la habían mantenido en una forma tan excelente cuando el dolor de la viudedad le había impedido salir para jugar al golf. Era ya la una menos cuarto cuando Lucía se adentró en el jardín secreto, se despojó de la bata y comenzó a saltar a la comba como una loca en la pequeña parcelita de césped haciendo gala de extraordinario vigor.



El sonido del reloj de la iglesia, situado inmediatamente debajo de la alcándara de la señorita Mapp en la torre, le advirtió que era la hora de ir recogiendo los aparejos de dibujo, dejarlos en Wasters e irse a almorzar. Durante la última media hora había estado lanzando periódicas pero infructuosas miradas a su jardín, y tras la última ojeada decidió que ya era hora de ir dejándolo por imposible. Pero entonces miró abajo una vez más, y allí, muy cerca del busto de la buena reina Ana vio una alegre figura rayada, con colores de avispa, saltando como si le fuera la vida en ello. Dejó caer su dibujo, buscó con mano temblorosa sus prismáticos de ópera, el foco de los cuales ya estaba ajustado con precisión a la distancia correcta, y con su ayuda pudo ver que aquel atlético insecto que brincaba en su jardín con ese derroche de frenética actividad no era otro que la enferma.

La señorita Mapp no pudo contenerse y lanzó un agudo graznido de triunfo. Todo llega a quien paciente espera, y si hubiera sabido griego sin duda habría exclamado algo parecido a «eureka», pero lo cierto es que solo graznó. Aquello era demasiado bueno para ser verdad, pero también demasiado evidente para no ser real. «La he cazado», pensó. «De repente todo se revela tan claro como el agua. ¡Estaba en lo cierto, desde el principio! Esa no ha estado más enferma que yo. Ya verá cuando lo cuente hoy en el almuerzo». Pero la visión aún la fascinaba. ¡Qué vigor tan desvergonzado el suyo! ¡Y eso que decía que estaba languideciendo de fiebre! ¡Qué abismos de falsedad! Y todo por no hablar italiano. Y respecto a ella... ¡qué gasto tan inútil aquella cena innecesaria que le había prometido al Padre y al mayor Benjy! Aquello era el cuento de nunca acabar...

Cuando hubo concluido sus frenéticos saltos, Lucía avanzó por el césped y se puso a hacer cabriolas. Luego otra sesión de brincos, y luego más ejercicios extraños. Por momentos parecía como si estuviera siendo electrocutada. Inspiró amplia y profundamente, y levantó los brazos por encima del rostro como si fuera a lanzarse de cabeza al agua. A continuación se tumbó en la hierba y pataleó, caminó de puntillas como una bailarina y giró en redondo sus caderas. La señorita Mapp estaba fascinada. En aquellos momentos sentía una mezcla de asco y desprecio. Al final, justo cuando el reloj dio la una, Lucía se embozó de nuevo en su bata: lo mejor, obviamente, había pasado. La señorita Mapp ya llegaba tarde, así que decidió ir directamente desde la torre al almuerzo, pues no tenía tiempo de pasar primero por Wasters. Se mostraría profusa en elaboradas disculpas por su tardanza; la visión desde la torre de la iglesia había sido tan perturbadora (eso era de todo punto cierto) que había perdido el sentido del tiempo. No podía mostrar su dibujo a la amable compañía, porque el firmamento se había embadurnado espantosamente con las aguas que estaban debajo de él. Pero no importaba, a cambio les podía contar algo mucho más sustancioso, y que dejaría a esa impostora de Lucía a la altura del betún.

El grupo se había reunido ya en el salón de la señora Wyse, con sus oscuras vigas de roble y sus fotografías enmarcadas en plata, y su estuche de marroquinería con la medalla de la Orden de M.I.B. aún abierta *por descuido*. Todo el mundo había estado esperando, todo el mundo estaba de mal humor por el retraso, así que cuando ella entró finalmente, la *contessa* no pudo evitar exclamar: «*Ecco!* ¡Por fin!».

La señorita Mapp pensó, empero, que no tardarían en perdonarla cuando supieran cuál había sido realmente el motivo de su retraso. Decidió, sin embargo, esperar un

poquito antes de dar a conocer sus noticias, hasta que el almuerzo los hubiera colocado a todos en una disposición más favorable. Con todas sus esperanzas puestas en ese anhelado momento, se apresuró a repartir pequeños cumplidos a diestro y siniestro: qué hermoso sermón había pronunciado el Padre el pasado domingo; qué buen aspecto tenía nuestra querida Susan; qué elección tan deliciosa este plato de huevos *á la Capri*: no podía por menos que comportarse como una golosa y servirse un poquitito más. Pero aquellas perlas quedaron inmediatamente ahogadas por las intervenciones de la condesa, que hablaba sin parar con una voz muy alta y tan deprisa como siempre, dirigiéndose a toda la mesa, tuviera la boca llena o vacía.

Al final, sin embargo, se presentó la oportunidad. Figgis trajo una nota en una inmensa y brillante bandeja (probablemente de plata toda ella), y se la presentó a la condesa: tenía instrucciones estrictas de entregarla de inmediato. Amelia dijo «*Scusi*», cosa que todo el mundo comprendió —incluso Lucía podría haberlo hecho— y permaneció callada un instante, mientras la abría y comenzaba a leerla.

Entonces la señorita Mapp decidió atraer la atención de todos los presentes antes de soltar el bombazo definitivo.

—Le doy a todo el mundo tres posibilidades de adivinar qué he visto esta mañana —dijo—. Señor Wyse, mayor Benjy, Padre: venga, intenten adivinarlo. Es sobre una personita a la que todos conocen, sobre nuestra pequeña enfermita. No se lo van a creer. Estaba yo esta mañana dibujando en lo alto de la torre, tan tranquila, cuando mi mirada, que recorría el horizonte, se posó en mi pequeño jardín secreto. ¿Y qué me dirán que veo allí? Con los ojos como platos me quedé: ¡a Lucía, nuestra Lucía, despatarrada allí en medio de la hierba! ¿Y cómo iba vestida? ¿Y qué estaba haciendo? Les doy tres oportunidades a cada uno para que lo adivinen, ¿de acuerdo?

¡Vaya por Dios! La sesión de hipnosis previa había resultado demasiado larga, y antes de que nadie pudiera aventurar nada, la condesa comenzó a hablar de nuevo.

—¡En mi vida he leído una carta semejante! —exclamó—. Es de la señora Lucas. Toda en italiano, ¡y qué italiano! Perfecto; jamás habría pensado que un extranjero pudiera tener semejante dominio del idioma y tal elegancia. He vivido en Italia los últimos diez años, pero mi italiano es una chapuza comparado con este. Siempre he dicho que ningún extranjero puede aprender italiano perfectamente, y Cecco también piensa como yo, pero al parecer estábamos equivocados. ¡Esta señora Lucas...! La carta parece escrita para cantarla. *Dio mio!* ¡Qué suerte he tenido, Algernon, querido! Habías planeado juntarnos a la señora Lucas y a mí para oírnos hablar italiano. Pero ella se sonreiría sin duda, y yo sabría lo que estaría pensando: lo mal que hablo italiano en comparación con ella. Les leeré la carta a todos ustedes, y aunque no comprendan lo que significa, captarán y reconocerán la fluidez, la musicalidad...

La condesa procedió a leerla, con renovadas exclamaciones de asombro. Y todo aquel brillante edificio de sospechas que tan cuidadosamente había levantado la desafortunada Elizabeth se hundió estrepitosamente como un castillo de naipes cuando se sacude la mesa sobre la que se levantó. Elizabeth había inducido a todos los demás a aceptar las invitaciones al segundo *po-di-mu* con el fin de que todo Tilling pudiera comprobar la ignorancia de Lucía, puesta en evidencia por la condesa, y cuando consiguió escabullirse

de aquello, los laboriosos esfuerzos de Elizabeth habían excitado las más vehementes sospechas de que la enfermedad de Lucía era fingida con el fin de evitar cualquier encuentro con alguien que efectivamente supiera italiano... Así que ahora no solo todas las ventanas de su Palacio de Cristal quedaban hechas añicos, sino que hasta la mismísima condesa parecía estar contenta de haberse podido librar de un encuentro con Lucía.

Elizabeth tembló débilmente, revolviéndose bajo las ruinas: comprobó, con alivio, que no estaba totalmente despachurrada.

—Desde luego, suena a gloria —comentó cuando el recitado hubo concluido—. ¿Pero no creía usted, querido señor Wyse, que era un poco raro que alguien que sabía italiano escribiera «*un po' di musica*» en su tarjeta de invitación?

—Si es así, estaría equivocado —respondió la condesa—. Sin duda esa frase es una cita en tono humorístico extraída de algún lugar que yo, desgraciadamente, desconozco. Es como lo de ustedes, las damas de Tilling, que constantemente dicen «*au reservoir*». No es un error: ¡es un chiste!

Elizabeth hizo un esfuerzo final.

—Me pregunto si nuestra querida Lucía escribió esa nota de su puño y letra —dijo melancólicamente.

—¡Buah! Habrá sido su camarera, sin duda —dijo la condesa—. Por lo que me toca, tengo que pasarme una hora esta tarde mirando a ver si puedo responder esta carta de algún modo que no me saque los colores.

Parecía que poco más podía decirse sobre aquel asunto, así que Elizabeth apresuradamente reinició su sesión de hipnotismo.

—A todo esto, compruebo que nadie ha intentado averiguar aún qué fue lo que vi desde la torre de la iglesia —insistió—. Venga, mayor Benjy, ¡inténtelo! Era nuestra Lucía, ya lo dije. ¿Pero cómo iba vestida y qué estaba haciendo?

El mayor Benjy era todo frialdad. Se había permitido sospechar, debido tal vez a las sutiles insinuaciones de Elizabeth, que quizá había algún misterio italiano tras la gripe de Lucía, y ahora se veía obligado a reparar su desconfianza.

—No podría decirlo, desde luego —contestó—. Desde que yo la conozco, desde luego, siempre ha ido maravillosamente vestida.

—Le daré una pista entonces —dijo la señorita Mapp—. ¡Nunca la habrá visto vestida así antes! Ahora usted, señor Wyse, si el mayor Benjy se rinde —continuó Elizabeth. Se la notaba cada vez más angustiada. Aunque la sospechosa causa de la enfermedad de Lucía no fuera aprobada, al menos parecería como si nunca hubiera tenido gripe en absoluto, y eso ya era algo.

—Mi ingenuidad, estoy convencido, no está a la altura de la pregunta —intervino el señor Wyse, muy educadamente—. Tendrá usted que decírmelo. Me rindo.

Elizabeth emitió un breve y agudo chasquido con la lengua.

—Un batín —dijo—. Un traje de baño. ¡Y estaba saltando a la comba! ¡Imagínense! ¡Con gripe...!

Se produjo un silencio mortal. No hubo ni un murmullo nervioso, ni un comentario, nada. Nada en absoluto. La condesa se puso el monóculo, enfocó a Elizabeth durante

unos instantes, y su silencio de algún modo tuvo el mismo efecto que cuando se chista a alguien tras alguna leve metedura de pata, tras alguna pequeña inconveniencia que mejor habría sido evitar. El anfitrión vino en su auxilio.

—Bueno, esa es una magnífica noticia... —aseguró el señor Wyse—. Podemos congratularnos, pues, por el hecho de que nuestra amiga se encuentre bien encaminada en el sendero de la convalecencia. Gracias por comentarnos ese detalle, señorita Mapp.

La señora Bartlett lanzó uno de sus pequeños chillidos ratoniles, e Irene dijo:

—¡Hurra! Intentaré ir a verla esta tarde. Me alegro.

De nuevo, la perspectiva era espantosa. Irene, sin duda, y suponiendo que la dejaran pasar, le proporcionaría a Lucía un completo y exhaustivo informe de lo ocurrido en el almuerzo. Y sus imitaciones eran famosas por lo despiadadas. Elizabeth sintió que se deprimía por momentos.

—¿Eso sería prudente, querida? —dijo—. Lucía probablemente no esté todavía curada por completo de su infección, y no debemos permitir que también tú caigas con la gripe. A propósito, me pregunto dónde la cogería ella...

—Pero lo que nos estaba sugiriendo usted es que ella en ningún momento ha tenido gripe en absoluto —replicó Irene con aquella impasible franqueza suya.

Ahogada por su monstruosa dosis de fiasco, Elizabeth de momento no volvió a intentar que sus amigos retomaran la idea de Lucía saltando a la comba en traje de baño, pues al parecer todos ellos se alegraban de que estuviera lo suficientemente recuperada para hacerlo. Al final la reunión se disolvió, y ella se alejó con sus aparejos de dibujo y con Diva, y miró calle arriba, en dirección a su casa. Irene estaba ya junto a la puerta de Mallards, y Elizabeth se giró presa de un escalofrío, pues Irene la saludó con la mano, tras lo cual desapareció por la puerta.

—Todo esto es muy extraño, querida Diva, ¿verdad? —comentó—. Es imposible creer que Lucía haya estado enferma, pero igual de inútil es intentar creerlo. Y luego está la desaparición del señor Georgie. No pensé en eso antes.

Diva interrumpió.

—Yo de ser tú, Elizabeth —contestó—, cerraría el pico. Creo que sería lo más prudente.

—¿Ah, sí? —dijo Elizabeth. Había comenzado a temblar.

—Sí, y te lo digo como amiga —añadió Diva firmemente—. Has seguido una pista falsa. Nos hiciste creer que Lucía estaba evitando a la Faraglione. Todo falso, de principio a fin. Pero has errado el tiro. Déjalo ya.

—Pero es que hay algo raro en todo esto... —insistió Elizabeth fuera de sí—. ¡Saltando a la comba...!

—Si hay algo raro —concluyó Diva—, entonces es que tú no eres lo suficientemente lista para averiguarlo. Sigue mi consejo. Cógelo o déjalo. Haz lo que quieras. *Au reservoir!*

Si la señorita Mapp hubiera tenido la posibilidad de escuchar lo que ocurrió en el cenador aquella tarde, al igual que tuvo la posibilidad de ver lo acontecido por la mañana en el jardín, habría encontrado a Irene más cruelmente pintoresca que nunca. El informe que preparó sobre aquel almuerzo fue mucho más que gráfico, pues reprodujo de tal modo el enfático monólogo de la condesa y las constantes burlas de Elizabeth en forma de adivinanzas que, desde luego, parecían representar la viva imagen de los hechos. Casi más exasperante para la señorita Mapp habría sido la condescendencia piadosa de Lucía ante la inoperancia de sus maliciosos esfuerzos.

—¡Pobrecita! —dijo—. A veces creo que está un poco loca. *Una pazza: un po' pazza...* Pero lamento enormemente no haber podido ver a la *contessa*. Qué amable de su parte haber aprobado mi nota garabateada al tuntún. Y me atrevería a afirmar que me habría parecido que hablaba italiano verdaderamente bien. Mañana... Sí, tendría que ser mañana, pues hoy, tras mi delicioso ejercicio en la hierba de esta mañana, no me encuentro muy bien; mañana, digo, seguro habría podido visitarla, por la tarde, y tener una charla con ella. Pero se marcha a primera hora, tengo entendido.

Lucía, que era la viva imagen del vigor y la vitalidad, se acercó a la ventana, que tenía las cortinas corridas, y echó con fuerza hacia los lados aquellas telas opacas, con un movimiento que hizo tintinear las arandelas.

—¡Pobre Elizabeth! —repitió—. Lo siento de corazón por ella, porque estoy segura de que todo ese rencor criticón la hace profundamente desgraciada. Me atrevería a decir que todo es físico: algo del hígado, tal vez. O acidez de estómago. El *Sistema ideal de calistenia* podría hacer maravillas en ella. Yo no puedo, como fácilmente podrás entender, querida Irene, dar el primer paso en la reconciliación, tras su conducta para conmigo y las horribles insinuaciones que ha hecho, pero me gustaría que supiera que yo no le guardo ningún rencor. Hazle llegar eso alguna vez. Con tacto, naturalmente. Las mujeres como ella, que hacen todo lo posible, y siempre que pueden, para hacer daño y perjudicar a los demás, son habitualmente muy sensibles, y yo no le daría a la pobrecita más disgustos. Tenéis que ser buenos con ella.

—Querida... ¡Eres absolutamente maravillosa! —dijo Irene, en una especie de éxtasis—. ¡Qué encanto eres! Pero, vaya, vas a dejarnos pronto... Es muy cruel por tu parte abandonarnos así...

Lucía se había sentado en el taburete del piano, que durante tanto tiempo había permanecido mudo, excepto por aquellos tímidos acordes amortiguados con el pedal *insostenuto*, y, con gesto soñador, repitió los primeros compases del famoso movimiento lento.

Irene se sentó en el radiador frío, y la escuchó fervientemente.

—Lo tienes todo... —aseguró—. Tocas como un ángel, y eres capaz de acabar con Mapp con un único movimiento del dedo meñique, y saltas a la comba, y juegas al

*bridge*, y tienes tan buen corazón que no le guardas a Mapp ni el más ligero resentimiento por sus asquerosas conspiraciones. ¡Eres adorable! ¿No me vas a invitar a ir a Riseholme y a quedarme contigo allí algún tiempo?

Lucía mantenía perfectamente el ritmo de sus *triple* mientras se celebraba aquel recital de sus perfecciones, y consideró la idea de decirle a Irene de una vez que prácticamente había decidido no abandonarlos. Había tenido la intención de decírselo a Georgie primero, pero lo haría cuando regresara, al día siguiente, y quería ocuparse de escoger una casa en el pueblo sin dilación. Tocó un hábil arpeggio en el acorde do menor sostenido, y cerró el piano.

—¡Qué encantador por tu parte decirme esas cosas tan preciosas, querida! —dijo—. Pero, respecto a la posibilidad de que te vengas conmigo a Riseholme, lo cierto es que no creo ni que yo misma regrese ya allí. Me he enamorado de este querido Tilling, y espero asentarme aquí indefinidamente.

—¡Celestial! —exclamó Irene.

—He estado buscando una casita que pudiera convenirme —añadió cuando Irene terminó de besarla—, y los agentes inmobiliarios me acaban de enviar el permiso para ir a visitar una que me atrae particularmente. Es esa casa blanca del camino que rodea la marisma, situada a media milla de aquí. Tiene un bonito jardín protegido del viento norte. Y es cierto que está al nivel del mar, pero tiene unas vistas tan divinas... ¡Amplitud! ¡Tranquilidad! Y hay un dique y un terraplén justo al otro lado del camino, para contener las mareas altas que se meten en el río.

—Pues claro que la conozco. ¡Te refieres a Grebe! —exclamó Irene—. Es el *cottage* con el que linda el jardín en el que yo misma estoy ahora. ¡Ay, cógelo, cógelo! Mientras te acomodas, yo le dejaré Taormina a Diva, y Diva le dejará Wasters a Mapp, y Mapp te dejará que te quedes en Mallards hasta que Grebe esté preparada para ti. Y yo estaré a tu disposición todo el día para poder ayudarte con el mobiliario.

Lucía pensó que en ese momento no existía peligro alguno de encontrarse con la condesa si salía en coche. Además, la condesa desearía evitarla por temor a que se descubriera cuán inferior era su italiano.

—Hace una tarde tan encantadora —comentó— que creo que una pequeña excursión en coche no me hará daño. Desgraciadamente, Georgie tiene mi coche, y él no regresa hasta mañana. Se lo presté para que pudiera servirse de él mientras pasaba su semana junto al mar.

—¡Ay, qué encanto! —exclamó Irene—. ¡Siempre tan desprendida!

—¡Ah, mi querido Georgie! ¡Yo, encantada de darle una pequeña alegría! —dijo Lucía—. Llamaré al garaje y les diré que me envíen un coche cerrado<sup>[54]</sup>. Ven conmigo, querida, si no tienes nada especial que hacer, y le echaremos un vistazo a la casa.

Lucía encontró muchísimos atractivos en Grebe. Aunque estaba junto al camino, no se veía el interior de la propiedad, pues un tupido seto de ojaranzo oficiaba de agradable biombo. Además, el camino no conducía a ningún sitio concreto. Las habitaciones eran de amplias dimensiones, había un vestíbulo y un comedor en la planta baja, con una ancha escalinata que conducía al primer piso, donde encontraron dos o tres dormitorios y un admirable salón grande. Las cuatro ventanas del salón daban al camino que se

dirigía a las vegas y a las orillas de elevados terraplenes que contenían el río. Más allá se extendían las grandes explanadas vacías de las marismas, con la colina de Tilling elevándose a media milla al oeste. Junto a la casa, en la parte de atrás, se hallaba el acantilado que había constituido antaño la línea costera, antes de que se desecaran las marismas y fueran recuperadas para la tierra, lo que constituiría una especialísima protección ante los vientos norteños y orientales. Todas aquellas estancias tan agradables miraban al sur, y todas ellas disponían de unas privilegiadas vistas al mar. Tenían carácter y dignidad, y de inmediato Lucía comenzó a verse viviendo allí. La cocina y los reservados se encontraban en un ala aparte, y también en esa zona había carácter, pues la cocina había sido evidentemente una cochera y aún conservaba el gran portalón doble, apropiado para tal función. Antaño había existido un camino que iba desde la cochera hasta el final del jardín de la cocina, pero con el desuso como cochera, dicho camino había sido reemplazado por un amplio sendero de ceniza que ahora se veía bordeado por surcos de verduras.

—*Ma molto conveniente* —dijo Lucía en más de una ocasión, pues ahora resultaba completamente seguro volver a hablar en italiano, dado que era la *contessa*, y solo ella, quien había decidido evitar un dueto en ese idioma—. *Mi piace molto. È un bel giardino.*

—¡Cómo me encanta oírte hablar en italiano! —exclamó Irene—. Sobre todo desde que sé lo mucho que lo dominas. ¿Querías enseñarme? Oh, estoy tan contenta de que te guste la casa.

—Pues yo estoy encantada con ella —aseguró Lucía—. Y he comprobado que hay adosado un garaje con un *cottage* muy bonito, que servirá maravillosamente para Cadman y Foljambe.

Se interrumpió de repente, pues en el fervor de su entusiasmo por la casa no cayó en la cuenta de la espantosa catástrofe que iba a abatirse sobre Georgie si ella decidía quedarse a vivir en Tilling. No había dedicado ni un solo minuto de su tiempo a pensar en él, y ahora, por vez primera, se daba cuenta del brutal golpe que le aguardaba. Conocería la cruel verdad cuando llegara al día siguiente, todo bronceado de su semana en Folkestone. Georgie había sido un verdadero *Deus ex machina* para ella: su golpe de ingenio siempre se las había arreglado para tornar momentos de gran peligro en finales de un resplandor triunfal, y ahora ella iba a clavarle una daga en el mismo corazón de su mundo doméstico con la noticia de que ella, y por consiguiente Cadman, y por consiguiente Foljambe, ya no iba a regresar jamás a Riseholme...

—Oh, ¿se van a casar? —preguntó Irene—. ¿O te refieres solo a que van a vivir juntos? ¡Qué emocionante!

—Querida Irene, no seas tan moderna —replicó Lucía, bastante cortante—. Se casan, por supuesto. Y con amonestaciones primero. Pero eso no tiene ninguna importancia ahora. Me encantan estas puertas dobles de la cocina. Desde luego, las conservaré.

—Qué bárbaro que estés pensando en las puertas de la cocina ya —se sorprendió Irene—. Suena de verdad a que has tomado la firme decisión de comprarte la casa. ¿No le dará un ataque a Mapp cuando se entere? Tengo que estar presente cuando se lo digan. Dirá: «Ay, la querida Lulú, qué alegría...», y luego se derrumbará y echará espumarajos

por la boca.

Lucía miró hacia la marisma, donde los serenos rayos del sol del atardecer teñían de rosa y oro los jirones de bruma que reptaban en los bajíos. La marea estaba alta y el ancho canal del río que corría hacia el mar bajaba rebosante de orilla a orilla. De tanto en tanto, allí donde los diques de la orilla eran más bajos, el agua rebosaba por los márgenes adyacentes de tierra. Y, de tanto en tanto, derramada en amplios lagos, la inundación de la marisma lamía los diques de contención. Había ovejas pastando en las vegas; había gaviotas flotando por encima del agua, y, a media milla al oeste, los tejados rojos de Tilling brillaban como si se estuvieran fundiendo, no solo con el delicado brillo de la luz vespertina, sino (para el ojo avisado) también con la intensidad de las emociones que bullían debajo... Lucía apenas sabía qué le producía más satisfacción, si la magia de las marismas, su decisión de vivir allí o el recuerdo del absoluto fracaso de Elizabeth.

Entonces, de nuevo, se le vino a las mientes el recuerdo muchísimo menos agradable de Georgie, y se preguntó qué argumentos podría utilizar para inducirlo también a él a dejar Riseholme y venirse a vivir allí. Tilling, con todas sus múltiples emociones, se quedaría coja sin él y sin Foljambe. Últimamente, Georgie se estaba tomando la pintura mucho más en serio que nunca, y a lo largo del verano había pospuesto en varias ocasiones la cena hasta unas horas inauditas con el fin de captar un atardecer, además de haberse levantado a unas horas intolerables para poder captar un amanecer. Lucía había animado encarecidamente aquel celo. Le había dicho que si iba a desarrollar una verdadera carrera como artista, no tenía tiempo que perder. Y, dado que lo que necesitaba era mucha comprensión y una buena dosis de estímulos, tal vez Irene podría resultar de alguna ayuda.

Lucía señaló el paisaje encendido.

—Irene, ¿qué sería de la vida sin atardeceres? —preguntó—. ¡Y pensar que este milagro ocurre todos los días! Excepto cuando está nublado, obviamente.

Irene miró con gesto desaprobatorio la escena.

—En términos generales, a mí no me gustan los atardeceres —respondió—. La composición de los colores del cielo suele ser infantiloides. Aunque este sí que dispone de buenos colores.

—En Riseholme casi no hay atardeceres —explicó Lucía—. Supongo que el sol se pone como en todas partes, pero allí hay una hilera de colinas en medio. A menudo pienso que la evolución de Georgie como artista se está agostando en nuestro pueblo. Si regresara a Riseholme no encontraría allí a nadie que le obligara a trabajar. ¿Qué piensas de sus cuadros, querida?

—No pienso nada en absoluto —dijo Irene.

—¿No? Me sorprende. Por supuesto, los tuyos son de una naturaleza muy distinta... ¡Esas luchadoras...! ¡Esos movimientos...! Pero yo encuentro personalmente que en la obra de Georgie hay una gran sensibilidad. ¡Una amplitud, un sosiego...! Ojalá te tomaras algún interés en su trabajo y lo animaras. Una puede encontrar la belleza en cualquier parte, si la busca.

—Por supuesto, haré todo lo que pueda, si eso es lo que quieres —aseguró Irene—. Pero será difícil encontrar algo de belleza en las tarjetitas de San Valentín que pinta



Georgie.

—Tú inténtalo. Dale algunas pistas. Haz que vea lo que tú ves. Toda esa audacia y toda esa libertad. Eso es lo que necesita... Ah, el atardecer se está apagando. *Buona notte, bel sole!* Nosotras también debemos volver a casa. *Addio, mia bella casa.* No obstante, Georgie debe ser el primero en saberlo, Irene. No le hables de esta casa hasta que yo se lo haya dicho. Pobre Georgie... Espero que no sea un golpe muy terrible para él.

Cuando llegó a la mañana siguiente con Cadman y Foljambe desde Folkestone, Georgie fue directamente a Mallards. Él sabía bien que la llamada para que regresara a Tilling solo podía significar que la peligrosísima *contessa* se había marchado. Y el hecho de que Grosvenor lo hiciera pasar —después de quitar la cadena de la puerta— significaba que la gripe de Lucía estaba oficialmente superada. Parecía bastante bronceado, y ella le dio la más cálida bienvenida.

—Todo ha transcurrido sin el menor contratiempo —le dijo Lucía cuando le explicó las maquinaciones y contramaquinaciones que habían tejido tan brillante tapiz de acontecimientos—. Y fue esa carta que tú me enviaste de la señora Brocklebank lo que le tapó definitivamente la boca a Elizabeth. Enseguida me di cuenta de lo que podía hacer con ella. Realmente, Georgie, la convertí en una genialidad.

—Pero *ya* era una genialidad... —respondió Georgie—. Tú solo tuviste que copiarla y enviársela a la condesa.

Lucía se sintió ligeramente avergonzada de haberse apropiado de todo el mérito. Qué difícil era luchar contra la costumbre.

—Querido mío, todo el mérito será tuyo entonces —concedió amablemente—. Fue una genialidad exclusivamente tuya. Yo solo la copié con muchísimo cuidado, como si la estuviera garabateando sin pensar. Eso fue un buen toque, ¿no crees? ¿El efecto? ¡Colosal! Así me lo contó Irene, dado que yo no pude estar presente. Eso fue ayer... Con unos cuantos movimientos viperinos por parte de Elizabeth, pero, por supuesto, sin efecto. No creo que haya una mujer más absolutamente frustrada que ella en todo Sussex.

Georgie dejó escapar una discreta risilla.

—Y lo que resulta terriblemente divertido es que tenía toda la razón sobre lo de tu gripe y tu italiano y todo —dijo—. Absolutamente desesperante para ella.

Lucía suspiró con aire melancólico.

—Georgie, fue maligna —apuntó—. Y eso nunca compensa.

—Además, se lo merece por espiarte —añadió Georgie.

—Sí, pobrecita. Pero ahora empezaré otra vez a ser amable con ella enseguida. Vendrá a comer mañana. Y tú también, naturalmente. A propósito, Georgie, Irene ha mostrado mucho interés por tus cuadros. Me sorprendió, porque su estilo es muy diferente a tu preciosa y cuidada obra.

—¡No...! También me sorprende a mí —aseguró Georgie—. Tenía la impresión de que ella nunca veía mis dibujos. Podrían haber sido hojas de papel en blanco... ¿Lo dice en serio? ¿No me estará tomando el pelo?

—Nada de eso. Y yo no pude evitar pensar que es una gran oportunidad para que aprendas algo sobre otros métodos modernos. Hay algo, ¿sabes?, en esos feroces lienzos suyos.

—Ojalá me lo hubiera dicho antes —dijo Georgie—, ya que solo nos vamos a quedar quince días más aquí. Lo sentiré mucho cuando todo esto se acabe. ¿Sabes? Me alegré muchísimo de volver a Tilling esta mañana, y creo que será terriblemente aburrido regresar a Riseholme. ¿No te lo parece a ti también? Estoy seguro de que sí tiene que pareértelo. Ni conspiraciones, ni rivalidades...

Lucía acababa de recibir un telegrama de Adele concerniente a la compra de The Hurst, y era inútil diferir la llegada del momento crucial. Se sentía como si fuera Zeus a punto de descargar un rayo sobre algún infeliz mortal.

—Georgie, verás. No voy a volver a Riseholme —anunció—. He vendido The Hurst, y Adele Brixton la ha comprado. Y yo prácticamente tengo comprada esa casita blanca con el maravilloso jardín que tanto nos gustaba, y con esas vistas sobre la marisma (¡cómo me acordé de ti ayer al atardecer!). Tiene unas estancias realmente encantadoras, y con muchísimo carácter.

Georgie se sentó con la boca abierta, y todas las expresiones habituales se desvanecieron de su rostro. Se puso tan blanco como un trozo de papel bronceado por el sol. Luego, lentamente, una mirada de intolerable angustia se empezó a reflejar en sus ojos, como si estuviera volviendo en sí pasados los efectos de la anestesia mientras el cirujano aún seguía hurgando diestramente entre los tejidos vivos de su cuerpo.

—Pero... ¡Foljambe! ¡Cadman! —exclamó—. Foljambe no puede venir aquí todas las noches desde Riseholme. ¿Qué voy a hacer? ¿Todo esto es irrevocable?

Lucía se contuvo. Era perfectamente consciente de que aquella separación (si es que lo era) entre él y Foljambe significaba una auténtica y certera puñalada. Pero, no obstante, y para ser sinceros, resultaba tremendamente sorprendente el que la idea de la separación entre *ellos* dos no le hubiera causado ninguna conmoción aparente. En fin, así eran las cosas. Foljambe ante todo, por supuesto.

—Sabía que separarte de Foljambe sería un duro golpe para ti —dijo Lucía, con una acritud que Georgie difícilmente podía dejar de percibir—. ¡Qué pena que esa riña de la que me hablaste quedara en nada! Pero me temo que no te puedo prometer que voy a vivir en Riseholme solo para que tú no pierdas a tu criada.

—Pero no es solo eso —contestó Georgie, consciente de aquella acritud y apresurándose a endulzarla—. También estás tú. Riseholme será un aburrimiento mortal sin ti.

—Gracias, Georgie —dijo Lucía—. Me preguntaba si, y cuándo, como dicen los abogados, pensarías en eso. No había ninguna razón para que tuvieras que hacerlo, claro.

A Georgie le pareció que aquel era un reproche injusto.

—Bueno, después de todo, has sido tú quien ha decidido venirse a vivir a Tilling —replicó— y no has mencionado en ningún momento nada de lo aburrido que podría ser esto sin mí. Y, además, me voy a quedar sin Foljambe.

Lucía recurrió al artificio más elemental.

—Georgie-orgie, ¿te vas a enfadar con la nenita? —le preguntó con una vocecilla inocente e infantil.

Georgie no se sintió nada afectado por aquel sentimental golpe bajo. Era como si Lucía lo decidiera todo del modo que más le convenía a ella, y luego esperara que sus

pobres siervos lamentaran la idea de tener que perder a su reina. Además, lo cierto es que la pérdida de Foljambe se le había venido a la mente *antes*. La comodidad, como la caridad, comienza por uno mismo.

—No, no estoy enfadado —dijo, negándose en redondo a adoptar aquel modo de hablar infantiloides, que implicaba una evidente rendición—. Pero tengo todo el derecho del mundo a estar dolido contigo por decidir venir a vivir a Tilling y por no decir ni una sola palabra sobre si me echarías de menos.

—Querido mío, sabía que darías eso por supuesto... —empezó Lucía.

—Entonces, ¿por qué no lo diste por supuesto en mi caso? —replicó Georgie.

—Sí. Tienes razón. Tendría que haberlo hecho —contestó Lucía—. Lo confieso, así que de acuerdo. Pero... ¿por qué no dejas también tú Riseholme y te vienes a vivir aquí, Georgie? Foljambe, yo, tu carrera, ahora que Irene está tan interesada en tus pinturas, y esa maravillosa sensación de no saber qué va a pasar a continuación. ¡Cuántos estímulos! ¡Cuántas cosas para mantener despierto el espíritu! Además, tú no quieres regresar a Riseholme. Lo acabas de confesar tú mismo. Te mustiarías y vegetarías allí.

—Para ti es muy diferente —dijo Georgie—. Tú has vendido tu casa, pero yo no he vendido la mía. En fin, así son las cosas. Regresaré, supongo, sin Foljambe y sin ti... Perdón, quería decir sin ti y sin Foljambe. Ojalá nunca hubiera venido aquí. Todo se estropeó durante esa semana en la que regresamos para la fiesta, dejando a Cadman y a *ella* aquí.

No tenía mucho sentido añadir nada más de momento, y Georgie, sintiéndose víctima de una amiga dictatorial y de una criada infiel, regresó tristemente a Mallards Cottage. Lucía había decidido dejar Riseholme sin pensar en absoluto en el daño que le infligía privándolo de un solo golpe de Foljambe y de su propia compañía. También lamentaba ahora haberle enviado aquella maravillosa carta de la señora Brocklebank, porque, de no haberlo hecho, Lucía se habría visto en una situación muy apurada, debido, sobre todo, a que la señorita Mapp la había descubierto de verdad con su bañador a rayas y saltando a la comba en el jardín, como hipotética cura para la gripe. Si él no hubiera acudido heroicamente en su ayuda con aquella genialidad suya, la reputación de Lucía se habría visto sometida a un eclipse irreparable, y entonces todos habría regresado juntos a Riseholme, sin más problemas. Pero, tal y como había acontecido todo, él mismo había situado a Lucía en la cumbre más alta de su fama, y, a cambio, el único agradecimiento que recibía por la grandísima ayuda que le habían dispensado se expresaba con aquel bofetón brutal.

Se derrumbó, profundamente abatido, en el sofá del pequeño saloncito de Mallards Cottage en el que tan cómodo se había sentido. La vida en Tilling había estado plagada de agradables placeres, y todas aquellas emociones... ¡Cuánto picante le habían puesto! Él había pintado montones de cuadros, y un número interminable de temas seguían aún a la espera de contar con su pincel. Además, saber que la pintoresca Irene, con todas sus ideas modernas sobre el arte, valoraba en mucho su trabajo le había proporcionado una profunda emoción. Luego, tenía que admitir que también estaba la diversión inmensa de observar y asistir noblemente a la campaña de Lucía por su soberanía, y, como bien sabía, sus contiendas estaban lejos de haber concluido victoriosamente ya, pues todo Tilling se

había mostrado un tanto inquieto ante sus condescendencias y sus actos de autoritarismo, y probablemente el viejo perro (es decir, Elizabeth Mapp) aún no había muerto<sup>[55]</sup>. Resultaba horrible pensar que él no iba a ser testigo de la campaña militar que en ese mismo momento se estaría pergeñando en aquel cerebro napoleónico. Las pocas semanas que le quedaban allí se verían enturbiadas por la idea del desgraciado futuro que le esperaba, y no tendrían ningún interés para él, pues en un plazo de tiempo muy corto tendría que regresar a Riseholme en un estado de lamentabilísima viudedad, privado de las serviciales atenciones de Foljambe, quien, durante todos aquellos años, lo había liberado de las preocupaciones domésticas, además de la compañera que había espolcado sus ambiciones y actividades. Aunque no había podido dormir en toda una noche a causa de sus frenéticos temblores ante la posibilidad de que tal vez Lucía tuviera en mente la idea de casarse con él, ahora pensaba que casi lo habría preferido antes que perderla para siempre. «Es mejor amar y perder que nunca haber amado<sup>[56]</sup>», pensó Georgie, «pero lo más triste de todo es no haber amado y haber perdido también...».

Allí estaba Foljambe, cantando a voz en grito mientras deshacía su maleta en la habitación de la planta de arriba, y, aunque se trataba de una murga rancia, cuán a menudo lo había llenado de la más viva satisfacción, pues Foljambe rara vez cantaba, y cuando lo hacía era porque estaba encantada con lo que le había tocado en la vida, y se encontraba planeando nuevas ideas para que él se sintiera cómodo y feliz. Ahora, sin duda, estaba planeando todo tipo de placeres para Cadman, sin pensar en él en absoluto. Y luego estaba Lucía. A través de la ventana abierta podía oír ya el piano en el cenador del jardín, y eso demostraba una espantosa insensibilidad hacia su desgraciada situación. A ella no le importaba; ella seguía girando como la Luna o el carro de Juggernaut<sup>[57]</sup>. Era muy cruel por su parte dedicarse a aquellas alegres y tintineantes melodías, pero el hecho cierto era que Lucía siempre había sido odiosamente egoísta, y no le importaba prácticamente nada salvo su propio éxito... Se abstraigo de aquellas dolorosas reflexiones durante un momento, y escuchó más atentamente. Era evidentemente Mozart lo que estaba practicando, pero la melodía le resultaba totalmente desconocida. «Me apuesto lo que sea», pensó Georgie, «a que esta noche o mañana me pedirá que ensayemos una nueva partitura de Mozart, y que se tratará exactamente de la misma pieza que está ensayando ahora».

Cuando aquella agradable reflexión se disipó de su mente, la amargura volvió a ocupar su alma por entero y, casi involuntariamente, comenzó a tramar alguna treta para poder devolverle a Lucía la indiferencia que ella estaba mostrando hacia él. Se le ocurrió una idea brillante... pero muy oscura (como una perla negra). ¿Qué pasaría si despedía a Dickie, su propio chófer, que en ese momento se hallaba a cargo de su inquilino de Riseholme, y, mediante una oferta consistente en un sustancioso aumento de sueldo, lograba que Cadman dejara de estar al servicio de Lucía, y se llevaba así al chófer y a Foljambe a Riseholme? Pondría en práctica el plan que la propia Lucía había sugerido: el de establecerlos a los dos en un *cottage* para ellos solos, con una criada, para que así los días de Foljambe fueran para él, y las noches, para Cadman. Aquello sería una buena bofetada para Lucía, y la idea parecía factible porque a Cadman no le importaba mucho

Tilling, y fácilmente podría ponerse de su lado. Pero apenas se le había ocurrido aquella diabólica argucia cuando su buen carácter se negó a ejecutarla. Lucía se lo merecía, de acuerdo, pero era del todo indigno de él. «Me rebajaría a su nivel», pensó Georgie muy noblemente, «si hiciera una cosa semejante. Además, sería horrible si Cadman me dijera que no, y luego fuera a contarle a Lucía que yo lo había tentado de esa manera. Ella me despreciaría por haber hecho eso, tanto como yo la desprecio ahora, y se regodearía en sus burlas hacia mí por haber fracasado. No lo haré... En todo caso, debo comportarme de un modo más varonil en todo este asunto. Debo ser como el mayor Benjy y decir: “¡Maldita mujer! ¡Rediez!”», y luego tomarme un trago. Pero me pone enfermo la idea de regresar a Riseholme solo... Ojalá tuviera unas cejas como un cepillo y pudiera maldecir como Dios manda».

Con la idea de comportarse de un modo más varonil, se sirvió un pequeño vasito de whisky con soda, y su mirada se detuvo en unas cuantas cartas que había para él sobre la mesa y que debían de haber llegado aquella misma mañana. Una de ellas llevaba el matasellos de Riseholme, y el sobre era de aquel azul muy brillante que siempre utilizaba él. Pertenece a su recado de escribir, evidentemente, del que había dejado provisiones en abundancia en su casa, sin coste alguno, para el libre uso de su inquilino. Georgie abrió la carta y descubrió que allí mismo se le ofrecía todo un amanecer despuntando en medio de su tenebrosa existencia, pues el coronel Cresswell quería saber si en algún momento había pensado en vender su casa. Se había encariñado mucho con Riseholme, su hermana había comprado The Hurst, y lo cierto era que le gustaría enormemente estar cerca de ella. Así pues, ¿le importaría a Georgie enviarle unas letras al respecto, en cuanto pudiera? Había otra casa, la de la señora Quantock, sobre la que entraría en negociaciones si no existía ninguna posibilidad de comprar la de Georgie...

El repentino cambio de emociones le resultó casi doloroso. Georgie se tomó de inmediato otro whisky con soda, pero ahora no porque se encontrara deprimido, sino, bien al contrario, porque estaba muy feliz. «Pero no debo acostumbrarme a esto», pensó mientras cogía su pluma.

Su primer impulso, tras haber escrito la carta al coronel Cresswell, fue el de salir corriendo a Mallards para compartir con Lucía sus maravillosas noticias. Pero entonces dudó... Podría surgir algún contratiempo, el precio que el coronel Cresswell propusiera podría no ajustarse a sus expectativas, aunque —Dios lo sabía— no se le pasaba ni remotamente por la cabeza la idea de regatear ninguna oferta razonable. Lucía se alegraría ante la posibilidad de que él se quedara en Tilling, pero pensó que de momento no se merecía disfrutar del placer de aquella agradable expectación. Además, aunque había sido lo suficientemente hombre como para rechazar con desprecio las artimañas del demonio que le había sugerido la sedición de Cadman, llegó a la conclusión de que podía divertirse un poco a costa de Lucía, aunque al final su sueño se hiciera realidad. A menudo le había dicho que si fuera lo bastante rico, tendría un piso en Londres, y ahora, si la venta de su casa salía bien, podría hacer como que no estaba pensando en quedarse a vivir en Tilling en absoluto, sino en irse a la ciudad. Y ya veríamos entonces cómo se tomaba eso Lucía. Ahora le tocaba a ella lo de sentirse dolida. Y se lo tendría bien merecido. Así pues, en vez de interrumpir los gorgoritos de Mozart que se derramaban

por la ventana del cenador de Lucía, Georgie bajó a buen paso hacia High Street para ver cómo se estaba tomando Tilling la noticia de que tendrían a Lucía para siempre con ellos, si es que la adquisición de Grebe se había convertido ya en algo de dominio público. Si no, él se adjudicaría el inmenso placer de difundirla.

Había en la indumentaria de Georgie un toque marinero, como el que corresponde a una persona que ha pasado mucho tiempo caminando por el paseo marítimo de Folkestone<sup>[58]</sup>. Llevaba una gorra de un aire muy náutico, con una brillante visera negra, una chaqueta azul marino de doble abotonadura, pantalones blancos y unos elegantes zapatos de loneta: cualquiera podría haber dado por hecho que había llegado directamente hasta Tilling en su yate, y que había atracado en el puerto con el solo propósito de visitar la ciudad. Un penetrante silbido desde el otro lado de la calle le confirmó que su apariencia había llamado la atención de inmediato, y allí estaba Irene, plantada con su caballete en mitad de la acera, y pintando una hilera de animales desollados que colgaban en la carnicería. Si Rembrandt levantara la cabeza<sup>[59]</sup>...

—¡Alto ahí, Georgie! —exclamó—. Ya regresó a casa el marinero, ya regresó del mar<sup>[60]</sup>. Ven y hablemos.

Aquello era una deferencia mayor de la que Georgie hubiera podido imaginar, pero como Irene era perfectamente capaz de seguir gritando observaciones náuticas tras él si hacía como que no las oía, decidió cruzar la calle hacia donde estaba ella.

—¿Has visto a Lucía, comodoro? —dijo la joven—. ¿Ya te lo ha contado?

—¿Lo de comprar Grebe? —preguntó Georgie—. Oh, sí.

—Perfecto entonces. Me pidió que no lo mencionara hasta que no te lo hubiera contado a ti. Mapp anda entrando y saliendo de todas las tiendas, y, sencillamente, yo tengo que ser la primera en contárselo. No te me adelantes, ¿vale? Ah, a propósito, ¿has hecho algún dibujo en Folkestone?

—Un par de ellos —contestó Georgie—. Nada especial.

—Bobadas. Tú déjame que vaya y los vea. Me gustan tus maneras. Échale un ojo a esto y dime qué te parece... ¡Ahí está! ¡Hola! ¡Mapp!

Elizabeth, como Georgie, también debió de pensar que sería más prudente acudir cuanto antes ante su llamada, y evitar así más alaridos públicos de su nombre. Por tanto, cruzó la calle y se acercó apresuradamente a ellos.

—Buenos días, Irene mía —saludó—. ¡Qué precioso cuadro! Todos esos pobres cerditos despellejados en hilera... ¿O son corderos? ¿Ya está de vuelta, señor Georgie? Cómo le hemos echado de menos. ¿Cómo se encuentra nuestra querida Lulú tras su dolencia?

—Mapp, tengo noticias para ti —dijo Irene sin dejar de recordar el almuerzo del día anterior—. Adivínalo. Creo que te torturaré un poco... Es sobre tu Lulú. Te doy solo tres intentos.

—No será una recaída, espero... —respondió Elizabeth alegremente.

—Frío, frío... Se trata de algo mucho más agradable. Te alegrará muchísimo.

—¿Otra de esas preciosas veladas musicales? —preguntó Elizabeth—. ¿O es que ha conseguido saltar cien veces a la comba antes de desayunar?

—No, mucho mejor —dijo Irene—. Maravilloso para todos nosotros.

Una mirada de angustia se dibujó en el rostro de Elizabeth, como si una espantosa idea se le hubiera pasado por la cabeza.

—Querida, deja de torturarme... —rogó—. Cuéntamelo.

—No se va a ir a finales de mes —dijo Irene—. ¡Ha comprado Grebe!

Una amarga consternación embargó el rostro de Elizabeth.

—Ah, qué alegría —dijo—. Una noticia encantadora...

Se apresuró a regresar a Wasters, demasiado conmovida incluso para ir a ver a Diva, que estaba saliendo en ese momento de Twistevant's, y hacerla partícipe de su alegría. Aquella mañana, sin ir más lejos, había estado consultando el calendario y comprobando que solo quedaban quince días para que Tilling se librara de Lulú. Pero ahora, haciendo una estimación por lo bajo, podría quedarse allí por lo menos otros quince años más. Descubrió entonces que el peso de su alegría era demasiado grande como para poder soportarlo sola, y corrió a buscar a Diva.

—¡Diva, querida...! ¡Entra un minuto! —pidió—. Me he enterado de una cosa...

Diva observó con cierta preocupación aquel rostro compungido y nervioso.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Espero que no sea nada grave.

—Oh, no, son noticias maravillosas... —contestó con amargo sarcasmo—. Tilling va a dar saltos de alegría. *Ella* no se va. *Ella* se va a quedar aquí *para siempre*.

No había necesidad ninguna de preguntar quién era *ella*. Durante semanas Lucía había sido *ella*. Si uno quería nombrar a Susan Wyse o a Diva o a Irene, pronunciaba su nombre. Pero *ella* era Lucía.

—Lo sospechaba —dijo Diva—. Ya sabía que disponía de un permiso para visitar Grebe.

Elizabeth, en un espasmo de desesperación, y después de que Diva y ella hubieran entrado, dio un portazo tan violento a la entrada de Wasters que la casa tembló, y una nota cayó del buzón doméstico<sup>[61]</sup> al suelo.

—Deja tranquila la puerta de mi casa —protestó Diva—, o habrá que encargar algunos arreglos.

Elizabeth ni siquiera oyó aquella importante observación, ya que estaba ocupada en recoger la nota. La caligrafía era inconfundible, pues el estudio de Homero por parte Lucía la había obligado (inconscientemente o no) a adoptar una forma modificada del griego en su escritura, y hacía la a como una alfa, y la e como una épsilon. Tras verla, Elizabeth sufrió una pérdida absoluta de autocontrol, levantó la nota en alto, como si estuviera exhibiendo una reliquia a la mirada de sus píos y devotos creyentes, y le hizo una profunda reverencia.

—Y esta nota es SUYA —dijo—. Oh, qué bondad por parte de Su Majestad, escribirme a mí de su puño y letra con todos esos ridículos garabatos. No contenta con hablar italiano perfectamente, también debe de saber escribir en griego. Y me atrevería a decir que seguro que lo hablará maravillosamente.

—Vamos, vamos, cálmate, Elizabeth —dijo Diva.

—No tengo la impresión yo de estar perdiendo los nervios, querida —dijo Elizabeth mientras abría la nota con las mismísimas puntas de los dedos, como si hubiera sido

escrita por alguien infestado de peste o, al menos, de gripe—. Pero déjame ver qué nos dice Su Majestad... «Mi queridísima Liblib...». ¡Qué impertinencia! ¿O es que el humor de Riseholme será así?

—Bueno, tú la llamas Lulú... —advirtió Diva—. Anda, continúa.

Elizabeth frunció el ceño ante la dificultad de descifrar aquella enrevesada caligrafía.

—«Ahora que ya estoy totalmente recuperada de mi afección...» —leyó—, afección, desde luego, porque gripe no ha tenido en ningún momento, «de mi afección, ya puedo recibir a mis amigos de nuevo, y espero fervientemente que vengas a comer mañana conmigo. Estoy deseando contarte mi cambio de planes, ya que me he enamorado tan perdidamente de vuestro delicioso Tilling que me he comprado una casa aquí...», a buenas horas, «y me instalaré en mi nuevo hogar el mes que viene. Un dolor horrible, como puedes imaginar, abandonar mi querido Riseholme...», y, entonces, ¿por qué te vas de allí?, «y el pobre Georgie está desesperado, pero Tilling y todas sus queridas gentes se han arracimado amorosamente en torno a mi corazón...», ¿ah, sí?, «y de nada sirve mi lucha por liberarme. Me pregunto, por tanto, si querrías considerar la posibilidad de alquilarme tu maravilloso Mallards otro mes más, con la misma renta, mientras se dispone todo en Grebe, y se instala allí todo mi mobiliario. Te lo agradecería muchísimo si fuera posible; en caso contrario intentaré alquilar Mallards Cottage cuando mi Georgie...», ¡mil!, «cuando mi Georgie regrese a Riseholme. ¿Crees que podrías hacerme saber tu respuesta mañana, si, como espero, me envías *un amabile si*...», ¿qué demonios es *un amabile si*?, «y vienes a comer. *Tanti saluti*, Lucía».

—Ya entiendo —dijo Diva—. Significa «un amigable sí», sobre lo de ir a comer.

—Gracias, Diva. Ya veo que tú también eres una erudita en la lengua italiana —ironizó Elizabeth—. Yo llamo a esto una carta absolutamente despiadada. Y todos los demás, apúntatelo, debemos plegarnos a su servicio. No puedo regresar a Mallards porque *ella* quiere seguir allí, e incluso aunque yo me negara, *ella* estaría en la puerta de al lado, en Mallards Cottage. Nunca he tenido que estar fuera de mi casa durante tanto tiempo.

Ambas damas pensaron que sería imposible mantener cualquier apariencia de indignación ante el hecho de que Lucía quisiera alquilar Mallards otro mes más, pues a ambas les venía maravillosamente bien.

—Pues tienes mucha suerte —dijo Diva—, alquilando otro mes a ese precio. Y yo también, si quieres que te diga la verdad, porque con toda seguridad Irene me dejará estar en su casa, ya que su *cottage* está al lado de Grebe, y estará entrando y saliendo de la casa todo el día...

—La pobre Irene parece hallarse bajo la influencia de una suerte de maleficio —dijo Elizabeth a modo de paréntesis—. No puede pensar en otra cosa más que en esa mujer. Su pintura ha empeorado espantosamente. Se ha embrutecido... Sí, querida, creo que le enviaré a la Reina de la Lengua Italiana *un amabile si* respecto a lo de Mallards. No sé si tú considerarías la idea de rebajarme un poco la renta en noviembre. Los precios en invierno siempre son más bajos.

—Desde luego que no —contestó Diva—. Tú vas a cobrar lo mismo de siempre por Mallards.



—Eso es asunto mío, querida —dijo Elizabeth.

—Y este el mío —aseguró Diva con firmeza—. ¿Y vas a ir a comer con ella mañana?

Elizabeth, ahora relativamente más calmada, se dejó caer en el asiento del alféizar de la ventana, desde donde se dominaba una perspectiva buenísima de High Street.

—Supongo que tendré que ir —suspiró—. Una debe ser civilizada, sin importar lo que haya ocurrido. Oh, ahí está el mayor Benjy. Me pregunto si estará enterado.

Dio unos golpecitos en la ventana, y luego la abrió. El hombre cruzó la calle corriendo, y empezó a hablar a voces antes de que ella pudiera decir una sola palabra.

—Practiquemos ese divertido juego suyo de adivinanzas, señorita Elizabeth —le dijo, exactamente igual que Irene—. Por ejemplo, uno sobre la señora Lucas. Le doy tres posibilidades...

—Me temo que con una es más que suficiente. Ya lo sabemos todos —dijo Elizabeth—. Se trata de una noticia fantástica, ¿verdad?

—Ya lo creo. Resulta encantador saber que no nos veremos privados de una persona que... que se ha ganado de ese modo la simpatía de todos nosotros —dijo muy amablemente.

Se detuvo entonces. Su tono carecía de sinceridad, y parecía que había algo en su mente que no estaba dispuesto a decir. Elizabeth le lanzó una mirada penetrante y confidencial.

—¿Sí, mayor Benjy? —sugirió.

El hombre miró a su alrededor, con gesto conspirador, para comprobar que no había nadie figoneando.

—Esas fiestas... Ya sabe... —dijo—. Esas veladas de las que todos disfrutamos tanto... Música preciosa... Pero Grebe queda muy lejos, sobre todo en las noches lluviosas. No está a la vuelta de la esquina. Ahora bien, si se quedara en Mallards... —Comprendió inmediatamente que de sus palabras podía derivarse una interpretación errónea, y añadió apresuradamente—: Tendrá usted que venir en nuestro auxilio, señorita Elizabeth —dijo bajando tanto la voz que ni siquiera Diva podía oírle—. Cuando regrese usted a su casa de nuevo, tendrá usted que ocuparse de todos nosotros igual que lo ha hecho siempre. Una mujer encantadora, la señora Lucas, y de lo más hospitalaria. En fin, pero es que en invierno, como le estaba diciendo, ese camino tan largo hasta las afueras de Tilling, solo para oír un poquito de música y comer un tomate... No sé si entiende lo que quiero decir...

—Claro, por supuesto que entiendo lo que quiere decir —murmuró Elizabeth—. La pobrecita, como usted dice, es muy hospitalaria. Música encantadora y tomates, pero tendremos que dejarlo.

—Bueno, lo poco agrada y lo mucho cansa —contestó el mayor Benjy— y, por mi parte, con un poco de Mozart tengo ya para mucho tiempo, sobre todo si lo que se me plantea previamente es un largo trayecto en medio de una noche lluviosa. Luego me han dicho que se hablaba de recibir clases de calistenia, aunque sin duda será solo para las señoras...

—Yo no estaría demasiado segura al respecto —dijo Elizabeth—. Nuestra querida amiga tiene... ¿cómo lo diría...?, ¿suficiente confianza en sí misma?, como para creerse

capaz de enseñar cualquier cosa a cualquiera. Si no tiene cuidado usted, mayor Benjy, se encontrará saltando a la comba en la hierba de Grebe antes de que acierte a saber lo que está haciendo. Ya ha sido usted el rey Cophetua y, si tengo que decirle la verdad, jamás pensé que llegaría a ver una cosa semejante.

—Eso solo fue una vez, en realidad... —matizó—. Pero tratándose de clases de calistenia...

Diva, que sufría horrores por no poder escuchar lo que se estaba diciendo tan cerca de ella, se acercó poco a poco, disimuladamente, hasta situarse justo detrás de Elizabeth, que seguía asomada a la ventana. Y ya se estaba inclinando sobre ella para poder oír mejor cuando, justo en aquel momento, y después de haber concluido sus ejercicios pianísticos, Lucía dio la vuelta en la esquina de Mallards para bajar por High Street. Al verla, Elizabeth se retiró de la ventana de inmediato, y fue a darse un buen topetazo con Diva, que seguía pegada a su espalda.

—¡Vaya! Lo siento mucho, no sabía que estabas ahí, querida —se disculpó—. Tenemos que seguir pensando en todo eso en otro momento, mayor Benjy. *Au reservoir.*

Y cerró la ventana.

—Ay, dime qué es lo que tenéis que pensar —dijo Diva—. Solo he podido oír el final.

Era importante recabar aliados. De lo contrario, Elizabeth habría hecho en ese preciso instante algunas observaciones muy precisas acerca de los fisgones.

—Es triste descubrir que justo cuando Lucía ha decidido quedarse para siempre con nosotros —comentó—, haya una cierta hostilidad generalizada en Tilling por el hecho de que se nos diga lo que tenemos que hacer y lo que tenemos que aprender. El mayor Benjy, no sé si has oído esa parte, querida, habló con mucha firmeza, y yo creo que muy juiciosamente, al respecto. La cuestión, en realidad, reside en si Inglaterra es un país libre o no, y si nos van a traer a todos de acá para allá, o no. Nosotros hemos sido muy felices en Tilling todos estos años haciendo lo que nos placía, y viviendo en dulce armonía, unidos. Y, por lo que a mí respecta, y por lo que respecta, por otra parte, al mayor Benjy, no tenemos intención ninguna de humillar la cerviz ante ningún yugo. No sé qué pensarás tú al respecto. A lo mejor a ti te gusta, porque, después de todo, hiciste de María de Escocia igual que el mayor Benjy hizo del rey Cophetua.

—No iré a ningún *po-di-mu* a Grebe después de cenar... —dijo Diva—. Y no habría ido tampoco al último, pero tú nos convenciste a todos para que fuéramos. ¿Dónde estaba tu cerviz entonces, Elizabeth? Sé justa.

—Sé justa tú, Diva —replicó Elizabeth con cierta indignación—. Sabes perfectamente que yo quería que fuerais con el fin de que todos vosotros pudierais libraros de su yugo, y descubrir de una vez que no sabe ni una palabra de italiano.

—Y menudo lío armaste con todo eso... —dijo Diva—. Pero ya no importa. Ya ha quedado como una perfecta lingüista italiana, y ahí está. No empieces a remejer con eso otra vez, o lo único que conseguirás es que acabe hablando griego también.

Elizabeth se levantó y la señaló como una de las sibilas de Rafael.

—Diva, hasta el día de hoy, te digo que no creo que sepa hablar italiano. Fue un truco de prestidigitación, y yo no soy una prestidigitadora, sino una mujer sencilla, y no

te sé decir cómo lo hizo. Pero juraría que fue un truco de prestidigitación. Además, ¿contéstame una cosa! ¿Por qué no se ofrece a enseñarnos italiano si tan bien lo habla? Se ha ofrecido a enseñarnos a jugar al *bridge* y a Homero y la calistenia y a dirigir los ensayos del coro y a preparar cuadritos dramáticos. ¿Por qué no italiano?

—Eso es curioso —dijo Diva pensativamente.

—Y no es la única curiosidad. La razón es obvia. Todo el mundo me volvió la espalda y se burló de mí (tú, entre otros) en aquel almuerzo espantoso, pero sé que estoy en lo cierto, y algún día se desvelará toda la verdad. Puedo esperar. Entre tanto, lo que pretende es tenernos a todos comiendo de su mano, y yo no quiero que nadie me dé de comer. Lo que tenemos que mostrar es un poco más de firmeza.

Diva se fue a casa emocionada hasta la médula de los huesos ante la perspectiva de los abundantes entretenimientos que los siguientes meses prometían depararles. Naturalmente, comprendió a la perfección lo que quería decir Elizabeth con aquella fanfarronada sobre los yugos y los países libres. Lo que quería decir era que tenía toda la intención de imponerse de nuevo, y derrocar a Lucía. No podía haber dos reinas en Tilling, como todo el mundo podía comprender en aquel momento. «¡Qué emocionante!», se dijo Diva. «Elizabeth cuenta con el apoyo del mayor Benjy de momento, y Lucía no podrá contar con Georgie, pero la verdad es que los hombres no importan mucho en Tilling: la inteligencia es lo que importa. Este invierno habrá más veladas de *bridge* y té que nunca. Realmente, no sé a cuál de las dos apoyaré. Vaya, tengo una nota de *ella*. A comer mañana, supongo... Lo que pensaba».

El almuerzo de Lucía, al día siguiente, iba a ser de esos que se organizaban como un banquete para celebrar el doble acontecimiento de su recuperación y el hecho de que Tilling, en vez de lamentar su inminente partida, iba a tener el privilegio de poder contar con ella, como había dicho Elizabeth, para siempre jamás. El círculo de sus alegres amigos al completo estaría presente, y ella pretendía darles de comer el famoso plato de langosta *à la Riseholme* que le había ofrecido a Georgie, unas semanas antes, para que actuara como paliativo de cara a calmar su conmoción por el compromiso de Foljambe. Aquel plato ya había generado una buena cantidad de descabelladas suposiciones en las pobres mentes de las amas de casa de Tilling, pues nadie podía siquiera imaginar cómo se elaboraba, y Lucía había hecho oídos sordos a todas las solicitudes de compartir su receta. Elizabeth le había pedido dos veces que se la diera, pero Lucía simplemente cambió de tema sin pasar siquiera por un compasivo argumento de transición; simplemente se puso a hablar de una cosa totalmente distinta. Ese secretismo se consideraba ofensivo, porque en Tilling tenían la costumbre de compartir los misterios culinarios con los amigos para que cada cual pudiera disfrutar de sus platos favoritos en los domicilios de los demás. Así pues, la langosta *à la Riseholme* constituyó durante bastante tiempo un angustioso problema para Elizabeth. Intentó cocinarla por su cuenta una vez, pero el resultado no fue muy halagüeño. Les había dicho a Diva y al Padre que estaba segura de haber «adivinado» la receta, y, cuando los invitó a comer y a disfrutarla, ambos confiaron en gozar de un magnífico condumio. Pero Elizabeth se había equivocado claramente, porque la langosta *à la Riseholme à la Mapp*, al final, consistió en una cosa que recordaba a unos pedazos de caucho (tan duros que los dientes rebotaban de verdad al tocarlos)

flotando sobre un dudoso emplasto rosa, y ambos dejaron buena parte en los platos, ocultándola todo lo posible bajo cuchillos y tenedores. No obstante, su anfitriona continuó mascando con valentía, hasta que los músculos de las mandíbulas optaron por rendirse. Entonces, Elizabeth tuvo que recurrir a métodos algo más turbios. Lucía la había visto más de una vez en High Street mostrándose sospechosamente amable con su cocinera, y, desde la ventana del cenador, justo antes de la gripe, la había visto también en la puerta de atrás de Mallards en amena conversación con la chica de la cocina. En aquella ocasión, con una convicción infalible, Lucía había hecho llamar a su cocinera y le había preguntado qué quería la señorita Mapp. Y supo entonces que Elizabeth se había atrevido a llegar muy lejos: el ostensible interrogatorio inicial se debió a un batidor de huevos que se había dejado por error en Mallards tres meses antes, pero posteriormente puso las cartas boca arriba, y, al final, jugueteando con una brillante moneda de media corona, le preguntó a quemarropa por la receta de aquella famosa langosta *à la Riseholme*. La cocinera se vio obligada a dispensarle un rechazo educado pero firme, y ahora Lucía estaba más decidida que nunca a que Elizabeth no se enterara jamás de cuál era su exquisito secreto. Por supuesto, llegó a la conclusión de que dar a entender que estaba al tanto de cuál había sido su procedimiento, tan vil y miserable, para hacerse con una información relativa a un asunto privado era algo que quedaba muy por debajo de ella y de su posición, por lo que nunca le hizo saber ni remotamente a Elizabeth que conocía lo ocurrido, y su intención de hacerse con la receta mediante un vulgar soborno.

La mañana anterior al almuerzo de Lucía, llegó para Georgie un telegrama del coronel Cresswell, en el que le hacía una oferta firme y muy satisfactoria por su casa de Riseholme, sin amueblar. Aquello le había acarreado un montón de trabajo. En primer lugar, tuvo que hablar con Foljambe y decirle (bajo promesa de mantener un absoluto secreto, pues tenía en mente sus propios planes para hacer rabiarse un poco a Lucía) que su propósito era el de quedarse a vivir en Tilling. Foljambe se mostró encantada al saberlo y, en un estallido de emoción absolutamente inusual, le dijo que le habría roto el corazón en pedazos tener que abandonar su servicio, después de tantos años de convivencia en armonía, cuando él regresara a Riseholme, y que estaba encantada con aquel plan, con el que se mostraba totalmente de acuerdo, cuando se suponía que todos ellos regresarían juntos a Riseholme. Trabajaría durante todo el día en casa de Georgie, y se retiraría por la noche a las dependencias conyugales en el garaje de Grebe. Tras aquella cariñosa conversación, ella regresó a sus ocupaciones, y de nuevo Georgie la escuchó cantar mientras limpiaba la plata. «Es maravilloso», se dijo a sí mismo. «Los nubarrones se han alejado para siempre. Ahora lo que debo hacer es buscar inmediatamente una casa aquí».

Salió apresuradamente a la calle. Aún tenía una hora antes de acudir al almuerzo de la langosta. A pesar de que había pasado ya todo un día desde que abandonara la costa, se puso la gorra de patrón de yate y, sin saber en sí de gozo, se dirigió a la inmobiliaria. De todas las casas que había visto en el lugar, estaba seguro de que ninguna le convendría tanto como su pequeñito Mallards Cottage, que ahora ocupaba. Le gustaba a él, le gustaba a Foljambe, y a todos les gustaba, aunque no tenía ni idea de si podría sacarle un contrato de arrendamiento al arenque ahumado de Isabel. Cuando se disponía a cruzar High Street, el sonido de un violento bocinazo procedente de un vehículo que estaba

justo detrás de él le dio un susto de muerte, pero Georgie consiguió saltar ágilmente hasta la acera, la alcanzó sin mayor problema y, a pesar de que su gorra cayó finalmente al suelo y fue a parar a un charco, él solo pudo dar gracias a Dios por haber evitado que la motocicleta de Isabel Poppit lo atropellara. Su pelo era como el de una mopa retorcida, su piel increíblemente morena y, montada en su motocicleta, parecía una especie de valquiria moderna en mal estado... Encontrársela precisamente en aquel momento, cuando tenía la intención de preguntar en la inmobiliaria por las condiciones de Mallards Cottage, parecía un buen augurio. Así que Georgie recogió su gorra y volvió a cruzar corriendo la calle, pues en su natural preocupación por salvar la propia vida se había llevado consigo un carro de reparto de leche y había conseguido que todas las ruedas quedaran hechas una maraña.

—Le pido disculpas de veras, señorita Poppit —dijo—. Toda la culpa ha sido exclusivamente mía, por no mirar a los lados antes de cruzar.

—No es nada —respondió ella—. Vaya, su bonita gorra... Lo siento. Después de esa maravillosa soledad y ese silencio entre las dunas, un lugar como este pueblo me resulta una verdadera pesadilla.

—Bueno, parece que la soledad y el silencio le sientan a usted de maravilla —dijo Georgie mientras observaba asombrado su rostro de color caoba—. Nunca he visto a nadie con tan buen aspecto.

Isabel, con un fuerte tirón de sus poderosos brazos, desembarazó las ruedas de su moto.

—Llevo una vida sencilla —dijo, sacudiéndose el pelo de delante de los ojos—. Y no volveré a vivir en una ciudad jamás. He alquilado el *bungalow* en el que estoy ahora para seis meses más, y solamente he venido a Tilling con la intención de decirles a los agentes de la inmobiliaria que consigan otro inquilino para Mallards Cottage, dado que entiendo que usted regresará a Riseholme a finales de mes.

Georgie nunca se había sentido más firmemente convencido de que una Providencia sabia y benéfica cuidaba de él, y le dispensaba la más cariñosa protección.

—Yo también me diría a la inmobiliaria —señaló—, para ver si puedo coger una casa en arrendamiento.

—¡Santo cielo! ¡Menos mal que no lo he atropellado a usted hace un momento! —dijo Isabel, con una ingenuidad derivada de la vida en la soledad y el silencio de las dunas—. ¡Vamos a la inmobiliaria!

En menos de media hora se había formalizado estupendamente todo el negocio. Isabel tenía un alquiler por parte de su madre para Mallards Cottage por un período de cinco años, y acordó transferírselo a Georgie y trasladar a otro lugar su propio mobiliario. Este apenas tuvo tiempo para cambiarse de ropa y ponerse su nuevo traje color mostaza con su corbata naranja y su alfiler de topacio, y llegó a la comida del mejor humor posible. Además, esperaba con ansiedad que se celebrara aquella conversación con Lucía cuando los otros invitados se hubieran marchado. ¡Cómo iba a tomarle el pelo con todo aquel asunto de irse a vivir a Londres!

Aunque Tilling hubiera recibido con ciertas reservas la alegre perspectiva de que Lucía ya no se marchaba —y en el caso de Elizabeth, con ninguna otra emoción que no

fueran esas mismas y multiplicadas reservas—, durante la comida sus invitados se disputaron unos a otros el fervor del regocijo que sentían ante la noticia, y Elizabeth los superaba a todos: se metía en la boca pequeños fragmentos de langosta, como si de un catador de vinos se tratara, y parecía apreciar inmensamente toda la sutileza de los distintos sabores. Había queso, había gambas, había crema... Había tantas cosas que se sintió como Adán al tener que dar nombre al innumerable desfile de animales diferentes. Se había servido tanto en su propio plato que cuando la bandeja le llegó a Georgie no quedaba más que un poco de salsa rosa. Pero a él no le importó mucho. Los acontecimientos de aquella mañana le habían deparado tanta felicidad... Luego, cuando Elizabeth notó que acabaría atragantándose si seguía alabando a Lucía con tanta pasión, el señor Wyse cogió el testigo, y Georgie le interrumpió y afirmó que le parecía muy cruel que todos ellos estuvieran hablando acerca del invierno que les esperaba, tan divertido y tan entretenido, cuando sabían perfectamente que él ya no estaría allí, sino de nuevo en Riseholme. De hecho, exageró bastante sus lamentos y, Lucía, cuya perspicacia detectaba aquella burda insinceridad en los entusiasmos de Elizabeth, comenzó a preguntarse si Georgie, por alguna razón desconocida, estaba en realidad tan apenado como aseguraba. Porque lo cierto era que nunca había tenido un aspecto tan radiante, y ni una sombra de disgusto había nublado su rostro cuando inspeccionó la cacerola que poco antes había albergado su plato favorito, para descubrir que no quedaba nada para él. Algo había sucedido... ¿Qué demonios sería? ¿Habría dejado plantado Foljambe a Cadman? Al igual que Elizabeth se encontraba en ese preciso momento intentando detectar sabores en el plato misterioso, Lucía deseaba llegar a una conclusión exacta en el análisis de los alegres y festivos matices con los que Georgie expresaba su desgracia.

—Es ciertamente muy enojoso que ustedes sigan hablando de las cosas tan encantadoras que van a hacer —añadió—. Las clases de calistenia y Homero, y el *bridge*, y yo, pobre de mí, tan lejos. Me diré todas las mañanas que odio Tilling. Diré, como Coué: «Día tras día, en todos los sentidos, me desagrada cada vez más<sup>[62]</sup>» hasta que me convenza a mí mismo de que me alegro de irme.

El señor Wyse le hizo una hermosa reverencia.

—Nosotros también le echaremos de menos a usted muy tristemente, señor Pillson —dijo—, y por mi parte estaré tentado de odiar Riseholme por habernos arrebatado a una persona que en tamaña medida se ha ganado la simpatía de todos nosotros.

—Solicito que se me permita adherirme a los susodichos sentimientos —añadió el mayor Benjy, cuyo desprecio hacia Georgie y sus dibujos y su labor de bordado había aumentado considerablemente ante la visión de aquella gorra de capitán de yate, de la que había dicho que solo sería apropiada para un pisaverde. Le había resultado de lo más conveniente mantener una relación cordial con Georgie mientras Lucía estaba en Mallards, porque de lo contrario podría haber emponzoñado su corazón respecto a él, pero ahora que se iba ya no importaba en absoluto si le hacía un par de amables observaciones. El Padre dijo algo escocés, comprensivo y pesaroso, y Georgie se descubrió, con un sentimiento ligeramente embarazoso, haciendo reverencias y teniendo que dar las gracias a izquierda y derecha, en reconocimiento a aquellas expresiones generalizadas de pena por el hecho de que pronto fuera a dejarles. Resultaba un poco

incómodo, porque en el plazo de pocas horas todo el mundo sabría que había alquilado Mallards Cottage sin amueblar para cinco años, lo cual no tenía precisamente el aspecto de constituir una despedida inmediata. Pero aquel pequeño embuste era necesario si quería gastarle su pequeña broma a Lucía, y hacerle creer que tenía la intención de instalarse en Londres. Además, después de todo, dado que todo el mundo parecía lamentar tantísimo el hecho de que él fuera a abandonar pronto Tilling (pues eso era lo que creían), deberían sentirse encantadísimos cuando se enteraran de que no iba a ocurrir ni por asomo nada por el estilo.

Los invitados no tardaron en irse después de la comida, y Georgie, rebosante de malicia y de picardía, se quedó con su anfitriona en el cenador. Todas las penetrantes miradas de Lucía durante la comida no habían podido desentrañar los motivos de su excelente buen humor. Allí estaba él, en vísperas de separarse de su querida Foljambe, y sin embargo su rostro brillaba de satisfacción. Lucía también estaba de muy buen humor, porque había visto cómo Elizabeth se enfurruñaba cada vez más en su esfuerzo por descubrir, sin éxito, la fórmula de la langosta.

—¡Qué almuerzo tan encantador! Aunque yo no haya probado la langosta... —dijo Georgie mientras se disponía a tomarle el pelo a Lucía—. Lo he pasado tan bien. ¡Y el entusiasmo de Elizabeth ante la idea de que te quedés...! Debe de tener una ampolla espantosa en la lengua.

Lucía suspiró.

—Safira<sup>[63]</sup> debe vigilar a sus enemigos, pobrecita —observó pensativamente—. Y cuánto lamentaban que tú sí que te tengas que ir.

—¿A que han sido muy agradables? —comentó Georgie—. Pero eso no importa ya. Tengo algo maravilloso que contarte. No me he sentido más contento en mi vida porque por fin voy a conseguir lo que he estado deseando durante años. Seguro que te alegrarás por mí.

Lucía colocó una mano caritativa sobre la suya. Pensaba que había mostrado muy poca compasión por una persona que iba a perder a su criada y a su mejor amiga tan pronto. Pero la alegría con la que Georgie asumía aquel doble batacazo resultaba francamente desconcertante...

—Querido Georgie —dijo Lucía—, todo lo que te haga feliz a ti me hace feliz a mí. Y me alegro infinito de que haya ocurrido algo que pueda hacerte tan feliz. De verdad que me alegro. Dime enseguida de qué se trata.

Georgie inspiró profundamente. Quería soltarlo todo en un estallido de triunfo, como una fanfarria.

—Absolutamente maravilloso —dijo—. El coronel Cresswell me ha comprado la casa de Riseholme, y a muy buen precio, y ahora por fin voy a poder instalarme en Londres. En realidad estaba tan cansado de Riseholme como tú, y ya no lo volveré a ver más, ni Riseholme ni Tilling. ¿No es un sueño? Riseholme, el estrecho y pequeño Mallards Cottage, ¡pertenecen al pasado! Tendré una pequeña casita en Londres, y tienes que prometerme que vendrás y que te quedarás conmigo alguna vez. ¡Ah, cómo deseaba poder contártelo! Conciertos de orquesta en el Queen's Hall, en vez de nuestros torpes arreglillos de Mozartino para cuatro manos. Películas. Un club, si puedo permitírmelo...

¡Y qué fantástico pensar en lo feliz que tú vas a ser en Tilling! Y respecto a todo ese lío que te armé ayer por lo de perder a Foljambe... Ahora no puedo ni entender por qué me parecería tan terrible.

Lucía le lanzó otra penetrante mirada, y descubrió que no se creía ni una sola palabra de lo que estaba diciendo, salvo en lo concerniente a la venta de su casa de Riseholme. Todo el resto debían de ser mentiras, porque no era posible que la herida de Foljambe hubiera sanado tan pronto. Pero inmediatamente se dispuso a fingir que le creía, y hasta aplaudió de alegría.

—¡Querido Georgie! ¡Qué noticia tan fantástica! —exclamó—. Me alegro. Siempre pensé que tú, con tu entusiasmo y tus variopintos intereses en la vida, estabas desperdiciando tu existencia en estos lugarcillos atrasados como Riseholme y Tilling. ¡Londres es tu lugar! Ahora, dime, ¿vas a escoger un piso o una casa? ¿Y dónde va a estar? Yo en tu lugar preferiría una casa.

Aquello no era exactamente lo que Georgie esperaba que sucediera. Él había pensado que Lucía sugeriría que, ahora que podía abandonar Riseholme para siempre, sin ninguna duda debía trasladarse a Tilling, con ella. Pero no solamente no hizo eso, sino que, al contrario, parecía encantada de que semejante idea no se le hubiera pasado siquiera por la cabeza.

—Aún no he pensado en eso realmente... —dijo—. Un piso también podría estar bien.

—Sin duda. Es más pequeñito, y luego no tienes tantas preocupaciones por las tasas y los impuestos. Y te llevarás tu coche, supongo. ¿Y tu cocinera irá contigo? ¿Qué te ha dicho ella de eso?

—Todavía no he hablado con ella... —contestó Georgie, comenzando a mostrarse un poco pensativo.

—¿De verdad? Yo habría pensado que eso sería lo primero que hicieras. ¿Y Foljambe? ¿No está contenta de verte de nuevo tan alegre?

—No lo sabe todavía... —confesó Georgie—. Pensé que tenía que decírtelo a ti primero.

—Querido Georgie, qué amable de tu parte —dijo Lucía—. Estoy segura de que Foljambe estará tan encantada como yo. Hasta que acabe el mes, supongo, andarás subiendo constantemente a Londres para buscar casa o piso, lo que sea que elijas, y para poder tener listo tu hogar cuanto antes. Vamos a estar ocupadísimos, tú y yo: tú instalándote en Londres y yo en Tilling. ¿Sabes? Suponiendo que hubieras pensado en venirte a vivir aquí permanentemente, ahora que te has librado de tu casa de Riseholme, yo habría hecho todo lo posible por convencerte para que no lo hicieras, aunque sé que, en mi egoísmo, ayer sí te lo sugerí. Pero ahora sé que no funcionaría, Georgie, querido. Todo esto está muy bien para mujeres de cierta edad, como yo, que solo necesitan un poco de paz y tranquilidad, o para hombres jubilados como el mayor Benjy, o para diletantes como el señor Wyse. Pero para ti... Para ti no y mil veces no. Estoy segura de ello.

Georgie se mostraba cada vez más y más meditabundo. Había sido un tremendo error intentar picar un poco a Lucía, pues cuanto más intentaba atormentarla, más



contenta estaba ella, sencillamente. Y cuanto más continuara alegrándose de su propuesta —y parecía que sus expresiones de aprobación no tenían fin—, más duro resultaría decirle la verdad.

—¿De verdad piensas eso...? —le preguntó Georgie.

—Pues claro que sí. Tú te acabarías aburriendo enseguida de Tilling. Oh, Georgie, estoy tan encantada de tu buena suerte y me alegra tantísimo que seas así de sensato. Me pregunto si los agentes inmobiliarios de aquí tendrán en sus catálogos casas o pisos de Londres. Podemos ir allí inmediatamente y mirar. Podríamos encontrar algo enseguida. ¡Voy corriendo a ponerme el sombrero!

Georgie tiró la toalla. Como siempre, Lucía había quedado por encima.

—Eres un auténtico aburrimiento —dijo Georgie—. No te has creído ni una sola palabra de lo que te he estado contando acerca de mis planes.

—Querido, por supuesto que no —respondió Lucía alegremente—. Jamás había oído semejante montón de tonterías. Ananías no anda en esto. Pero espero que sea verdad lo de que has vendido tu casa de Riseholme.

—Sí, esa parte es verdad —dijo Georgie.

—Entonces, por supuesto, vas a vivir aquí —añadió ella—. Me refiero a que vas a venirte a vivir aquí enseguida. Bueno, ¿qué me dices de Mallards Cottage? Vi a esa niñata en High Street esta mañana, y me dijo que quería alquilarla para el invierno. Vayamos a ver a los agentes de la inmobiliaria, como te dije, y miremos a ver.

—Ya he hecho eso —dijo Georgie—. Yo también me encontré con ella, y estuvo a punto de atropellarme. He arrendado la casa para cinco años.

No estaba en la naturaleza de Lucía jactarse de su inteligencia delante de nadie. Así que demostró que también era capaz de tener buen corazón, y pasó a otra cosa.

—Perfecto —dijo—. Ha salido todo tal y como lo había planeado, de modo que estupendo. Ahora, si no tienes nada que hacer, toquemos un poco el piano.

Sacó la nueva partitura de Mozart que había estado ensayando.

—Parece un dueto encantador —comentó—. Y aún no lo hemos intentado. Mis dedos estarán terriblemente oxidados, por todos esos días que he tenido gripe. Apenas me atrevo a tocar siquiera el piano.

Georgie miró la nueva partitura de Mozart.

—Parece bonito —admitió—. Tum... ti... tum. Vaya, es la misma que te oí ensayar con tanto entusiasmo ayer por la mañana.

Lucía no le hizo el menor caso.

—Empezamos juntos —dijo—, a la de tres. Ahora... *uno, due, TRE!*

Los trabajos de pintura y decoración de Grebe comenzaron inmediatamente. Irene se ofreció a realizar toda la labor de pintura con sus propias manos, y aconsejó un plan para la salita de música, que consistía en un techo negro y las cuatro paredes en diferentes colores: bermellón, verde esmeralda, ultramarino y amarillo. Se tardaría un par de meses o así en ejecutarlo, y el coste sería considerable porque el lapislázuli obviamente tendría que utilizarse para el azul ultramarino, pero le aseguró a Lucía que el resultado sería excepcional y maravillosamente estimulante a la vista, sobre todo si colocaba una alfombra magenta y una chimenea niquelada.

—Suenan desde luego muy sugerente, querida —dijo Lucía mientras contemplaba la muestra de colores que Irene le había propuesto—, pero me parece que no podré permitírmelo. ¡Qué lástima! ¡Qué colores tan bonitos!

Luego Irene le suplicó que introdujera algunas pequeñas modificaciones en la forma de las ventanas. Sería divertido tener una ventana con la forma de un huevo, y otra triangular, y otra con cinco o seis lados irregulares, que diera la impresión de ser un simple agujero practicado en la pared por un auténtico obús. ¿Y si se hacía una puerta principal que, en vez de abrirse hacia un lado, se bajara como un puente levadizo?

Irene había sugerido propuestas aún más atrevidas. Una noche se cenó un bote entero de mermelada de fresas y media pinta de un cóctel de bebidas muy fuertes, porque quería que su mirada estuviera especialmente sensible en torno a las once de la noche, cuando la luna se alzaba sobre las marismas. Esperaba acabar para siempre con las propuestas infantiles y antiguas de Whistler<sup>[64]</sup> de pintar la luz de la luna. Tras aquella saludable ingestión de alimentos, se acercó a Mallards con la intención de esperar a que saliera la luna, y estuvo sentada durante media hora al piano de Lucía, pulsando teclas al azar y preguntándole a Lucía que de qué color era el sonido que producían. Aquellos arcoíris musicales parecieron sugerirle una maravillosa idea, y entonces cerró el piano con un espléndido golpazo de color púrpura.

—¡Querida, tengo un nuevo plan para Grebe! —exclamó—. Quiero amueblarte una habitación inclinada, ¿sabes lo que quiero decir?

—Creo que no —dijo Lucía.

—Bueno, verás... —Irene comenzó a dar sus explicaciones con un gesto de suma concentración—. Tú abrirías la puerta de la habitación y entonces te encontrarías con que estabas caminado sobre una pared empapelada, con sus propios cuadros colgados y todo. (Yo te haré los cuadros). Luego, el lado de la estancia donde ahora está la ventana aparecería encalado como si fuera el techo y como si la ventana fuera una claraboya. El lado contrario sería el suelo, y tendrías el mobiliario atornillado a esa pared. Las otras paredes, incluida la que constituiría el techo de una habitación normal, estarían cubiertas con papel pintado y más cuadros, y además una estantería con libros. Así todo se vería como de lado, ¿entiendes? Tú entrarías a través de una pared y la estancia estaría girada

noventa grados en ángulo recto respecto a ti. El techo a la izquierda, el suelo a la derecha, o viceversa... Eso te proporcionaría una percepción totalmente nueva del mundo. Lo verías todo desde un ángulo diferente, que es justo de lo que tanto andamos necesitados en nuestros días. ¿No te parece?

El discurso de Irene surgió claro y sin ambages. Ella caminaba de un lado a otro del cenador con un paso firme e inquebrantable, y Lucía tuvo la poco tranquilizadora sospecha de que la cena se le había subido a la cabeza.

—Sería de lo más delicioso —aseguró—, pero me temo que es demasiado experimental para mí.

—Y luego, verás —continuó Irene—. No imaginas lo útil que resultaría si alguien piripi entrara allí. Volvería a estar sobrio de inmediato porque la gente borracha lo ve todo torcido, y así, tu habitación inclinada, estando torcida, a esa persona se le aparecería derecha. De modo que volvería a su natural sobriedad otra vez. Así de simple.

—Eso sería estupendo —dijo Lucía—. Pero no puedo permitirme tener una habitación cuya única función sea la de conseguir que la gente borracha vuelva a estar sobria. La casa no es lo suficientemente grande.

Irene se sentó a su lado, y se aferró apasionadamente a una de sus manos.

—Lucía, eres absolutamente admirable —dijo—. Eres invencible. He estado hablando del modo más deplorable y absurdo, aunque de verdad creo que mi propuesta podría tener su aquel, y tú has permanecido tan tranquila como la luna que espero que se alce en la marisma dentro de un rato. A menos que el almanaque en el que lo he mirado sea del año pasado... No le cuentes a nadie todo esto de la habitación torcida, ¿vale? O podrían pensar que me he emborrachado irremediadamente. Que sea nuestro secreto, querida.

Lucía se preguntó durante unos instantes si debería permitir que Irene pasara toda la noche sola en la marisma, aunque parecía perfectamente capaz de elaborar un discurso y de controlar sus movimientos. Además, el aire libre le sentaría de maravilla.

—No lo sabrá ni un alma, querida —aseguró—. Pero ahora, si realmente vas a pintar la luna, creo que lo más apropiado sería que te marches. Estás segura de que puedes, ¿no?

—¡Por supuesto que puedo con la luna! —dijo Irene categóricamente—. He podido con ella un montón de veces. Aunque ojalá vinieras conmigo. Siempre odio dejarte. ¿O me quedo aquí y te pinto a ti, en vez de la luna? ¿O crees que vendrá Georgie? Qué corderito, ¿verdad? Pásame la salsa de menta. ¿O me voy a casa?

—Sí. Quizá eso sería lo mejor —respondió Lucía—. Creo que puedes pintar la luna otra noche.

Al día siguiente, Lucía quiso apremiar todo lo posible a la empresa encargada de llevar a buen término los trabajos de decoración de Grebe, no fuera a ser que a Irene se le ocurrieran nuevas ideas, de modo que a mediados de noviembre la casa ya estaba lista para acoger el mobiliario procedente de Riseholme. Al mismo tiempo, Georgie se estaba instalando en Mallards Cottage, y en el curso de dicha operación atravesó una crisis de lo más preocupante. Isabel le había asegurado que a media mañana de un día en concreto llegarían unos cuantos hombres para llevarse su mobiliario al guardamuebles en el que

iban a quedar almacenados, y, dado que los furgones con sus efectos procedentes de Riseholme habían llegado a Tilling la noche anterior, ordenó al capataz que comenzara a sacarlo todo de la casa a las nueve de la mañana, con la intención de empezar a meter de inmediato su propio mobiliario dentro. Así se hizo, y a mediodía todas las mesas y las sillas y las camas y la vajilla estaban en el exterior, en la calle, dispuestas para ser cargadas en el furgón. Todos aquellos enseres bloqueaban completamente el tráfico rodado, aunque lo cierto era que los peatones podían arreglárselas para pasar por allí en fila india. A Tilling no le importaba aquella pequeña incomodidad en absoluto, porque todo resultaba muy curioso, y los carrillos de los repartidores que bajaban la calle se desviaban tranquilamente por el cementerio de la iglesia, rodeándolo con el fin de realizar una ruta de circunvalación, y los que subían se desviaban del mismo modo. Por lo demás, a los peatones, encantados de tener todo el contenido de una casa particular expuesto ante sus ojos, les resultaba imposible apartarse de aquella exhibición. Mientras se estaba introduciendo en la casa el mobiliario de Georgie, los admirados vecinos descubrieron todo tipo de objetos deslumbrantes y asombrosos, allí instalados para la inspección pública: cuadros que él había pintado, cortinas y colchas que él había tejido, preciosos pijamas de lana para el invierno y fundas bordadas para las bolsas de agua caliente. Aquellas tontunas de costurerilla suscitaron la indignación más varonil del mayor Benjy, que a punto estuvo de llegar tarde a coger el tranvía que lo trasladaría al campo de golf, porque no podía apartarse de ninguna manera de aquella vomitiva visión. En pocas horas, todos los efectos de Georgie estuvieron a salvo dentro de la casa, pero aún no había indicio alguno de que nadie fuera a presentarse allí para retirar de la calle las propiedades de Isabel, y, a fuerza de telefonar, se descubrió por fin que la muchacha se había olvidado por completo de dar la orden al respecto, por lo que los hombres del guardamuebles se encontraban ocupados en algún otro sitio, llevando a cabo otros trabajos. Fue entonces cuando comenzó a llover con cierta intensidad, y aunque Georgie removió cielo y tierra para que todo el mundo fuera testigo de que aquel lío no era en absoluto culpa suya, se sintió impelido, por pura compasión humana, a meter de nuevo en su casa la totalidad del mobiliario de Isabel. En consecuencia, las estancias y los pasillos del piso principal se vieron completamente bloqueados por montones de armarios y mesas en los que se apilaban montañas de libros y vajillas y cazuelas; la puerta de la calle no se podía cerrar, y Foljambe, aislada en el piso superior por la avalancha mobiliaria, tampoco podía bajar. El clímax emocional de la situación se produjo cuando Foljambe tuvo que hacer descender una cuerda desde una de las ventanas del piso de arriba para que la cocinera de Georgie pudiera atarle una pequeña cesta con comida. Diva llegó terriblemente tarde a comer con los Wyse, ya que se quedó clavada en el sitio, a pesar de que estaba lloviendo mucho, para asegurarse de que Foljambe no se moriría de inanición.

No obstante, una vez finalizado el mes de noviembre, las casas de los recién llegados ya estaban listas para recibirlos como merecían, y tras un sustancioso alquiler de cuatro meses se produjo una partida de correo general<sup>[65]</sup> a la inversa, que devolvió a los propietarios a sus respectivos hogares. Elizabeth regresó a Mallards desde Wasters, llevándose con ella, además de lo que ya había apresado, un cargamento de conservas

elaboradas con productos del jardín de Diva. Y se trataba de un montón tan considerable que Coplen tuvo que hacer dos viajes con su carretilla grande bien cargada. Diva regresó a Wasters desde Taormina; la pintoresca Irene regresó a Taormina desde el *cottage* del labriego con un carretillo lleno de llamativos lienzos, incluido aquel de las mujeres luchadoras que se habían convertido en hombres; y el campesino y su familia estuvieron ya en disposición de regresar a su morada desde el chamizo que habían utilizado durante la recolección de lúpulo, y que habían ocupado durante mucho más tiempo del que tenían previsto.

Se sucedieron unos cuantos días extraordinariamente ajetreados para la mayoría de los emigrantes retornados. En concreto, Elizabeth se entregó con verdadero empeño, de la mañana a la noche, a la labor de escrutar todos y cada uno de los rincones de Mallards con el fin de elaborar una lista con los desperfectos que fuera encontrando, para luego poder echárselos en cara a Lucía. Una taza de té se había perdido; los hombres que retiraron del cenador el piano alquilado de Lucía habían hecho un raspón enorme en la pintura de la pared; Lucía se había olvidado de volver a colocar en su sitio el piano de la queridísima mamá, que todavía se encontraba en la salita del teléfono; y no había ni rastro de cierto batidor de huevos. Al mismo tiempo, Diva estaba preparando una lista similar para Elizabeth que la dejaría asombradísima, pero estaba francamente encantada de haber descubierto que se había dejado allí un batidor de huevos. Mientras, la mujer del labriego, al no estar instruida en lo que a desperfectos se refiere, se hallaba raspando de la pared enalada de su *cottage* el fresco que Irene había pintado allí a ratos perdidos. No es que no fuera decente, que no lo era, es que, además, después de un buen restregado con un cepillo y un poco de agua caliente, ella despacharía en un periquete a todas aquellas gentes desnudas. Irene, por su parte, se dedicaba a buscar frenéticamente entre sus lienzos una pintura de Adán y Eva con miles de hijos de Dios gritando de alegría. Se trataba de una obra importante, y tal vez se la hubiera dejado en el *cottage*. Pero, entonces, al recordar que en realidad la había pintado en una pared, corrió con la intención de darle lo antes posible una capa de barniz para protegerla de las inclemencias del tiempo. No obstante, ya era demasiado tarde, pues el último de los hijos de Dios estaba desapareciendo en ese mismo momento bajo los dispuestos restregones de un buen cepillo.

Poco a poco, aunque no inmediatamente, aquellas reclamaciones y contrarreclamaciones (con la única excepción del fresco) se cumplimentaron, dando paso a una insatisfacción generalizada. Lucía reconoció el gasto por el restablecimiento del piano de la queridísima mamá en el cenador del jardín, pero su cocinera recordaba perfectamente que el día en que la señorita Mapp intentó sobornarla para que le contara el secreto de la langosta *à la Riseholme*, se había llevado el batidor de huevos, que había constituido la estrategia inicial del vano intento de la señorita Mapp por corromperla. Así que Lucía le recordó a Elizabeth que no mucho tiempo atrás había llamado a la puerta trasera de Mallards y se lo había llevado. Su cocinera creía que era de dos varillas, si no de tres. Así que la señorita Mapp, habiéndose asegurado de que no lo había puesto por error entre los botes de conservas que se había traído de Wasters, fue a ver si se lo había dejado allí, y no solo encontró el batidor, sino una ridícula lista de reclamaciones contra ella

elaborada por Diva. Pero gradualmente aquella marejada, que acontecía cada año, fue calmándose, y aparte de la inquina crónica de Elizabeth contra Lucía a cuenta de la ocultación del secreto de la langosta, esas y otras diferencias del pasado fueron mitigándose y Tilling quedó dispuesta para entregarse de nuevo a los problemas y perplejidades de la vida —que difícilmente serían más importantes—, y a las amenazas con las que podrían toparse en el futuro.

Aquella mañana de mediados de diciembre, Elizabeth estaba prácticamente instalada en Mallards de nuevo, con el batidor de huevos y todo, y la ventana de su cenador estaba siendo utilizada por la legítima propietaria con el propósito de poder observar desde allí a los demás. Siempre había sido una posición de alto valor estratégico; dominaba, por ejemplo, una perfecta panorámica de la puerta principal de Taormina, que la pintoresca Irene estaba pintando a rayas de rosa salmón y azur en aquel momento. Había intentado reproducir el fresco perdido en la puerta, pero había recibido las reconvenciones más vehementes del Padre, y, además, los paneles lo quebraban y constituían una superficie muy poco adecuada para semejante dibujo. Así pues se estaba contentando con alegrarla un poco. Luego, Elizabeth podía ver la bocacalle de Porpoise Street y registrar todos los viajes del Rolls-Royce. Estos periplos, después de una interrupción de quince días, habían vuelto a ser tan frecuentes como antes, porque los Wyse acababan de regresar de «visitar a unos amigos en Devonshire» y, aunque Elizabeth tenía serias razones para sospechar que los amigos de Devonshire no eran más que un hotel en Torquay, de todos modos se habían llevado el Rolls-Royce y durante su ausencia las calles de Tilling habían estado muchísimo más holgadas en cuanto al tráfico se refiere. Luego tenía la casa del mayor Benjy, como siempre, bajo su atenta mirada, y ahora Mallards Cottage también era un punto que demandaba frecuente escrutinio. Nunca le había interesado lo que hacía la rara Isabel Poppit, pero Georgie era distinto, y ni el mayor Benjy ni él (ni nadie que los visitara) podían entrar o salir de ninguna de las dos casas sin ser detectados de inmediato. Por tanto, ninguno de los dos hombres más importantes de Tilling tenían posibilidad alguna de evitar el férreo control de Elizabeth.

Nada de particular había ocurrido hasta el momento, y Elizabeth estaba haciendo una retrospectiva mental, algo así como si fuera el mismo rey preparando su discurso para la sesión de apertura del Parlamento. Sus relaciones con las potencias extranjeras eran excelentes y, aunque durante los últimos seis meses hubieran tenido lugar inquietantes incidentes, no había nada que pudiera considerarse una amenaza inminente... No obstante, en ese momento el coche de Lucía rodeó la esquina de la High Street, y el discurso del rey quedó inevitablemente aplazado.

El coche se detuvo en Taormina. La pintoresca Irene dejó su parafernalia de pintura en la acera y estuvo hablando por la ventanilla del coche durante bastante tiempo. Por tanto, Lucía, aunque invisible, estaba evidentemente dentro. Al final Irene se inclinó y metió la cabeza por la ventanilla en el interior del coche, exactamente como si fuera a besar a alguien, y al retirarse hacia atrás de nuevo tiró uno de los botes de pintura. Aquello resultó curioso, pero no tenía una importancia de primer nivel comparado con lo que el coche haría a continuación: giró hacia Porpoise Street. Naturalmente, no se podía afirmar con seguridad lo que ocurrió allí entonces, porque quedaba fuera del

ángulo de visión de Elizabeth, pero hasta una aficionada podría imaginar que algo había tenido que suceder en la casa de los Wyse, aunque hubiera estado tan sorda como para no oír el campanilleo del timbre de la entrada. Luego el coche retrocedió otra vez, realizó las maniobras habituales para dar la vuelta y se detuvo en casa del mayor Benjy. Aún no se veía a Lucía, pero Cadman bajó y entregó una nota. La susodicha aficionada podría conjeturar, por tanto, que se estaban repartiendo invitaciones procedentes de Grebe.

La señorita Mapp deslizó su silla un poco más hacia atrás para ocultarse entre las cortinas, con la seguridad de que el coche se detendría a continuación ante su puerta. Pero lo que hizo en realidad fue doblar la esquina de debajo de su ventana sin detenerse, y Elizabeth pudo echar justo entonces un breve vistazo al interior, para descubrir que Lucía estaba sentada allí dentro, con un gran libro abierto en el regazo. Luego el coche se detuvo en Mallards Cottage, y allí no se entregó nota alguna, pero Cadman tocó el timbre, e inmediatamente salió Georgie. Al igual que hiciera Irene previamente, habló bastante tiempo por la ventanilla del coche, pero, al contrario que ella, no besó nada a la conclusión de la conversación. Así pues, la situación era perfectamente evidente: Lucía había invitado a Irene y al mayor Benjy, y a Georgie, y, probablemente, a los Wyse a alguna fiestecilla. Sin duda, se trataría de la fiesta de inauguración de la casa, de la que ya se habían oído rumores, pero a ella no la había invitado. Muy bien. Muy bien. La relación con las potencias extranjeras, por tanto, se había vuelto de repente cualquier cosa menos satisfactoria.

Elizabeth abandonó su estratégico asiento junto a la ventana, porque había observado ya lo suficiente como para que lo visto le proporcionara combustible en abundancia para la reflexión, y se retiró, con un perfecto dominio de sí misma, con la intención de inspeccionar sus libros de cuentas domésticas. Sumar cifras era un asunto puramente mecánico que le permitía que entraran en acción, íntegramente, las emociones más intensas. Georgie no tardaría en presentarse allí porque estaba pintando un dibujo del interior del cenador, que iba a ser el regalo de Navidad para Lucía (una sorpresa de la que no debía saber nada), para recordarle los días tan felices que pasó en aquel lugar. Georgie solía dejar el dibujo allí mismo, porque no valía la pena andar llevándolo y trayéndolo, así que allí estaba, apoyado en la estantería. Había probado en primer lugar una técnica estilo Irene, pero se había visto obligado a abandonarla, puesto que el cenador, sometido a aquellas operaciones, insistía en parecerse a la estación de Paddington en medio de la niebla, y había tenido que regresar al estilo que conocía, en el que las estanterías, las sillas y las cortinas resultaban fácilmente reconocibles. Aún le faltaban unas cuantas mañanas más de trabajo, y ahora la idea de destruirlo por completo y decirle, cuando él llegara, que estaba segura de que se lo había llevado el día anterior asaltó espontáneamente la mente de Elizabeth. Pero la rechazó, aunque habría sido agradable privar a Lucía de su regalo de Navidad... Y no se creyó ni loca que hubiera pedido una docena de huevos el martes y otra docena el jueves. La factura del carnicero parecía correcta, aunque abusiva... Y debía averiguar sin falta si el Padre y su mujer y Diva estaban invitados también a Grebe. Si lo estaban... Pero apartó de sí la idea de lo que haría si lo estuvieran: ya era bastante difícil saber lo que haría incluso aunque no lo estuvieran.

Los libros quedaron listos rápidamente, y Elizabeth regresó a la ventana para

terminar de leer el periódico matutino. Justo cuando se colocó allí, Georgie, con su capotillo sobre los hombros y la caja de pinturas en la mano, venía caminando alegremente desde Mallards Cottage. Al mismo tiempo, el gran coche tambaleante de Lucía dio la vuelta en la esquina del cementerio, en dirección a Mallards.

Una inspiración como el más puro y límpido rayo<sup>[66]</sup> se adueñó entonces de Elizabeth. Tuvo ante sí una imagen gloriosa. Lo que hizo fue esperar hasta el mismo segundo en que Georgie llamó al timbre de su puerta principal, para, en ese crucial momento psicológico, justo cuando el coche de Lucía pasaba por debajo de la ventana, levantar la guillotina de su ventana y, aparentando que no veía a Lucía en absoluto, llamar a Georgie a gritos y cariñosamente, utilizando aquella conocida forma de lenguaje infantil:

—¡Eres un niño muy malo, muy malo, Georgie! —exclamó—. No vuelvas a llamar al timbre de Elizabeth. Pasa siempre directamente, y me llamas para que te oiga. ¡No tengo cadenita en la puerta...!

Georgie miró a su alrededor asombrado. Elizabeth no lo había llamado jamás Georgie, ni le había hablado en una modalidad de lenguaje consagrada a un uso privado entre él y Lucía. Y allí estaba el coche de Lucía, a su lado. Seguramente ella debía de haber oído aquella cariñosa bienvenida, ¿y qué pensaría? Pero no había nada que hacer, sino entrar.

Aún sin ver a Lucía (y mucho menos hacerle señas para pararla), Elizabeth volvió a cerrar la ventana, absolutamente deslumbrada por su propia brillantez. Una hora de reflexión y concentración no podía haberle sugerido ninguna otra cosa que a Lucía le disgustara más que oír aquellas frasecillas alegres, que la parodiaban y revelaban aquella infantiloides intimidad con Georgie. Georgie acudió directamente al cenador, repitiéndose «Elizabeth, Elizabeth» para el cuello de su camisa, con el fin de acostumbrarse a decirlo, pues debía devolver amablemente aquella muestra de amistad.

—Buenos días, Elizabeth —dijo firmemente (y lo peor estaba por venir, cuando tuviera que decirlo otra vez en presencia de Lucía).

—Buenos días, Georgie —dijo ella a modo de confirmación—. Qué luz tan encantadora para que pintes esta mañana. Aquí está preparada para ti, y Withers te traerá tu vaso de agua. ¡Cómo has captado el aire de mi pequeño saloncito!

Era imprescindible lanzar otra mirada al exterior por la ventana mientras le acercaba su dibujo, y entonces dio una boqueada y respiró con suma dificultad. Porque allí estaba Cadman, en la entrada, para entregarle a Withers una nota. No tardaría ni un minuto en llegar al cenador.

—De la señora Lucas —anunció la criada—. Olvidó entregarla cuando pasó antes por aquí.

—Es por la inauguración de la casa, estoy seguro —dijo Georgie, que estaba preparando su caja de pinturas.

Lo hecho, hecho estaba, y no tenía ningún sentido pensar en ello. Elizabeth rasgó la nota para abrirla.

—¿La inauguración de la casa? —dijo—. ¡Qué encanto, Lucía! ¡Qué agradable sorpresa sería! Sí, tienes toda la razón.



—Va a enviar su coche para que recojan al Padre y a su mujer y a Irene y a la señora Plaistow —informó Georgie—, y me acaba de preguntar si yo podría llevarla a usted y al mayor Benjy. Naturalmente, lo haré.

El brillante discursito de Elizabeth por la ventana había adquirido así todo el aspecto de un acto de guerra gratuito. Pero ella no podía imaginar que Lucía simplemente había olvidado dejarle la invitación. Hasta el más benévolo de los seres habría dado por supuesto que no le iban a dejar invitación.

—¡Qué amable por tu parte! —dijo la señorita Mapp—. Es mañana por la noche, ¿verdad? Una notita muy corta. Tengo que mirar a ver si no tengo compromisos...

Como Lucía había invitado a toda la élite de Tilling, resultó que, efectivamente, Elizabeth no tenía compromisos. Pero Elizabeth aún sopesó si debía aceptar o no. Había cometido un acto poco amistoso hablándole a Georgie en aquel lenguaje infantil, con una clara alusión a la cadena de la puerta, literalmente sobre la cabeza de Lucía, y la cuestión era si, habiendo hecho eso, no sería más prudente remitirle otra nota (mientras Lucía, como podía imaginarse, estuviera todavía pasmada), en la que rechazara su invitación a ir a la inauguración de la casa. No tenía la menor duda de que pronto se desataría la guerra. La única cuestión residía en saber si ya estaba preparada.

Mientras se dedicaba a elaborar sus propias conjeturas, entró Withers para decir que el mayor Benjy estaba en la puerta. No iba a pasar al cenador, pero le gustaría hablar con ella un minuto.

«Evidentemente ha sabido que Georgie está aquí», pensó Elizabeth mientras se apresuraba a pasar a la casa. «Dios bendito, cómo se pelean los hombres. Y pensar que yo solo quiero estar a bien con todo el mundo... Sin duda quiere saber si voy a ir a la inauguración de la casa».

—Buenos días, mayor Benjy.

—Pensaba que no saldría —dijo aquel franco individuo—, porque me he enterado de que su señorita doña Costurerilla Miguel Ángel, ja, estaba con usted...

—Oh, mayor Benjy, ¡diablo de hombre! —exclamó Elizabeth—. ¡Qué cruel es usted!

—Bueno, dejemos eso ahora. Es sobre la fiesta de mañana. Creo que me voy a tener que ir a pasar una temporada fuera, porque no me voy a pasar todo el invierno dando tumbos por el barro noche tras noche hasta Grebe. Menos mal que esta vez hay cena, lo cual ya es una cosa distinta.

Elizabeth descubrió que ansiaba ver lo que había hecho Lucía con la casa de Grebe, y cómo había encajado su discursillo desde la ventana.

—En principio yo sí iré —dijo—. Pero una inauguración de una casa, ya sabe... Tal vez no sería amable rechazarla. Además, Georgie...

—¿Eh? —dijo el mayor.

—El señor Pillson, quiero decir —continuó Elizabeth corrigiéndose apresuradamente—, se ha ofrecido a llevarnos a los dos.

—¿Y volver? —preguntó el mayor con suspicacia.

—Por supuesto. Solo por esta vez, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Pero nada de esos conciertos después de la cena ni lecciones de *bridge* a mí.

—Oh, mayor Benjy —dijo Elizabeth—. ¿Cómo puede decir usted esas cosas? Como si la pobre Lucía *podiera* enseñarle a usted a jugar al *bridge*.

Aquello podía tomarse en dos sentidos: una de las interpretaciones sería la de que él era absolutamente incapaz de aprender; mientras que la otra, por el contrario, que Lucía era incapaz de enseñar. Él lo cogió por el lado más obvio.

—¡Cielo santo! Pues claro que lo ha intentado, en la última partida que jugué con ella —aseguró—. En la mesa estaban los últimos tres triunfos y me dijo cómo tenía que jugar. No tuvo nada de gracioso, la verdad. Bueno, no quiero molestarla más, que está usted con su costurera.

—Oh, diablo de hombre... —dijo Elizabeth de nuevo—. *Au reservoir*.

Lucía, entre tanto, había regresado en su coche a Grebe con aquella voz burlesca aún resonando en sus oídos, y una serie de imágenes de lo más desagradables en la cabeza, como si se tratara de una diabólica película que no cesara de proyectarse en su mente. Muy probablemente, Elizabeth la estaba viendo mientras le hablaba a Georgie de aquel modo, y, por tanto, la había insultado intencionadamente. Semejante conducta exigía represalias inmediatas, y debía disponerse a pensar en ellas enseguida. No obstante, existía otra alternativa, posible aunque improbable, y era que Elizabeth no la hubiera visto, lo que resultaría infinitamente más doloroso, dado que implicaría que Georgie era culpable de una traición demasiado infame como para atreverse a considerarla siquiera. Al parecer, en privado, cuando ella no estaba presente, Georgie se tuteaba y se llamaba por el nombre de pila con aquella mujer, y permitía y se divertía con la mofa que hacía de ella. ¿Y qué se suponía que estaba haciendo Georgie al entrar en Mallards de aquel modo, y permitiendo que Elizabeth lo regañara con vocecilla infantil por llamar al timbre en vez de pasar sin llamar, con alusiones absolutamente inequívocas a aquel famoso episodio de la cadena de la puerta? ¿Se reían juntos de aquello? ¿Se reía Georgie de su vieja amiga a sus espaldas? Lucía literalmente se retorció de dolor ante aquella idea. En cualquier caso, fuera o no culpable de aquella monstruosa infidelidad, debía de tener la costumbre de entrar en Mallards, y entonces recordó que Georgie llevaba la caja de pinturas en la mano. Evidentemente, entonces, iba allí para pintar, pero en sus charlas, cuando continuamente le contaba lo que andaba haciendo, jamás le había dicho ni pío de aquello. A lo mejor estaba pintando a Elizabeth, porque con aquel tiempo invernal era imposible que pintara en el jardín. Además, precisamente aquel mismo día, cuando visitó Mallards Cottage, conversaron un poco, y él se negó a salir y dar una vuelta en coche con ella porque tenía que hacer algunos trabajillos en casa, y en cuanto pudo librarse de ella —porque eso era lo que había sido, nada menos—, se fue corriendo a Mallards con su cajita de pinturas. Con todas aquellas pruebas irrefutables, las cosas se presentaban verdaderamente muy negras, y la peor y la más hiriente de aquellas dos alternativas comenzaba a adquirir más y más posibilidades.

Georgie iba a tomar el té con ella esa misma tarde, y Lucía debía sacarle cuál era la verdad del asunto. Pero no podía imaginarse a sí misma diciéndole: «¿De verdad te llama Georgie? ¿Y me imita así a mis espaldas? ¿Y la estás pintando?». El orgullo se lo impedía absolutísimamente. Unas preguntas tan humillantes se le atragantarían. ¿Debería mostrarle una conducta gélida y distante, hasta que él le preguntara qué le pasaba? Pero

eso no funcionaría, porque o bien ella le tendría que contestar que no le pasaba nada en absoluto, lo cual resultaría inútil, o bien le contaba realmente lo que le pasaba, lo cual era del todo imposible. Debía comportarse con él como de costumbre, y él probablemente haría lo mismo. «Entonces, ¿cómo lo averiguo?», se planteó la desconcertada Lucía, en voz perfectamente alta.

Otra persona extraordinariamente incómoda en el apacible Tilling aquella mañana era el propio Georgie. Mientras pintaba aquel dibujo del cenador para Lucía, con Elizabeth ocupada en quitar el polvo al piano y trayendo crisantemos de su invernadero, y profiriendo pequeños y alegres sarcasmos acerca de Diva, con quien en ese momento se llevaba mal, a Georgie se le dibujaba en la mente, con colores y perfiles cada vez más nítidos, una imagen terriblemente inquietante de Lucía. Si la conocía un poco —y estaba seguro de que la conocía bastante—, Lucía no diría nada en absoluto sobre la desconcertante escena que había tenido lugar en la puerta de Mallards. Había sido una situación tan espantosa que él se vería obligado a defender su inocencia, y a acusar a Elizabeth. Una cosa de lo más desagradable. ¿Y quién podía prever las consecuencias? Porque Lucía (o, de lo contrario, la conocía poco) se habría sulfurado y habría guerra. Una guerra sangrienta y devastadora. «Pero, por otra parte, eso resultará bastante emocionante», pensó, «y yo estaré con Lucía».

Georgie no pudo esperar hasta la hora del té, y decidió abordar su incómoda misión inmediatamente después de comer. Lucía lo vio entrar por el jardín, y abandonó sus meditaciones y se sentó apresuradamente al piano. En cuanto entró, ella se volvió a levantar, y se lanzó a un discurso medio italiano medio infantil.

—*Ben arrivato*, Giorgino —exclamó—. Qué pronto llegas, así podemos cotillear un poquitito antes del té. ¿Alguna novedad novedosa?

Georgie se armó de valor.

—Sí —dijo.

—Díselo a Lucía, *presto*. ¿Me gustará o no me gustará?

—Te interesará —respondió Georgie cautelosamente—. ¡En fin...! Cuando estaba esperando esta mañana a la puerta de Mallards, ¿oíste lo que esa vieja bruja me gritó desde la ventana del cenador?

Lucía no pudo evitar un suspiro de alivio. Lo peor no podía ser verdad. Entonces volvió a ser ella de nuevo.

—¡Vamos a ver...! —dijo—. Sí. Creo que lo oí. Te llamó Georgie, ¿no? Y te regañó por llamar al timbre. Algo así.

—Sí. Y habló al estilo infantil, como tú y yo —añadió Georgie—, y dijo que no había cadena en la puerta. Quiero decirte claramente que Elizabeth nunca me había llamado así antes, y que nunca he hablado con ella en nuestro estilo de niños, en mi vida. Creo que era mi deber decírtelo.

Lucía clavó su penetrante mirada en Georgie. Algo pareció brillar en ella, y aquel brillo presagiaba desgracias para alguien.

—¿Y tú crees que ella me vio, Georgie? —preguntó.

—Por supuesto que sí. Tu coche estaba justo debajo de su ventana.

—Me temo que no hay duda sobre eso —dijo Lucía—. Por tanto, parece que sus

observaciones iban dirigidas a mí. Una persona singularmente mal educada. Hay una cosa más. Llevabas tu caja de pinturas...

—Oh, sí, es cierto —asintió—. Estoy haciendo un dibujo del cenador. Lo ibas a saber a su debido tiempo. ¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Georgie con avidez.

Lucía lanzó una carcajada con su estilo más musical.

—Bueno, lo primero de todo, le daré una magnífica cena mañana, porque no ha tenido la decencia de decir que tenía un compromiso. Me telefoneó hace un momento para decirme lo contenta que estaba de poder venir, y con cuánta impaciencia esperaba el momento. Y acuérdate de llamarla Elizabeth.

—Ya lo he hecho —dijo Georgie orgullosamente—. Lo he ensayado repitiéndomelo una y otra vez.

—Bien. Entonces, ella cena aquí mañana por la noche, y yo seré su anfitriona y procuraré que la velada sea de lo más agradable para todos mis invitados. Pero, aparte de eso, Georgie, daré los pasos necesarios para enseñarle modales, si es que no es demasiado mayor ya para poder aprenderlos. Lo lamentaré; deseará no haber sido tan grosera. Y no veo que haya ningún impedimento para que todos nuestros amigos en Tilling sepan lo que ha ocurrido esta mañana. Lo digo por si te sientes inclinado a hablar de ello. Yo no lo voy a hacer, pero no hay ninguna razón para que tú no lo hagas.

—¡Hurra! Esta noche voy a cenar con los Wyse —dijo—. No tardarán en saberlo.

Lucía frunció sus cejas en profunda reflexión.

—Y luego está ese incidente sobre nuestros cuadros, los tuyos y el mío, que fueron rechazados por el comité de selección de la Sociedad Artística —añadió—. Ambos hemos guardado la nota que recibimos en la que se nos hacía saber que lamentaban tener que devolverlos, y creo, Georgie, que cuando estés hablando de Elizabeth Mapp, deberías enseñarle al señor Wyse tu nota. Él es miembro, como Susan, del comité, y creo que tienen derecho a saber que nuestros cuadros fueron rechazados con un formulario oficial sin que en ningún momento se presentaran al juicio del comité en absoluto. Nos portamos con nuestra pobre amiga con una magnanimidad que ahora me parece excesiva, y puesto que no aprecia tal magnanimidad, probaremos con otra cosa. No le vendrá mal. —Lucía se levantó—. Y ahora dejemos este desagradabilísimo asunto, por el momento —dijo—, y quitémonos ese mal sabor de boca con un poco de música. Beethoven, el noble Beethoven, ¿no crees? La quinta sinfonía, Georgie, para cuatro manos. El destino llamando a la puerta<sup>[67]</sup>

Georgie llegó a pensar que Lucía tenía algo en los labios que le resultaba verdaderamente asqueroso cuando pronunció las palabras «este desagradabilísimo asunto», pero no estaba seguro, y de inmediato el Destino empezó a llamar a la puerta con los dedos firmes de Lucía, ya que ella escogió los agudos.

Disfrutaron de un largo y agradable ensayo, y, cuando llegó la hora de regresar a casa, Lucía lo retuvo.

—Tengo una cosa que decirte, Georgie —anunció—, aunque no sobre ese miserable asunto. He vendido The Hurst, he comprado esta nueva propiedad, así que he redactado un nuevo testamento. Te he dejado Grebe y todo lo que tiene dentro a ti, y también, bueno... una pequeña cantidad de dinero. Quería que lo supieras.

Georgie estaba sobrecogido.

—Querida... Eres maravillosa —dijo—, pero espero que pasen siglos y siglos antes de que...

—Y yo, Georgie —contestó Lucía con su voz más sincera.

Tilling ya había conocido tensiones antes, y sin duda las volvería a conocer. A menudo habían acontecido episodios de agradabilísimo suspense, como cuando, por ejemplo, se había creído (o se había procurado creer) que el mayor Benjy podía estar batiéndose en duelo con aquel viejo amigote suyo, el capitán Puffin<sup>[68]</sup>, recientemente fallecido. Ahora, el suspense que se producía era de un tipo algo más conmovedor (pues a nadie le habría importado en absoluto que el capitán hubiera resultado muerto, y tampoco, excesivamente, si hubiera sido el caso del mayor Benjy), porque era como si las más íntimas entrañas sociales de Tilling estuvieran atadas a algún despiadado torno, el cual, en cualquier momento, podría dar una vuelta más, pero jamás aflojarse. Así pues, a la mañana siguiente High Street era el escenario de un nerviosismo casi doloroso. El Rolls-Royce de los Wyse, con Susan envuelta en sus martas cibelinas, subió y bajó hasta que ella estuvo perfectamente segura de que le había dicho a todo el mundo que tanto ella como Algernon habían dimitido como miembros del comité de selección de la Sociedad Artística, a la espera de las explicaciones que habían exigido a la señorita Mapp (ya no Elizabeth), y que no confiaban en recibir. Susan fue perfectamente explícita acerca de la razón de su dimisión en este punto, y Algernon, que a muy temprana hora había mantenido una conversación con el chico de los recados en la tienda de enmarcados, estaba a su lado para corroborar todo lo que ella decía. Su educadísima indignación, de hecho, había sido incluso más grave que la locuacidad de Susan.

—Me temo que todo es verdad —era todo lo que se le podía sacar.

Dos horas habían transcurrido ya desde que presentaran sus dimisiones, y aún no se había recibido una respuesta procedente de Mallards.

Pero aquella situación representaba apenas una mínima e insignificante parte de la tensión que reinaba por doquier en aquel momento, porque la susodicha exposición se había abierto y cerrado meses antes, y si Tilling tuviera que dedicarse a prestar atención a semejantes revelaciones póstumas, la vida dejaría de tener interés y se vería totalmente consagrada a ejecutar venganzas retrospectivas. Así pues, por muy tremendo que fuera lo pasado, tal y como revelaban los severos ocupantes del Rolls-Royce, lo que había ocurrido solo un día antes en la puerta de Mallards era, con mucho, lo más sustancioso. En torno a las 11.30, la historia de lo sucedido ya se relataba adornada con distintas y llamativas variantes. El Padre afirmaba que Georgie había intentado entrar en Mallards sin llamar, y que la señorita Mapp (la tendencia a llamarla señorita Mapp se estaba extendiendo) había visto a Lucía en su coche justo debajo de la ventana del cenador, y que le había dicho: «Venga adentro, *Georgino mio*, que no hay ni cadenas ni nada ahora que Elizabeth ya ha vuelto a su casita...». Diva tenía razones para creer que Elizabeth (ella aún se aferraba a su nombre) no había visto a Lucía en su coche, y que le había dicho a Georgie: «Llama al timbre, querido, porque me temo que está la cadena puesta en la puerta». La señora Bartlett (aunque daba absolutamente igual lo que ella dijera) exclamó: «¡Todo resulta muy angustioso e inquietante, y la semana que viene es Navidad,

y qué falta de buena voluntad, Dios bendito!». E Irene había dicho: «Esa vieja bruja tendrá su merecido».

Por otra parte, era bien sabido que el mayor Benjy había estado en Mallards poco después de que hubiera tenido lugar la célebre escena, en cualquiera de sus múltiples versiones, y quise había negado a pasar al cenador del jardín cuando supo que Georgie estaba pintando el retrato de Elizabeth. Withers fue testigo (había llevado varios botes de mermelada a la casa de Diva aquella misma mañana, y no de burdas verduras, sino de frambuesa, lo cual, resultaba evidente, parecía un soborno) de que el mayor había dicho «¡rediez!» cuando ella le dijo que Georgie estaba allí. No se podía contrastar el testimonio con el propio mayor Benjy porque este había partido en el tranvía de las once para ir a jugar al golf. A Lucía no se la había visto en High Street en absoluto, ni a la señorita Mapp tampoco, y Georgie solo había pasado por allí en su coche, bastante temprano, en dirección a Grebe. Esta ausencia de los protagonistas en las primeras etapas del conflicto se ajustaba a las reglas más estrictas de la técnica dramática, y todo el mundo, por lo que se decía, se iba a reunir aquella misma noche en la esperada fiesta de inauguración de la casa de Lucía. Las opiniones sobre lo que podría ocurrir entonces eran tan divergentes como los rumores sobre lo que había ocurrido ya. Algunos decían que la señorita Mapp había declinado la invitación con la excusa de que se había comprometido a cenar con el mayor Benjy. Aquello era muy improbable, ya que el mayor nunca tenía a nadie a cenar. Otros decían que había aceptado, y que Lucía pretendía sin duda enviar el mensaje de que no se esperaba contar con su presencia, pero que el coche de Georgie la llevaría a casa de nuevo. Con todo el pesar del mundo. Aquello, en cualquier caso, era tan solo un buen montón de puras conjeturas que servían para matizar lo que había ocurrido, sin perder tiempo (pues el tiempo era oro) en imaginar lo que podría llegar a ocurrir.

El reloj de la iglesia apenas había dado las once y media (horario invernal) antes de que el primero de los protagonistas apareciera en la escena de High Street. Fue la señorita Mapp, envuelta en sonrisas, y muy ocupada en sus habituales compras y recados. Iba y venía del verdulero al carnicero, y del carnicero a los ultramarinos, donde compró una trampa para ratones y fue extraordinariamente amable con los dependientes. Saludó a sus amigos, le dio unas palmaditas en la cabeza al perro del señor Woolgar, le dio un penique a un andrajoso que tenía una lúgubre voz de barítono en su interpretación de *La última rosa del verano*<sup>[69]</sup> y, por último, le dijo: «Muchas gracias por su dulce musiquilla». Luego, tras detenerse un instante en la acera delante de Wasters, llamó al timbre. Diva, que la había visto desde la ventana, corrió a abrir.

—Buenos días, Diva, querida —saludó Elizabeth—. Solo pasaba por aquí. ¿Alguna novedad?

—Dios bendito, ¡soy yo quien debería preguntarte eso! —contestó Diva—. ¿Qué ocurrió *realmente*?

Elizabeth pareció muy sorprendida.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? —preguntó.

—Como si no lo supieras... —dijo Diva, resoplando de impaciencia—. El señor Georgie, Lucía, la caja de pinturas, la falta de cadena en la puerta, tú en la ventana del cenador, el timbrecito. Etcétera. Ayer, por la mañana.

Elizabeth se puso el dedo en la frente, como si intentara reavivar algún vago recuerdo. Al parecer lo consiguió.

—¡Menuda cotilla estás hecha! —exclamó—. Creo que ya sé a qué te refieres. Georgie vino a pintar en el cenador, como hace muy a menudo, y...

—¿Lo llamas Georgie? —preguntó Diva en un vehemente paréntesis.

—Sí, creo que se llama así. Y él me llama Elizabeth.

—¡No...! —exclamó Diva.

—Sí —contestó Elizabeth—. No me interrumpas, querida... Dio la casualidad de que estaba yo en la ventana cuando él llamó al timbre, y yo simplemente asomé la cabeza y le dije que era un travieso por no pasar directamente.

—¿Hablando como los niños? —preguntó Diva—. ¿Como Lucía?

—Como cualquier niño que quieras mencionar —dijo Elizabeth—. ¿Por qué no?

—¿Pero con ella sentada en su coche justo debajo?

—Sí, querida, dio la casualidad de que estaba justo a punto de dejarme una invitación para su fiesta de inauguración de esta noche. ¿Vas a ir?

—Sí, claro, todo el mundo va a ir. ¿Pero cómo te atreves a ir tú?

Elizabeth adoptó un gesto meditabundo.

—Empiezo a comprender lo que quieres decir... —admitió al final—. Pero es una idea absurda. Lo que quieres decir, ¿verdad?, es que nuestra querida Lulú piensa... Dios mío, qué ridículo, que yo estaba burlándome de ella.

—Nadie sabe lo que piensa —respondió Diva—. No se la ha visto esta mañana.

—Pero Dios bendito de mi alma, ¿qué he hecho? —preguntó Elizabeth—. ¿A qué se debe este nerviosismo? ¿Es que hay una ley que permita solo a la señora Lucas llamar Georgie a Georgie? Qué ignorante soy entonces, si la hay. ¿Debería llamarlo Frederick? Y, por favor, ¿por qué no podría hablar yo al estilo infantil? ¿Otra ley, tal vez? Tengo que comprarme un libro con las leyes de Inglaterra.

—Pero tú sabías que estaba en el coche, justo debajo de ti, y que debió oírte.

Elizabeth se encontraba ahora en posesión de lo que quería saber. Diva era un barómetro bastante exacto del tiempo de Tilling, y el tiempo amenazaba tormenta.

—Bobadas, querida —dijo—. Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Si Lulú me oyó (y no sé si lo hizo, entiéndeme), ¿qué razón de queja tendría? ¿Acaso no puedo decir «Georgie»? ¿O no puedo decir «qué niño más travieso»? Dejémoslo. Ya verás esta noche lo equivocada que estás. Lulú se mostrará tan dulce y cordial como siempre. Y tú oirás con tus propios oídos cómo Georgie me llama Elizabeth.

Aquellas fueron unas palabras valientes, y representaban muy fielmente el corazón resuelto que las inspiraba. Tilling había tomado su conducta como un gesto equivalente a una declaración de guerra, exactamente lo que ella había pretendido que fuera, y si alguien pensaba ahora que E. M. tenía miedo, entonces estaba pero que muy equivocado... Luego, además, estaba la cuestión de la carta del señor Wyse, en la que dimitía del comité de selección. Debía consultar el barómetro de nuevo.

—Me parece que todo el mundo se ha vuelto un poco loco esta mañana... —apuntó—. Y si quieres que te sea absolutamente sincera, debería decir que el señor Wyse estaba ya loco de remate. Hubo un pequeño malentendido hace un montón de meses... Lo

recuerdo muy vagamente, algo referente a dos cuadros que Lulú y Georgie enviaron a la exposición de arte en verano. Yo pensaba que todo aquello se había solucionado y olvidado. Pero cometí una pequeña irregularidad. Técnicamente, yo cometí un error, y cuando yo cometo un error, como tú bien sabes, querida Diva, no me avergüenza confesarlo.

—Por supuesto que cometiste un error —contestó Diva cordialmente—, si es cierto lo que va contando el señor Wyse. Al parecer, devolviste los cuadros, aquellas preciosidades, con un rechazo formal a nombre del comité de selección, cuando ellos no los vieron en absoluto. Qué imprudente por tu parte. Me admiras.

Aquellos comentarios desfavorables no consiguieron que la operación pareciera menos irregular.

—Ya te he dicho que me equivoqué, Diva —respondió Elizabeth con cierta aspereza—, y que debería haber pensado que aquello resultaba excesivo. Y ahora el señor Wyse, removiendo el pasado otra vez del modo en que lo está haciendo, me ha escrito para decirme que él y Susan han dimitido de sus cargos en el comité de selección.

—Lo sé. Se lo han dicho a todo el mundo —aseguró Diva—. ¡Es horrible! ¿Qué vas a hacer?

El barómetro había descendido de un modo alarmante en esta nueva consulta.

—Entonaré un mea culpa —dijo Elizabeth, con aire de estar haciendo algo extraordinariamente noble—. Yo también dimitiré. Eso demostrará que, independientemente de lo que hagan los demás, yo estoy dispuesta a hacer todo lo que esté en mi mano para corregir un error técnico. Espero que el señor Wyse lo sepa apreciar y se avergüence de la carta que me ha escrito. Más aún, le haré el favor de considerar su carta como un texto escrito en un ataque de locura temporal, y confío plenamente en que no recaiga.

—Sí. Supongo que eso es lo mejor que puedes hacer —admitió Diva—. Eso le demostrará a todo el mundo que te arrepientes de lo que hiciste, ahora que el asunto se ha destapado.

—¡Eso no es muy generoso de tu parte, Diva! —exclamó Elizabeth—. Lamento que lo menciones.

—Pues yo no —dijo Diva—. Es una afirmación justa. ¿No te parece? ¿Qué tiene de malo?

Elizabeth se percató de repente de que en aquella crisis resultaba poco inteligente permitirse el lujo de darse a sus habituales riñas con Diva. Necesitaba aliados.

—Diva, querida, no debemos pelearnos —contestó—. Eso no serviría de nada. Me pareció que debía entrar a consultarte el modo de actuar más adecuado con el señor Wyse, y estoy encantada de que te muestres en todo tan de acuerdo conmigo. ¡Cómo confío en tu sensatez! Tengo que irme ya. ¡Qué velada tan encantadora nos espera! El mayor Benjy estaba pensando en declinar la invitación, pero le convencí de que eso no sería nada amable. Una fiesta de inauguración de una casa, ya sabes. Un ocasión tan especial...

La noche que todo el mundo esperaba con formidable impaciencia fue, en términos generales, una auténtica decepción para los espíritus más belicosos. Nada pudo superar la



cordialidad de Lucía para con Elizabeth, salvo la de Elizabeth para con Lucía. Ambas abandonaron el salón al final de la cena con los brazos y las cinturas entrelazados, lo que constituyó una imagen muy desagradable. Luego jugaron al *bridge* en la misma mesa, y se dedicaron tantos cumplidos al tiempo que deploraban sus propios errores que Diva comenzó a albergar los más serios temores de que ambas hubieran sido lo suficientemente malvadas como para ocultar ladinamente su enemistad, o que Lucía, en un espíritu de cristiana paciencia, absolutamente antinatural, hubiera decidido pasar por alto todos los ataques e insultos con los que Elizabeth había intentado provocarla. ¿O es que acaso Lucía pensaba que aquella degradante exhibición de magnanimidad era un arma mediante la cual se aseguraría la victoria, granjeándose así la simpatía y el aplauso de todo Tilling? Si era así, cometía un gran error, ya que Tilling no quería ser testigo de una demostración de perdón o cobardía, sino de una guerra sin cuartel. Además, si pensaba que semejante nobleza suavizaría el malévolo corazón de Mapp, demostraba una preocupante ignorancia del carácter de Mapp, pues ella consideraría aquello no como un acto de nobleza en absoluto, sino como la cobardía más innoble. Allí estuvo Georgie, delante de las mismísimas narices de Lucía, intercalando en su conversación más «Elizabeths» de lo que era estrictamente necesario para demostrar que le estaba hablando a ella, y ella le devolvía a él los correspondientes «Georgies». De tanto en tanto, cuando aquellas andanadas de nombres propios resultaban particularmente llamativas, Elizabeth le lanzaba a Diva algunas miradas de triunfo, como para recordarle que ella había profetizado que Lulú sería todo dulzura y cordialidad, y Diva apartaba entonces la mirada con angustia.

Por otro lado, aún quedaban motivos para la esperanza, y, tal y como transcurrió la velada, aquellos indicios eran cada vez más halagüeños. Se presentaban como pequeñas crestas de espuma y ráfagas de viento sobre la superficie tranquila del mar. Para empezar, la bajeza de Elizabeth en el asunto concerniente al Comité de Arte solo había salido a la luz unas horas antes, aquella misma mañana. Georgie, y no Lucía, había sido el responsable directo de aquella irrefutable revelación, pero era de suponer que él había actuado en connivencia con ella, si no por su expreso deseo, y aquello no parecía en absoluto una muestra de perdón sino una bofetada a Elizabeth. Ese detalle resultaba esperanzador, y el ojo avizor de Diva descubrió otros indicios de mal tiempo. Elizabeth, animada por los cumplidos y humildades de Lucía durante una larga partida de cartas, comenzó a mostrarse cada vez más con su verdadero talante, y a explicar a su compañera que había perdido tres bazas (no importa cuáles) por no haberse achicado, o una partida entera por no respaldar su envite, y Diva creyó detectar un cierto brillo peligroso en la mirada de Lucía cuando recibió aquellas recriminaciones. Con seguridad, además, se mordió el labio cuando Elizabeth de repente comenzó a llamarla Lulú otra vez. Irene, por su parte, actuó también de un modo que debe tenerse en cuenta: estaba resoplando y revolviéndose sin cesar en su sitio, lanzando miradas de odio feroz a Elizabeth, y en una ocasión Diva vio claramente cómo Lucía fruncía el ceño y negaba con la cabeza, en dirección a Irene. Y luego, en la opulenta cena que sucedió a las abundantes partidas de *bridge*, se sirvió la famosa langosta *à la Riseholme*. Conseguir la receta de aquel delicioso plato se había convertido, como todo Tilling sabía, en una verdadera obsesión para

Elizabeth, y en ese momento, excitada por las continuas victorias al bridge, y con la perseverante amabilidad de Lucía, se atrevió a hacer una nueva petición expresa de la receta.

—Lulú, querida —dijo—. Sería tan amable por tu parte darme la receta de tu langosta... Está tan buena...

A Diva le pareció que aquel era un momento crucial. Lucía se había negado en muchas ocasiones antes, pero ahora, si se comportaba como una buena cristiana y una cobarde, cedería. Pero una vez más, Lucía no ofreció respuesta alguna, y se limitó a preguntar al Padre en qué día de la semana caía Navidad. Así que Diva dejó escapar un suspiro de alivio, pues aún había esperanzas.

A pesar de aquel rechazo, apenas podía sorprenderle a nadie el que Elizabeth se sintiera en un elevado estado de euforia cuando acabó la deliciosa velada. Para el regreso al pueblo, los festivos invitados cambiaron el orden de los traslados, y Georgie llevó en su coche a Elizabeth y a Diva. Georgie iba fuera, con Dickie, pues, durante la última media hora, la autocomplacencia y la confianza en sí misma de Mapp (como la llamaba mentalmente con el fin de acabar con la costumbre de llamarla Elizabeth) habían crecido como champiñones, y si ella continuaba, como sin duda continuaría, tensando la cuerda, Georgie no podía asegurar que no le soltara algo muy desagradable. «Espera y verás», pensó. «No tardará en cantar una canción bien distinta».

La precaución de ir en la parte descubierta del coche, bien abrigado con su gorra, su esclavina y su manta de pieles, estaba bien fundada, porque apenas le había lanzado Mapp el último beso con la mano a Lulú (que había salido a la puerta para verlos partir), y apenas había terminado de contar todo el dinero que había ganado, cuando empezó a proferir una cantinela de intolerable triunfalismo y condescendencias.

—¡Pues muy bien! —exclamó, subiendo la ventanilla—. Si yo te preguntara ahora, querida Diva, cuál de las dos estaba en lo cierto respecto a cómo iba a discurrir esta velada, no creo que pudiera haber muchas dudas en la respuesta. ¿Habías visto alguna vez a Lulú tan deseosa de complacerme? ¿Y me has oído decir Georgie a Georgie, y cómo él me llamaba Elizabeth? A Lulú no le gustó, estoy segura, pero tuvo que tragarse su propia medicina, y lo hizo con muy buen talante, debo decir. Solo necesitaba una pequeña lección, y creo que puedo afirmar con toda exactitud que se la he dado. No tenía ni idea, debo confesarlo, de que se lo iba a tomar así, rindiéndose de esta manera. Todo lo que tuve que hacer fue asomarme a la ventana fingiendo que no la veía, y dirigirme a Georgie con esa vocecilla y ese modo de hablar tan idiota, y ya está.

Diva había intentado decir algo al principio, pero Elizabeth solo se detenía para coger aire, y continuaba de inmediato en un tono de voz cada vez más elevado. Así que Diva también hablaba cada vez más alto, hasta que Georgie se volvió para ver lo que estaba pasando allí dentro. Ambas se callaron, y le sonrieron, y luego comenzaron otra vez.

—Si me permitieras meter baza... —intervino Diva, que tenía ciertos argumentos sólidos que aportar y que, si no hubiera sido una dama, podría haber abofeteado de rabia impotente el rostro de Mapp.

—No me parece a mí —continuó Elizabeth— que vayamos a tener muchos más problemas con ella y sus aires de reinona. Ha sido una fiesta de inauguración bastante

cálida, y no había duda de que la casa lo necesitaba, porque hacía un frío de mil demonios en el comedor. Y tengo la firme sospecha de que la crema de pollo era de conejo. Lo único que necesitaba esa mujer era aprender que cualesquiera que fueran sus modales cuajados de condescendencias y superioridades en Riseholme, sería mejor que no los practicara en Tilling. Parecía muy deseosa de enseñarnos y de mandarnos y de guiarnos. ¡Pluf! Elizabeth, ¡y esa soy yo, querida!, Elizabeth tiene un corderito que vive en Grebe y que da una fiesta de inauguración en su casa... Así que ya puedes imaginarte quién es *ese corderito*. ¡Menudo modo que ha tenido de salir y envidar esta noche en las cartas! Y pensar que hace apenas unas semanas estaba pensando en dar clases de *bridge*...

—¡Fuisteis igual de malas! —gritó Diva—. Le dijiste que estaba jugando maravill...

—Estaba «todo el rato encima de mí» —siguió Mapp—, por usar esa expresión tan vulgar y espantosa del mayor Benjy. Era como un perro que recibe una regañina y luego viene suplicando, pobrecita mía, para que lo perdonemos. Fíjate, querida, que yo no digo que sea una mala mujer de ningún modo, pero precisaba que la pusieran en su sitio. Y Tilling debería darme las gracias por haberlo hecho yo. Vaya, ya hemos llegado a tu casa. ¡Qué corto se me ha hecho el trayecto!

—De todos modos, no has conseguido la receta de la langosta *à la Riseholme* —apuntó Diva, pues esa era una de las cosas que más ansiaba decir de una vez.

—Un pequeño coletazo final —admitió Mapp—. No tengo la menor duda de que reflexionará sobre ello y me la enviará mañana. Buenas noches, querida. Ya mandaré invitaciones para que celebremos una veladita de *bridge* cualquier día de estos, a finales de semana.

La desconcertada Diva se metió en Wasters, abatida después de haber recibido tan convincentes y evidentes comentarios acerca de la velada por parte de Mapp. Era un final verdaderamente deprimente para tanta expectación. Y toda aquella emocionante tensión, en vez de estallar, se había relajado hasta convertirse en la nada más deprimente. Pero ella no iba a perder totalmente la esperanza porque había entrevisto la brisa y las crestas de espuma en el mar calmado. De modo que se quedó dormida visualizando aquellos sugerentes y prometedores indicios.

Aunque Georgie había pensado que el cenador del jardín le requeriría al menos dos sesiones más antes de que el dibujo alcanzara el más alto estadio de perfección necesario en cualquier obra de arte (en este sentido quería emular conscientemente a los prerrafaelitas), al final decidió que le daría un aire algo más impresionista. Y así lo hizo, y a la mañana siguiente lo envió para que lo enmarcaran. En consecuencia, el vaso de agua que Elizabeth había llevado para él, anticipándose a su ya habitual visita de las once de la mañana en punto, permaneció inmaculado pues no se enjuagó en él ningún pincel, y a las doce, Elizabeth, que estaba bastante sedienta como consecuencia de la cena tardía de la noche anterior, se lo bebió entero. Dos días después, era una mañana muy lluviosa, el mayor Benjy no salió a jugar su habitual partido de golf, y de nuevo Georgie renunció a pintar. Sin embargo, pocos minutos antes de que diera la una, Elizabeth observó que su coche estaba a la puerta de Mallards Cottage; pasó junto a su ventana, se detuvo en casa del mayor Benjy, y este salió y se montó. Era imposible no recordar que en invierno Lucía siempre acostumbraba a almorzar a la una —si disfrutaba de su *colazione* solamente una hora más tarde, lo único que conseguía es que la tarde se quedara en nada—. Pero era una sorpresa ver al mayor Benjy yendo en coche con la señorita doña Costurerilla Miguel Ángel, y muy difícil imaginar a qué lugar en el mundo podrían ir los dos juntos, si no era a Grebe.

Aún faltaba media hora para que ella misma se sentara a comer, así que escribió siete tarjetas de invitación a siete amigos diferentes para que acudieran a tomar el té ese mismo sábado, y para que jugaran al *bridge* después. Los *destinataires* de aquellas misivas eran los Wyse, el Padre y su parienta, además de Diva, el mayor Benjy y Georgie: si los contaba, hacían un total de ocho, dos mesas enteras, pues. Lucía no tendría el honor: le vendría bien que la dejaran al margen esta vez, solo para que se le quedara grabada la lección. Debía aprender a ir detrás de los amos, acudir cuando se la llamara y dar las recetas cuando se le pidieran, algo que hasta ese momento no había hecho.

Se habían sucedido varios días de intensa lluvia, pero a primera hora de la tarde el cielo se abrió, y Elizabeth se dispuso a dar un vigorizante y saludable paseo. Los caminos campestres seguramente estarían llenos de barro, porque desde el final de High Street vio que había mucha agua en las marismas, así que se limitó a pasear por aquel excelente camino que, una vez superado Grebe, no conducía a ninguna parte en particular. Estaba dispuesta a entrar y agradecerle a Lucía su encantadora fiesta de inauguración, con el fin de confirmar que Georgie y el mayor Benjy habían ido a comer con ella, pero no fue necesario hacer una cosa tan humillante, pues allí, justo delante de la casa, estaba aparcado el coche de Georgie, así que al menos ese problema concreto estaba resuelto (le gustara o no, y no le gustaba). La casa estaba bastante cerca del camino: para llegar a ella había que atravesar un senderillo empedrado de media docena de yardas, flanqueado en la cancela de la entrada por gruesos setos de ojaranzo. Y justo cuando Elizabeth pasaba

junto al coche de Georgie, la puerta principal se abrió, y vio a Lucía en el umbral con sus dos invitados. El mayor Benjy estaba riéndose con aquel vozarrón suyo, y Georgie emitía agudos relinchos, como si fuera un potrillo, con voz entrecortada.

La tentación de averiguar de qué se estaba riendo Georgie fue irresistible. Elizabeth avanzó unos cuantos pasos más, se puso a cubierto tras el seto de ojaranzo y contuvo la respiración.

El mayor Benjy lanzó otro jo-jo-jo, y añadió:

—Por mi vida, ¿de verdad hizo eso? —dijo—. Hágalo otra vez, señora Lucas. No me he reído tanto en mi vida. ¡Qué impertinente del demonio!

La voz y las palabras que se oyeron a continuación fueron inconfundibles:

—¡Eres un niño muy malo, muy malo, Georgie! —exclamó Lucía—. No vuelvas a llamar al timbrecito de la pobrecita Elizabeth...

Elizabeth apretó el paso cuando oyó que los tres bajaban por aquel senderillo empedrado. Pero aunque se dio prisa, aún pudo oír un poquito más.

—¡Pasa siempre directamente, y me llamas para que te oiga bien! —continuó la voz, repitiendo palabra por palabra el discurso del que ella tanto se había enorgullecido—. ¡No tengo cadenita en la puerta...! —Y entonces vino aquella detestable parodia—: ¡Entra, ahora que Liblib ha *ritornata* a *Mallardino*!

Antes de que los invitados de Lucía terminaran de salir por la cancela, Elizabeth aceleró el paso por el camino que no conducía a ninguna parte con el espíritu aterrorizado, como si hubiera visto un fantasma. Afortunadamente, al final del jardín, el seto de ojaranzo giraba en ángulo recto, y fue tras aquel bastión donde se ocultó hasta que, presa de las más angustiosas dudas, pudo oír que el coche se alejaba en dirección a Tilling. ¿Sería posible que su propio discurso, el mismo que ella había pensado que había hundido el orgullo de Lucía, se estuviera volviendo en su contra en forma de burla y mofa? Parecía no solo posible, sino hasta probable. ¿Y cómo se atrevía la señora Lucas a inventarse y a repetir, como si lo hubiera dicho ella, aquella bobada de *ritornata* y *Mallardino*? Nunca en su vida ser le habría ocurrido decir nada semejante...

Cuando comprobó que no había ya moros en la costa, cogió el camino de nuevo y anduvo a paso vivo en dirección opuesta a Tilling. La marea estaba muy alta ya, pues el río había crecido con las últimas lluvias, y las aguas habían superado el nivel del cauce y se extendían formando un gran lago a ambos márgenes, junto al dique que protegía el camino. Conmocionada como estaba, la señorita Mapp no pudo evitar admirar la amplitud de aquella extensión de agua, ahora iluminada por un rayo de sol. Enfrente, hacia el oeste, la colina de Tilling se recortaba oscura contra un cielo que se enrojecía por el atardecer invernal. Acababa de girar un recodo del camino, y entonces se dio cuenta de que delante de ella, a no mucha distancia, alguien más estaba admirando el paisaje como ella, aunque en un sentido más práctico quizá. Pues allí, junto a la carretera, pudo distinguir sentada a la pintoresca Irene, con la boca llena de pinceles y la nariz pegada a un caballete. No había visto a Irene desde la noche de la fiesta de inauguración de la casa de Lucía, ocasión en la que no se había mostrado excesivamente cordial, precisamente. Así que Elizabeth pensó que ya había caminado suficiente y se dio la vuelta. Pero no contaba con que a estas alturas Irene evidentemente también la había visto a ella, porque

hizo la visera con la mano por encima de los ojos para protegerse de la luz deslumbrante, se sacó algunos pinceles de la boca y la llamó con grandes aspavientos. En su voz a Elizabeth le pareció detectar lo que podría haberse denominado un tonillo peligroso.

—Eh, tú, Mapp —dijo—. ¿Qué, almorzando con Lulú...?

—Qué dibujo tan bonito, querida —respondió Mapp—. No, solo una pequeña caminata a buen paso. No he estado comiendo en Grebe hoy.

Irene se rio con voz ronca.

—No me parecía muy probable, pero pensé que debía preguntarte —dijo—. Sí; estoy bastante satisfecha con mi cuadro. Un aspecto sangriento en la luz del sol, ¿no?, como si el Día del Juicio Final estuviera a punto de llegar. Voy a enviarlo a la exposición invernada de la Sociedad Artística.

—Nena, querida, ¿a qué te refieres? —preguntó Mapp—. No tenemos exposición invernada.

—No, pero la vamos a tener —añadió la nena—. Un nuevo comité de selección, ya sabes, rebosante de energía, dinamismo y empuje. ¿No te han pedido que les envíes algo...? Por supuesto, el espacio que tienen a su disposición es muy limitado.

Mapp se rio, pero lo hizo sin mucha alegría. Aquel picajoso tonillo de Irene le estaba pareciendo de lo más desagradable.

—La primera noticia que tengo —dijo—. Un gesto muy emprendedor, sin duda, por parte del señor Wyse y de la querida Susan.

—No. Ha sido idea de tu dulce Lulú —informó Irene—. En cuanto enviaste tu dimisión, le pidieron que fuera la presidenta.

—Qué bien para ella —contestó Mapp con entusiasmo—. Le gustará sin duda. Tengo que ponerme a trabajar en algún dibujito para enviárselo.

—Ese que hiciste desde la torre de la iglesia cuando Lucía tenía la gripe —dijo aquella horrible Irene—, ese sería bonito... Ah, lo olvidé. Qué tonta. Se expone solo por invitación: el comité le está pidiendo a unas pocas personas que le envíen su trabajo. Seguro que te piden algo. Un plan de campanillas, vaya que sí. Así nadie cometerá ningún error rechazando el cuadro que no es.

Mapp tragó saliva, pero al punto se animó.

—Comprendo. Entiendo que se reunirán todos los académicos y los cuadros se colgarán a la altura de los ojos —dijo sin inmutarse.

—Sí. A la altura de los ojos, o colocados en caballetes —replicó Irene—. ¡Maldita luz! ¡Y está oscureciendo! Tengo que recoger. Sujétame estos pinceles, haz el favor...

—Vale, y luego regresamos a casa juntas, ¿de acuerdo? ¿Una taza de té, querida? —preguntó Mapp, deseosa de reconciliarse y de averiguar más cosas.

—Oh, no, no te molestes... Voy a casa de Lucía, me temo. Los Wyse vienen a jugar con la *nenita Lucía* al *bridge*, y de paso a celebrar una reunión del comité —dijo Irene.

—Eres una *nena* muy cruel por imitar así a la pobre Lulú —contestó Mapp—. ¡Qué bien has captado esa estúpida forma suya de hablar como los críos! Es su voz clavada. Adiós.

—Lo mismo digo, caramba —dijo Irene.

Indudablemente, pensó Mapp mientras caminaba rápidamente hacia su casa, había

una especie de tonillo burlón en la conversación con la pintoresca Irene que no le hizo ninguna gracia. No hacía más que lanzar indirectas y alusiones malévolas; vaya conversación cargada de amenazas ocultas. Incluso su imitación de la jerga infantil de Lucía no fue totalmente satisfactoria. ¿Y si la pintoresca Irene estuviera imitando realmente su imitación de Lucía, igual que había hecho la propia interesada? Desde luego, la cosa tenía bemoles. Entonces se cruzó con el Rolls-Royce de los Wyse, que se dirigían a Grebe. Le lanzó un beso con la mano al montón de martas cibelinas que distinguió dentro, pero estaba demasiado oscuro para ver si el saludo fue devuelto convenientemente. Su revitalizante paseo vespertino no había resultado revitalizante en absoluto; al contrario, se sentía cansada, deprimida, ansiosa. Tenía hambre, y no solo de té, sino de más información. Al parecer había cosas en juego respecto a las cuales permanecía tristemente ignorante, e incluso cuando su ignorancia se iluminaba, esas cosas seguían siendo tristes. Quizá Diva (tremenda cotilla) pudiera decirle algo más sobre aquella exposición de invierno, y por eso se encaminó a Wasters. Diva estaba en casa, afortunadamente, aunque no la recibió al momento, sino que le rogó que esperase unos minutos a que bajase para tomar el té.

La estancia donde la acomodaron era pequeña, y tenía una ventana que daba al jardín cuyos frutos a la sazón le habían proporcionado tantos botes de excelentes conservas durante el verano, pero no pudo por menos que advertir que estaba horriblemente desordenada, como toda la casa de Diva, por lo demás. Había un montón de papeles revueltos en una mesa, notas medio metidas en sus sobres, crucigramas recortados del *Evening Standard*, todos sin acabar; allí estaba su propia tarjeta también, la que le había enviado a Diva aquella misma mañana, y una hoja de papel con el sello de Grebe y el monograma de Lucía, que pareció ofrecerse deliberadamente a su mirada. Una mirada de todo punto casual que reveló que era una solicitud del Comité de Arte para que la señora Plaistow les hiciera el honor de enviarles un par de dibujos para la inminente exposición de invierno. Durante todo ese rato, desde el dormitorio de Diva, justo encima de su cabeza, llegaba el sonido de pasos rítmicos o incluso golpes que resultaban difíciles de explicar. Tras unos pocos minutos los golpes cesaron, y los pasos de Diva en la escalera le concedieron a Elizabeth el tiempo suficiente para poder coger el primer libro que tuvo a mano, y hundirse en una butaca junto al fuego. Comprobó, con un sentimiento de aprensión similar a aquellos que la habían acosado durante toda la tarde, que era un ejemplar del *Sistema ideal de calistenia para los que ya no son muy jóvenes*, del cual le parecía haber oído algo en algún sitio. En la portadilla del libro había una dedicatoria: «Para Diva, de Lucía», y entre paréntesis, como una especie de prescripción: «Diez minutos de los ejercicios del capítulo 1, dos veces al día, de momento».

Diva penetró muy briosamente en la sala. Traía la cara más colorada de lo habitual y, tal y como notó Elizabeth de inmediato, levantaba mucho los pies cuando andaba, y llevaba la cabeza hacia atrás y el pecho fuera, como un pichón. Esta vez no hubo discusión alguna sobre quién metería baza, pues fue ella la que empezó a hablar antes de que hubiera abierto la puerta completamente.

—Me alegro de verte, Elizabeth, querida —dijo—. Estaré encantada de ir a jugar al

*bridge* el sábado. No me he sentido tan bien en mi vida, ¿sabes?, y solo lo llevo *haciendo* dos días. Ah, ya veo que tienes el libro...

—Ya te he oído pateando y dando golpes, querida —respondió Elizabeth alzando el libro—. ¿Es por esto?

—Sí, lo hago dos veces al día, diez minutos cada sesión. Aclara la mente, también. Si te sientas a hacer un crucigrama después de tu sesión de calistenia te das cuenta de que la cabeza te funciona mucho más ágilmente de lo habitual.

—¿Calistenia... *a la Lucía*? —preguntó Elizabeth.

—¡Sí...! Y también Irene, y la señora Bartlett, todas lo hacemos, y la señora Wyse va a empezar, aunque más suavemente, me temo. ¿No te ha dicho Lucía nada de esto?

He aquí otra revelación. Elizabeth se enfrentó a ella con valentía.

—No. Nuestra querida Lulú sabe lo que pienso acerca de ese tipo de modas. Una caminata enérgica como la que me he dado yo esta tarde es todo lo que una debe necesitar. Un atardecer con colores preciosos y una marea muy alta. La pintoresca Irene estaba dibujando en el camino, un poco más allá de Grebe.

—Sí. Va a mandar alguna pinturilla de las suyas, junto con otros tres cuadros, a la exposición invernal. ¡Ah, a lo mejor es que no te has enterado! Será justo después de Navidad.

—Muy buena idea... Me lo he estado pensando —dijo Elizabeth.

La suspicaz mirada de Diva se dirigió rauda hacia la mesa donde reposaba aquella halagüeña petición sobre el montón de papeles. Elizabeth no se equivocó al captar el significado de aquella mirada.

—Irene me lo dijo —añadió apresuradamente—. Tengo que ver si puedo encontrar tiempo para hacerles algo.

—Ah, entonces te lo han pedido... —dijo Diva con un matiz de decepción en su voz—. A mí también me lo han pedido...

—¿No...! ¿De verdad?

—... Así que, claro, les he dicho que sí; pero me temo que estoy un poco desentrenada. Lucía impartirá una conferencia sobre arte moderno en la apertura, y luego todos iremos y veremos los cuadros de los demás.

—¡Qué divertido! —exclamó Elizabeth cordialmente.

Entre tanto trajeron el té. Había un bote de mermelada de verduras y Elizabeth untó generosamente su tostada de mantequilla, y se la metió casi entera en la boca. Lanzó un gritillo de ahogo, y lo pasó todo con un trago de té.

—¿Ocurre algo?

—Sí, querida. Me temo que está fermentando —dijo Elizabeth, dejando el resto de su tostada en el plato—. Y no me puedo ni imaginar de qué está hecha...

Diva miró el bote.

—Deberías saberlo —contestó—. Es uno de los botes que me enviaste. De calabacín, dice la etiqueta. Siento mucho que sea incomedible. A propósito, hablando de comida, ¿te envió Lucía la receta de la langosta?

Elizabeth le sonrió con el gesto más dulce.

—Ay, nuestra querida Lucía... —dijo—. Ha estado tan ocupada con el arte y la



calistenia... Debe de haberlo olvidado. Pero no te preocupes. Yo le refrescaré la memoria.

La tarde había sido pródiga en desagradables sorpresas. Elizabeth pensaba en ello mientras subía a Mallards aquella noche. Sorpresas que tenían que ver con las actividades locales, el arte y la gimnasia, cosas de las que no había sabido hasta entonces, y todas ellas parecían tener un origen común: intuía que tras ellas, en labores organizativas, había una mano negra. Aquello era ciertamente desconcertante, sobre todo porque, solo unos pocos meses antes, Elizabeth se había sentido segurísima de que aquella mano le había sido tendida, suplicándole perdón. Ahora parecía como si aquella mano hubiera desaparecido y estuviera ocupadísima con sus propios y frenéticos asuntos.

Se detuvo junto a la puerta de su casa. Por los resquicios que dejaban los pliegues de las cortinas vio la luz que se escapaba en Mallards Cottage, y pensó que sería buena idea pasar a visitar a Georgie y ver si podía averiguar alguna cosilla más. Decidió que se mostraría extraordinariamente amable: admiraría su labor de costura (si estaba en ello), alabaría lo impoluto de su salón (pues Georgie siempre apreciaba cualquier cumplido hacia Foljambe), y cantaría las alabanzas de Lucía, aunque después le salieran ampollas en la lengua.

Foljambe salió a recibirla. La puerta del salón estaba entreabierta, y cuando dejó el paraguas, oyó la voz de Georgie hablando por teléfono.

—El sábado, a las cuatro y media, apuntado —decía—. Acabo de recibir la invitación. ¿Te ha invitado a ti?

Georgie, como había observado Elizabeth con frecuencia, estaba más sordo de lo que creía (lo cual explicaba que no oyera todas las notas que tocaba mal en sus duetos con Lucía), y no la había oído entrar, aunque Foljambe dijo su nombre bastante alto, casi lo gritó. Estaba enfrascado en lo que se le estaba diciendo al otro lado de la línea, salpicando la conversación con exclamaciones de lo más desesperadas: «¡Dios mío!», «¡No...!» y «¡No me lo digas!». En una de esas, sin embargo, se volvió y la vio con el rabillo del ojo. Y entonces, con una expresión de terror en la mirada, colgó el auricular silenciosamente.

—¡Dios mío, Elizabeth! ¡No la había oído entrar...! —exclamó—. ¡Qué agradable por su parte...! Acababa de decirle a Foljambe que trajera té. Dos tazas, Foljambe, dos tazas.

—Te estoy importunando... —dijo Elizabeth—. Veo que estabas ahí, tan entretenido con tu labor de costura, pasando una agradable velada de hombre soltero.

—Nada de eso, nada de eso... —contestó Georgie—. Siéntese en una silla junto al fuego.

Elizabeth no consideró necesario explicarle que ya había merendado con Diva, si es que un bocado de verduras fermentadas podía llamarse propiamente merienda. Se acomodó en la silla que Georgie le acercó.

—Qué labor tan bonita... —comentó, mirando el bastidor de *petit point* de Georgie—. Menuda vista que debes de tener para hacer algo así y no equivocarte todo el tiempo.

—Sí, todavía tengo buena vista... —dijo Georgie, metiéndose de tapadillo la funda de las gafas en el bolsillo—. Estaré encantado de acudir a tomar el té y a jugar al *bridge* el sábado. Muchas gracias. Acabo de recibir su invitación...

Eso ya lo sabía la señorita Mapp.

—Estupendo... —dijo—. Y cómo envidio a tu Foljambe. Ni una mota de polvo se ve. Se podría merendar en el suelo, como se dice vulgarmente.

Georgie se dio cuenta de que no lo estaba llamando «Georgie». Aquello confirmaba su creencia de que su uso se limitaba a cuando estaba presente Lucía, como un modo de molestarla. Entonces volvió a sonar el teléfono.

—¿Me disculpa...? —dijo Georgie.

Se dirigió al teléfono, bastante nervioso. Lo que pensaba: Lucía otra vez, diciéndole que antes se había cortado. Aguzando el oído todo lo que podía desde donde estaba sentada, la señorita Mapp solo pudo escuchar una especie de rumor confuso y entrecortado. Para mostrar lo indiferente que le resultaba la conversación, se puso los dedos junto a las orejas, preparados para taparlas cuando Georgie volviera, y se esforzó en oír lo que decía.

—Sí... sí... —Murmuraba Georgie—. Muchas gracias... sí, encantador. Lo recojo yo, ¿entonces? A las ocho menos cuarto, ¿no es así? Sí, a ella también. Sí, los he hecho todos hoy: no me he mareado nada de nada... No puedo seguir ahora, Lucía. La señorita Ma... *Elizabeth* acaba de llegar para tomar una taza de té... Sí, se lo diré.

Elizabeth pensó que ya lo había entendido todo: no en vano era una adicta a la reconstrucción telefónica. Obviamente, había otra fiesta programada en Grebe. Las referencias a «él» y a «ella» sin duda remitían al mayor Benjy y a ella misma, a quien Georgie recogería como la otra vez. Y «los» se refería a los ejercicios gimnásticos. Y en cuanto a la promesa final de Georgie de decirle algo, significaba claramente que él le trasladaría la invitación. Aquello resultaba muy satisfactorio: evidentemente Lucía estaba deseando mostrarse conciliadora. Entonces Georgie regresó y vio a Elizabeth sonriendo alegremente junto al fuego, con las manos encima de las orejas. Cuando se puso en su campo de visión, ella se desentaponó los conductos auditivos.

—¿Acabaste? —preguntó—. Espero que no acortaras la conversación por mi culpa...

—En absoluto —respondió Georgie, pues ella no pudo haberle oído decir (a menos que estuviera fingiendo) que había hecho precisamente eso—. Era Lucía. Le envía recuerdos.

—Qué encanto, es un cielo —dijo Elizabeth, y esperó para obtener más información, sobre todo en lo referente a lo de la invitación.

Pero al parecer no había más que los recuerdos de Lucía, y Georgie le preguntó si quería azúcar. Sí, quería azúcar, y ella probó a ver si él admitiría otra clase de azúcar, tanto para él como para Lucía.

—Qué fiesta tan absolutamente encantadora la de la inauguración —dijo—, y cómo nos divertimos. Parece que Lucía tiene tiempo para todo, *bridge*, esos encantadores duetos contigo, el italiano, *el griego* (aunque no hemos sabido mucho de eso últimamente), una exposición invernal y un discurso sobre arte moderno (cómo me apetece escucharlo), la calistenia...

—Ah, sí, debería usted probar los ejercicios de calistenia —dijo Georgie—. Uno se estira, da unos cuantos brincos, y luego se siente más joven que nunca. Todos lo estamos practicando.

—¿Y de verdad da ella las clases, tal y como amenaz... como prometió?

—Lo hará cuando dominemos los elementos básicos —dijo Georgie—. Daremos varias vueltas alrededor del huerto de la cocina, por caminos de ceniza (ya sabe, se mantienen en perfecto estado aunque llueva), marcando el ritmo, saltando, flexionando y levantando las piernas. Y si llueve, practicaremos en la cocina. Se pueden abrir las dos puertaventanas. El aire puro es de la mayor importancia. También está esa enorme mesa de cocina, para subirnos a ella cuando estamos haciendo los ejercicios natatorios. Uno se siente como encima de una gran balsa.

Elizabeth no tuvo el humor suficiente para preguntar si el mayor Benjy iba a estar en ese grupo también. Sería demasiado triste saber que él, que se había enfrentado con tanta firmeza a la dominación de Lucía, estuviera en proceso de ser absorbido por aquel infernal torbellino de entusiasmos deportivos. Casi deseaba haberle pedido que participara en la partida de *bridge* del día siguiente; pero ya era demasiado tarde. Sus siete invitaciones —siete contra Lucía— ya se habían enviado, y hasta que no llegara a casa no sabría si podría contar con las dos mesas completas.

—Y esa exposición invernal... —preguntó—. ¡Qué buena idea...! Todos somos muy perezosos en invierno en este nuestro querido y viejo Tilling, así que esto nos servirá para tener alguna otra cosa en la que entretenernos. ¿Vas a enviar esa deliciosa pintura tuya del cenador? ¿Cuánto disfrutaba de nuestras encantadoras mañanas de chismorreos cuando lo estabas pintando!

Según las normas habituales de la conversación social, Georgie debería haberle preguntado qué iba a enviar ella a la exposición. Pero no dijo nada de eso, sino que pareció sentirse bastante incómodo. Así que, entonces, como le había dicho Irene, la exposición se surtiría probablemente de pinturas enviadas a petición del comité, y de momento aún no le habían pedido nada a ella. Pensó que debería asegurar su participación en el evento, y, más que nada para cubrirse en salud, decidió enviar un cuadro sin que nadie se lo pidiera. Eso le mostraría con certeza qué estaba ocurriendo.

—¿A que fueron agradables aquellas mañanas? —dijo el evasivo Georgie—. Lo sentí mucho cuando finalmente terminé el cuadro...

Georgie parecía inusualmente esquivo: no dispensaba voluntariamente la información sobre la exposición invernal, ni sobre las llamadas telefónicas de Lucía, ni había mencionado que él y el mayor Benjy habían almorzado con ella ese mismo día. Pensó que lo dirigiría en esa dirección...

—¡Qué feliz está nuestra querida Lucía en su hermosa Grebe! —comentó—. Precisamente hoy he dado yo mi paseo por el camino que lleva hasta allí. Su jardín, ¡qué agradable! La marea estaba muy alta. El río fluyendo hacia el mar, y la marea subiendo para enfrentarse a él. ¿Te lo puedes imaginar?

Georgie enseguida lo vio claro: hablaría de mareas con sumo gusto, pero no de almuerzos.

—Sí, resulta bonito —dijo—, pero me han dicho que en apenas diez días estarán activas las mareas de primavera, y serán mucho más altas. Ha habido ocasiones en que, al parecer, el agua ha rebosado hasta el camino, justo hasta la casa de Lucía.

Cuando Elizabeth regresó a Mallards aquella noche estaba más intranquila que

nunca. Lucía estaba ocupadísima organizando clases de calistenia y exposiciones invernales y, obviamente, le quedaba tiempo para dar alguna que otra fiesta en Grebe, pero no le había dicho ni una sola palabra sobre ninguno de esos asuntos, ni siquiera se había dignado a enviarle la receta de la langosta *á la Riseholme*. Pero ya no había nada más que pudiera hacer aquella noche, excepto dar los pasos precisos para poder participar en una exposición a la que nadie le había pedido que contribuyera. La casa estaba repleta de dibujos suyos: seleccionó el mejor de todos y ordenó a Withers que lo empaquetara y lo enviara, con su tarjeta, al comité de la Sociedad Artística, en Grebe.

Las partidas invernales de *bridge* en Tilling seguían, en general, un modelo fijo e invariable. A las cuatro y media se servía un té extraordinariamente sustancioso, con sándwiches de jamón de lata y todo, y después de dar cuenta de aquella merendola, seguían al menos tres horas de *bridge*. Tras semejante ágape, nadie, como se comprenderá perfectamente, nadie tenía ni el menor interés en cenar... Y aunque alrededor de las ocho se levantaba la partida, con gritos de asombro por lo tardío de la hora, y los participantes decían que se iban volando a casa para vestirse para la cena, aquella era solo una manera de hablar. «Una bandeja» a lo sumo era todo el refrigerio que todos ellos solían precisar, y nadie se vestía para una solitaria bandeja. Elizabeth era una gran defensora de esta ficción consistente en *vestirse-para-la-cena*, y se sabía que en alguna ocasión había abandonado la partida a las nueve diciendo que Withers la regañaría por llegar tan tarde, y que su cocinera estaría furiosa<sup>[70]</sup>.

Así que aquel sábado por la tarde la partida se reunió en Mallards contando con los ocho jugadores previstos. Los invitados se mostraron extraordinariamente cordiales: era como si quisieran ganarse la buena voluntad de su anfitriona por lo que estaba a punto de suceder. También llamó la atención de aquella poderosa observadora el hecho de que no se había comido ni con mucho lo que era habitual. Había puesto los sándwiches de caviar (de los cuales la señora Wyse se había comido nueve sin darse apenas cuenta) y también había puesto los bombones de chocolate (de los cuales Diva se había comido todos), pero aunque los bombones estaban delante de Diva, y el caviar enfrente de Susan, ninguna de ellas mostró nada que recordara ni por asomo a su gula habitual. Había pastas escocesas para el Padre, quien, aunque era de Birmingham, era insaciable en lo que a ese tipo de galletas nacionales se refería, y había whisky y soda para el mayor Benjy, que no acostumbraba a tomar té. También ellos dos se mantuvieron misteriosamente abstemios. Tal vez fuera culpa de aquel tiempo bochornoso y lluvioso, pensó Elizabeth, que los había puesto a todos una pizca melancólicos, o más probablemente habían sido aquellos ejercicios de calistenia a los que tan aficionados eran, que les habían quitado el apetito. Pero lo más llamativo de la merienda, quizá, es que nadie sacara a relucir, siquiera de rebote, el nombre de Lucía.

Pasaron al cenador donde se habían dispuesto ya dos mesas para el *bridge*, y hasta las seis y media no ocurrió nada reseñable. A esas alturas, Elizabeth era compañera del mayor Benjy, así que le entró una terrible aprensión cuando vio que este, a pesar de que ella se había asegurado una excelente mano (a un coste excesivo, como quedó patente enseguida), no estaba precisamente atento al juego, como era habitual en él: bien al contrario, se levantó y se aproximó a la chimenea, entregándose a ciertos ridículos

movimientos. Se inclinaba una y otra vez, aparentemente intentando tocarse la punta de los pies con los dedos, movimiento que venía acompañado de una terrible andanada de pequeños crujidos de sus coyunturas (si era de las rodillas o de las caderas, eso era imposible decirlo). Luego empezó a girar en redondo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si fuera un loro y estuviera intentando mirarse la espalda. Aquella era una conducta extraña e inquietante, y Elizabeth pensó que decididamente el mayor había sido absorbido por el torbellino calisténico. Pero lo que resultó aún más inquietante todavía fue que cuando se volvió a sentar se aproximó a Georgie, que estaba en la misma mesa, y le susurró: «Con esto ya tengo mis diez minutos, muchacho». A Elizabeth aquello no le gustó en absoluto. Ahora ya sabía a qué debían referirse con lo de los diez minutos. Y además, aquella entrañable forma de dirigirse a la señorita doña Costurerilla Miguel Ángel resultaba un poco preocupante. El único consuelo era que la atención de Georgie no estaba puesta en la partida y que echó a la mesa un triunfo junto con la mejor carta de su compañero. Cuando concluyó la mano, Elizabeth todavía estaba a tres bazas de cumplir su apuesta, y eso que aún le esperaba otra sorpresa, pues el mayor Benjy, en vez de enojarse horrorosamente por causa de su fallo, se lo tomó con muy buen humor. ¿Qué diablos le podía estar ocurriendo?

—Muy bien jugado, señorita Elizabeth —dijo—. Me temía que, después de mi impresentable apuesta, acabaríamos perdiendo bastante más.

Por momentos, Elizabeth se sentía más y más desconcertada. Más aún que cuando constató que ninguno de ellos tenía apetito, y que estaban siendo extraordinariamente amables con ella. ¿Estaban de nuevo arracimándose en torno a ella o es que su silencio sobre Lucía constituía en cierto modo una discreta aprobación de su ausencia? ¿O es que había quizá alguna relación oculta entre sus inapetencias, sus reticencias y sus actitudes insólitamente favorables...? Si la había, a ella se le escapaba. Entonces ocurrió: le tocaba repartir a Diva, y todos sabían que era una descuidada. El nombre de Lucía salió a la palestra por vez primera.

—Señor Georgie, usted no debería tener ya triunfos... —dijo—. Lucía siempre dice... Oh, Dios mío, creo que he hecho *renuncio*. Ah, no, no lo he hecho. Todo va bien.

Elizabeth sopesó aquello mientras ordenaba sus cartas. Nadie preguntó qué era lo que decía Lucía, y el rápido cambio de tema de Diva, como si su nombre se le hubiera escapado por accidente, hizo que diera la impresión de que tal vez ninguno de ellos deseaba que se hiciera ninguna alusión a ella. ¿Habrían roto, quizá?, se preguntó. Pero si era así, ¿a qué venían los ejercicios de calistenia?

Estaba conmovida y absorta observando el trágico modo en que el mayor Benjy estaba jugando aquella mano. Se estaba metiendo en el embrollo más triste del mundo. Quizá la única que podía igualarla era la propia Lucía. Mientras aquello acontecía Withers entró y le entregó a Elizabeth un paquete. A pesar de que tenía el pensamiento aún clavado en los lances del juego, lo desenvolvió despreocupadamente y extrajo el contenido de su envoltorio justo cuando se estaba jugando la última baza. Era el cuadro que había enviado al Comité de Arte el día anterior, y venía acompañado de una nota formal escrita a máquina en la que se lamentaba que el escaso espacio disponible en la

pared hiciera que la inclusión en la muestra del cuadro remitido por la señorita Mapp fuera imposible. La nota se cayó al suelo, y Georgie se agachó y se la devolvió. Ella se la devolvió a Withers junto con el cuadro y los envoltorios, y le dijo que los dejara en el aparador. Luego se inclinó sobre la mesa, hacia su compañero, lívida. Era evidente que su interior se veía azotado por confusas e incontrolables emociones.

—Querido mayor Benjy, ¡en qué embrollo espantoso nos ha metido! —exclamó—. ¡Si hubiera usted ido soltando las cartas al azar, con renunciados seguidos, no lo podría haber hecho peor! ¡Seguro que ha estado recibiendo clases de nuestra querida Lulú! No importa: vivir para estar ciego<sup>[71]</sup>.

Se produjo un espantoso silencio. Incluso los jugadores de la otra mesa se quedaron paralizados mirándose con ojos atónitos. Entonces ocurrió lo mejor.

—¡Por mis bigotes, compañera —dijo el mayor Benjy—, que me merezco todas las reprimendas que me endilgue! He jugado como un mozalbete. Me tengo bien merecido pagar todas nuestras pérdidas. Mil disculpas.

Elizabeth, aunque no lo pareciera, tenía que demostrar que era generosa también. ¿Pero por qué el mayor no le respondía como acostumbraba?

—¡Mayor Benjy, mire que es usted traviesón! —exclamó—. ¿Pero qué nos está pasando? Es solo un juego, y todos tenemos nuestros días buenos y malos. Yo misma los he tenido, en ocasiones. Así son las cartas, ¿no? Una diversión que resulta barata, después de todo. Ahora olvídelo y echemos otra partida.

Diva inspiró profundamente, como si se estuviera preparando para algo, y miró el reloj de perlas (falsas, Elizabeth estaba segura) que colgaba en su muñeca.

—Un poco tarde para empezar otra vez... —dijo—. Aquí pone que faltan diez minutos para las siete. Creo que debería irme a vestir para la cena...

—Bobadas, querida —repuso Elizabeth—. Es muy pronto para dejarlo. Corte, mayor Benjy.

Él también pareció armarse de valor, sin mucho éxito.

—Bueno, por mis bigotes, ya sabe, realmente, señorita Elizabeth... —balbuceó—, una partida a veces dura mucho rato, y están a punto de dar las siete, en fin, ya sabe lo que quiero decir... ¿Qué dice usted, Pillson?

Era el turno de Georgie.

—Es un verdadero fastidio, cierto... —aseguró—, pero personalmente me temo que debo dejarlo. Ha sido una velada deliciosa. Unas partidas de lo más apasionantes...

Todos se levantaron a un tiempo, como si algún mecanismo común controlara sus movimientos. Diva se escabulló y se acercó a la otra mesa, sin esperar siquiera a cobrar la cantidad de un chelín y tres peniques que le había ganado a Elizabeth.

—A ver cómo andan las cosas por aquí... —dijo—. ¡Vaya, también han acabado!

Elizabeth se quedó donde estaba y contó uno por uno quince peniques, en monedas sueltas. Eso era lo que se merecía Diva, por irse a las siete menos diez. Luego vio que los otros se habían levantado apresuradamente, porque Susan Wyse le dijo a la señora Bartlett que ya le pagaría luego, mientras su marido le sujetaba el abrigo de martas cibelinas para que se lo pudiera poner.

—Diva, querida, toma lo que has ganado —dijo Elizabeth, haciendo una pequeña

pila con las monedas.

Diva se giró, y en vez de ofenderse por aquella pesada carga, la recibió con entusiasmo.

—¡Gracias, Elizabeth! —exclamó—. Todo en peniques: ¡qué bien! Muy útil por si tengo que pagar algo suelto. Buenas noches, querida. Y muchísimas gracias por todo.

Se detuvo un instante al lado de la puerta, ya abierta, junto a la que ya se encontraba Georgie.

—Entonces me vienes a buscar a las ocho menos veinte —le dijo con un susurro perfectamente audible, y Georgie, con una mirada nerviosa en dirección a Elizabeth, asintió en silencio. Diva se desvaneció en la oscuridad en la que el mayor Benjy ya se había sumido. Elizabeth se levantó de su mesa, que a estas alturas ya estaba vacía.

—Pero todos ustedes no se irán... —les dijo a los otros invitados—. Es muy pronto todavía.

El señor Wyse, por toda respuesta, hizo una profunda reverencia.

—Lo lamento enormemente, pero mi esposa y yo debemos ir a casa para cambiarnos —se excusó—. Pero ha sido una de las veladas de *bridge* más encantadoras que he pasado en mi vida, señorita Mapp. Muchísimas gracias. Vamos, Susan.

—Un *bridge* estupendo —dijo Susan—. Y todos esos sándwiches de caviar... Buenas noches, querida. Tiene que venir usted por casa y jugar con nosotros una noche de estas.

—Una partida de *bridge* macanuda, señora Mapp —intervino el Padre—. Ah, creo que mi parienta me está llamando. *Au reservoir!*

Un instante después, Elizabeth se había quedado ya sola en su casa. Georgie había seguido los pasos de los otros invitados, y había cerrado tras él la puerta con mucho cuidado, como si la dueña de la casa se hubiera quedado dormida. Bien al contrario, Elizabeth corrió a la ventana y espió entre las cortinas. Tres o cuatro de ellos permanecían en las escaleras de acceso a la casa, mientras los Wyse se metían en el Rolls-Royce, y luego todos se dispersaron en diferentes direcciones, como conspiradores sorprendidos con las manos en la masa.

En la reconstructiva mente de Elizabeth se combinaron ahora todos los pequeños, extraños e inconexos incidentes de la velada, la falta de apetito, la conducta amabilísima y condescendiente para con ella, aquella insólita despedida que se había producido casi sesenta minutos antes de la hora preceptiva a la que siempre se levantaban las partidas de *bridge* en Tilling. Todos aquellos incidentes se unían subrepticamente a otros hechos que hasta ese momento parecían no guardar relación entre sí, pero que ahora adquirirían otro significado inusitado. Veamos a Georgie, por ejemplo; le había comunicado por teléfono a Lucía el día y la hora de la partida de *bridge*, había aceptado una invitación a algo que se iba a celebrar a las ocho menos cuarto, y había prometido pasar a buscar a un «él» y a una «ella» a una hora determinada. No le cabía ni la menor duda de que Lucía se había propuesto reventar la partida de Elizabeth mediante la fórmula de asegurarse la asistencia a la cena de los siete invitados que se habían escabullido para ir *a vestirse*... Y para remate, su cuadro había sido devuelto por el Comité de Arte, dos de cuyos integrantes apenas habían comido sándwiches de caviar por temor a perder el apetito de cara a la cena (aunque en este caso Elizabeth les hizo el favor de considerarlos poco

menos que vulgares instrumentos de una inteligencia siniestra). Ahí estaba la razón de la abstinencia de Diva frente a los bombones de chocolate, la del mayor Benjy respecto al whisky, y la del Padre por las pastas escocesas de mantequilla. No podía estar más claro.

Elizabeth estaba lejos de sentirse desgraciada o abatida, y más lejos aún de sentirse hundida. El rencor y el odio hacían hervir su sangre del modo más agradable, así que se pasó media hora sentada junto a la ventana, regodeándose. Tenía pensado esperar allí hasta que fueran las ocho menos veinte, y si para esa hora no había visto el Rolls-Royce doblar la esquina de Porpoise Street, y el coche de Georgie no había pasado por casa del pérfido mayor Benjy, ella estaría dispuesta a ir descalza a Grebe y pedirle perdón a Lucía por haberle atribuido una añagaza tan diabólica. Pero semejante peregrinaje tan humillante no se produciría, porque todo ocurrió exactamente como ella sabía que ocurriría. El fabuloso resplandor de las luces delanteras del Rolls-Royce se reflejó en la casa de enfrente, tras la esquina de Porpoise Street, su ronca bocina sonó, y el coche-marsopa<sup>[72]</sup> apareció tambaleante, atemorizando a todo el mundo con sus luces y su odiosa bocina, y consiguiendo que los peatones se aplastaran contra las paredes de la calle, temerosos de ser atropellados. Apenas había superado la esquina para entrar en High Street cuando sonó el alegre cornetín del vehículo de Georgie, y entonces él apareció bajo la ventana del cenador, y se detuvo en casa del mayor Benjy. El intelecto de Elizabeth había sido capaz de dilucidar, sin la ayuda de ninguna información adicional, excepto por los indicios que había pillado cuando Georgie hablaba por teléfono, aquel asunto aparentemente tan reservado. Tras hacer sonar la campanilla para que le trajeran una *bandeja*, se zampó los abundantes restos de la merienda, esto es, la enorme cantidad de sándwiches y bombones de chocolate que sus invitados se habían dejado, y alimentó su alma con planes de venganza. No podía pensar al buen tuntún en ningún plan definitivo que tuviera un carácter suficientemente fulminante, y de momento, cansada de la actividad mental en que se había embarcado, se abandonó a la somnolencia junto a la chimenea y tuvo un sueño de lo más agradable y entretenido: el doctor Dobbie la visitaba para decirle que Lucía había empezado a desarrollar los inconfundibles síntomas de la lepra.

A lo largo de la voluptuosa semana que siguió a la breve sesión de *bridge* de Elizabeth, no se representó ningún nuevo episodio del drama en el que Tilling estaba concentrada, excepto que Lucía invitó a Elizabeth a tomar el té y que Elizabeth se excusó alegando que ya tenía un compromiso adquirido. Así pues, las rivales no se llegaron a encontrar, y ninguna de ellas fingió siquiera ser consciente de la existencia de la otra. Pero tanto Grebe como Mallards disfrutaron de un período singularmente alegre; en Grebe se celebraron abundantes almuerzos con sesión de *bridge* incluida, y los invitados tuvieron que regresar en varias ocasiones apresuradamente a Tilling para tomar el té y jugar más al *bridge* en Mallards. De hecho, Tilling jamás había tenido tantos almuerzos y tés en su vida, ni había disfrutado de una temporada otoñal tan deslumbrante, pues Diva y los Wyse y la señora Padre siguieron el ejemplo de aquella ostentosa hospitalidad. Y en cuanto a Georgie, una memorable mañana recordó que llevaba cinco días seguidos sin almorzar y sin tomar el té en casa; en este sentido batió su propio récord, Riseholme incluido.



A todas esas francachelas hubo que añadir la boda de Foljambe y Cadman, organizada en la casa de la novia. En ese sentido, el reparto del tiempo de Foljambe de modo que sus días eran para Georgie y sus noches para Cadman causó admiración general: todo el mundo se mostraba encantado con el arreglo. En Grebe también habían estado muy entretenidos. Las clases de calistenia se celebraban en días alternos y Lucía, ataviada con una túnica como si fuera Artemisa, pero con una falda suplementaria<sup>[73]</sup> y unos calcetines rojos, salía en una curiosísima procesión por el camino de cenizas del huerto de la cocina en la que participaban Diva y los Wyse, y Georgie y el mayor Benjy, y el matrimonio Padre, y la pintoresca Irene. Una vez allí, imitaban los movimientos y las flexiones y los giros de brazos de Lucía, y las flexiones hasta tocarse la puntera del pie, para gran asombro de los chicos de los recados que entraban en la casa legítimamente por la puerta de la cocina, y de los otros que espiaban a través del seto de ojaranzo. Los días en que llovía, los atletas se reunían en la cocina con las puertas completamente abiertas para que entrara el aire, y asombraban a la cocinera con sus movimientos natatorios, brazo y pierna a la vez, mientras se sujetaban con las otras a la gran mesa de la cocina. «*Uno, due, tre...*», contaba Lucía, y todos ellos pateaban como ranas. Y la pintoresca Irene, en ocasiones, hacía el pino con sus sempiternos bombachos, pero nadie más intentaba aquello. Lucía les tocaba música suave cuando descansaban después en su salón; animó al mayor Benjy a aprender unas notas en el piano, pues ella le enseñaría de muy buen grado; convenció a Susan para que se animara a cantar otra vez, y tocó *Là ci darem*<sup>[74]</sup> para ella, mientras Susan la cantaba con una voz fina y chillona, y el señor Wyse decía: «¡Brava! ¡Cómo me hubiera gustado que Amelia estuviera aquí...!». A veces Lucía les leía la traducción de Pope de la *Iliada*, mientras ellos bebían limonada y el mayor Benjy su whisky con soda, y no contenta con aquellas diversiones (¡asombrosa criatura!), empezó a redactar el discurso sobre arte moderno que iba a pronunciar en la inauguración de la exposición de pintura, al día siguiente de San Esteban. Lucía tomaba notas para el discurso, y luego se las dictaba a su secretario (el rostro de Elizabeth Mapp fue una cosa horrorosa de ver cuando Diva le dijo que Lucía tenía hasta secretario), que pasaba a limpio en una máquina de escribir lo que ella decía. De hecho, el rostro de Elizabeth nunca había sido más horroroso que cuando se enteró de aquello, excepto en la ocasión en que Diva la informó de que estaba segura de que a Lucía le encantaría que ella se uniera a las clases de calistenia.

Pero aunque, durante aquellos días, no se cometió por ninguna de las dos partes ningún acto de agresión directa —como aquel de la cena de Lucía que obligó a suspender la partida de *bridge* de Elizabeth—, todo el mundo en general creía que Elizabeth no había dicho todavía la última palabra, y en consecuencia Tilling estaba en un sinvivir, expectante ante el inminente grito de «¡zorro a la vista!», que señalaría el comienzo de la caza. Elizabeth había rechazado la invitación de Lucía a tomar el té, y seguramente solo habría aceptado si la hubieran matado previamente o si hubiera estado ya bajo tierra. Probablemente era de la opinión de que la invitación era solo una aña gaza para ver de qué pie cojeaba, y su rechazo demostraba que no cojeaba de ninguno y que de hecho caminaba a las mil maravillas. Sería absolutamente impropio de Elizabeth (por adoptar una metáfora más) que tirara la toalla de ese modo, porque en realidad aún no había

recibido un daño notable, aunque desde luego el asalto de la partida de *bridge* lo había ganado Lucía; el siguiente constituiría una pelea feroz. Parecía como si, con esta ausencia de actos de agresión, ambas antagonistas estuvieran esperando hasta que los días de paz, buena voluntad y Feliz Navidad hubieran concluido amablemente, para retomar la contienda justo después. Elizabeth tendría una oportunidad pintiparada en la inauguración de la exposición, cuando Lucía pronunciara su discurso. Podría sentarse en primera fila y fingir que se quedaba dormida o bien fingir que acallaba un evidente deseo de reírse. Todo Tilling creía que Elizabeth debía de estar tramando algo de ese tipo, a menos que ya no fuera la Elizabeth que todos ellos conocían y (en su justa medida) respetaban, aunque (en numerosas ocasiones) detestaban.

La encantadora costumbre de enviar postales navideñas estaba muy en boga en Tilling, y casi todo el mundo se encontraba en la papelería en Nochebuena, eligiendo las postales más adecuadas de las bandejas de tres peniques, seis peniques y de a chelín. Elizabeth acudió bastante pronto y casi había acabado las compras cuando vio que llegaban algunos de sus amigos, así que se entretuvo ojeando los lomos de los libros en la biblioteca de préstamo, pero mirando de reojo a ver si averiguaba lo que compraban los otros. Observó que Diva no cogía ninguna postal de la bandeja de a chelín, como ella había hecho; de hecho, pensó que aquel año las compras de Diva serían todas de la bandeja de las postales de a tres peniques. Susan, por otra parte, ignoró la bandeja de a tres peniques, y rondó entre las de a seis peniques y las de a chelín, y expresó un disgusto odiosamente opulento por que no hubiera más «surtido» de tarjetas para escoger. El Padre y la señora Bartlett se centraron exclusivamente en las tarjetas de a tres peniques, pero todos los años hacían lo mismo. En cualquier caso, ellos, como todos los demás, examinaron minuciosamente las otras bandejas, así que cuando a la mañana siguiente todos ellos recibieran las coloristas felicitaciones navideñas de sus amigos, uno debía tener muy mala memoria si no sabía cuál había sido el coste preciso de cada postal que se le había enviado. Pero Georgie y Lucía —y esto fue de dominio público, aunque sin comentario alguno— no habían aparecido por allí en absoluto, a pesar del hecho de que habían sido vistos por High Street juntos y entrando en otras tiendas. Así pues, Elizabeth decidió que ellos no tenían intención de enviar ninguna felicitación navideña, y antes de pagar lo que había cogido, volvió a colocar en la bandeja de a tres peniques una bonita postal de un petirrojo posado en un brote de muérdago que había pensado enviar a Georgie. No había necesidad de devolver lo que hubiera cogido para Lucía, porque este hecho no se había producido en absoluto.

El día de Navidad amaneció tormentoso por causa de una violenta galerna del suroeste, y en la mesa de desayuno de Elizabeth había un montón de cartas, que empezó a abrir. La mayoría de ellas eran postales de a tres peniques, una de seis peniques de Susan, perfumada, y ninguna de Lucía ni de Georgie, lo cual no le sorprendió. Se jactaba de habérselo imaginado con antelación, y le resultaba agradable pensar que había devuelto a la bandeja de a tres peniques la única postal que había seleccionado para Georgie, antes de comprarla.

El resto de su correo eran facturas, algunas de las cuales habría que discutir seriamente cuando pasaran las Navidades, así que le resultó difícil encontrar el regocijo

que parecía inherente de ese día tan festivo. La noche anterior varios coros de chusma aficionada y críos chillones se habían dedicado a darle la murga a base de repeticiones inaguantables del Buen Rey Wenceslao y la Primera Navidad<sup>[75]</sup>; las campanas de la iglesia, agitadas por ráfagas de viento y lluvia, la habían despertado varias veces cuando aún estaba oscuro, y comprobó, para su disgusto, que las bayas rojas del acebo habían empezado a caerse de los cuadros en donde Withers las había colgado. El beicon del desayuno le hizo sentirse algo mejor, y cuando fue a la iglesia, decidió acompañarse de un chubasquero y un atuendo ligeramente puritano para protegerse de aquel chaparrón pertinaz y de ese viento embravecido. Diva estaba invitada a su casa a comer: aquella celebración anual era ya casi una institución, y se organizaba un año en Wasters, otro en Mallards, alternativamente.

A la conclusión del servicio, Elizabeth salió apresuradamente de la iglesia por una puerta lateral, pues no se sentía de humor para unirse al alegre grupo de sus amigos que, con Lucía como centro, se habían reunido en la entrada principal. El viento soplaba más fuerte que nunca, pero al menos la lluvia había cesado, así que abordó dificultosamente el sendero que rodeaba la plaza que circundaba la iglesia para así regresar a casa por el camino más corto. Cerca de Mallards Cottage se encontró con Georgie, que se sujetaba el sombrero intentando protegerse contra la galerna. Le deseó a Elizabeth una feliz Navidad, pero luego el sombrero se le había volado de la cabeza, y a su pelo le ocurrió algo muy raro, como si se le desprendiera entero del cráneo, dejando un espacio completamente desnudo allí en medio, con lo que Georgie desapareció en una persecución frenética de su sombrero, con largas guedejas colgando a un lado de su cabeza, ondeando al viento. En la esquina, junto al cenador, una violenta racha de aire con remolinos la propulsó hacia Mallards. A duras penas se agarró a la aldaba, y solo con mucha dificultad consiguió cerrar la puerta. En la mesa del vestíbulo había un paquete bastante grande, el cual ciertamente no estaba allí cuando ella salió. Tras quitar el envoltorio vio que era una *terraine de pâté de foie gras* con una distinguidísima etiqueta, y la acompañaba una tarjeta que se cayó al suelo, dando vueltas en el aire, y proclamando que Lucía y Georgie le deseaban una muy feliz Navidad. Elizabeth inmediatamente contuvo la débil tentación de devolver el regalo, del mismo modo que había devuelto la cesta de tomates de su propio jardín. Los tomates no eran *pâté*, eso era cierto. ¡Pero menudo lujo para Diva!

En estas llegó Diva, y las dos pasaron directamente a la mesa. La *terraine* estaba envuelta en un paño, y Withers se la entregó a Diva. Esta se sirvió generosamente trufas y paté.

—¡Qué delicioso! —exclamó—. ¡Y es auténticamente enorme!

—Espero que esté bueno —comenzó Elizabeth, sin mencionar quién se lo había dado—. Debería. Traído de París.

Diva de repente se fijó en una pequeña etiqueta pegada debajo de la elegante etiqueta. Era de la tienda de Tilling, y una bombilla se le encendió en la cabeza.

—Lucía y el señor Georgie han enviado estos encantadores regalos de Navidad a todo el mundo —dijo—. Ay, me siento avergonzada por haberles enviado apenas unas tarjetitas de tres peniques.

—Qué amable por su parte... —dijo Elizabeth—. ¿Y dices qué han...?

—Una preciosa caja de bombones para mí, un gran bote de caviar para Susan, y un paraguas para el Padre... El suyo salió volando con el viento ayer, ya sabes... y...

—¡Y este maravilloso *pâté* para mí, claro! —interrumpió Elizabeth, agarrando el toro por los cuernos, pues era obvio que Diva se había imaginado todo el pastel—. Justo ahora mismo iba a decírtelo, pero no me has dejado acabar.

Diva sabía que aquello era una trola descomunal, pero no serviría de nada decírselo a Elizabeth, porque ella también lo sabía, y con mucho tacto cambió de conversación.

—Tendré que hacer mis ejercicios tres veces hoy. Me pones una comida tan buena... —dijo, mientras Elizabeth comenzaba a trinchar el pavo. Pero aquel no fue un tema bien acogido por Elizabeth, porque los temas que hacían referencia a Lucía podían suscitar discordia y volvió a intentarlo una y otra y otra vez, dándose sucesivos trompazos, aunque ya estaba acostumbrada, como una peonza, y saltando de una inconveniencia a otra.

—Ah, el mayor Benjy puede tocar la escala de do con la mano... derecha. —¡No, eso no funcionaría!—. Qué voz tan rara tiene Susan, ¿no crees?: el otro día cantó una tonada italiana en... —Peor todavía—. Envié dos cuadros para la exposición invernal... —Peor imposible: parece que no hay un tema en este mundo que no entrañe peligro—. Un temporal tremendo, ¿verdad? Tendremos tres días de tremendas mareas altas, porque el viento las está levantando. No me extrañaría que el camino de Grebe... —Se rindió: no había manera... acabará anegándose mañana...

Elizabeth se comportó como una perfecta anfitriona. Vio que Diva estaba haciendo todo lo posible por apartarse de asuntos desagradables el día de Navidad, pero es que realmente no había otros. Todos los temas conducían de uno u otro modo a Lucía.

—Espero que no lo haga —dijo—, porque con todos esos caminos de los alrededores anegados por la lluvia, mis caminatas bajo la lluvia... Pero no parece muy probable, querida, porque después de la última vez que se inundó el camino, construyeron un bancal de protección mucho más alto enfrente de... enfrente de *esa casa*.

Y así, en completa paz, estuvieron hablando durante bastante rato de galernas y mareas y diques. Luego pasaron a los entretenimientos proletarios del día de San Esteban, que era otro de los temas aparentemente inofensivos.

—Estrenarán una película nueva mañana en el Picture Palace. Va sobre renacuajos —comentó Elizabeth—. Es extraño pensar que esos bichos acaban siempre convertidos en sapos. ¿O es en ranas? En todo caso, creo que debo ir.

—Lucía va a montar un árbol de Navidad para los niños del coro por la noche, en su gran cocina —dijo Diva.

—¡Qué amable! —exclamó Elizabeth apresuradamente, para demostrar que no le ofendía en absoluto.

—Y por la tarde habrá un certamen de *whist* en el Instituto —dijo Diva—. Voy a dejar que vayan todos mis criados, y Lucía enviará también a todos los suyos. No creo que a mí me gustara quedarme completamente sola en una casa como esa. Está en medio de un camino, qué solitario. En el pueblo una siempre puede gritar desde una ventana y dar la alarma si los ladrones entran en su casa.

—Pues vaya un ladrón espantoso el que se atreviera a entrar en casa ajena el día de San Esteban —observó Elizabeth sentenciosamente—. Ah, aquí viene el pudín de pasas. ¡Resplandece maravillosamente, Withers! ¡Precioso!

Diva parecía soñolienta cuando terminó la comida, y tenía razones para estarlo. Después de media hora de prudente conversación, se marchó a casa a echar una agradable cabezadita, que ella llamó «ejercicios». Elizabeth, por su parte, escribió dos notas de agradecimiento a los dos remitentes del *pâté* y se puso a pensar seriamente en lo que podría hacer a cambio. Había rechazado la invitación de Lucía para que acudiera a tomar el té solo unos pocos días antes, y de ese modo declaró bien a las claras su postura. Y ahora le parecía que aquello había sido un error, porque así se había privado de la capacidad de represalia que el trato con Lucía podría haberle proporcionado. Había sido incapaz, tras cortar de aquella manera tan brusca, de dar con nada efectivo en ese sentido; lo único que podía hacer era despertarse a medianoche odiando a Lucía, y aquello parecía más bien dar resultados escasos. Quizá la cosa podría mejorar (aunque eso la amargaría irremisiblemente) si se uniese a las clases de ejercicios calisténicos de Lucía. Así, de paso, podría poner un pie en territorio enemigo. Su nota de agradecimiento por el *pâté* le allanaría el camino, y aunque ciertamente supondría tragarse un sapo pedirle que le permitieran unirse a una actividad de la cual ella se había mofado abiertamente, aquel sería un sapo con un objetivo claro. Tal y como estaban las cosas, durante toda la semana no había tenido oportunidad de marcarse ningún tanto, se veía ahora inmersa en una nube de humo, y no tenía noticia alguna de las actividades de Lucía, excepto cuando a la torpe de Diva se le escapaba alguna cosa por accidente. Todo lo que sabía era que Lucía, más atareada que cualquier tipo de fabril abeja conocida por la ciencia, se había instaurado indudablemente como la reina de todos los eventos sociales que ella misma acostumbraba a dirigir antaño. Comprendió que no conducía a nada permanecer quieta, como Aquiles en su tienda<sup>[76]</sup>. También tenía la vaga impresión de que Tilling esperaba de ella alguna demostración de energía y orgullo, y nadie estaba más deseoso que ella de cumplir hasta el extremo con aquellas expectativas. Así que decidió que iría a Grebe al día siguiente, y, después de agradecerle el *pâté* en persona, le pediría a Lucía que le permitiera unirse a las clases de calistenia. Tilling, y también Lucía, sin duda se tomaría aquello como una señal de rendición. Pero que esperaran un poco... Entonces ya verían.

—No puedo luchar con ella a menos que me acerque lo suficiente —reflexionó Elizabeth—. Al menos, yo no veo cómo podré acabar con ella, y eso que lo he pensado concienzudamente.

Con la idea de llevar a cabo su plan, Elizabeth salió por la tarde temprano con la intención de ir andando hasta Grebe, y allí, comerse su sapo. Las calles estaban repletas de gente que disfrutaba del día de fiesta, y junto a la barandilla, al final de High Street, donde una empinada escalinata descendía a los niveles inferiores, había una multitud mirando la inmensa lámina de agua que se extendía sobre la marisma. La galerna suroccidental había hecho que las mareas de primavera fueran más altas si cabe, y las continuas lluvias habían hecho que el río viniera desbordado. La conjunción de ambas cosas motivó que la marea se encontrara en esos momentos en su punto álgido, formando un enorme lago, de una milla o más de extensión, que se perdía hasta el mar. La galerna ya había remitido totalmente, el sol lucía brillante en el pálido azul del cielo, así que aquel enorme estuario centelleaba esplendoroso. Al sur, en la lejanía, un gran banco de vapor parecía descansar en el horizonte, certificando que en el Canal reinaba una densa niebla, pero sobre Tilling y las marismas inundadas los cielos estaban radiantes y deslumbrantes.

Muchos de los amigos de Elizabeth se encontraban allí, el Padre y su parienta (que seguía lanzando exclamaciones con pequeños chillidos, «Oh, Dios míos, ¡vaya cantidad de agua!»), los Wyse, que se habían bajado del Rolls-Royce para admirar el gran panorama, antes de continuar con su paseo vespertino. El mayor Benjy declaraba que aquello no era nada en comparación con los desbordamientos del Jumna, para luego sostener que no obstante la India estaba muy lejos de Inglaterra en todos los sentidos (una vez que hacía una mañana extremadamente gélida incluso había llegado a decir que aquello no era nada comparado con la crudeza del clima en Bombay); Georgie también estaba allí, y también Diva. Con todos ellos intercambió Elizabeth las felicitaciones navideñas más cariñosas, y más adelante —después de que aconteciera la gran tragedia— todos admitieron que nunca la habían visto más cordial y agradable, a la pobrecita. Por supuesto, ella no les dijo hacia dónde se dirigía, pues sería temerario hacerlo hasta que viera cómo la recibía Lucía; simplemente dijo que iba a dar su paseo vespertino de costumbre, y que probablemente se pasaría por el Picture Palace para enterarse bien de lo de los renacuajos. Con muchos adioses con la mano y suficientes *au reservoirs* como para proporcionar agua<sup>[77]</sup> a todo el mundo que tuviera sed, bajó la colina tras atravesar la Puerta Interior y desembocó en el camino que conducía a Grebe.

Cuando ya estaba cerca de su secreto destino, Elizabeth se cruzó con los cuatro internos de Lucía y con Cadman, que bajaban al pueblo, y, recordando que iban a un festival de *whist* en el Instituto, les deseó una feliz Navidad y mucha fortuna en el juego. (Eran esas pequeñas observaciones amables las que más gustaban a los pobrecitos de los criados, pensó Elizabeth; así demostraba una comprensión muy humana con sus entretenimientos, y además no le costaban nada: eran mucho mejor que darles el aguinaldo, por ejemplo). A paso brioso despachó en un periquete la distancia que le

separaba de la casa de Lucía, y solo unos minutos después de haber abandonado a sus amigos, ya había llegado al tupido seto de ojaranzo que separaba Grebe del sendero. Se detuvo enfrente de la cancela durante unos instantes: allí estaba, digna de admiración, aquella prodigiosa y deslumbrante lámina de agua, que en aquellos momentos estaba a punto de desbordar el muro de contención; y allí estaba ella misma, recabando en su interior la humildad necesaria para pedirle a Lucía si se podía unir a aquellas estúpidas clases de calistenia. Al final, procedente de no se sabe dónde, brilló en su mente la idea de la langosta *à la Riseholme*, la receta que tan miserablemente Lucía le había ocultado. De inmediato aquella idea fructificó en su interior, y Elizabeth convirtió la receta poco menos que en el fruto del Árbol del Bien y del Mal.

Le echó un vistazo al seto de ojaranzo para estar segura de que no podían verla desde las ventanas de Grebe. (A Lucía a menudo la habían visto espiando desde las ventanas del cenador durante su estancia en Mallards, así que no sería extraño que estuviese haciendo lo mismo allí). Pero el seto era prácticamente impenetrable a la mirada de cualquier ser humano, como Elizabeth a menudo había observado con pesar. Así que ahora, en vez de entrar por la alta cancela de madera que conducía a la puerta principal, pasó rápidamente por allí hasta que llegó a la esquina del seto que bordeaba el huerto del jardín. Las ideas se acumulaban tan rápidamente en su constructiva mente, ya de por sí aguijoneada por el deseo, que, aunque sus movimientos físicos fueron extremadamente ágiles, su mente aventajaba al cuerpo con tanta facilidad que su plan ya quedó perfectamente trazado antes de que llegara a la esquina. *V gr.:* Los criados estaban todos fuera —de eso había tenido pruebas oculares directas apenas unos minutos antes— y la cocina con toda seguridad estaría vacía. Así pues, daría la vuelta hasta el final del huerto del jardín y se aproximaría a la casa por ese lado. El camino de ceniza, utilizado para dar los brincos de las clases de calistenia cuando hacía buen tiempo, conducía directamente a las grandes puertas de la cochera-cocina, y decidió que comprobaría, mediante la sencilla operación de intentar abrirlas, si estaban trancadas. Si lo estaban, se habría desbaratado su plan, pero si no, entraría sigilosamente y miraría a ver si el libro de recetas de la cocinera se encontraba por allí. Si estaba, seguramente encontraría en él la receta para la langosta *à la Riseholme*. Unos cuantos minutos serían suficientes para copiarla, y luego volvería a salir a hurtadillas de la cocina, con la clave del misterio en el bolsillo, y después daría la vuelta hasta la puerta principal, tan fresca como un pepino, y llamaría al timbre. Si Lucía (sola en la casa y posiblemente practicando po-di-mus) no oía el timbre, ella simplemente pospondría la deglución de su sapo hasta el día siguiente. Si, por desgracia, Lucía se encontraba en el jardín y la veía acercarse por su ruta habitual, nada sería más fácil que explicarle que, volviendo de su paseo, pensó que podría entrar un momento a agradecerle el *pâté* y preguntar si podía unirse a las clases de calistenia. Sabiendo que los criados estaban todos fuera (explicaría con sospechosa sinceridad), estaba segura de que la puerta principal estaría cerrada, y por eso había intentado ir por la parte de atrás... Toda la formación del plan fue instantánea; fue como si hubiera encendido las luces junto a la puerta en una galería muy larga, y esta se iluminara inmediatamente y de principio a fin.

Sin apresurarse en absoluto, bajó por el camino de ceniza y empujó la puerta de la cocina. Estaba abierta, y se coló dentro, cerrándola muy cuidadosamente tras ella. En el



centro de la cocina, engalanado y listo para ser iluminado en su momento, estaba el árbol de Navidad, preparado para el disfrute de los niños del coro aquella misma noche. La gran mesa de cocina, con su amplio zócalo hasta la mitad de las patas, había sido apartada y permanecía apoyada sobre uno de sus lados, contra el aparador, con el fin de dejar más espacio al árbol. Elizabeth apenas estuvo un segundo admirando las velitas, las espejadas bolas de cristal, las brillantes decoraciones de espumillón, porque vio una pequeña estantería con libros en la pared de enfrente, y se abalanzó sobre ellos como un halcón. Había unas cuantas noveluchas baratas, un himnario y un misal, y un grueso volumen, sin ningún título en el lomo, forrado con hule. Lo abrió y entendió de inmediato que tenía la presa entre sus garras, pues en una de sus páginas alguien había pegado un recorte del periódico relativo a los *oeufs à l'aurore*, y en la página siguiente había una receta manuscrita de palitos de queso. Pasó rápidamente las hojas, y allí por fin claramente estaba la perla de gran valor<sup>[78]</sup>: la langosta *à la Riseholme*. Comenzaba con las deliciosas palabras: «Se cogen dos langostas hembras...».

Sacó el lapicero; eso y un trozo de papel en el que habían envuelto un regalo para un chico del coro era todo lo que necesitaba. En un par de minutos ya tenía copiado el místico texto, repleto de esotérico saber, volvió a colocar el sagrado volumen en su estantería y se metió en el bolsillo la información por la que había suspirado durante tanto tiempo. «Qué extraño...», pensó, «que ayer mismo le dijera a Diva que debía de ser un ladrón espantoso el que fuera tan malvado como para entrar a robar el día de San Esteban. Ahora daré un rodeo hasta la puerta principal».

En el preciso momento en que aquel mefistofélico pensamiento acudió a su mente, oyó, con una repentina suspensión de los latidos de su corazón, unos pasos sobre el crujiente camino exterior, y cómo se giraba el picaporte de los portones de la cocina. Elizabeth se tomó las cosas con calma, haciéndose a un lado y colocándose detrás de aquel árbol ridículo. Y entonces, espiando a través de sus ramas, vio a Lucía en la entrada. Lucía avanzó directamente hacia ella, aún sin darse cuenta de que había un intruso en su propia cocina, y se quedó allí admirando el árbol. Entonces, con una exclamación sobresaltada, gritó:

—¿Quién anda ahí?

Y Elizabeth supo que la habían descubierto. Sería no solo indigno, sino claramente inefectivo seguir ocultándose detrás de aquel abeto navideño como si nada.

—Soy yo, querida Lucía —dijo—. Quería darte una sorpresa. Así que, ¡sorpresa! ¡Vengo a agradecerte personalmente el delicioso *pâté* que me regalaste y a pedirte a ver si...!

Desde un lugar indeterminado en el exterior, pero muy cerca, se oyó un terrorífico rugido y un fragor como el de un gran torrente liberado. Unidas en ese momento por una estupefacta curiosidad, ambas corrieron juntas hacia la puerta abierta y contemplaron, llevándose ya por delante el seto de ojaranzo y anegando todo a su paso, un violento muro de agua.

—¡¡El terraplén de contención ha cedido!! —aulló Lucía—. ¡Rápido, a casa, por la puerta de la cocina!

Rodearon corriendo el árbol de Navidad, e intentaron abrir la puerta que daba a la



casa. Estaba cerrada a cal y canto: los criados, como es evidente, habían tomado esa precaución antes de salir a divertirse.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es el fin! ¡Vamos a ahogarnos! —gimoteó Elizabeth, mientras las aguas desbordadas empezaban a inundar la cocina.

—Bobadas —exclamó Lucía—. ¡La mesa! Tenemos que darle la vuelta y meternos dentro.

Fue cosa de un momento hacer aquello, pues la enorme mesa estaba ya levantada sobre uno de sus lados, y las dos saltaron por encima del ancho zócalo que la rodeaba. ¿Sería su peso excesivo para que la mesa pudiera flotar en las aguas turbulentas que ahora se hacían cada vez más profundas en la cocina? Aquella preocupación no duró mucho, porque la mesa se elevó lentamente del suelo y fue a toparse suavemente contra el árbol de Navidad.

—¡Tenemos que salir de aquí...! —exclamó Lucía—. ¡No sabemos hasta dónde pueden subir las aguas! ¡Podemos ahogarnos si las patas de la mesa llegan a tocar el techo! ¡Apóyate en el aparador y empuja...!

Pero no hubo necesidad de semejante esfuerzo, porque la inundación, formando un violentísimo remolino en la cocina anegada, las sacó por las puertas que las propias aguas habían abierto totalmente, y en unos pocos minutos ambas estaban alejándose del lugar, flotando por encima del jardín y el seto de ojaranzo. Era evidente que la marea había comenzado a subir antes de que el terraplén de contención hubiera cedido, y ahora la mesa de la cocina, girando enloquecida por los remolinos, se alejaba en dirección a Tilling y el mar abierto y enloquecido. Afortunadamente no habían entrado en la corriente principal del río, sino que flotaban suave y velozmente, arrastradas con la marea y el torrente de la inundación. Las dos marineras, por supuesto, no tenían ningún control en absoluto sobre la dirección del improvisado bajel, pero pronto, como en un atisbo de esperanza, vieron que la corriente las estaba arrastrando directamente hacia la empinada loma que ascendía hacia la Puerta Interior de Tilling, donde no más de un cuarto de hora antes Elizabeth había intercambiado felicitaciones y *au reservoirs* con sus amigos, que se encontraban en esos momentos mirando las marismas inundadas. ¡Poco pensó entonces que muy pronto se iba a encontrar literalmente a merced de las corrientes en un verdadero *reservoir*, y tan gigantesco...! ¡Pero no era momento de hacer juegucitos de palabras!

El grupo de tillinguenses aún estaba allí cuando el dique de contención cedió frente a Grebe. Todos excepto Georgie (que era duro de oído) habían advertido la torrencera y escuchado el rugido de las aguas liberadas, pero sus ojos eran más agudos que los de los demás, y había sido el primero en divisar el epicentro del desastre.

—¡Mirad, ha estallado el dique frente a Grebe! —gritó—. El camino está inundado, y el jardín también está inundado: desde aquí, todas las estancias de la planta de abajo deben estar anegadas. Espero que Lucía haya logrado subir al piso de arriba, o de lo contrario se habrá mojado los pies seguro.

—¡Y también es el paseo favorito de Elizabeth! —exclamó Diva—. Seguro que la ha pillado en campo abierto...

—Pero camina muy deprisa —dijo el Padre, olvidando hablar en escocés—. A estas

horas ya habrá dejado atrás Grebe, y el lugar donde se ha roto el dique.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío, y el día de San Esteban...! —gimoteó la señora Bartlett.

La inundación avanzaba como una locomotora hacia el pueblo, pero como desaguara hacia los campos, era evidente que la profundidad en Grebe no aumentaría mucho. Y dado que Lucía se encontraría en la planta de arriba y que Elizabeth habría caminado tan deprisa como solía hacer, sus amigos no estarían realmente preocupados por ellas. Ahora todas las miradas estaban fijas en el avance de las aguas. La incontenible marea se alzó como una ola furibunda contra un rompiente cuando llegó a la vía del ferrocarril que cruzaba la marisma y en un par de minutos se extendía ya sobre los campos cercanos al pueblo.

De nuevo Georgie anunció una desgracia, como Casandra<sup>[79]</sup>.

—¡Creo que hay algo que viene hacia aquí...! —gritó—. Parece como una balsa, con cuatro patas hacia arriba. ¡Y hay dos personas dentro! Ahora está girando, dando vueltas y vueltas... Ahora viene directamente hacia aquí, incluso más deprisa. Hay dos mujeres... una, sin sombrero. ¡SON ELLAS! ¡Son Lucía y la señorita Mapp! ¿Qué habrá ocurrido?

La balsa, ora danzando como enloquecida, ora flotando suavemente, se dirigía a toda velocidad hacia la base del acantilado. El Padre, pertrechado de su nuevo paraguas, bajó corriendo los escalones que conducían al sendero junto a las rocas, con el fin de pescarlas con la técnica del gancho, si es que se aproximaban a la distancia propicia. Cada vez se acercaba más y más aquello que ahora claramente era reconocible como la gran mesa de cocina de Lucía, vuelta boca abajo, hasta que estuvo a un par de yardas del dique. Intentar adentrarse en el agua era completamente inútil: el individuo más robusto sería engullido sin contemplaciones en aquel violento torrente, y aunque consiguiera llegar a la balsa, lo único que se conseguiría es que hubiera tres personas en vez de dos montadas encima de su frágil estructura. Y además, eso haría que probablemente se hundiera. Engancharla con el mango del paraguas constituía la única esperanza de salvación, pues no había tiempo físico de ir a buscar un bichero o una cuerda para lanzársela a las náufragas. El Padre hizo un intento desesperado por alcanzar la estructura, resbaló y se cayó de cabeza al agua. Solo se salvó de ser engullido por el torrente gracias a que pudo aferrarse a la barandilla de hierro que se internaba en las aguas dejando ver algunos peldaños incluso. Entonces alguna nueva corriente hizo girar la mesa y, de modo inesperado, la desvió hacia los campos de labranza. Mientras se alejaba, Lucía tuvo tiempo de mostrar la pasta de la que estaba hecha. Dijo adiós con la mano y su voz clara se pudo oír alegre entre las turbulencias del agua.

—*Au reservoir*, amigos. ¡A todos! —gritó—. ¡Volveremos: simplemente, esperad y volveremos! —Y se vio cómo rodeaba con su brazo el cuerpo acurrucado de Mapp, y la consolaba.

Entonces los observadores vieron cómo la mesa de cocina se internaba en el cauce principal del río, donde las aguas iban más rápidas todavía. Giró una o dos veces, como si estuviera despidiéndose, y luego se adentró en el mar embravecido y se perdió en el gran banco de densa niebla que colgaba sobre el horizonte.

Sin embargo, no había ninguna razón para desesperarse. Se envió inmediatamente un mensaje telefónico a la cofradía de pescadores, otro a los guardacostas, otro al cuerpo de

socorristas, diciéndoles que había una mesa de cocina bajando a toda velocidad por el río con una pareja de damas encima, y que no se debían escatimar esfuerzos para impedir que las pobres acabaran navegando por el océano atlántico. Pero, uno tras otro, a medida que la corta tarde invernal menguaba, fueron enviando desesperanzadores mensajes desde la costa. La inundación había roto las amarras de todos los barcos pesqueros anclados en el puerto, o los había empujado en la playa por encima de la línea del mar, y un guardacostas había visto pasar a toda velocidad un objeto incomprensiblemente veloz por la desembocadura del río, pero eso había sido antes de que se recibiera el mensaje telefónico. No pudo distinguir qué era, porque la niebla del Canal se había metido hasta la línea de costa, aunque le había parecido ver como las cabezas y los cuellos de cuatro serpientes marinas jugando. Pero cuando se le preguntó si podían ser las patas de una mesa boca arriba, reconoció que la escasa visión que tuvo de aquello antes de que se perdiera en la niebla podría ser lo mismo una mesa de cocina que el monstruo del lago Ness. Había dicho un monstruo porque lo que había visto estaba en el mar, pero eran exactamente como las patas de una mesa, cierto, una cosa que jamás se le habría pasado por la cabeza que pudiera estar allí, era incongruente. Su parienta, precisamente, tenía una mesa... Pero como parecía enredarse en recuerdos domésticos, el alcalde de Tilling, que había abandonado la inauguración del festival de *whist* en el Instituto con un breve discurso sobre lo pecaminoso de las cartas, para dirigir personalmente las labores de salvamento, le cortó en seco. Simplemente lo que era de todo punto evidente es que aquel imaginativo naturalista había visto —si bien demasiado tarde— la mesa de cocina adentrándose en el mar.

Los socorristas habían respondido de inmediato a la llamada de S.O.S., y puesto que la gran masa de agua de la inundación ya había remitido, los oficiales habían logrado lanzar un bote y se habían aventurado por el Canal de la Mancha, en medio de una densísima niebla, a buscar la mesa marinera. La marea estaba bajando en la costa occidental y la inundación desaguaba por la desembocadura del río por el este, pero ellos habían salido remando en casi todas direcciones, allí donde la mesa hubiera podido ser arrastrada. Se habían lanzado cohetes desde la estación, por si las damas no sabían dónde se encontraban. Aunque, tal y como reflexionó el alcalde, eso quizá podía mostrar a las damas dónde se encontraban ellas, pero realmente no les serviría de mucho más.

La noche se les echó encima a los equipos de salvamento, y los amigos de las náufragas del Canal regresaron a sus casas, porque no servía de nada andar rondando por la calle con aquella espantosa y gélida niebla que ahora subía reptando desde las marismas. No solucionaría nada coger una neumonía. Cuatro de ellos, Georgie, el mayor Benjy, Diva y la pintoresca Irene, vivían solos y eran solteros, así que la perspectiva de una noche solitaria, enfrentados a la tensión y con débiles esperanzas que alimentar, resultaba verdaderamente horrible. Por eso, cuando cada uno de ellos recibió la llamada telefónica del señor Wyse (quien confiaba, con la voz rota, que no tuvieran compromisos), invitándoles a su casa a *recenar*, todos ellos aceptaron sin dudarlos. El señor Wyse les pidió que no hacía falta que se vistieran, y esto se consideró como una muestra de gran delicadeza por su parte: no vestirse para la cena sería una especie de símbolo de la preocupación común. La *recena* se celebraría a las ocho y media, y el señor

Wyse confiaba en que para esa hora ya contarían con alguna noticia alentadora.

El Padre y la señora Bartlett habían sido invitados también, así que fue una recena tan poblada como una sesión de *bridge*. Comenzaron con un deliciosísimo caviar, y en la repisa de la chimenea, negra, de roble, colocaron dos felicitaciones de Navidad de a tres peniques. Susan se puso hasta arriba de caviar. De nada servía hacer como que no se tenía hambre.

—Es el regalo de Navidad que me envió Lucía —dijo con la boca llena—. Bueno, quizá debería decir de Lucía, y de usted, señor Georgie.

—A mí Lucía me envió una maravillosa caja de bombones —intervino Diva—. Bueno, ella y usted, realmente, señor Georgie.

Se pudo oír cómo el mayor Benjy se tragaba la tostada entera que se acababa de meter en la boca.

—La señora Lucía —dijo—, si es que puedo llamarla así, me envió media docena de botellas de whisky. De antes de la guerra.

El Padre había vuelto a su ser para entonces, y volvía a hablar en escocés.

—Una pequeña desgracia tuve con mi paraguas, qué caramba, dos días hará —añadió—, y Lucía, qué mujer tan buena, me envió uno nuevo. Y ahora andará por ahí, dando tumbos por el mar...

—No seas tan pesimista, Kenneth, querido —dijo la señora Bartlett—. Un paraguas se empapa enseguida y se hunde, ya te digo. La única posibilidad es que pueda recogerse mañana en la marisma, y ojalá que lo recuperes, porque tenía esa preciosa chapa de plata en el mango con tu nombre grabado.

—Eh, sería cosa hermosa recuperarlo... —contestó su marido.

El señor Wyse pensó que la conversación estaba derivando peligrosamente hacia asuntos menores; la recuperación de un paraguas, aunque fuera nuevo, era una pérdida que podía lamentarse más adelante, no ahora. Además, la otra dama desaparecida aún no había sido mencionada todavía. Apuntó hacia las dos felicitaciones navideñas de a tres peniques que había sobre la repisa de la chimenea.

—Nuestra amiga Elizabeth Mapp nos envió esas felicitaciones a mi esposa y a mí ayer —dijo—. Las conservaremos siempre entre nuestras posesiones más preciadas en caso de que... quiero decir... *en cualquier caso*. Bonitos dibujos. Techos cubiertos de nieve. Acebo. Petirrojos. Tenía un delicado gusto artístico esa mujer. Sus cuadros siempre tenían algo de llamativo y original.

Todo el mundo se devanó los sesos buscando algo apropiado que decir sobre la relación de Elizabeth con el arte. El esfuerzo resultó totalmente en vano, porque lo único que se les pasaba por la cabeza sobre ese tema, por mucho que le dieran vueltas, era su innoble añagaza de rechazar los cuadros de Lucía y Georgie para la última exposición, y el rechazo del nuevo comité de sus propios cuadros para la inminente exposición invernal. Así que mientras la artista estuviera en situación de extremo peligro en el mar, o más probablemente descansando en sus fondos abisales, sería de pésimo gusto recordar aquellos desagradables incidentes. Se hizo un largo silencio, roto solo por el crujido de las tostadas en las bocas de aquellos que aún no se habían acabado su caviar.

Irene no había comido apenas, ni hasta entonces había contribuido en ningún

sentido a la conversación. Entonces, de repente, estalló en gritos que no se sabía muy bien si participaban más de la risa histérica o de los sollozos.

—¿Se puede saber de qué bobadas estáis hablando todos? —gritó. Las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¿Cómo podéis ser tan estúpidos? Os ruego que me perdonéis, pero eso es lo que pienso. Me voy a casa, disculpadme.

Y salió corriendo de la habitación dando un portazo tan fuerte que toda la casa se estremeció. Una de las felicitaciones de la señorita Mapp se cayó y fue a parar al fuego.

—Pobrecita —dijo Susan—. Es muy impresionable, se descontrola con mucha facilidad. Creo que estará mejor sola.

La partida de Irene produjo un sentimiento general de alivio, y a medida que la excelente recena de la señora Wyse iba avanzando, con su pavo frío y sus lonchas fritas de pudín de pasas, su queso gratinado y sus higos rellenos de almendras, enviados por Amelia desde Capri, la conmoción general causada por la catástrofe comenzó a remitir. Aun consumidos de preocupación por las dos mujeres (especialmente por una de ellas) que se habían desvanecido como por ensalmo en las nieblas del Canal, y encima en un medio de transporte tan inusual, no pudieron evitar reconocer que en aquella situación había numerosas cuestiones, interrogantes y preocupaciones de gran complejidad en juego. Pero fuera cual fuera el resultado de la aventura, era obligado indagar en el desarrollo de los acontecimientos, las causas, las condiciones y las circunstancias que habían conducido a aquellas dos desgraciadas señoras a verse arrastradas por la inundación. Fue el mayor Benjy quien abrió el fuego con una forzada comparación:

—Dios sabe que he visto muchas riadas en el Jumna —dijo, mientras rellenaba generosamente su vaso de vino—, pero jamás vi una tan repentina y tan... tan cargada de enigmas. Supongo que debían de estar en la cocina... Ahora bien, todos nosotros sabemos que allí había un árbol de Navidad...

Se desató entonces una riada de pareceres comparable a la más grande que se hubiera visto jamás en el Jumna; una y otra vez elucubraron y reconstruyeron en su mente las escenas que desembocaron en aquello que habían visto, y se estudió concienzudamente todo un torrente de hipótesis, rechazadas una detrás de otra al contener alguna imposibilidad intrínseca. Y luego, ¿qué significarían exactamente las últimas y elegantes palabras de Lucía, cuando dijo aquello de «esperad y volveremos»? No hubo que esperar mucho tiempo para que la discusión se desbocase totalmente, y pronto empezaron a hablar abiertamente de la rivalidad entre las dos mujeres, de los manejos de la señorita Mapp y sus arbitrarias maldades, de las desdeñosas victorias de Lucía, y también de sus modales autoritarios.

—Pero de lo que estábamos hablando era del modo que tuvieron de despedirse —exclamó Diva—. No tenemos más remedio que ceñirnos a eso, mayor Benjy. Mi opinión es que simplemente quiso pedirnos que no perdiéramos la esperanza. Y, por Dios, estoy segura de que no lo haremos...

—No, hay algo más que eso... —aseguró Georgie, interrumpiendo su discurso—. Conozco a Lucía mejor que ninguno de ustedes. Puede que quisiera decir que tenía algo extraordinariamente interesante que contarnos cuando regresara. Porque evidentemente regresará. Y apostaré a que es algo sobre Elizabeth. ¡Habrá averiguado algo nuevo sobre

ella!

—Pero qué momento tan solemne —dijo el Padre, olvidando de nuevo sus orígenes pseudoescoceses—, cuando estaban siendo arrastradas en un remolino hacia el mar, con la muerte reflejada en sus rostros. Apenas puedo creer que unas trivialidades como esas, que indudablemente habían originado antes entre estas apreciables señoras las fricciones que todos deploramos...

—Bobadas, Kenneth —contestó su mujer, para notable alivio de su marido, porque ya no sabía cómo salir de aquella frase—. Tú disfrutabas de esas trifulcas como el que más.

—No estoy de acuerdo con usted, Padre —dijo Georgie—. Para empezar, estoy seguro de que Lucía no pensaba que estuviera enfrentándose a la muerte, y aunque así fuera, aún habría estado extraordinariamente interesada en la vida, hasta que se fuera al otro mundo.

—Gracias a Dios que vivo encima de una colina —exclamó el mayor Benjy, pensando, como siempre, solo en sí mismo.

El señor Wyse levantó una mano. Como era el anfitrión, fue una cuestión de amabilidad cederle la palabra, porque no había podido meter baza hasta entonces.

—Discúlpenme —intervino—, si puedo aventurarme a sugerir que pueden unirse las ideas de nuestro reverendo amigo y del señor Pillson —y a ambos les dedicó sendas reverencias—. Yo creo que la señora Lucas sabía que se estaba enfrentando a la muerte, ¿y quién no, en su lugar? Pero todos sabemos que el suyo es un carácter tan vital que dudo que se permita perder el interés por la vida. A no ser, en efecto, que todo haya concluido... aunque confiamos que no sea este su caso. Pero, como una verdadera cristiana, estaba concentrada en confortar a la débil, como vimos todos. No podría haber utilizado mejor sus últimos momentos, que confiamos que no lo sean. Y si hubo fricciones, solo fueron el fruto del contacto entre dos mujeres de una elevada vitalidad...

—Le dio un beso a Elizabeth también —gritó la señora Bartlett—. Yo la vi. Llevaría siglos sin hacer eso. ¡Imagínate!

—Pero volvamos a lo de la cocina —dijo Diva—. ¿Qué podría haber llevado a Elizabeth a la cocina...? La única idea que se me ocurre, aunque no sé qué pensarán ustedes de ella, es que Elizabeth sabía que Lucía iba a ofrecer un árbol de Navidad a los niños del coro, pues yo se lo dije ayer...

—Me pregunto qué pasaría con el árbol... —comentó el Padre—. Si no fue arrastrado por la inundación, en ese caso yo creo que podría secarse todavía y ser aprovechable.

Diva, como siempre que la interrumpían, seguía con la boca abierta, y en cuanto el Padre terminó su frase, continuó con lo que estaba diciendo como si nada.

—... Y sabía que los criados estaban fuera, porque yo también se lo dije, y ella muy probablemente quiso ver el árbol de Navidad. Así que supongo que dio un rodeo por el camino de atrás hasta la cocina... eso sería muy suyo, ya saben, con el fin de echarle un vistazo, sin pedir permiso...

—Bueno, a eso le llamo yo perspicacia —interrumpió Georgie admirado—. Continúe. ¿Qué ocurrió después?

Diva no había pensado ir más allá, pero entonces un fulgor deslumbrante la iluminó y aplaudió.

—¡Lo veo, lo veo...! —exclamó—. Al entrar en la cocina, y mientras estaba mirando el árbol, Lucía llegó, y detrás de ella la riada. Así se juntaron las tres: Lucía, Elizabeth y la inundación. Eso explicaría lo que había tras sus palabras: «Esperad hasta que volvamos, que ya os contaré». ¡Lo que quería decir era que quería decirnos que había sorprendido a Elizabeth en la cocina!

Todo el mundo pensó que Diva había dado por fin en el clavo. Después de semejante demostración de genialidad reconstructiva, cualquier discusión ulterior sería como pasar de lo sublime a lo ridículo. De repente se apoderó de ellos una sensación de tristeza, y todos se miraron apesadumbrados al descubrir cuantísimo interés habían llegado a tener en aquellos asuntos triviales, mientras sus dos amigas estaban, para decirlo desde el punto de vista más esperanzador, montadas encima de una mesa de cocina a merced de las olas en el Canal de la Mancha. Sin embargo, Lucía había dicho que ella y su compañera volverían seguro, y aunque no se había recibido noticia ninguna de las náufragas, todos sus amigos, en el fondo de sus corazones, sabían que aquellas palabras no habían sido en vano, y que debían mantener viva su confianza en Lucía. Si la señorita Mapp hubiera viajado sola, seguramente se habría ahogado hacía mucho tiempo, pero estaba con Lucía, cuyos recursos todos sabían que eran inagotables. Nadie podía imaginar de qué sería capaz en unas circunstancias tan complicadas, pero todavía no había sido vencida, y no sería la primera vez que escapara airosa de las situaciones más amenazantes.

El cuco de la señora Wyse marcó la intempestuosa hora de la una de la madrugada. Todos suspiraron, todos se levantaron, todos dijeron buenas noches con rostros melancólicos, y se dirigieron a sus casas a tientas en medio de la fría niebla. Por encima de la cabeza de Georgie, cuando dobló la esquina de Mallards, apareció el alero del cenador de Mallards, donde muy a menudo una franja de acogedora luz había brillado entre las cortinas, mientras la música de Mozartino salía de su interior. Oscuro e incierto como era el presente, aún podía imaginarse a sí mismo sin la sensación de que algo ya había quedado atrás para siempre en su vida, sentado al piano de nuevo con Lucía, esperando por su *uno, due, ¡TRE!*, cuando acometían por vez primera aquellos duetos que ambos ensayaban en secreto.

A lo largo de todo el día siguiente la niebla fue más persistente si cabe que el día de hechos. Del mar no llegaron noticias, solamente los quejidos de las sirenas de niebla, así que a medida que transcurrían las horas, la preocupación se hizo más y más insoportable. La señora Wyse fue la encargada de sustituir a Lucía en la apertura de la exposición de pintura, pues se tenía la impresión de que en cualquier caso ella lo habría querido así. Sin embargo, debido a lo inclemente del tiempo, solo el señor Wyse y Georgie acudieron a la ceremonia inaugural. La señora Wyse, dada la lamentable ausencia de la autora, leyó lánguidamente la conferencia de Lucía sobre el arte moderno, en una copia mecanografiada que la autora le había enviado a Georgie para que la examinara y la evaluara. La conferencia duró una hora y veinte minutos, y cuando el aplauso de Georgie hubo llegado a su fin, el señor Wyse leyó el discurso que había escrito para proponer un

voto de agradecimiento a Lucía por su cautivadora conferencia. Aquello también resultó bastante largo, aunque estaba escrito con el estilo más clásico y educado. Georgie lo secundó con un discurso más corto, y la señora Wyse (vice-Lucía) leyó otro discurso más largo, también firmado por Lucía, que había sido adjuntado en manuscrito para su lectura, en la que les daba las gracias por haberle dado las gracias y les decía cuán tímida e insegura se había sentido al tener que presentarse ante ellos. Hubo más aplausos, y luego los tres deambularon por la sala y miraron los cuadros de los otros a través de la densa niebla. La noche volvió a echarse encima otra vez, sin noticias, y entonces Tilling sí que comenzó a temerse lo peor.

A la mañana siguiente llegó un mudo y terrible mensaje del mar. La niebla había levantado, el día era de una claridad cristalina, y como el aire puro y el ejercicio resultarían muy recomendables después de estar encerrado en casa durante todo el día anterior, bebiendo aquel maravilloso whisky de antes de la guerra, el mayor Benjy salió para coger el tranvía de las once en punto con la intención de ir a jugar su consuetudinaria partida de golf con el Padre. Aunque la esperanza se estaba desvaneciendo en ellos a marchas forzadas, ninguno de los dos dijo nada que indicara con claridad que ya no esperaban realmente volver a ver a sus amigas, pero sí que se permitieron hacer algunos comentarios en relación con la tragedia; el mayor había preguntado por curiosidad si Mallards estaba en propiedad, y el Padre contestó que tanto Mallards como Grebe eran propiedad de sus ocupantes y que no estaban en alquiler; el Padre también hizo una alusión al acaso sobre las misas funerales, diciendo que había celebrado una últimamente, muy conmovedora. Entonces el mayor Benjy perdió la paciencia con su *caddie*, y el partido volvió a adoptar sus características habituales.

Habían llegado al *tee* del octavo hoyo, que estaba un poco elevado, como un púlpito sobre las dunas de arena y desde donde se oteaba el mar. El partido estaba de lo más emocionante: hoyo tras hoyo habían empatado a brillantes seis y siete, ambos jugadores estaban en plena forma y, en su entusiasmo, prácticamente habían eliminado de sus mentes la sombría preocupación. Entonces el mayor Benjy estampó su bola en un grupo de lomas que estaban enfrente del *tee*, y cuando terminó de decirle improperios a su *caddie* por ponerse delante en el golpe, el Padre plantó su hierro en el *green*.

—Un día glorioso —exclamó, y volviéndose para coger sus palos, miró en dirección al mar. La marea estaba baja, y una inmensa franja de «luminosas arenas», como en el poema de Charles Kingsley<sup>[80]</sup>, se extendía frente a él. Entonces dio un respingo—. ¿Qué es eso? —le dijo al mayor Benjy, señalando algo en la lejanía con un dedo tembloroso.

—¡Dios bendito! —exclamó el mayor Benjy—. ¡Coge mi bola, *caddie*!

Bajaron casi a gatas las empinadas dunas y caminaron por la arena hasta donde se encontraba el objeto que había atraído la atención del Padre. Era una inmensa mesa de cocina, vuelta del revés, con las patas al aire, empapada de salmuera, pero todavía en perfectas condiciones. Sin duda era la que habían visto dos días antes dirigiéndose rápidamente hacia el mar, con las dos viajeras encima. Pero ahora estaba vacía, y no había ninguna dama subida en ella. El Padre se descubrió.

—¿Dejamos ya la partida, mayor? —preguntó—. Sería mejor que telefoneáramos al alcalde desde el club. Y debemos encargarnos que vengan algunos hombres y se lleven la



mesa. Es demasiado pesada para que usted y yo pensemos siquiera en moverla.

La noticia de que la mesa había llegado a la playa sin sus ocupantes se difundió rápidamente por todo Tilling, y Georgie, sabiendo que el Padre había ordenado que cuando hubiera pasado todos los controles de la aduana debería llevarse a la vicaría, se fue para allá inmediatamente. Parecía casi cruel pensar en mesas en aquellos primeros y terribles momentos tras la pérdida de sus amigas, pero se evitarían muchas molestias posteriormente si aquello se resolvía enseguida. Con seguridad, la mesa era la de Grebe.

—Comprendo perfectamente su punto de vista —le dijo Georgie al Padre—, y por supuesto lo que se encuentra en la orilla del mar, en términos generales, pertenece al que lo encuentra. Pero eso ocurre si se trata de unas naranjas en una cesta, porque nadie sabe quién es el verdadero propietario. Pero todos nosotros sabemos, al menos todos nosotros sabemos que lo sabemos, de dónde proviene esa mesa.

El padre se mostró bastante razonable con los argumentos de Georgie.

—Quieres decir que debería devolverse a Grebe —contestó—. Sí, estoy de acuerdo. Ah, ahí llega.

Salieron a la calle y vieron cómo se aproximaban unos cuantos tipos con una carretilla, sobre la que transportaban la mesa. Entonces surgió un problema. Era tarde, y los carretilleros se negaron a llevarse el pesado mueble, haciendo todo el camino hasta Grebe, y luego cargarla a mano por el jardín.

—Dejadla si queréis aquí esta noche —dijo el Padre—. Podéis pasarla por el patio de atrás y meterla en el cobertizo.

Georgie se sintió impelido a protestar: la mesa pertenecía a Grebe, y a todos los efectos era como si Grebe, en fin, le perteneciera a él.

—Creo que en tal caso sería mejor llevarla a Mallards Cottage —dijo firmemente—. Está justo en esa esquina de allí. La mesa puede quedarse en mi patio.

El Padre estaba perfectamente de acuerdo en que la mesa debía volver a Grebe, ¿pero por qué estaría reclamando Georgie aquel objeto, con todos los dolorosos recuerdos que le traería? Después de todo, él era quien la había encontrado...

—No veo yo por qué debería usted quedarse con la mesa —dijo el Padre un poco tenso.

Georgie lo llevó a un aparte.

—Es enormemente desagradable hablar sobre esto tan pronto —le aseguró—, pero eso es lo que me gustaría hacer con la mesa. Verá... Lucía me dejó Grebe y todo lo que contiene. Yo todavía me aferro a la esperanza... no puedo evitarlo, a la esperanza de que ni la casa ni todo lo demás sea mío, pero durante el tiempo que puede pasar...

—¡No! ¿De verdad? —dijo el padre en un ataque de repentino orgullo tillinguense que de nada servía intentar ocultar—. Le felic... Bien, bien... Por supuesto, la mesa de la cocina es suya. Naturalmente.

La carretilla emprendió su camino de nuevo y, a fuerza de halagos y astutos engatusamientos, la triste e importante reliquia fue inducida a entrar en el patio de Mallards Cottage, donde los operarios directamente se plantaron y juraron que nadie ni nada les haría moverla un centímetro más. De momento tendría que quedarse allí, pero marinada como estaba tras una larga inmersión en agua de mar, el aire libre seguramente

no le haría mucho daño, y si llovía, mucho mejor, porque así le lavaría la sal.

Georgie, muy abatido y macilento con aquellas conmovedoras decisiones que se estaban tomando, se sentó a descansar un rato en su sofá, cuando hubo comprobado que la mesa ya se encontraba a salvo. Su cocinera le preparó una succulenta y muy nutritiva cena, que era el modo de demostrar su compasión, y Foljambe le sirvió con especial esmero, llevándose constantemente un pañuelo de bolsillo a la punta de su nariz, que era el modo de expresar su propio dolor. Después Georgie pasó al salón y cogió su labor, aquel «triste y narcotizante ejercicio», y se enfrentó a la idea de haber perdido a Lucía para siempre.

De hecho, resultaba difícil imaginar cómo podría ser la vida sin Lucía, pero no había necesidad de imaginarlo, pues ya lo estaba experimentando. No había nada que esperar, la ilusión se había perdido, y se dio cuenta hasta qué punto Lucía y sus maquinaciones y su indomable vitalidad y sus engaños y sus grandezas habían sido la sal de su vida. Jamás había estado enamorado de ella realmente, ni por asomo, pero de algún modo esa mujer había sido tan absorbente para él como cualquier dama caprichosa y cautivadora. «Todo será un aburrimiento a partir de ahora», pensó, «y no habrá ni un solo día en el que no la eche terriblemente de menos. Siempre ha sido así: cuando no estaba en Riseholme, me parecía como si no tuviera ganas de pintar o tocar el piano, salvo porque podría enseñarle lo que había hecho cuando regresara... Pero ahora ya no regresará nunca».

Se abandonó durante un rato a la desesperación, pensando en lo que la vida le depararía a partir de entonces. Nadie, ni siquiera Foljambe, parecía importarle en absoluto en esos momentos. Pero entonces, en las negras y profundas aguas de su tribulación comenzaron a aparecer pequeñas burbujas de claridad. Comparar aquellas burbujas con la oscuridad que todo lo envolvía era como confrontar una luciérnaga con la inmensa noche, pero por un momento, en el lugar de la superficie en que estallaba cada burbuja, había un brillo que resistía momentáneamente frente a la impenetrable oscuridad, y eso era inútil negarlo. La mesa, por ejemplo: clavaría una placa grabada en ella, con una inscripción adecuada para recordar el trágico papel que había desempeñado, un texto, por decirlo así, como un epitafio. ¿Cuáles fueron las últimas palabras de Lucía? «Esperad hasta que volvamos». Aquella estaba destinada a ser una mesa funeraria, así que debería recordar que Lucía no iba a volver.

Cogió una libreta y comenzó de nuevo. «Esta es la mesa...», pero eso no serviría. Parecía del estilo de «Esta es la casa que construyó Jack». Luego: «Fue dentro de esta mesa, el día de San Esteban de 1930 por la tarde, donde la señora Emmeline Lucas, de Grebe, y la señorita Elizabeth Mapp, de Mallards...», pero no, aquello era demasiado prolijo. Luego: «En memoria de Emmeline Lucas y Elizabeth Mapp. Se fueron al mar...», pero esto sonaba como una de aquellas rimas infantiles de Edward Lear<sup>[81]</sup>, o podría dar a entender a futuras generaciones que las dos mujeres no eran más que dos vulgares marineras. Luego se preguntó si la poesía podría servir de algo, y se le ocurrieron los versos

*Y que no haya tristeza en el adiós,  
cuando me embarque*

Pero aquello tampoco servía; la gente se preguntaría por qué se había embarcado nadie en una mesa de cocina.

«No se me ocurre nada...», pensó Georgie; «qué difícil es escribir unas pocas palabras acertadas y sinceras. Mañana iré y echaré un vistazo a las lápidas del cementerio. A Lucía se le habría ocurrido algo perfecto de inmediato».

Siendo aquellas burbujas diminutas —aunque había otras, más grandes, que Georgie se negaba a mirar directamente—, provocaban un brillo momentáneo y evanescente. Algunas de ellas estallaban ruidosamente, y otras traían minúsculos problemas, de difícil resolución. La catástrofe había formulado una solemne advertencia contra la idea de vivir en una casa situada en un lugar tan bajo, y el mayor Benjy ya había expresado aquel sentimiento cuando profirió aquel egocéntrico *cri de coeur*: «Gracias a Dios que vivo encima de una colina». Pero para Georgie aquella cuestión pronto se convertiría en una cuestión práctica, aunque de momento prefería no pensarlo. Sería absurdo tener dos casas en Tilling, ser el inquilino de Mallards Cottage y el propietario de Grebe. ¿O podría vivir en Grebe durante el verano, cuando no había que temer a las inundaciones, y en Mallards Cottage durante el invierno?

Se metió en la cama: la compasiva Foljambe, antes de irse a su casa, había preparado un hermoso fuego, y su bolsa de agua caliente estaba a una temperatura tal que no podía ni acercarse los pies sin abrasarse... Si viviera en Grebe, Foljambe solo tendría que cruzar el jardín para estar con su Cadman, si es que Cadman se quedaba a su servicio. Luego estaba el coche de Lucía. Supuso que estaría incluido en las pertenencias de Grebe. Luego, tenía que acordarse de poner un lazo negro en el cuadro de Lucía, en la exposición de arte. Luego se quedó dormido...

Aunque Georgie había pensado que ya no podía existir nada interesante en el mundo ahora que Lucía había muerto, y aunque Tilling, en general, fuera consciente de que el punto final a las últimas rivalidades le quitó toda la emoción a la vida, así como había eclipsado sus diversiones del modo más terrible, resultó que una mañana, cuando los días tristes habían comenzado a agruparse en semanas tristes, tuvo muchísimas cosas que hacer, al igual que Tilling tuvo muchísimas cosas más de las que hablar. Lucía había contratado a un abogado local para que redactara su testamento, y aquel día el señor Causton fue a ver a Georgie (*re* asuntos de la señora Emmeline Lucas<sup>[82]</sup>). Le explicó, con unos modales en los que la conmiseración se mezclaba muy sutilmente con la congratulación, que la pequeña suma de dinero a la que Lucía había aludido era nada menos que de 80 000 libras. Y Georgie era, de hecho, al margen de ciertos legados menores, su heredero universal. Él se emocionó enormemente.

—¡Qué buena era...! —exclamó—. No tenía ni idea de...

El señor Causton continuó con gran delicadeza.

—Tendrán que transcurrir unos meses —dijo— antes de que, en ausencia de ulteriores evidencias, se declare legalmente la muerte de mi clienta...

—Oh, cuanto más tiempo, mejor —dijo Georgie bastante vagamente, secándose los ojos—, pero... ¿qué quiere decir usted con lo de «ulteriores evidencias»?

—Me refiero a la recuperación de los llorados cadáveres, si llegaran a aparecer en la playa, y a la posterior identificación —explicó el señor Causton—. La... la posiblemente difunta señora Lucas no dejó ninguna provisión para la contingencia a la que nos tenemos que enfrentar en este momento. Siempre y cuando se demuestre su muerte, la servidumbre recibirá sus correspondientes salarios hasta la fecha, además del salario de un mes por despido. Hasta entonces, el patrimonio personal, según entiendo, se encargará de los gastos y del mantenimiento de Grebe. Yo me ocuparía de todo esto, pero me pareció que debía pedirle permiso a usted antes.

—Claro, naturalmente... —dijo Georgie.

—En cualquier caso, aquí nos encontramos con una dificultad... —dijo entonces el señor Causton—. No tengo autorización para hacer uso en el banco del saldo de la difunta... Es decir, esperamos, de la dicha señora Lucas. Verá usted... No hay fondos de donde se pueda sacar dinero alguno para hacer frente a los gastos corrientes del mantenimiento de la casa. Ya se debe más de un mes de salarios y pensión para sus sirvientes.

El rostro de Georgie cambió un poco. Solo un poquito.

—En ese caso, lo mejor será que les pague yo —dijo—. ¿No sería eso lo más apropiado?

—Dadas las circunstancias, creo que sí —respondió el señor Causón—. De hecho, no veo qué otra cosa podría hacerse, a menos que todos los sirvientes sean despedidos

inmediatamente, y se cierre la casa.

—No, eso no puede hacerse —dijo Georgie—. Tengo que bajar allí yo mismo, y ocuparme de todo. Si la señora Lucas regresara, sería espantoso para ella descubrir que todos los criados con los que ha convivido durante tanto tiempo habían desaparecido. Todo debe seguir como si simplemente ella estuviera de visita en algún sitio, y se le hubiera olvidado enviar el cheque para los gastos.

Así pues, había que hacer algo ya, inmediatamente. Georgie pensó que le sentaría muy bien dar un paseo en aquella vigorizante mañana, y que también le vendría de maravilla mantener alguna conversación con sus amigos en High Street. Así pues, se puso su capa más ligera ya que había un primer indicio de la primavera en el aire, y algunas campanillas de invierno habían empezado a florecer ya en el parterre de flores de su pequeño jardín. Recordó que Lucía detestaba las campanillas de invierno porque dejaban colgando la flor y eran débiles: la viva representación de su moribunda aunque tan agradable inutilidad. Con el fin de recorrer de cabo a rabo High Street, y de disfrutar de tantas conversaciones como le fuera posible, bajó por Mallards y la casa del mayor Benjy. Este último, desde la ventana de su estudio, donde muy a menudo disfrutaba de un descanso o de un pequeño refrigerio antes y después de sus partidos de golf, le vio pasar, y le hizo señas para que se acercara.

—Buenos días, muchacho —dijo—. He tenido un tremendo golpe de suerte, aunque tal vez ese no sea exactamente el mejor modo de decirlo. En cualquier caso, lo que quiero decir es que... En fin, acabo de recibir la visita del abogado de nuestra llorada amiga, la señorita Mapp, Dios la tenga en su gloria, y me ha dado la noticia más sorprendente que se pueda imaginar. Me quedé tremendamente conmovido por lo que me dijo. No tenía ni idea, se lo aseguro.

—No me estará diciendo que... —empezó Georgie.

—Pues sí, se lo estoy diciendo. Me ha informado de las disposiciones del testamento de aquella buena mujer. En recuerdo de nuestra larga amistad, me ha dejado esa preciosa casa de Mallards y la suma de diez mil libras, que entiendo yo que sería el total de su fortuna. ¿Qué le parece a usted? —preguntó, permitiendo que su exaltación se apoderara totalmente de él en aquel momento.

—¡No...! —exclamó Georgie—. Le felicito... Al menos en el caso...

—Claro, claro... —dijo el mayor Benjy—. Entiendo... Si al final resulta desgraciadamente cierto que nuestras amigas se han ido, digamos, para siempre, solo en ese caso usted se alegraría enormemente de que lo que le he dicho sea cierto. ¿No es así?

—Absolutamente. Yo he recibido la visita del señor Causton —dijo Georgie, incapaz de contenerse durante más tiempo—, y Lucía me ha dejado Grebe y ochenta mil libras.

—¡Diantres! ¡Qué fortuna tan enorme! —exclamó el mayor con un respingo de disgusto—. Le felicito... En fin, lo mismo le digo. Me compraré un coche, para no tener que ir a mis partidas de golf en ese miserable tranvía. Luego tendré que ocuparme de Mallards. Estoy pensando en alquilarla amueblada, con criados y todo. Será una friolera de diez guineas a la semana. ¡Vaya! Ella le cobró quince el pasado verano a la otra pobre muerta.

—Yo no lo haría... —dijo Georgie—. Suponga que regresa y se encuentra con que

no puede meterse en su casa durante un mes porque usted la ha alquilado...

—Dios quiera que vuelvan —dijo el mayor, sin caer fulminado en el sitio—. Pero entiendo lo que dice. Sí. Sería horroroso. Lo pensaré. En cualquier caso, desde luego, después de un adecuado período de tiempo, cuando la tragedia haya quedado plenamente confirmada, iré y viviré allí yo mismo. Hasta entonces, naturalmente, pagaré los sueldos de los criados y el mantenimiento. Es dinero tirado, pero no se puede hacer otra cosa. Un sueldo mínimo de doce chelines a la semana es lo que les daré. Vivirán como obispos con ese dinero. Por Júpiter, cuando pienso en aquella terrible visión de la mesa de cocina allí tirada en la playa... Aún me causa una tremenda desazón. Pero ¡tómese un trago! Tengo un whisky magnífico de antes de la guerra.

Georgie no había vuelto a ir a Grebe, y se apoderó de él una emocionante aunque melancólica emoción al visitar el lugar en el que se había originado toda la tragedia. El árbol de Navidad, como comprobó, se había destrozado contra la puerta de la cocina. El Padre ya había bajado a verlo, pero decidió que el daño era irreparable y ahora estaba abandonado en el jardín, de donde la inundación había arrancado tanto la tierra como las plantas. Georgie no soportó verlo allí y ordenó que lo pusieran derecho, como una reliquia, en un cobertizo vacío. Tal vez habría que poner una placa también allí, como en la mesa. Luego tuvo que hablar con Grosvenor, y estableció un listado en el que aparecieran detallados los salarios de los criados. La suma total le asombró bastante. Habló con la cocinera y le dijo que tenía la mesa en su patio, pero ella le rogó que no la volviera a llevar a Grebe, porque siempre había sido un engorro. La señora Lucas, le dijo a Georgie, tuvo una corazonada con aquella mesa. Pensaba que le daría suerte. Luego la mujer rompió a llorar y dijo que, al fin y al cabo, no le había traído tanta suerte. Aquello fue terriblemente conmovedor, y Georgie le dijo a la mujer que en aquel tiempo de espera, durante el cual no debían perder la esperanza bajo ningún concepto, seguirían recibiendo todos sus sueldos como siempre, y que ellos debían continuar como antes y mantener la casa en orden. Por otro lado, había también unas facturas sin pagar de Lucía, que sumaban un total apabullante y que debían ser abonadas cuanto antes, y la cocina debía renovarse tras los efectos de la inundación. Georgie regresó a Mallards Cottage después de que hubiera anochecido.

En ausencia de lo que el señor Causton llamó «ulteriores evidencias» en forma de cadáveres, y a falta de pruebas en forma de cuerpos humanos vivos, el Padre decidió celebrar a lo largo de la semana siguiente una misa funeral, pues, a menos que se celebrara pronto, todo el mundo se acostumbraría a la pérdida, y el funeral perdería sentido y también patetismo. Obviamente, era aconsejable que el mayor Benjy y Georgie, siendo los herederos universales de las difuntas damas, se sentaran en el primer banco, como principales deudos, así que el mayor Benjy encargó que le hicieran un traje negro sin tardanza para utilizarlo en aquella solemne ocasión. La campana de la iglesia se tocó como si fuera para una misa funeral y, después de que todos los feligreses se hubieran congregado, los dos avanzaron juntos por el pasillo de la iglesia hasta ocupar sus respectivos lugares en un banco situado frente al púlpito.

El funeral tuvo las características habituales, y el Padre ofreció un sermón muy conmovedor sobre el texto bíblico «Tan amadas y amables, ni en la vida ni en la muerte

se separaron». Les recordó a sus oyentes que las dos personas por las que celebraban aquel duelo se trataban como hermanas, que eran la vanguardia de las actividades sociales, y que dispensaban a todos los que las conocían su generosa hospitalidad. Sus vidas habían estado rebosantes de amorosa energía. Ambas habían estado al frente en todas las actividades artísticas y literarias, y, de hecho, podía haber tomado casi la totalidad del poema escogido, del que les había leído solo una parte, y haber añadido que eran más ágiles que águilas, más fuertes que leones<sup>[83]</sup>. Con una de ellas habían convivido durante muchos años, y el nombre de Elizabeth estaba grabado en sus corazones. La otra era una recién llegada, pero se había ganado maravillosamente la simpatía de todos durante su breve estancia allí, y era muy característico de su magnífico carácter el que el mismo día en que aconteció el desastre hubiera estado ocupada con un árbol de Navidad para los niños del coro, por los que había demostrado tener un profundísimo interés.

Y respecto a la última y triste escena, no necesitaba añadir mucho más, pues ninguno de ellos olvidaría jamás aquella conmovedora, aquella noble, aquella didáctica visión de las dos, valientes frente a la muerte, como lo habían sido siempre ante la vida, siendo arrastradas hacia el mar. La señora Lucas, ante el sacrificio al que pronto tendrían que enfrentarse, lanzó aquel humorístico saludo suyo a los amigos que se encontraban a salvo en la orilla —el «*Au reservoir!*» que todos conocían tan bien—, y luego volvió a su feminísima labor de consolar y animar a su hermana más débil. «Quiera Dios», dijo el Padre, con la voz trémula de emoción, «que hayan encontrado la muerte con ese mismo espíritu sereno y tranquilo, como es nuestra obligación hasta el final. Y ahora...».

Aquel sermón, a petición de algunos amigos, lo publicó en la *Revista Parroquial* y se enviaron ejemplares a todo el mundo.

\* \* \*

Simplemente fue algo del todo natural que Tilling se sintiera un poco aliviada tras la finalización de la ceremonia, ya que las semanas que transcurrieron desde que la mesa de la cocina quedara varada en la playa habían sido algo así como el período comprendido entre una muerte y un funeral. Las persianas se levantaron de nuevo, y la vida fue adquiriendo poco a poco una apariencia de creciente normalidad. Enero dio paso a febrero, y febrero a marzo, y a medida que los días se iban alargando con el regreso del sol, así las alegrías y las peticiones de Tilling aumentaron también en intensidad y brillo.

No obstante, faltaba cierto estímulo. Aquello que los había animado a todos tanto desde que llegara Lucía procedente de Riseholme. No era solo que no estuviera Lucía, ni tampoco que no estuviera Elizabeth. Lo que todo el mundo echaba de menos con tantísima vehemencia eran las intensas reacciones que ambas habían logrado producir *juntas*. Día tras día, todos seguían encontrándose y hablando en High Street, pero ahora nunca había noticias como aquellas otras de antaño, tan emocionantes, que habían convertido la vida, desde el verano anterior, en una experiencia apasionante. Aunque sí resultaba muy curioso ver al mayor Benjy con su nuevo coche, que conducía él mismo, observar cómo evitaba por un pelo las colisiones en las esquinas más afiladas, y oír además sus asombrosas explosiones de lenguaje militar si veía que cualquier otro vehículo

se acercaba a eso de una yarda de su capó verde.

—Al parecer —le dijo Diva a la señora Bartlett cuando se encontraron por la mañana haciendo los recados en las tiendas—, el mayor debe de pensar que ahora que él tiene coche, nadie más puede utilizar la calle.

—Un cochecillo de pacotilla —dijo la señora Bartlett—. Una habría pensado que con diez mil libras como diez mil soles en el bolsillo podría haberse comprado alguna cosita mejor.

Ambas estaban en la esquina, mirando hacia Mallards, y Diva vio de repente un cartel puesto en la casa del mayor Benjy, en el que se anunciaba que la casa estaba en venta.

—¡Vaya! ¿Pero qué es eso? —exclamó—. Lo habrá puesto hoy mismo... Buenos días, señor Georgie. ¿Qué pasa en la casa del mayor Benjy?

Georgie aún llevaba un amplio brazalete negro en la manga.

—Sí, me comentó ayer que se va a trasladar a Mallards la semana próxima —dijo—. Y, por tanto, va a tener que hacer una venta de su mobiliario casi inmediatamente.

—Bueno. No será nada del otro mundo —dijo Diva desdeñosamente—. Unos cuantos pellejos de tigre comidos por el moho. Él dice que los cazó en la India.

—Creo que necesita dinero —dijo Georgie—. Se ha comprado un coche, como ya saben, y ahora tiene que mantener Mallards y su propia casa.

—A eso lo llamo yo imprudencia —dijo la señora Bartlett—. A eso lo llamo yo contar los pollos antes de que pongan los huevos las gallinas. ¡Ay, Dios mío, qué cosas hay que oír! ¡Qué horror más grande!

Georgie, educadamente, pasó por encima de aquel asunto cambiando de tema.

—Yo, por mi parte, me he decidido —dijo—, y voy a levantar un cenotafio en el cementerio de la iglesia para nuestras queridas Lucía y Elizabeth.

—¿Qué? ¿Para las dos? —preguntó Diva.

—Sí, lo he pensado muy detenidamente, y va a ser para las dos.

—En ese caso, el mayor Benjy debería ir a medias con usted —dijo Diva.

—Bueno... Le conté lo que tenía intención de hacer —dijo Georgie—, y no lo captó. Solo dijo «¡Una idea genial!», y se tomó un whisky con soda. Así que no le diré nada más. En realidad, preferiría hacerlo todo yo solo.

—Pues yo de verdad creo que es un muy mal gesto por su parte —dijo Diva—. En cualquier caso, debería asumir una porción del gasto, considerando todo lo que... Y, en vez de eso, va y se compra un motocarro que no sabe ni conducir. Pero continúe con lo del cenotafio, por favor.

—Lo vi ahí abajo, en el patio del picapedrero —dijo Georgie—, y se me metió la idea en la cabeza. Un precioso cenotafio blanco del estilo del de Londres<sup>[84]</sup>, aunque mucho más pequeño, claro. Supe que lo había encargado un hombre para una lápida, pero luego el hombre que lo encargó se arruinó, y se lo tuvo que quedar el picapedrero.

—Yo ya me había enterado de todo el asunto —dijo la señora Bartlett, con un tonillo de voz de bastante superioridad—. Kenneth me contó que se lo había dicho usted, y ambos pensamos que se trata de una idea estupenda.

—El picapedrero debería dejárselo a usted más barato, entonces —dijo Diva.



—No será muy barato —dijo Georgie—, pero lo he comprado y lo pondrán en su sitio hoy mismo, justo en el exterior del transepto sur, y el Padre va a bendecirlo. Luego está también lo de la inscripción. Yo, por mi parte, les dedicaré un sentido recuerdo, y luego pondré un poquito del texto que leyó el Padre en la misa funeral. Solo lo de «Ni en la muerte se separaron».

—Absolutamente perfecto. No ponga aquello de las águilas y los leones... —dijo Diva.

—No. Ya pensé yo que no debía poner eso. Aunque también me gustaba esa parte —dijo Georgie, en honor de la señora Bartlett.

—Y hablando de whisky —dijo Diva, retrocediendo en la conversación, como era habitual en ella, a una alusión ya lejana—. El mayor Benjy ha acabado con todo el whisky de antes de la guerra que le dio Lucía. Al menos he oído que encargó más ayer. ¡Oh! Ahí está el cartel de la venta. «Viejo mobiliario inglés». Sí, se puede referir perfectamente a un par de cosas, y ya sé cuáles son. «Valiosas obras de arte». Bueno, ¡no me lo puedo creer! Un grabado de *El Rey del Glen* y una fotografía de *El despertar del alma*<sup>[85]</sup>. ¡Basura! «Elegantes pieles de tigre». Puede que las pieles estén bien, pero pelo, la verdad, no tienen.

—Dios mío, qué severa es usted... —dijo Georgie—. Ahora debo irme y ver cómo van con la inscripción. *Au reservoir*.

Diva asintió frente a Evie Bartlett.

—Resulta agradable volverlo a oír —dijo—. No lo oía desde... Bueno, desde aquello.

El cenotafio, con su inscripción en gruesas letras emplomadas que explicaban que Georgie lo había erigido en memoria de las dos inseparables damas, levantó muchísima admiración, y una reproducción a toda página del mismo apareció en la *Revista Parroquial* de abril, publicada el último día del mes de marzo. El cantero había calculado ligeramente mal el espacio disponible para la inscripción, y, con el fin de poder meter los dos nombres en el mismo renglón, había tenido que hacer las palabras «Elizabeth Mapp» considerablemente más pequeñas que las palabras «Emmeline Lucas». Aunque Tilling no dijo nada al respecto, se pensó que aquel error causaba un efecto muy apropiado, si es que había que interpretar algún significado simbólico en él. Se consideró que Georgie lo había hecho todo espléndidamente y que su conducta contrastaba muy favorablemente con la conducta del mayor Benjy, pues, mientras Georgie había mantenido Grebe con grandes gastos y había restaurado, de su propio bolsillo, el desastre que la inundación había provocado en el jardín, el mayor Benjy, después de intentar infructuosamente alquilar Mallards a diez guineas semanales, se había trasladado a la casa, y, con una precipitación que era tan imprudente como poco delicada, estaba ya negociando el traspaso de la suya. Y el primero de todos sus movimientos había sido el de poner a la venta su mobiliario al completo. Se había comprado un coche, había rellenado la bodega de Mallards con vinos fuertes y más whisky de antes de la guerra, había gastado dinero como si se tratara de agua, y la noche de aquel último día de marzo organizó una partida de *bridge* en el cenador de Mallards.

Georgie y Diva y la señora Padre estuvieron entre los invitados a la velada. Había

habido una cena primero, una rica y elaborada cena, y luego *bridge* hasta la medianoche. Fue una velada bastante incómoda y, antes de que hubiera concluido, todos desearon que no se hubiera producido jamás, pues el mayor Benjy aludió a la fiesta como una manera de celebrar la inauguración de la casa, lo cual demostraba, por una parte, que ya lo había olvidado todo, y por otra, que tenía el corazón como un pedernal, ya que nadie cuyas percepciones no fueran de lo más vulgar habría utilizado semejante expresión tan pronto. Había hablado de su benefactora con exagerada amabilidad, pero resultaba dolorosamente evidente de qué fuente brotaba todo aquel afecto póstumo. Pensaba redecorar el cenador. Dijo que la casa necesitaba un poco más de iluminación, e incluso, a modo de recuerdo de su amiga, que Dios tuviera en la gloria, ofreció a cada uno de los invitados una acuarela de la señorita Mapp, pues había en abundancia por todas las paredes. Allí se quedó, en la puerta, con los brazos en jarras, con el aire de un vulgar *nouveau riche*, propietario de una propiedad ancestral, cuando todos se dirigieron a sus casas en mitad de la noche, y le oyeron cerrar y candar la puerta, y echar la cadena que Lucía, cuando estuvo allí de alquiler, había reparado con el fin de mantener a raya a las informales visitas no deseadas de la señorita Mapp. «Le estaría muy bien empleado», pensó Georgie, «que ella volviera».

La noche en que el canal del río se desbordó era tranquila y hermosa. La marea había subido, y una prolongada lámina de agua, iluminada por la brillante luz de la luna, se extendió sobre las marismas ya anegadas de los márgenes de la corriente, hasta alcanzar el borde del muro de contención situado frente a Grebe, recién reconstruido. Entre las cuatro y las cinco de la mañana del primero de abril, un barco pesquero se adentró por la embocadura del río y, precisamente en el momento en que las estrellas se apagaban y el cielo empezaba a volverse cada vez más rojo por el inminente amanecer, atracó en el pequeño muelle que había al este de la ciudad, para quedar amarrado a la orilla. De él descendieron dos figuras ataviadas con gabanes y chaquetas impermeables.

—Creo que lo mejor sería ir directamente a Mallards, querida —dijo Elizabeth—, porque la tenemos muy cerca. Así podremos tomarnos una taza de té para entrar en calor. Además, desde casa puedes telefonar a Grebe, y decirles que envíen el coche para recogerte.

—Llamaré a Georgie también —dijo Lucía—. No soporto pensar que su preocupación dure ni un minuto más de lo necesario.

Elizabeth señaló el cielo.

—Mira, el sol ya está tocando lo alto de la torre de la iglesia —dijo—. Llegué a pensar que no volvería a ver a mi querido Tilling nunca más.

—Yo jamás tuve la menor duda al respecto —dijo Lucía—. ¡Mira! Esos son los campos sobre los que flotamos en la mesa de la cocina. Me pregunto qué habrá sido de ella...

Subieron la escalinata que ascendía por el sureste de la ciudad, y alcanzaron el camino que pasaba por el cementerio. Este camino discurría junto a la cara sur de la iglesia. El mármol blanco del cenotafio brillaba bajo la temprana luz del día.

—¡Qué tumba tan hermosa! —dijo Elizabeth—. Es bastante nueva. Pero ¿cómo la habrán puesto aquí? No se ha enterrado a nadie en este cementerio desde hace cien años.

Lucía dejó escapar una admiración sobresaltada cuando sus ojos se clavaron en las pulidas letras de plomo.

—¡Pero si somos nosotras! —exclamó.

Ambas permanecieron allí juntas, de pie, con sus impermeables, y recitaron a la vez la inscripción como en una especie de salmodia.

ESTA ESTELA FUNERARIA FUE ERIGIDA POR  
GEORGE PTIZONCILLO  
EN MEMORIA Y SENTIDO RECUERDO DE  
EMMELINELUCAS Y ELIZABETH MAPA,  
QUE SE PERDIERON EN EL MAR

—¡En mi vida había visto una cosa igual! —exclamó Lucía—. Yo diría que ha sido un tanto prematuro por parte de Georgie asumir que yo ya estaba muerta. La inscripción debe ser eliminada de inmediato. Por otra parte, he de reconocer que es muy amable por su parte... ¡Y qué cantidad de dinero le debe de haber costado! Válgame Dios, supongo que pensó... Tenemos que darnos prisa, Elizabeth.

Elizabeth aún seguía asombrada, sin moverse, delante de la estela.

—Estoy desconcertada. No sé por qué han puesto mi nombre con esas letras tan pequeñas... —dijo amargamente—. Apenas si se puede leer. De todas formas, como tú dices, querida, fue un tanto prematuro por su parte. Yo diría que incluso impertinente. Estoy muy contenta de que mi querido mayor Benjy no haya tenido nada que ver. Hay algo tremendamente desagradable en todo esto.

Pasaron rápidamente por delante de Mallards Cottage, donde las persianas continuaban echadas, y allí estaba la ventana del cenador de Mallards, desde la que ambas habían realizado tan apasionantes observaciones. También contemplaron la fachada de ladrillo rojo, deslumbrante con la luz del sol matutino. Cuando cruzaron la calle empedrada hacia la puerta principal, Elizabeth miró hacia High Street y vio en la casa vecina del mayor Benjy el cartel de la inmobiliaria en el que se anunciaba que la propiedad de aquella bonita residencia estaba en venta. Había cartelitos en las paredes anunciando también la venta de mobiliario, que tendría lugar aquel mismo día.

Fue entonces cuando Elizabeth se puso extremadamente pálida, y tendió una temblorosa mano hacia el brazo de Lucía.

—¡Mira! La casa del mayor Benjy está en venta —balbuceó—. Ay, Lucía, ¿qué habrá ocurrido? ¿Hemos regresado de entre los muertos, como si dijéramos, para encontrarnos con que nuestro querido y viejo amigo se ha ido con ellos? Y pensar que... —Pero no pudo completar su frase.

—Querida, no debes sacar unas conclusiones tan tremendas —dijo Lucía—. Puede que simplemente se haya cambiado de casa...

Elizabeth negó con la cabeza. Estaba completamente decidida a pensar lo peor, y de hecho parecía de lo más improbable que el mayor Benjy, que había vivido en la misma propiedad durante un cuarto de siglo, pudiera trasladarse a cualquier nueva morada... Salvo a una. Entretanto, deseosas de poner fin a aquella incertidumbre, Elizabeth mantuvo presionado el timbre, y Lucía accionó la aldaba de Mallards.

—Estarán todos durmiendo en el ático —dijo Elizabeth—, pero creo que nos oirán si continuamos llamando. ¡Ah! Ya oigo pasos en las escaleras. Alguien está bajando.

Oyeron cómo se retiraban los numerosos candados y pestillos de la puerta, y también el tintineo de la cadena repuesta. La puerta se abrió y ante ellos apareció el mayor Benjy. Se había puesto la chaqueta de cenar por encima de su pijama militar, y llevaba unas zapatillas de andar por casa. Estaba soñoliento, sin afeitarse y muy enfadado.

—¡Pero qué demonios es todo este jaleo, hombre! —dijo, al ver a dos figuras con impermeables en el quicio de la puerta—. ¿Qué se supone que pretendéis al levantarme

de la cama con ese ruido infernal qu...?

La incertidumbre de Elizabeth se evaporó totalmente.

—¡Desgraciado! —gritó furibunda—. ¿Qué se supone que está haciendo? ¿Por qué está en mi casa? ¡Ah! Ya me lo imagino... ¡Él! ¡Él! Se ha enterado de lo de mi testamento, ¿no es así? Pensó usted que no podía esperar ni un solo segundo para calzarse los zapatos de una mujer muerta, así que decidió arrancármelos de los pies aunque siguiera viva<sup>[86]</sup>. Revocaré mi testamento hoy mismo. Le juro que... Ahora, ¡fuera! ¡Asqueroso suplantador! ¡Váyase a su propia casa, porque no voy a permitir que permanezca ni un solo minuto más en la mía!

Durante aquel exaltado discurso, el rostro del mayor Benjy se fue transfigurando en una elocuente expresión de asombrada consternación, como si hubiera visto algo mucho peor (de hecho lo había visto) que un fantasma. Intentó calmarse.

—Pero... Mi querida señorita Elizabeth —dijo—. Me permitirá al menos que recoja mi ropa, y, sobre todo, que le diga unas palabras acerca de mi profundo agradecimiento a Dios por permitir que usted y la señora Lucas... Porque esta es la señora Lucas, ¿no es así?

—¡Fuera! —gritó Elizabeth, con un taconazo en el suelo—. ¿Gracias a Dios? ¡Encima! ¡Ya veo la gratitud que hay en su cara! ¡Largo de mi casa! ¡Zape!

El mayor Benjy se había enfrentado a tigres heridos en la India (o al menos eso era lo que él decía), pero por aquella época solía tener un rifle en las manos para defenderse. En la situación actual resultaba del todo imposible hacerle frente a su benefactora y, con una zapatilla en un pie y la otra colgando del otro, se apresuró a bajar las pocas yardas de acera que le separaban de su propia casa. Las dos damas entraron en Mallards, y Elizabeth dio un portazo y echó la cadena.

—¡Punto final! —exclamó (y sin duda lo era)—. Ah, aquí viene Withers. Withers, hemos vuelto... Y, aunque no deberías haber permitido jamás que el mayor pusiera un pie en mi casa, no te culpo, porque estoy segura de que te ha intimidado para que lo hicieras.

—¡Ay, señorita! —exclamó Withers—. ¿De verdad es usted? ¡Ay, Señor! ¡Qué sorpresa!

—Y ahora tráenos a la señora Lucas y a mí una taza de té —dijo Elizabeth—, y luego la señora podrá regresar a Grebe. Ese desgraciado no habrá dormido en mi habitación, supongo...

—No. Se ha alojado en el mejor dormitorio de invitados —dijo Withers.

—Entonces prepara mi habitación. Me iré a la cama e intentaré dormir unas horas. Me he pasado toda la noche en vela. Luego, Withers, coge la ropa del mayor Benjy, y sus espantosas pipas, y todas sus pertenencias, y las tiras directamente a la calle. Lo llamas y le dices dónde puede encontrar todos sus trastos. ¡Pero que no vuelva a poner jamás ni un solo pie en *MI* casa!

Lucía fue a la salita del teléfono y llamó al *cottage* de Cadman para que este viniera con el coche. Oyó la exclamación «¡Diosmíobendito!» y oyó también lo que supuso que sería el grito de asombro de Foljambe. Luego llamó a Georgie. Él y todo el servicio estaban durmiendo cuando el teléfono comenzó a sonar, pero los persistentes timbrazos

terminaron por penetrar en la conciencia de Georgie, y le hicieron soñar que estaba de nuevo viendo a Lucía girar y girar en los remolinos de la riada a bordo de la mesa de cocina, mientras hacía sonar una enorme campana para la cena y se iba hundiendo poco a poco en las aguas procelosas. Finalmente se despertó por completo, y supo que se trataba tan solo del teléfono.

—¡Qué gente más pesada! —farfulló—. ¿Quién demonios puede estarle llamando a uno a estas horas? ¡Sigue! Sigue llamando hasta que te canses. Me voy a dormir otra vez.

A pesar de haber tomado semejante determinación, lo cierto es que no la cumplió. Tan insistentes eran los timbrazos, que en un minuto o dos tuvo que levantarse de la cama y, tras haberse puesto su batín a rayas (azules y amarillas), bajó al salón.

—Sí. ¿Quién es? ¿Qué quiere? —preguntó con enojo.

Se oyó entonces una pequeña risilla alegre, y luego una voz que él pensó que jamás volvería a oír le habló con su tono inconfundible:

—¡Georgie! ¡*Georgino mio!* —dijo.

Notó al instante cómo le daba un vuelco el corazón.

—¿Qué...? ¿Qué...? —exclamó.

—¡Sí, soy Lucía! —dijo la voz—. Ya estoy en casa, Georgie.

Ochenta mil libras (menos los gastos del funeral) y Grebe parecieron desprenderse de él como en un alud y caer en el agujero de las cosas que podrían haber sido... Pero no fue la conciencia repentina de aquella ruina lo que llenó sus ojos de lágrimas.

—¡Oh, querida mía...! —exclamó—. ¿De verdad eres tú? Lucía, ¿dónde estás? ¿Desde dónde me estás llamando?

—Desde Mallards. Elizabeth y yo...

—¿Qué? ¿Las dos? —gritó Georgie—. Entonces... ¿dónde está el mayor Benjy?

—Se acaba de ir a su casa —dijo Lucía discretamente—. Y en cuanto me tome una taza de té, yo misma me iré a Grebe también.

—Pero tengo que ir allí y verte inmediatamente... —dijo Georgie—. Me voy a poner cualquier cosa...

—Sí, hazlo —dijo Lucía—. *Presto, presto*, Georgie.

Sin importarle la posibilidad de manchar su reputación de ser el hombre mejor vestido de Tilling, se puso unos pantalones y un jersey, y su gruesa capa marrón, y ni siquiera se acordó de su *toupet*. La puerta principal de Mallards estaba abierta, y los criados de Elizabeth se dedicaban a arrojar a la calle, sin contemplaciones, una curiosa colección de palos de golf, cepillos de dientes y ropa. Por pura costumbre —todo el mundo en Tilling tenía esa costumbre— levantó la mirada hacia la ventana del cenador cuando pasó por debajo, y se asombró enormemente al ver a dos marineros ataviados con sus gorros y sus chaquetas impermeables lanzándole besos con la mano. Solo tuvo un segundo para preguntarse quiénes podrían ser, porque lo adivinó enseguida. Corrió a los brazos de Lucía, y luego se preguntó si debería besar también a Elizabeth. Pero ella mostró una leve reserva que le obligó a refrenarse. Georgie no estaba lo suficientemente despierto como para sospechar que ella había podido descubrir ya las pequeñas letras de su nombre con las que su memoria sería recordada.

Apenas tuvieron tiempo para emitir unas cuantas exclamaciones y para que Georgie

le hiciera la firme promesa de ir a cenar aquella misma noche a Grebe. El coche de Lucía llegó prontísimo, y el imperturbable Cadman se tocó la gorra mientras le decía: «Encantados de que haya vuelto, señora». Ella tuvo que abrirse paso a continuación entre los montones cada vez más extensos de calcetines y demás artículos, algo más íntimos, del ajuar masculino, que estaban siendo desperdigados por los escalones de la entrada. Georgie regresó corriendo a Mallards para vestirse de un modo que hiciera honor a su reputación, y Elizabeth subió a su cuarto para poder dormir unas cuantas horas. Bajo sus prendas impermeables, aún conservaba los restos destrozados de la ropa que se había puesto para el día de San Esteban, cuando partió de Tilling, y del bolsillo de su chaqueta harapienta y llena de salitre extrajo una media cuartilla de papel descolorido. La desdobló y, después de leer una vez más las místicas palabras «Se cogen dos langostas hembras...», la puso a buen recaudo para poder utilizarlo más adelante.

Entretanto, en la casa vecina, el mayor Benjy había caído ya presa de las más amargas reflexiones. Cualquiera que fuera el camino que decidiera tomar a partir de entonces, el destino le propinaría un violento bofetón que lo dejaría tambaleándose y trastabillando en la dirección errónea. Se asomó a una de las ventanas superiores de su propia casa, y desde allí pudo observar cómo su ropa, sus botas y sus artículos de aseo estaban esparcidos como comida para pájaros por las escalerillas de Mallards. Al disponerse a rechinar los dientes de pura rabia, descubrió que su dentadura postiza superior debía de continuar enjuagándose en un vaso de agua, todavía en la habitación de invitados. Con las prisas se la había dejado allí olvidada. Recuperar sus pertenencias personales era lo primero que debía hacer, y lo más necesario, y cuando desde su punto de observación comprobó que el montón había crecido hasta adquirir ya un tamaño considerable, subió a hurtadillas por la acera, agarró un montón de objetos diversos, tantos como pudo acaparar entre los brazos, para regresar corriendo, sin mirar atrás. Fue dejando caer un cepillo de uñas por aquí, unas jarreteras por allá, y a continuación arrojó en el interior de su propia casa todo lo que había conseguido salvar. En tres ocasiones tuvo que efectuar tan degradantes viajes para que no quedara nada de aquella comida para pájaros a la vista de todo el mundo. Aunque, en realidad, él mismo era en esos momentos un pobre pajarillo que se alimentaba de los gusanos de la aflicción.

Tilling estaba empezando a desperezarse ya. El lechero bajaba con su triquitraque por la calle y, al observar lleno de asombro el desastrado aspecto que ofrecía el mayor Benjy, le preguntó si quería que le dejara el pedido matutino en su propia casa o directamente en Mallards. El mayor Benjy se volvió hacia él con un rostro tan absorto que el repartidor al final no dejó la leche en ninguno de los dos sitios, y tomó la decisión de girar rápidamente para entrar en Porpoise Street, que era, sin duda, una calle mucho menos peligrosa. Posteriormente, el mayor tuvo que hacer su propio vía crucis para poder recoger los objetos que se le habían ido cayendo de los sobrecargados brazos, pero cuando por fin estaba ya regresando oyó de repente un trompazo a su espalda, y vio, estupefacto, cómo su nuevo baúl de viaje rodaba hasta la calle, después de haber sido arrojado escaleras abajo por Withers. Así pues, cuando Withers hubo cerrado la puerta, tuvo que volver a salir otra vez, poner más objetos en el interior del maletón, y entonces arrastrarlos penosamente hasta su casa.

Luego se aseó a toda velocidad, con resultados lamentables. Había muchos asuntos que resolver y que no admitían dilación ninguna. Los preparativos para la venta de su mobiliario ya casi habían concluido: la alfombra y la alfombrilla de la chimenea se habían atado juntas y se habían marcado como Lote 1; los aperos de la chimenea, una caña de pescar y un látigo de piel de rinoceronte conformaban el Lote 2; una bandeja de cocina con barajas de cartas, un bote de tabaco, una vajilla esmaltada descascarillada y un rollo de papel higiénico formaban un poco atractivo Lote 3. Pero la venta debía detenerse de inmediato, así que bajó corriendo a casa del subastador, en High Street, y le informó de que, debido a determinadas circunstancias inesperadas sobre las que no tenía ningún control, se veía obligado a suspender la subasta. El subastador le comentó, por su parte, que ya había incurrido en un gasto considerable con la impresión y la distribución de los pasquines y con los anuncios en la prensa local donde se daba cuenta de la operación, y eso sin tener en consideración el tiempo y el esfuerzo que ya se habían empleado en organizar y marcar los lotes. Los aullidos del mayor se podían escuchar a varias manzanas de distancia:

—¡Al demonio con todo! ¡Esas cosas son mías y no las venderé por nada del mundo! Envíeme la factura.

Luego había tenido que ir a la inmobiliaria, a decirle al agente que retirara su casa del mercado; y mientras salía de la oficina se cruzó con Irene, que ya estaba yendo hacia Grebe, y que le gritó:

—¡Han vuelto, querido amigo Benjy-wenjy! ¡Qué bien, qué bien!

La apremiante necesidad de tener un techo sobre su cabeza y una silla sobre la que sentarse estaba ya resuelta, y como ya había despedido a su propia servidumbre, adoptando a la de Mallards, debía acudir a otra agencia para encontrar algo parecido a una cocinera o una mujer de la limpieza hasta que pudiera reunir a su personal de nuevo. Allí prometieron enviarle a una mujer de mediana edad, muy respetable aunque bastante sorda y con algunos problemas de movilidad en las piernas, que llegaría al día siguiente. Regresó luego a su casa, algo más tranquilo, y observó, en los peldaños de Mallards, media docena de botellas de vino.

—Dios mío, mi bodega... —farfulló el mayor—, ¡hay un montón de botellas de vino y de whisky mías en la casa!

De nuevo subió a hurtadillas hasta aquella odiosa puerta y, tras cargar con las botellas hasta su casa, puso un hervidor al fuego, y comenzó a cortar las cuerdas que ataban los lotes de los objetos que iban a subastarse. Justo entonces las campanas de la iglesia comenzaron a repicar alegremente, y no fue difícil imaginar cuál era la razón de su incontenible júbilo. Y todo aquello, antes de desayunar...

Solo tras una taza de té fuerte sin leche pudo recuperar no solo su estabilidad física sino también su capacidad de sufrimiento mental. Se sentó a pensar. Antes de nada, había que considerar la faceta financiera de todo aquel desastre. La perspectiva era desastrosa. Había comprado (aunque no lo había pagado aún) un coche, varias docenas de botellas de vino carísimas, un traje nuevo hecho a medida, así como la indumentaria de luto con la que había asistido a la misa funeral; un montón de papel timbrado con el sello de Mallards, una caja de puros habanos y otros bienes demasiado lujosos y



numerosos como para mencionarlos sin caer en una depresión. No le sirvió en absoluto de consuelo recordar que se había negado a contribuir a los gastos del cenotafio; un mínimo ahorro como aquel no parecía demasiado significativo en aquellos momentos. Y luego, se preguntó: ¿qué pensaría su benefactora, cuando lo supiera todo, de su actitud en Mallards...? Podía descubrir que había intentado alquilarla a diez guineas semanales (y de hecho, siendo quien era, no tardaría en hacerlo) y, por tanto, podría enviarle una factura por esa tarifa por la quincena que él había pasado allí, por los productos del huerto y el jardín, el uso del piano y de paso los sueldos correspondientes de los criados. Afortunadamente solo había cogido alguna que otra remolacha del huerto, y había mantenido el piano afinado. De todos aquellos gastos, lo único que podía recuperar, quizá, eran tal vez los sueldos que había pagado a la servidumbre de Mallards entre el día de San Esteban y el de su entrada en la casa: puede que Elizabeth aceptara descontárselo de su deuda. No menos odiosa que aquella debacle financiera que prácticamente le había estallado en la cara era su pérdida del prestigio en Tilling. Tilling, bien lo sabía, había desaprobado su precipitación a la hora de instalarse en Mallards, así que ahora Tilling, rebosante de alegría, como Irene (qué bien, qué bien) por el regreso de las dos náufragas, no dudaría en mondarse de risa a su costa. Podía imaginarse con espantosa clarividencia los grupos de chismosos en High Street que en vano intentarían disimular sus sonrisas cuando él se acercara. Los días de las fanfarronadas se acabaron para siempre, tendría que ser callado y humilde y agradecerle a todo el mundo que lo tratara con el respeto al que tan acostumbrado estaba.

Desenrolló la piel de tigre para extenderla de nuevo en su vestíbulo; una nube de polvo y de pelo marchito se elevó en el aire, picante como el rapé, y el único ojo de cristal que le quedaba al tigre se le salió de la cuenca y empezó a rodar por el suelo. El mayor aulló su *quai-hai* antes de recordar que hasta el día siguiente por lo menos estaría solo en casa, y que cuando no lo estuviera, tendría a una sirvienta sorda. Abrió la puerta principal de su casa y volvió a asomarse a la calle. Entonces descubrió que allí, en el umbral de la puerta de Mallards, había otra docena de botellas de vino, botella más, botella menos, y un bastón. De nuevo tuvo que acercarse furtivamente para recuperar sus propiedades con la odiosa sensación de que tal vez Elizabeth estaría observándolo desde la ventana del cenador. Su dentadura postiza —gracias a Dios— estaba también sobre el segundo escalón, allí sola, brillando al sol, y parecía sonreírle con un gesto paradójicamente burlesco. Después de aquello, a lo largo de toda la mañana se estuvo asomando a ver de vez en cuando, mientras descansaba de la horrible labor de estirar alfombras y hacer camas, y de vez en cuando había allí alguna botella esperándolo, unos palos de golf, o bien libretas de puntos de *bridge* y mazos de naipes. Alrededor de la una, precisamente cuando estaba recogiendo lo que probablemente debía de ser el último de aquellos desayunos de pájaros, la puerta de Mallards se abrió y Elizabeth descendió la escalerilla tranquilamente con su sombrilla y una caja de puros. Pareció no verlo. Era muy probable que se encaminara a revocar su testamento.

A Georgie, igual que al mayor Benjy, también le tocó su ración de reflexión, tras regresar de su visita de amanecida a Mallards. Debía meditar sobre dos asuntos: el cenotafio y la mesa de cocina. El cenotafio no se había mencionado en aquellas alegres

exclamaciones que había intercambiado con Lucía, y confiaba en que las damas no hubieran reparado en ello. Así que después de desayunar bajó a casa del picapedrero y le rogó que enviara de inmediato una carretilla y un grupo de fornidos mozos al cementerio, y que quitaran el monumento de allí y lo llevaran al patio de atrás de Mallards Cottage, que en aquel momento estaba ocupado casi en su totalidad por la mesa de cocina bajo una lona impermeable. Pero cuando lo oyó, el señor Marble (pues tal era su nombre, ciertamente apropiado<sup>[87]</sup>) negó con la cabeza, pues el cenotafio había sido consagrado ya, y estaba convencido de que debía contarse con un permiso oficial para poderlo retirar de allí. Pero eso no podía ser de ningún modo: Georgie no podía esperar un permiso oficial, cualquiera que fuera, y estableció que, de todos modos, debía borrarse la inscripción sin dilación: estaba seguro de que no era necesario ningún permiso oficial para borrar los rastros de una mentira como aquella. El señor Marble envió a varios hombres a picar compulsivamente sobre el cenotafio hasta que sus bonitas letras emplomadas fueran arrancadas y la superficie de la piedra quedara limpia de toda aquella información errónea.

—Y le voy a decir una cosa... —dijo Georgie, a quien se le ocurrió repentinamente una idea—. ¿Por qué no coge el cenotafio y aprovecha para pintarle encima (ciertamente no me puedo permitir más cincelados) la inscripción que tenía previsto incluir cuando aquel hombre se arruinó y yo aproveché para comprarlo todo? Así el pobre hombre tendrá su cenotafio por fin, y yo me libraré del mío, que es justo lo que quiero... ¡Es ideal! Luego solo tiene que enviar una carretilla a mi casa y coger una mesa de cocina bastante grande que hay allí, la única que hay, de hecho, y devolverla a Grebe. La hace entrar por la puerta de la cocina y la coloca allí sin armar escándalo. Es estrictamente preciso que lo haga hoy mismo.

Todo se hizo conforme a los concienzudos planes de Georgie. Y así comprobó con sus propios ojos cómo desaparecía, en pequeños pedacitos de mármol, la última palabra de la inscripción; y luego se llevó todas las letras de plomo por si acaso pudieran resultarle útiles en algún momento para alguna cosa, aunque aún no sabría decir para qué: a lo mejor podría poner «Mallards Cottage» en la fachada de su casa, porque aquella larga inscripción probablemente contenía todas las letras necesarias. Una idea bastante buena y original, ciertamente. Y una vez hecho eso, se aseguró de que la mesa de la cocina se devolviera a su lugar de origen mientras Lucía dormía. Así que cuando bajó a Grebe esa noche, tenía la sensación de que había hecho todo lo preciso y necesario. Para aquella feliz ocasión decidió ponerse su chaleco blanco con botones de ónice.

Lucía tenía un aspecto extraordinariamente saludable, y estaba muy morena. Quizá también para despejar su mente, había escrito una enorme cantidad de postales a todos sus amigos, tanto a los de Tilling como al resto; era la cantidad de postales más grande que Georgie había visto juntas jamás en toda su vida.

—¡*Georgino, caro!* —exclamó—. Tantas cosas tengo que contarte que casi no sé por dónde empezar. Aunque creo que empezaré por mis aventuras marítimas, muy resumidas, claro está, porque quiero dictarle un informe completo de ellas a mi secretario, y hacer una fiesta la próxima semana para todo Tilling, y así leérolas. O puede que dos fiestas, supongo, porque no creo que pueda leerlo todo en una noche.

Pero ahora, volvamos al día de San Esteban...

»Aquella tarde, no sé muy bien por qué, se me ocurrió bajar a la cocina —dijo cuando se sentaron a cenar—. En cuanto entré allí, algo me dijo que no estaba sola. De repente, de detrás del árbol de Navidad surgió Elizabeth. Le pregunté (es lo que cualquiera habría hecho, ¿no crees?), qué diablos hacía allí, y ella me dijo que había decidido hacerme una visita para agradecerme el delicioso *pâté* que le había regalado, y para preguntarme algo. Pero no pudo seguir (volveré a eso más tarde), porque entonces, con un gran estruendo, el muro de contención cedió y la riada lo inundó todo. Yo estaba bastante tranquila, la verdad. En ningún momento llegué a asustarme. Nos *embarcamos* (sí, esa debería ser la expresión justa) encima de la mesa y... Por cierto, ¿llegó la mesa a la playa?

—Sí —dijo Georgie—, está en tu cocina ahora mismo. Ordené que la volvieran a traer.

—Gracias, querido. Nos embarcamos en la mesa, realmente un navío perfecto, me pregunto cómo no harán más iguales, y enseguida la corriente nos llevó hasta la escalinata del pueblo... Oh, ¿cogió un buen resfriado el Padre? Se pegó un buen chapuzón y nos puso perdidas, aunque en realidad esas fueron las únicas gotas de agua que nos salpicaron...

—El Padre está perfectamente, aunque perdió su paraguas, el que tú le habías regalado —dijo Georgie—; el cura católico del pueblo lo encontró, una semana después, y se lo devolvió. ¿No te parece una casualidad? Pero por favor, continúa. Ah, no, espera un minuto, antes: ¿qué quisiste decir con aquello de «Esperad hasta que volvamos»?

—Vaya, ¡naturalmente ardía en deseos de contaros que había sorprendido a Elizabeth metida en mi cocina! —dijo Lucía.

—¡Hurra! Ya sospeché yo que querías decirnos algo por el estilo... —estalló Georgie.

—Bueno, luego salimos... (jamás en mi vida podría haberme imaginado que una mesa de cocina pudiera viajar tan deprisa), y desembocamos en el mar en medio de una densísima niebla. Querido: ¡pobre Elizabeth! ¡Esa mujer es una cobarde de tomo y lomo! Le dije que nos rescatarían, que no había nada por lo que llorar; y que si no lo hacían, entonces nuestros problemas actuales serían lo de menos.

Grosvenor, entre tanto, había colocado un plato de pescado delante de Lucía. Ella fingió un espantoso escalofrío.

—¡Oh, llévatelo! —dijo—. No quiero volver a ver un pez en toda mi vida. Y menos un bacalao. Díselo a la cocinera. Pronto comprenderás el porqué de mi aversión. Bien. A todo esto, Elizabeth se puso totalmente histérica y empezó a decir que no estaba preparada para morir todavía. En un par de ocasiones me vi obligada a abofetearla (como sabes, es la mejor táctica para tratar con la gente histérica), y le dije que cuanto más viviera, menos preparada estaría para la muerte. Creo que eso le sentó bien. Entonces se hizo de noche y había sirenas de niebla bufando por todas partes a nuestro alrededor, y nosotras gritamos y chillamos, pero las sirenas hacían mucho más ruido, así que nadie nos oía. Pronto una de las sirenas empezó a sonar mucho más fuerte que las otras, algo bastante insoportable, te lo aseguro, y entonces, cuando ya creíamos que nos íbamos a volver las dos locas con el ruido, fuimos golpeados suavemente por la sirena. O más bien

por el barco que la transportaba.

—¡Dios bendito, podíais haber volcado...! —dijo Georgie.

—No te creas, más bien fue como un transatlántico acercándose al muelle —dijo Lucía—. No sentimos golpe de ninguna clase. Luego, cuando apagaron la maldita sirena, que nos había dejado medio sordas a las dos, los marineros nos oyeron gritar y nos subieron a bordo. Era un arrastrero italiano que iba de camino a su caladero de bacalao en los bancos Gallagher... ¡Ay, esa es la razón por la que no quiero volver a ver a un bacalao en mi vida!

—Pero reconoce que tuviste suerte —dijo Georgie—. Al menos pudiste hacerte entender. Imagínate que hubieran sido españoles en vez de italianos...

—Al final habría dado lo mismo. Estoy persuadida, y así se lo dije a Elizabeth, de que hablaban algún tipo de extraño dialecto napolitano. De hecho, no me siento afortunada en absoluto. Pero como el capitán hablaba un perfecto inglés, lo del idioma no importó mucho. Todos se mostraron amabilísimos, pero no nos podían llevar a tierra porque para entonces la tormenta nos había lanzado muchas millas mar adentro en el Canal de la Mancha. No tenían ni idea de dónde estaba la costa inglesa, ni ninguna otra, de hecho.

—¿No tenían radio? —sugirió Georgie.

—Había quedado totalmente inutilizada por la espantosa galerna del día anterior. Estuvimos vagando en medio de la niebla durante dos días, y cuando levantó y pudimos coger sol de nuevo (se trata de una expresión náutica que aprendí en el barco, querido Georgie), nos dimos cuenta de que nos hallábamos en algún lugar frente a las costas de Devonshire. El capitán nos prometió dejarnos en cualquier barco con el que nos cruzáramos y que se dirigiera a Inglaterra, pero durante días no vimos ninguno. Así que el capitán continuó su ruta hacia el caladero de las Gallagher, que está entre Irlanda y América, aproximadamente a mitad de camino, y allí nos tiramos dos meses faenando. Comíamos bacalao, luego bacalao, y de postre bacalao. Y Elizabeth se pasaba roncando toda la noche sin parar en el camarote que compartíamos. Hacía un frío de bigotes, y las noches eran muy oscuras y solitarias. ¡Cuánto agradecí por entonces mis ejercicios de calistenia! Ya os lo contaré todo en mi conferencia. Luego descubrimos que en el caladero había un arrastrero de Tilling, y cuando estaba a punto de emprender el camino de vuelta a casa, hicimos el trasbordo... así lo llaman en el argot marino, trasbordo. Y creo que eso fue todo, en resumen.

—Es la historia más prodigiosa que he escuchado en mi vida —dijo Georgie—. Tienes que sentarte y escribir esa conferencia rápidamente.

Lucía clavó en Georgie su penetrante mirada. No había perdido ninguno de sus punzantes poderes tras aquella larga estancia en el mar.

—Ahora es tu turno... —dijo—. Creo que sé bastante más de lo que tú piensas. Primero, ¿por qué no me cuentas lo de la misa funeral...?

—Oh, ¿sabes lo de la misa...?

—Por supuesto. Había un ejemplar de la *Revista Parroquial* aquí cuando llegué, y la leí en la cama. Creo que fue un poco prematuro que celebraseis algo así... Tú asististe, supongo.

—Todos asistimos —dijo Georgie—. Y, después de todo, el Padre dijo cosas

extraordinariamente bonitas de vosotras.

—Demasiado adulator, me temo. Pero en todo caso fue demasiado precipitado. Y creo que tú y el mayor Benjy fuisteis los deudos principales.

Georgie se quedó pensando un instante.

—Voy a confesártelo con toda franqueza —dijo—. Me dijiste que me habías dejado Grebe, y una pequeña cantidad de dinero, y tu abogado me dijo lo que eso significaba. Querida, yo estaba destrozado, y naturalmente, era normal que yo fuera el principal deudo. Y lo mismo pasaba con el mayor Benjy. Había visto el testamento de Elizabeth, así que fue por eso que...

De repente, una irresistible curiosidad lo atenazó.

—Por cierto, al mayor Benjy no se le ha visto el pelo en todo el día... —dijo—. Dime lo que ha ocurrido esta mañana en Mallards. Lo único que me dijiste por teléfono era que se acababa de marchar a casa.

—Sí, Elizabeth lo ha puesto de patitas en la calle con todos sus bártulos —dijo Lucía—. Al menos, dejó que saliera primero él, y ya se las habrá ido apañando ella para que detrás salieran todos sus cachivaches. Calcetines, botellas de whisky, esas cosas; tú mismo pudiste ver algunas de sus cosas desperdigadas a la entrada. Elizabeth estaba furiosa, en estos meses ha adoptado los modales de una pescadera. Una cosa perfectamente justificada, después tanto tiempo faenando en el caladero Gallagher. Pero cuéntame más... ¿Qué fue lo primero que hicisteis después de la misa funeral?

La esperanza de ocultarle a Lucía la historia del cenotafio comenzó a desvanecerse en la mente de Georgie. Si Lucía había visto el número de febrero de la *Revista Parroquial* probablemente también habría leído el número de abril, que incluía una reproducción a toda página del monumento funerario. Además, le estaba lanzando aquella mirada penetrante que él tan bien conocía.

—Lo siguiente que hice fue levantar un precioso cenotafio para ti y para Elizabeth —dijo Georgie con firmeza—. Lo de «En memoria y sentido recuerdo» era cosa mía. Pero hoy mismo he hecho que borrarán la inscripción...

Lucía le cogió la mano.

—Querido Georgie, me alegra que me lo hayas contado —dijo—. En realidad, ya lo sabía. Elizabeth y yo lo vimos esta mañana. Al principio me sentí dolida, pero ahora creo que fue un gesto muy cariñoso por tu parte. Debió de costarte mucho dinero...

—Sí —dijo—. ¿Y qué pensaba Elizabeth del cenotafio?

—La verdad es que estaba un poco furiosa porque su nombre estaba en letras más pequeñas que las mías —dijo Lucía—. Ya conoces a la pobre.

—¿Ha estado muy pesada todos estos meses? —preguntó Georgie.

—“Pesada” no es la palabra —dijo Lucía con tono judicial—. Frustrante, más que pesada, y solo de vez en cuando. No se daba cuenta de la tremenda oportunidad que se le estaba brindando. En ningún momento llegó a superar la situación, ni a olvidar todas nuestras pequeñas y miserables disputas. El olor a pescado no la dejaba vivir. En cambio, yo aprendí un montón de cosas, Georgie: aprendí cómo se dice en italiano “estribor” y “babor” (ya sabes, son las palabras que designan la parte derecha e izquierda del barco), y cómo hacer un nudo de ancla y un nudo corredizo, y un ballestrinque, y cómo empalmar

dos cabos de sedal, y todo tipo de cosas curiosas e interesantísimas. Aprovecharé para enseñaros algunas de esas cosas en mi conferencia. Aprendí a andar descalza por el puente —Lucía tenía unos pies muy bonitos—, y a levar anclas y a manejar el cabrestante, y me las arreglé para no marearme y caerme de la litera al suelo cuando el barco daba bandazos en alta mar. La pobre Elizabeth, sin embargo, siempre andaba dándose trompazos, y estaba todo el día mareada. Para mí que carece de espíritu. No paraba de suspirar y de lloriquear y de lamentarse por haber bajado de la colina de Tilling aquella tarde de San Esteban.

Lucía se inclinó hacia delante y miró a Georgie resueltamente.

—No podía comprender su actitud. Era muy superficial —dijo—. Pero estoy convencida de que tenía algo en la cabeza. A menudo parecía estar debatiéndose en su interior con la intención de confesarme algo, pero nunca fue capaz de sacarlo fuera. Carece de valentía. Y aunque no puedo ni imaginarme qué quería decirme exactamente, creo que en términos generales sé de qué podría tratarse.

—¡Qué emocionante! —exclamó Georgie—. ¡Dime!

La mirada de Lucía se perdió en la lejanía. Era una mirada viva pero tenía algo de especulativo. Parecía como ver a Einstein concentrado en algún tipo de deducción cósmica.

—Georgie, ¿por qué entró esa mujer en mi cocina el día de San Esteban como una vulgar ladrona? —preguntó—. Me dijo que había venido a darme las gracias por aquel *pâté* que le envié. Pero eso no es verdad: cualquiera puede darse cuenta de que eso no es cierto. Nadie entra en las cocinas ajenas para agradecer que te regalen un *pâté*.

—Diva sospechaba que había ido allí para ver el árbol de Navidad —dijo Georgie—. No teníais muy buena relación en esa época. Todos pensamos que fue muy amable por su parte...

—Entonces, ¿por qué no me ha dicho que fue por eso? —preguntó Lucía—. Yo creo que sus motivaciones fueron algo más turbias. Y estoy convencida, además... en ocasiones tengo este tipo de intuiciones, como bien sabes... estoy convencida de que a lo largo de todos estos meses de odisea Elizabeth ha querido decirme por qué fue allí esa tarde, y al final la vergüenza le ha impedido hacerlo. Naturalmente, yo en ningún momento le pregunté sobre el tema. Si ella no quería decírmelo, sería indigno de mí forzar una confidencia. Ella estaba completamente destrozada, y yo me habría sentido miserable si hubiera intentado sonsacarle algo en esas circunstancias. Pero cuanto más lo pienso, Georgie, más convencida estoy de que lo que tenía que decirme y no se atrevía, guardaba relación con eso. Al fin y al cabo, hasta aquel momento yo había desbaratado todos y cada uno de los complots que organizó contra mí, y había descubierto todas sus tretas. Tenía algo en mente, de eso no me cabe duda, y por eso es por lo que estaba en mi cocina.

A Lucía se le iluminó el aura profética.

—Lo descubriré —anunció—. Elizabeth es tan tonta que se delatará en cualquier momento. Pero Georgie, ¿cómo he echado de menos la música todas estas semanas! ¡No había piano a bordo! Ni desgraciadamente en ninguno de los arrastreros que estaban allí reunidos. Solo algún acordeón y nada más, que un marinero tuerto tocaba mientras

comíamos cada noche nuestra ración de bacalao. Vamos un momento a mi salón de música y toquemos de nuevo a Mozartino. Aunque primero quiero decirte una cosa...

Georgie hizo un rápido repaso a todo lo que había hecho desde el momento en que se convenció de que Lucía se había ahogado. Si sabía lo de la misa funeral y lo del cenotafio, aquello que quería decirle tendría que ver sin duda con lo de la mesa de la cocina, y esta ya se encontraba de nuevo en su sitio. Sabía perfectamente todo lo que había ocurrido. Lucía adoptó su tonito de niña mala.

—Georgie... —dijo—. ¿Te has enfadado mucho con...?

Aquello era demasiado. Georgie dio una palmada bastante fuerte en la mesa.

—¡No! —exclamó—. ¿Cómo te atreves a decir eso?

—Era una bromita solo, Georgie —dijo Lucía con una vocecilla fingida—. No he tenido mucha oportunidad de hacer bromitas con esa triste de Liblib. Lo siento. ¿No estarás enfadado con la nenita Lucía?

—No, pero no lo vuelvas a hacer —dijo Georgie—. No te lo permitiré.

—Pues no me lo permitas entonces —dijo Lucía, recuperando el tono normal de la voz—. La casa está como los chorros del oro, y Grosvenor me ha dicho que te has ocupado de pagar su salario, semana tras semana.

—Naturalmente —dijo Georgie.

—Fue de lo más amable y considerado por tu parte. Te ocupaste de que mi casa estuviera lista para mi regreso. Envíame todas las facturas mañana mismo. Me ocuparé de pagarte todo inmediatamente. Quiero agradecerte enormemente que te hayas encargado de mi casa. Y envíame también la factura del cenotafio. Es de justicia que la pague yo, por supuesto. Fue una iniciativa muy amable por tu parte, Georgie, aunque, gracias a Dios, un tanto precipitada. No puedo soportar pensar que hayas perdido un montón de dinero por el hecho de estar yo viva. Y no me repliques: no te escucharé. Y ahora, vamos directamente al piano y toquemos uno de nuestros duetos, el que tocamos la última vez.

Pasaron a la estancia de al lado. La partitura del dueto estaba ya preparada sobre el piano, y parecía como si Lucía la hubiera estado ensayando. Se sentó en un extremo del escabel.

—Empezamos los dos a la de tres —dijo—. ¿Listo? ¡Ahora! *Uno, due, TRE!*

El desdichado mayor Benjy, que no había salido de casa en todo el día, salvo para entrevistarse con los agentes inmobiliarios y para ejercitarse en aquellas miserables idas y vueltas entre su casa y la escalinata de Mallards, cenó solo aquella noche (si es que aquello se podía llamar cena) una empanada de cerdo y una botella de borgoña. Un día de duro trabajo había devuelto los objetos de los lotes de la venta anulada a los lugares donde se encontraban originalmente, y un poco de pegamento había conseguido devolverle el ojo al tigre desgastado. Él mismo se sentía peor que desgastado, se sentía literalmente despellejado, y solo el Dios del Cielo sabía qué nuevos despellejamientos le aguardaban. Desde primera hora de la mañana todo Tilling hervía en telefonazos (y las campanas de la iglesia en repiques) repletos de mensajes de congratulación a las damas que habían regresado y a sus amigos. Nunca como entonces el mayor se había sentido tan paria. Diva acababa de pasar por debajo de su ventana (claramente visible a la luz de la lámpara, pues todavía no había corrido las cortinas de su cubil) y había oído cómo llamaba a la puerta de Mallards. Debía de haber ido a cenar con Elizabeth la fatal. ¿De qué estarían hablando ahora? Demasiado bien lo sabía, puesto que conocía a Elizabeth como si hubiera compartido con ella su vida.

Si en espíritu pudiera haber estado presente en el comedor, donde justo la noche anterior había acogido tan opíparamente a Diva y a Georgie y a la señora Bartlett y los había incitado a dilapidar el vino, no se habría sentido mucho más animado.

—En mi habitación de invitados, Diva, ¿puedes creértelo? —dijo Elizabeth—, con todos los cajones llenos de calcetines y camisas y dentaduras postizas, ¿a que sí, Withers? Y tenía la bodega llena de vino. ¡Solo Dios sabe lo que se habrá comido de mis cosas! Estaba aquel *pâté* que me dio Lucía solo un día antes de que fuéramos tragadas por el océano...

—Pero de eso hace tres meses... —dijo Diva.

—... E incluso ha utilizado mi carbón y mi luz eléctrica como si fueran suyos, por no mencionar la cocina... —dijo Elizabeth, prosiguiendo exactamente donde lo había dejado—. He comprobado que me falta un surco completo de remolachas.

Diva estaba como loca por escuchar la historia del viaje. Sabía que Georgie estaba cenando con Lucía, y que se lo contaría a todo el mundo al día siguiente, pero si conseguía que Elizabeth dejara las remolachas en paz y hablara de lo otro, ella podría ser otro foco de información en vez de verse obligada a quedarse como una tonta escuchando a Georgie.

—Elizabeth, querida —dijo—, ¿qué importa un poquito de remolacha en comparación con lo que tú has tenido que pasar? Cuando una buena amiga ha tenido una experiencia tan asombrosa como estoy segura de que has tenido tú, nada de lo demás importa. Por supuesto, siento lo de tus remolachas... se trata de algo de lo más molesto. Pero lo que yo quiero de verdad es que me cuentes tus aventuras.



—Pronto lo sabrás todo —dijo Elizabeth—, porque mañana mismo voy a empezar a escribir una historia completa. Luego, en cuanto la tenga acabada, daré una enorme fiesta vespertina, y en vez de jugar al *bridge*, os la leeré. Esto es absolutamente confidencial, he de advertirte. No digas ni una palabra de esto, o Lucía podría robarme la idea y adelantármeme.

—Ni una palabra —dijo Diva besándose el pulgar—. Pero seguro que puedes contarme alguna cosita suelta...

—Sí, hay un cierto número de cosas de las que no haré mención públicamente —dijo Elizabeth—. Cosas sobre Lucía de las que jamás se me ocurriría hablar abiertamente.

—Esas son las cosas que más me gustaría saber... —dijo Diva—. Solo un poquito de nada...

Elizabeth se lo pensó un momento.

—No quiero ser dura con ella —dijo—, porque después de todo estuvimos mucho tiempo juntas, y no puedo ni imaginarme qué habría sido de ella si yo no llego a estar allí. Ha quedado un poco trastornada de la cabeza, quizá debido al pánico: esa es la explicación más benévola que se me ocurre. Cuando fuimos arrastradas hacia el pueblo en nuestra ruta hacia el mar, gritaba (bueno, a lo mejor la oísteis vosotros mismos). «*Au reservoir: esperad hasta que volvamos*». Diva, yo no me asusto fácilmente, pero debo decir que aquello me dejó asombrada. ¡Nos enfrentábamos a la muerte y lo único que se le ocurre es hacer chistecitos! Yo estaba allí sentada, en silencio y tranquila, preparándome para el solemne momento final, como haría cualquier cristiano, y mientras tanto aquella hiena no dejaba de dar alaridos. Luego salimos al mar, en medio de aquella espesísima niebla, zarandeadas y agitadas por las olas, hasta que colisionamos con el lateral de un barco que no pudimos ver en la oscuridad.

—¡Qué horror! —dijo Diva—. Me asombra que no volcarais...

—Desde luego, fue milagroso —dijo Elizabeth—. Estábamos magulladas, los golpes contra la mesa eran espantosos, y si yo no hubiera mantenido la cabeza fría y me hubiera agarrado al lateral del barco, habríamos volcado sin remedio. Para entonces ya habían oído nuestras llamadas de auxilio, así que yo salté enseguida a la escala de cuerda que echaron por la borda, sin perder tiempo, para aligerarle la mesa a Lucía, y que ella pudiera subir también. —Elizabeth se detuvo un instante—. Diva, tú... eres testigo de que yo siempre he dicho, a pesar de lo de Amelia Faraglione, que Lucía no sabe ni una palabra de italiano. Pues bien, esto quedó demostrado. ¡Con creces! Dio la casualidad de que el barco que nos rescató era italiano. Pues nuestra *gran erudita* estaba absolutamente desconcertada. Fíjate que hasta el capitán tuvo que recurrir al poco inglés que sabía para comunicarse con nosotros... ¡Ahí lo tienes!

—Sigue, sigue... —dijo Diva con ansia.

—Resumiendo. Aquel era un barco arrastrero que casualmente se dirigía a los caladeros Gallagher. Nada pudimos hacer para que nos acercaran a las costas inglesas, así que nos hemos pasado casi dos meses en medio del mar, a merced de los elementos y de las locuras de Lucía. Hasta que casualmente nos topamos con otro arrastrero que regresaba a casa, a Tilling, y fue en ese barco en el que llegamos a tierra esta misma mañana. Pero no te hablaré de nuestra vida en el barco, porque eso me lo reservo para la

lectura que pronto os haré.

—No, no me importa —dijo Diva—. Lo que me interesa es que me cuentes cosas íntimas de Lucía.

Elizabeth suspiró.

—No es elegante ni cristiano juzgar a la gente —dijo—, y no lo haré; pero... oh, ¡la naturaleza se puso al descubierto en ella! Los italianos eran un grupo de hombres groseros y lascivos, una gentuza de la peor calaña, y Lucía desde luego gozó de su compañía. Todos los días solía pasear por la cubierta, a menudo sin zapatos ni calcetines, pegando saltitos y meneándose, y mendigando a los marineros que le susurrasen al oído algunas palabrillas en italiano; se sentaba con este o con aquel, con los dedos entrelazados con los del hombre, mientras él fingía que le enseñaba a hacer un nudo o un ballestrinque o algo que probablemente tenía algún doble sentido también. Qué flirteos (a su edad, además), qué promiscuidad: en mi vida había visto nada semejante. Pero no la juzgo por ella, y te ruego que tú tampoco lo hagas.

—¿Pero no llegasteis a hablar de ello? —preguntó Diva.

—Con frecuencia procuraba hacerlo —dijo Elizabeth—, pero solo de ver su ligereza de cascos me echaba para atrás. Compartíamos un camarote que era tan espacioso como una caseta de perro y, oh, ¡cuántas noches de insomnio el vaivén de aquel cascarón hizo que me cayera de la litera donde yacía! Incluso en esos momentos ella insistía en darme lecciones, y mostrarme cómo asegurarme en la litera. ¡Siempre esa odiosa actitud de superioridad, siempre esa manía de darle lecciones a todo el mundo de todo (excepto de italiano, claro está)! Pero eso no fue nada. Fue su frivolidad en el momento en que la riada inundó la cocina en Grebe...

—Eso, cuéntamelo todo —exclamó Diva—. Me parece casi lo más interesante e instructivo de lo que te pasó. ¿Cómo fue que te pilló en la cocina?

Elizabeth lanzó una carcajada estentórea.

—¡Querida mía! —dijo—. ¡Qué encantador apetito tienes por los detalles...! A lo mejor también quieres que recuerde lo que he desayunado esta mañana. Ella y yo estábamos en la cocina juntas; habíamos ido a ver el árbol de Navidad. ¡Qué árbol tan chabacano y ordinario! Más o menos como ella... Luego la riada lo inundó todo, y supuse que nuestra única posibilidad era embarcarnos en la mesa de la cocina. A propósito, ¿llegó a tierra?

—Oh, sí, y sin un rasguño —dijo Diva, pensando en los golpes que supuestamente había sufrido contra el lateral del barco arrastrero.

Elizabeth evidentemente no había contado con el hecho de que pudiera llegar a tierra, y se levantó.

—Me sorprende que no acabara hecha pedazos —dijo—. Pero mejor pasemos al cenador. De lo que debemos hablar de verdad es de ese desgraciado gorrón que tengo por vecino. ¿Es verdad que se ha comprado un coche con el dinero que esperaba conseguir tras mi muerte? Y todo ese vino: botellas y más botellas, eso me ha dicho Withers. Océanos de champán. ¿Cómo va a pagar todo eso ahora, con la miserable pensión con la que malvivía antes?

—Eso nadie lo sabe aún —dijo Diva—. Un espantoso fiasco para él. Temerario y

precipitado, fue lo que todos pensamos.

Se sentaron cómodamente junto a la chimenea, después de que Elizabeth hubiera echado una miradita como quien no quiere la cosa por entre las cortinas.

—No siento ni lo más mínimo haber sido un poco dura con él esta mañana —dijo—. Cualquier mujer hubiera hecho lo mismo.

Withers entró con una nota. Elizabeth observó la caligrafía y se puso blanca bajo el moreno adquirido en los caladeros de bacalao del Atlántico norte.

—¡Es de él! —dijo—. No hay respuesta, Withers. —¿La leo —preguntó Elizabeth, en cuanto Withers hubo abandonado la estancia— o la arrojo directamente al fuego, como por otro lado merece?

—Oh, léela, léela... —dijo Diva, deseando saber lo que ponía—. Al menos tienes que saber qué tiene que decir ese tunante.

Elizabeth se ajustó los quevedos y leyó en silencio.

—Pobre desgraciado —dijo—. Pero muy propio de él, tal y como están las cosas. ¿Te la leo?

—Sí, sí, sí, sí... —rogó Diva, impaciente.

Elizabeth leyó:

*Mi querida señorita Elizabeth (si es que aún me permite llamarla así)...*

—Muy propio —dijo Diva.

—No me interrumpas, querida, o no te la leeré —dijo Elizabeth.

*... si me permite usted llamarla así. Quiero, en primer lugar, felicitarla de todo corazón por su regreso, después de las aventuras y privaciones que sé que habrá soportado con el más alto valor cristiano.*

*En segundo término, quiero enviarle mis más humildes disculpas por mi espantosa conducta en su ausencia, impropia absolutamente de un soldado y de un cristiano, y, a pesar de todo, de un caballero. Su perdón, si fuera usted tan benevolente como para dispensármelo, mitigaría notablemente mi penosa situación actual.*

*Sincerísimamente suyo (si me permite decirlo así)*

*BENJAMIN FLINT*

—Yo diría que es una carta muy amable —dijo Diva—. ¡No debe de haberle resultado fácil escribirla!

—Y a mí tampoco me resulta muy fácil perdonarlo —replicó Elizabeth.

—Elizabeth, debes hacer un esfuerzo —dijo Diva enérgicamente—. La sociedad de Tilling reventará y se hará añicos si no tenemos cuidado con las formas. Tú y Lucía habéis regresado de entre los muertos, así que esta es una excelente oportunidad para mostrar un espíritu benevolente y comenzar de nuevo. En verdad, el mayor Benjy no puede decir ya más de lo que ha dicho...

—Seguramente tampoco podría haber dicho menos si, como dice, es un soldado, un cristiano y un caballero —apuntó Elizabeth.

—No, pero ha hecho lo correcto.

Elizabeth se levantó y echó otra miradita por la ventana.

—Lo perdono, vale —dijo—. Lo invitaré a tomar el té mañana.

Elizabeth se llevó a la cama un buen montón de cosas en las que pensar y rumiar hasta altas horas. Había liberado una buena cantidad de rencor contra Lucía, y tenía la cabeza bastante despejada. Al día siguiente estaría muy ocupada escribiendo el relato de su gran aventura. Pero era el mayor Benjy lo que más le preocupaba. Hubo un tiempo en el que el mayor ciertamente estuvo a punto de hacerle honorables proposiciones que ella siempre estuvo más que dispuesta a aceptar. Solían jugar al golf juntos en aquellos días, antes de que aquella agitadora de Lucía se cerniera cual buitres sobre Tilling; solía dejarse caer por Mallards casualmente, y ella solía ponerle una flor en el ojal de la solapa. Tilling había esperado su unión, y el mayor Benjy sin duda había estado a punto de proponérselo. Ahora, pensó Elizabeth, era el momento de derramar sobre él un perdón tan plenario que abriera un nuevo capítulo en el libro de oro de la benevolencia como don. Aunque aquella misma mañana había arrojado a la calle sus palos de golf, y sus calcetines y sus dentaduras postizas con todo el desprecio de que había sido capaz, aquella nota y su súplica habían reverdecido en ella esperanzas que hasta ese momento no se habían terminado de cumplir. Habría terneras cebadas para él, como para el hijo pródigo; encontraría, en la casa que había violado, cordialidad y buenos augurios para el futuro, así como olvido para el pasado. Virtudes que no podrían dejar de minar aquella propensión que el mayor tenía hacia el celibato. Tras desacreditarse debido a su precipitada ocupación de Mallards, tras haber sido humillado en virtud de su degradante expulsión de la casa, y empobrecido por la imprudente compra de vinos, un coche y unos nuevos palos de golf, seguramente aprovecharía la maravillosa oportunidad que ella le presentaría y las cosas volverían a su cauce. Puede que se mostrara tímido al principio, incapaz de creer la magnitud de su buena suerte, pero con un poquito de tacto, quizá si ella le ofrecía unos cuantos platitos de leche, por así decirlo, como a un gatito perdido y desconfiado, con amables invitaciones a su lindo minino, se dejaría alimentar y acariciar, permitiría que le limasen sus zarpas, y con algún repentino portazo ocasional cuando el lindo minino hubiera comenzado a acomodarse en casa, era muy probable que, a menos que el gatito estuviera loco de remate, no pudiera evitar ser finalmente domesticado. «Creo que podré organizado...», pensó Elizabeth, «y entonces la pobre Lulú será solo una viuda, una simple y triste viuda, y yo una feliz mujer casada con un marido bien situado. ¿Le gustará eso?».

Aquellos dulces pensamientos gradualmente la acunaron hasta que se quedó dormida.

\* \* \*

Pronto se hizo evidente que el regreso de las desaparecidas, un acontecimiento de primera magnitud en sí mismo, de inmediato iba a espolear un renacimiento de aquellas rivalidades que durante el otoño habían convertido la vida de Tilling en un espectáculo tan emocionante. Georgie, mientras bajaba a ver a Lucía tres días después de su regreso, se encontró con un pegador de carteles llenando de anuncios High Street con avisos de

una conferencia que se celebraría en el Instituto dos días después, a cargo de la señora Lucas. La entrada era libre y no se haría ningún tipo de colecta ni antes ni durante ni después del acto. «Una odisea moderna» era el título del discurso. Georgie se apresuró a acudir a Grebe, y se encontró a su dueña ocupadísima, corrigiendo el manuscrito mecanografiado que había estado dictando a su secretario durante todo el día anterior con apenas una pausa para la comida.

—Vaya, pensé que iba a tratarse solo de una lectura después de la cena —dijo Georgie directamente, sin dar ninguna explicación que indicara de qué estaba hablando.

Lucía colocó un abrecartas en la página por la que iba, y volvió al principio.

—Mi pequeño salón no podría acoger a todos los interesados. Entiendo que la gente estará ardiendo en deseos de oír por lo que he tenido que pasar —dijo—. Verás, Georgie, creo que es un deber de aquellos que han tenido el privilegio de salir ilesos de una aventura tan tremenda como la mía intentar compartir con los demás, en la medida de posible, sus experiencias. En realidad, así es como comienza mi conferencia. Sin que tú lo supieras te estaba leyendo mi primer párrafo. ¿Qué te parece?

—Espléndido —dijo Georgie—. Muy bien redactado.

—Luego hago algunas alusiones a precursores míos como Nansen, Stanley o Amundsen<sup>[88]</sup> —dijo Lucía—, que han escrito todos extensos libros sobre sus viajes, y digo que, como en ningún caso se me pasaría por la cabeza compararme con ellos, un pequeño recital oral de algunas de las curiosidades que me han ocurrido será suficiente para dar cuenta de mi periplo. Calculo que no me llevará más de dos horas, como sumo dos horas y media. Lo acabé ayer por la noche, alrededor de la una de la madrugada.

—Bueno, pues has sido muy rápida —dijo Georgie—. Recuerda que regresaste hace solo tres días.

Lucía apartó a un lado el montón de hojas mecanografiadas.

—Georgie, ha sido un trabajo descomunal —dijo—. Pero tenía que librarme del íncubo de esos recuerdos, poniéndolos por escrito. Aristóteles, ya sabes: la purga de la mente<sup>[89]</sup>. Además, estoy segura de que hago bien en darme prisa. Sería muy propio de Elizabeth hacer algo de este tipo y pisarme la idea. En cualquier caso, he reservado el Instituto...

—Pues eso resulta tan interesante... —dijo Georgie—. Prácticamente cada vez que he pasado por Mallards estos últimos dos días he visto a Elizabeth delante de la ventana del cenador. Parecía tremendamente ocupada: casi no levantaba la mirada de la mesa. Yo no puedo estar seguro de que esté escribiendo también ella su Odisea (qué buen título), pero algo está escribiendo, de eso no cabe duda. Y dos de esas veces el mayor Benjy estaba sentado con ella en el escabel del piano y ella le estaba leyendo un montón de folios azules. Por supuesto, no pude oír lo que decía, pero sus labios no paraban de moverse. Estaba tan ocupada que ni siquiera me vio, pero creo que él sí.

—¡No...! —dijo Lucía, olvidando su conferencia de momento—. ¿Se ha arreglado con él entonces?

—Debe de haberse arreglado. Ha cenado con ella una vez al menos, porque le vi entrar, y ha comido otra vez, porque le vi salir. Y luego estaba la vez en que yo les vi leyendo, en que debía de haber ido a tomar el té. De hecho, me acabo de cruzar con ellos

cuando iban en su coche. Y llevaban las cuatro manos en el volante. Supongo que el mayor estará enseñando a conducir a la señorita Mapp, o a lo mejor es él quien está aprendiendo.

—Y pensar que ha olvidado todas las cosas que le dije, y que le puso la dentadura postiza en los escalones de la entrada —dijo Lucía—. Creo que hay más entre ellos de lo que se ve a simple vista.

—Ah, mucho más —dijo Georgie—. Ya sabes que ella quería casarse con él, y a punto estuvo de conseguirlo, según Diva, justo antes de que llegáramos nosotros. Debe de estar intentándolo otra vez.

—Muy inteligente por su parte —dijo Lucía, valorando la información—. No pensaba yo que tuviera tanto talento. Lo va a coger desprevenido, ya verás, porque él le está muy agradecido por el perdón que ella le ha dispensado. Pero que muy astuta, Georgie, bastante ruin, y muy astuta. Y por lo que me dices, es de todo punto evidente que está escribiendo nuestras aventuras, esforzándose todo lo que puede. ¡Menos mal que yo no he perdido el tiempo!

Me gustaría ver su cara cuando regrese de su paseo en coche —dijo Georgie—. Estaban empapelando High Street con tu conferencia, cuando venía para acá. Viernes por la tarde, además: es una buena elección porque es el día que cierran las tiendas.

—Sí, claro, por eso lo escogí —dijo Lucía—. No creo que pueda tener su discurso listo un día antes que yo, y si alquila el Instituto un día después, nadie irá a lo suyo, porque ya lo habré contado todo yo. Luego, no puede reservar el instituto el mismo día que yo, porque no se pueden dar dos conferencias a la misma hora, sobre todo de la misma materia. Imposible.

Grosvenor entró con el correo vespertino.

—Me indican que le entregue esto en mano, señora —dijo.

Lucía, por supuesto, abrió primero la carta que habían traído en mano. Nada que viniera de fuera de Tilling podía ser tan urgente como una misiva local.

—¡Georgie! —exclamó—. ¡He aquí una deliciosa complicación! Elizabeth me invita... a escuchar su lectura en el cenador, titulada «Perdidas de vista». Será a las tres en punto, el viernes por la tarde. El mayor Benjamin Flint tendrá la amabilidad de presidir el acto. Justo a esa hora el Padre estará presidiendo mi conferencia en el Instituto. Ya sé lo que voy a hacer. Enviaré una invitación especial a Elizabeth para que se siente en el estrado en mi conferencia, y luego le enviaré otra nota dos horas más tarde como si acabara de recibir la suya, para decirle que como yo misma estaré dando la conferencia esa tarde en el Instituto, siento mucho no poder etcétera, etcétera. Así no podrá decir que no la he invitado.

—Y cuando regresen de su paseo en coche esta tarde, ella y el mayor Benjy —siguió Georgie—, verán High Street empapelada con tus anuncios. ¡Desde que regresaste no había estado tan nervioso!

Al día siguiente la tensión se incrementó muy agradablemente. Elizabeth, sabedora de que Lucía había reservado el Instituto, hizo todo lo posible por privarla de su audiencia, y escribió notas personales no solo a los amigos de su círculo inmediato, sino a los boticarios, a los tenderos, a los subasteros y a todos los carniceros del pueblo, para

invitarlos al cenador en Mallards a las tres en punto el día de marras, con el fin de escuchar el relato verdadero (subrayado) de su aventura. La réplica de Lucía a aquella acción fue realizar una campaña personal por todas las tiendas, pagando las facturas que tenía pendientes, y diciéndole a todo el mundo que en el intermedio, entre las dos partes de la conferencia, se serviría un té gratis para todo el auditorio. Retrasó esta maniobra hasta el mismo viernes por la tarde, de modo que no hubiera posibilidad de un contraataque.

Aquella misma mañana, el Padre, pensando que debía hacer todo lo posible por restaurar la paz ante el enfrentamiento que ya era inminente, envió sendas notas a Lucía y a Elizabeth, diciendo que algunos amigos (esto era mentira, porque lo había pensado él solo) le habían sugerido que lo aconsejable sería que celebrara un breve oficio religioso, dando gracias a Dios por haberlas salvado de los peligros oceánicos y de los peligrosos caladeros de bacalao. Así pues, proponía que el servicio religioso de acción de gracias tuviera lugar directamente después de los bautismos, el domingo por la tarde. Sería bastante corto, unas cuantas oraciones apenas, seguidas de la acción de gracias general, un himno («Feroz y rabiosa la tempestad sobre las profundidades<sup>[90]</sup>») y para finalizar unas pocas palabras suyas. Esperaba que las dos damas se sentaran juntas en el primer banco, el mismo que había sido ocupado en el servicio funeral por los principales deudos. Ambas estuvieron encantadas con la idea, pues ninguna de las dos se atrevió a rechazarla por temor a que las tomaran por desagradecidas o pecadoras. Así pues, alrededor de las cuatro menos cuarto el domingo por la tarde debía de haber paz (y eran ya las tres menos cuarto del viernes por la tarde), pues ¿quién podría continuar con la guerra después de aquella acción de gracias conjunta?

En torno a las tres en punto del viernes ya no había ni un asiento libre en el Instituto, y había mucha gente de pie al fondo de la sala. A la misma hora, todos los asientos del cenador de Mallards estaban libres, pues nadie se había dignado asistir al acto organizado por Elizabeth. A las tres y media Lucía confundía las latitudes con las longitudes y glosaba la geografía y condiciones meteorológicas del caladero Gallagher. A la misma hora, Elizabeth y el mayor Benjy estaban solos en el cenador, mirando al techo. Sería un poco agotador para ella, dijo el mayor, leerle de nuevo la conferencia que ya le había leído el día anterior, y no permitiría que se cansara tanto. Cada palabra había quedado ya grabada a fuego en su memoria. Así que se sentaron cómodamente junto al fuego, y Elizabeth comenzó a hablar de lo duro de estar sola, y ese tema llevó pronto a la importancia suprema de las relaciones afectivas. A las cuatro y media el auditorio de Lucía, tras haber dado buena cuenta ya de la opípara merienda, se había excusado y había dejado allí solos a Irene, Georgie, el señor y la señora Wyse, el señor Padre y su parienta, resignados a escuchar la segunda mitad de la conferencia. A esa misma hora, en el cenador de Mallards, Elizabeth y el mayor Benjy acababan de comprometerse en matrimonio. No había ninguna razón para embarcarse en un largo noviazgo (en realidad, todas las razones aconsejaban lo contrario), así que el domingo siguiente por la mañana se pondrían las amonestaciones en la iglesia.

—Así, *Benjino mio* —dijo Elizabeth—, lo sabrá todo el mundo cuando el domingo por la tarde comience la ceremonia de acción de gracias. Invitaré a todos nuestros

amigos, Lucía incluida, a un pequeño almuerzo el lunes para celebrar nuestro compromiso. Tienes que enviarme algunas de tus mejores botellas de vino, querido.

—Como si no supieras que toda mi bodega está a tu disposición, amor —dijo él.

Elizabeth se levantó de un brinco y aplaudió.

—Oh, he tenido una idea estupenda para ese almuerzo —dijo—. No me lo preguntes, porque no te lo diré. ¡Una espléndida sorpresa para todo el mundo, sobre todo para Lulú!

Al día siguiente, Elizabeth se llevó un pequeño disgusto. Se había ofrecido a leer su conferencia prácticamente cualquier tarde a los internos del asilo, cuando descubrió que Lucía ya había invitado a todos aquellos que no estuvieran postrados o fueran sordos a un té en Grebe aquel mismo día para oír una versión resumida del discurso del Instituto: se consideró que con una hora sería suficiente, porque tal vez a algunos de ellos la excitación y la tensión de un esfuerzo intelectual de tal calado les resultaría excesivo. Pero aquel disgusto se le pasó enseguida cuando el domingo por la mañana, al final de la segunda lectura, el Padre hizo públicas las amonestaciones matrimoniales. Un incontenible murmullo, como una repentina irrupción de moscardones, se elevó en la iglesia, y Lucía, que estaba sentada detrás del coro y colaboraba con los «altos», dijo «Lo que yo decía» en un tono perfectamente audible. Elizabeth estaba colaborando en la parte de los cantores tiples, y si no hubiera sido una perfecta dama, y el escenario un edificio sagrado, podría haber estado tentada a sacarle la lengua. Luego, por la tarde, se procedió a la ceremonia de acción de gracias, y todo Tilling pudo ver a las dos heroínas de los mares darse un beso de lo más teatral. Diva, que estaba sentada justamente en el banco de detrás de la pareja, estaba segura de que en aquel beso no hubo verdadero contacto físico. Cuando se sentaron, ocuparon sus asientos a una buena distancia la una de la otra.

Tal y como podía esperarse, las notas de felicitación y de aceptación a la invitación del almuerzo del lunes se derramaron como un torrente sobre la joven pareja. Todo el círculo de amigos íntimos de Tilling se reunió en Mallards. El aparador estaba repleto con los vinos más caros del mayor Benjy, y todo el mundo supo que el hacha que tanto trabajo (y tantas emociones) había dado en el pasado estaba enterrada, pues nunca se vieron dos amigas que se trataran con tanta cordialidad como Lucía y Elizabeth.

Todos ocuparon sus sitios en torno a la mesa. Aunque era solo un almuerzo, había notas de menú, y en ellas, como primer plato del banquete, aparecía la «*Langosta à la Riseholme*».

Georgie fue el primero que lo vio, aunque Diva le disputó apasionadamente aquella hazaña. Sin embargo, todos los demás, excepto Lucía, quizá, lo vieron un segundo o dos después. En ese punto las alegres conversaciones se cortaron al instante. ¿Qué podría haber ocurrido? ¿Acaso Lucía, un día, en los caladeros Gallaher, le había confiado a su casera la receta secreta que con tanto tesón había ocultado? Aunque eso parecía difícilmente creíble. Los invitados, uno detrás de otro, fueron sumiéndose en sus pensamientos, un poco perplejos, pues de repente todos estaban empezando a atar cabos. La presencia de Elizabeth en la cocina de Lucía, cuando la riada inundó la estancia, nunca se había explicado bien, pero al parecer... Una ligera catalepsia atenazó a todos los asistentes, y todas las miradas se volvieron hacia Lucía, que en ese momento por vez



primera miró el menú. En caso de que hubiera sido ella quien le hubiera dado la receta a Elizabeth, sin duda diría algo al respecto.

Lucía leyó el menú y se humedeció ligeramente los labios. Dirigió a Elizabeth una larga y penetrante mirada con la que la interrogó sin palabras. Entonces, el carácter de aquella mirada cambió. No había reproches en ella, solo comprensión y un inexplicable desdén.

Aquel espantoso silencio continuó mientras la fuente con la langosta pasaba de mano en mano. Lucía se sirvió en primer lugar. La probó y comprobó que estaba perfecta. Dejó el tenedor, y desenterró el hacha que se había enterrado de mala manera.

—¿Estás segura de que copiaste la receta correctamente, *Elizabetha mia*? —preguntó—. Tienes que pasarte por mi cocina alguna tarde de estas, cuando vayas a dar tu paseo. *No importa si estoy yo o no*. Y si mi cocinera no está tampoco, puedes encontrar la receta en un libro que hay en la estantería de la cocina. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

—Gracias, querida —dijo Elizabeth—. Qué amable de tu parte.

Y entonces, como si no hubiera pasado nada, todo el mundo comenzó a hablar de otros asuntos.



EDWARD FREDERIC BENSON nació en Wellington College (Berkshire, Inglaterra) en 1867. Fue hijo del director de escuela, y más tarde Arzobispo de Canterbury, Edward White Benson, y de Mary Sidgwick Benson («Minnie»), descrita por William Gladstone como «la mujer más brillante de Europa».

A la muerte de su marido, Minnie formaría un «matrimonio de Boston» con Lucy Tait, hija del anterior Arzobispo de Canterbury. Benson fue hermano de una estirpe de escritores: A. C. Benson, Robert Hugh Benson y Margaret Benson, que además fue egiptóloga. Se afirma que los tres hermanos eran homosexuales, incluido E. F. Benson; de hecho, ninguno de ellos se casó. Tuvo otros dos hermanos que murieron jóvenes. En su juventud, E. F. Benson fue un excelente atleta y representó a Inglaterra en diversos campeonatos internacionales en la modalidad de patinaje artístico. Asimismo, fue un precoz y prolífico escritor, y publicó su primer libro cuando todavía era un estudiante. Aunque a él le gustaba considerarse un escritor de relatos de terror, hoy es conocido principalmente por su famosísima serie de novelas protagonizadas por las dos heroínas de la muy british burguesía rural, Elizabeth Mapp y Emmeline «Lucía» Lucas, *Mapp y Lucía*, que escribió ya a edad bastante avanzada y que constituyen uno de los ejemplos más notables de comedia social inglesa de la primera parte del siglo XX. La serie consiste en seis novelas, *Reina Lucía* (1920), *La señorita Mapp* (1922), *Lucia in London* (1927), *Mapp y Lucía* (1931), *Lucia's Progress* (1935) y *Trouble for Lucia* (1939), además de dos historias cortas, «The Male Impersonator», que tradicionalmente aparece como apéndice a la novela *Miss Mapp*, y «Desirable Residences». Benson, escritor victoriano, como M. R. James, es muy conocido también por sus historias de fantasmas, las cuales aparecen frecuentemente en antologías del género. En ellas, Benson evita los típicos escenarios góticos, buscando ámbitos más cotidianos. Cabe reseñar «La confesión de Charles Linkworth», «El terror nocturno» o «Un cuento sobre una casa vacía». E. F. Benson murió en Londres en 1940.

# NOTAS

[1] Alexander Mountbatten de Battenberg (1886-1960), amigo personal del autor, a quien también dedicó otras novelas de la serie de Mapp y Lucía. <<

[2] Pensamientos perdidos, en italiano. La librería Ye Signe Of Ye Daffodille es un establecimiento clásico de Riseholme; el nombre, artificioosamente anticuado, significa «El emblema del narciso». <<

[3] Walter Raleigh (c. 1552-1618), marino, político y favorito de la reina Isabel I de Inglaterra. <<

[4] Wardour Street, en Londres, es una calle del Soho donde había muchas tiendas de antigüedades, pero también de mobiliario barato. <<

[5] Se trata de una paráfrasis de un pasaje del Cuento de invierno (IV, iv), de Shakespeare, donde Perdita habla de los «narcisos, / que llegan antes de que se atrevan a venir las golondrinas, y llenan / los vientos de marzo con sus bellezas y hermosuras; pálidas violetas [...]». El jardín de Lucía lleva el nombre de Perdita, precisamente, por este personaje de Shakespeare. <<



[6] En Hamlet (IV, v), Ofelia reparte «*pansies for thoughts*». <<

[7] *Cantar de los Cantares* 4,16. <<

[8] A principios de siglo se instalaron en Inglaterra las tiendas *five-and-dime* de la cadena americana Woolworth, donde se vendían todo tipo de objetos muy baratos y de escasa calidad. <<

[9] “*Morris dances*”: son unos bailes tradicionales que ejecutan grupos de hombres ataviados con indumentarias llenas de cascabeles, o con pañuelos, palos, etcétera. La voz “*morris*” deriva al parecer de “*moorish*” (morisco).  
<<

[10] El hostigamiento de osos (*bear baiting*) fue un entretenimiento muy popular en el Reino Unido hasta el siglo XX. En unos recintos dispuestos al efecto (*bear gardens*) se encerraba a un oso, al que se hostigaba con perros y palos hasta la muerte. <<

[11] En 1588 la reina Isabel I acudió a la ciudad de Tilbury, en Essex, para arengar a sus ejércitos ante la inminente invasión de la Armada Invencible. <<

[12] Esta señora Arbuthnot era, en *Reina Lucía*, la señora Antrobus, sorda como una tapia y madre de las inquietas y atléticas Piggy y Goosie. <<

[13] Son las reliquias de la fase hindú de Daisy Quantock, narrada en *Reina Lucía: una maya o maia* (sánscrito) es una imagen ilusoria o irreal, y en las religiones orientales, la realidad fenoménica e inferior, que se contrapone a la realidad espiritual. <<



[14] Los «tesoritos» (*bibelots*) de Georgie son esenciales en su vida: se trata de pequeños objetos —no necesariamente joyas— que suele guardar en una vitrina, como una jarrita cremera, una caja de rapé o una miniatura de un pintor alemán antiguo. <<

[15] Se refiere a Ana Estuardo (1665-1714). <<

[16] Se trata de un juego de salón en el que cada participante elige un nombre, una acción, una frase, etcétera; después, se combinan todas las opciones para generar un relato, generalmente absurdo y divertido. <<

[17] Sir Sidney Lee (1859-1926) dedicó prácticamente toda su vida a investigar la vida, la obra y la época de William Shakespeare. <<

[18] Se trata de un pintor poscubista que Lucía conoció en Londres. El nombre parece inspirado en el título de una tragedia del escritor ilustrado James Thomson (*Tancred and Sigismunda*, 1745). <<

[19] Es el nombre de la supuesta esposa de William Shakespeare. <<

[20] Alfred es Alfred Tennyson, el famoso poeta laureado inglés, autor de *Maud y otros poemas* (1855). La cita («*My life hath crept so long on a broken wing*») es el primer verso de la tercera parte. <<

[21] La reina Ana (1665-1714), última de los Estuardo, fue reina de Inglaterra e Irlanda, y consiguió por fin unir Escocia al reino de la Gran Bretaña. Efectivamente, Joseph Addison (1672-1719) y Alexander Pope (1688-1744) fueron dos de las luminarias de la primera ilustración inglesa. Aunque lo más trascendente de Pope fue su poema filosófico *Essay on Man*, Lucía alude aquí a un juguete literario titulado *The Rape of the Lock* (*El rapto del rizo*), donde el tema del robo del rizo de una dama se trata, a modo de farsa épica, como el rapto de Helena de Troya. <<



[22] Luca della Robbia (h. 1400-1482) fue un escultor florentino, famoso por sus coloristas cerámicas, esmaltadas y barnizadas. <<

[23] Hace referencia a la leyenda medieval de la hermosísima lady Godiva, que se vio obligada a cabalgar desnuda por su aldea antes de que su marido y señor aceptara relajar los impuestos a sus campesinos. <<

[24] Era un estilo de corte de pelo muy corto, típico de los años veinte, y llamado así por los estudiantes de Eton.

<<

[25] El juego del correo general consistía en lo siguiente: se formaban dos filas de jugadores sentados en sillas y cada uno elegía para sí una ciudad; el que «la llevaba» estaba de pie, entre las dos filas de jugadores. Otro jugador ponía en marcha el juego diciendo, por ejemplo: «Una carta quiero enviar... ¡de Sheffield a Birmingham!». En ese momento, los dos jugadores que adoptaron el nombre de esas ciudades debían intercambiar sus asientos tan rápidamente como pudieran y el que la llevaba, debía intentar ocupar una de las sillas vacías. Cuando el director del juego gritaba «¡Correo General!», todos se levantaban y cambiaban de silla, formando un tremendo caos... como el de las oficinas postales, según se aseguraba en la época. <<

[26] Es un dispositivo antiquísimo, consistente en una cinta de tela mediante la que se podía levantar el tranco de madera interior de las puertas. <<

[27] Se trata de un juego de palabras intraducible pero sencillo: Browning Society es la Sociedad del Bronceado, pero también puede interpretarse como la Sociedad Browning, por el poeta Robert Browning (1812-1899). <<

[28] La señorita Mapp equivoca a propósito y maliciosamente el nombre de los Faraglione, y utiliza la voz Faradiddleone, es decir: «*far a diddle one*», un estafador de tomo y lomo. <<

[29] Se trata de una referencia a las prácticas quirúrgicas del médico galoruso Serge Voronoff, muy famoso en los años veinte porque implantaba o injertaba tejidos glandulares de mono en seres humanos, con lo cual conseguía al parecer rejuvenecimientos asombrosos. En los años treinta estas prácticas quedaron totalmente descartadas. <<



[30] Es una referencia a una escena de la novela *The History of Henry Esmond* (1852), de William M. Thackeray (1811-1863), en la que narra la historia de un militar al servicio de la reina Ana de Inglaterra. <<

[31] Es una cita del poeta lírico Píndaro, en uno de cuyos poemas señalaba que Atenas era «la ciudad de la luz, de violetas coronada, amada por los poetas, eres el baluarte de Grecia» [frag. 64]. <<

[32] Es una paráfrasis de un verso famoso del poeta Algernon C. Swinburne, en su drama lírico *Atalanta in Calydon* (1865): «*When the bounds of spring are on winter's traces*» (v. 65). <<

[33] Harold Vanderbilt, empresario de ferrocarriles americano, regatista y experto en el *bridge*, ideó para este juego un nuevo sistema de puntuación y otras normas en los envites que favorecieron la popularidad del *contract bridge* frente al obsoleto *auction bridge*. <<

[34] Es una ciudad del sur de Alemania (Baviera) donde cada diez años todo el pueblo se implica en una representación de la Pasión de Cristo. La tradición comenzó en 1634, tras una epidemia de peste. <<

[35] Se trata de la forma popular con que se conocía a Enrique VIII, padre de la reina Isabel I. <<

[36] Es una referencia a un diálogo de Casio y Bruto en el *Julio César* (IV, ii) de Shakespeare: «En los asuntos de los hombres hay una marea / que, cogida en la pleamar, conduce a la fortuna». <<

[37] Es uno de los episodios más célebres de *Reina Lucía*, donde el autor italiano de una ópera para Olga Bracely pone en evidencia los escasísimos talentos idiomáticos de Emmeline Lucas. <<



[38] Es una referencia al poema *Casabianca*, de la poetisa romántica Felicia D. Hemans, cuyos versos sobre el hundimiento del barco *Orient* en el Nilo, y sobre el heroísmo de su capitán Louis de Casabianca, fueron muy populares durante la segunda mitad del siglo XIX. El poema formaba parte de los recitativos escolares, pero también fue pasto de las parodias. Habitualmente se conoce como *El muchacho permaneció en el barco ardiendo*, que es el primer verso: «*The boy stood on the burning deck / Whence all but he had fled; / The flame that lit the battle's wreck / Shone round him o'er the dead*» (El muchacho permaneció en el barco ardiendo / mientras todos menos él habían huido; / las llamas que iluminaban el náufrago navío / resplandecían a su alrededor sobre los muertos). <<

[39] Está parodiando el poema *Casabianca*: véase nota 38. <<

[40] «*Fair play's a jool [jewel]*» es un proverbio dieciochesco. <<

[41] Es el día en que Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania y dio comienzo la Primera Guerra Mundial. <<

[42] Se refiere a la Royal Academy of Arts, que tiene su sede en el palacio llamado Burlington House, Londres, junto con otras asociaciones y academias reales. <<

[43] Old Mother Hubbard es un personaje infantil del siglo XIX. Una de las canciones que hacían referencia a ella decía: «La vieja mamá Hubbard / a la alacena se acercó / para darle un hueso al pobre perrito, / pero cuando dentro miró, / la alacena estaba vacía, / y el perrito sin nada se quedó». <<

[44] El cuadro dramático del rey Cophetua es un clásico en las fiestas de Lucía: se ponía en escena un relato medieval en el que un rey se enamoraba de una dama llamada Penolophon. <<

[45] El autor recurre humorísticamente aquí a una vetusta figura retórica muy de su gusto, llamada *synchysis*, muy habitual en la poesía, para hacer referencia al poema *To Autumn (Al otoño)* del poeta romántico John Keats, cuyo primer verso cita literalmente: «*Season of mists and mellow fruitfulness*» (Estación de nieblas y de frutos dulces y maduros). <<



[46] Shylock es un personaje de *El mercader de Venecia* de Shakespeare, paradigma del usurero avariento. <<

[47] Es un antiquísimo juego de cartas francés en el que solo participan dos personas. <<

[48] Entusiasmo, devoción. <<

[49] Véase nota 45. <<

[50] Del mismo modo que la señorita Mapp modifica el nombre de la condesa para menospreciarla o burlarse de ella (véase nota 28), Lucía la llama Thingummy (“*thing gummy*”, empalagosa). <<

[51] Por Lucrecia Borgia, a cuyo legendario maquiavelismo se hace referencia. <<

[52] El ácido fénico o fenol se utilizó como antiséptico hasta bien entrado el siglo XX; el doctor Joseph Lister (1827-1912) fue su principal impulsor, hasta que se detectaron fuertes irritaciones cutáneas en su uso. <<

[53] Es una referencia al banquete de Baltasar (o Belshazzar), que se narra en Dan 5: el rey babilonio Baltasar invitó a mil personas a su banquete y utilizó sacrílegamente los sagrados objetos del judaísmo en aquel festín. <<



[54] Buena parte de los vehículos de la época eran abiertos y el de Lucía, como más adelante se especificará, estaba cubierto para los pasajeros del asiento trasero, pero abierto para el conductor y el copiloto. <<

[55] Referencia a un proverbio tradicional, según el cual el perro viejo aún puede morder. En ocasiones, la expresión «*There's life in the old dog yet*» suele traducirse libremente como «Aún tiene cuerda para rato». <<

[56] De Alfred Tennyson, en el poema *In Memoriam A. H. H.* (1849), dedicado a su amigo Arthur Henry Hallam:  
«'Tis better to have loved and lost / than never to have loved at all» (Canto XXVII). <<

[57] Hace referencia a una festividad hindú, en la que se sacaban enormes carros ornamentados honrando a Krishna. En Inglaterra se contaba que los fanáticos hinduistas se arrojaban bajo las dieciséis ruedas del gran carro de Juggernaut (Yaganatha, en realidad) como sacrificio voluntario ante la divinidad. El carro nunca se detenía, y de ahí la comparación con la implacable Lucía. <<

[58] Folkestone (una ciudad real, al contrario que Tilling, cuya referencia geográfica es Rye), como muchas ciudades del sur en Inglaterra, tenía un bonito paseo marítimo situado sobre una especie de malecón o muelle (*pier*) de madera que se adentraba en el mar. En la actualidad este paseo marítimo ya no existe en Folkestone. <<

[59] Obviamente, hace referencia al *Buey desollado* (1655), de Rembrandt. <<

[60] Está citando el séptimo verso del famoso *Requiem*, de Robert Louis Stevenson (1850-1894): «*Home is the sailor, home from sea*». <<

[61] La cantidad de correo local y nacional era tan abundante que en todas las casas había un *wire letter-box* (un buzón doméstico, abierto, en forma de bandejas o gavetas de alambre o mimbre) en el que se dejaban las numerosísimas cartas que se recibían y se despachaban diariamente. <<



[62] Se refiere a Émile Coué de la Châtaigneraie (1857-1926), psicólogo y psicoterapeuta francés, promotor de la sugestión positiva: esta consistía en la repetición de sentencias favorables que finalmente mejorarían el estado anímico del sujeto. La frase de Georgie es una paráfrasis del mantra más famoso de Coué: «Día tras día, en todos los sentidos, mejoro cada vez más». <<

[63] Safira es un personaje bíblico (Act 5), paradigma de la avaricia, que indujo a su marido, Ananías (citado más abajo), a escatimar el diezmo que los primeros cristianos daban a la iglesia. <<

[64] El pintor americano James A. M. Whistler (1834-1903) realizó una serie de cuadros titulados *nocturnos*, una terminología que hasta entonces solo se aplicaba a la música. La serie de los nocturnos de Whistler se encuentra en la Tate Gallery. <<

[65] Véase nota 25. <<

[66] «*Purest ray serene*»: se trata de una referencia a la famosísima *Elegía en un cementerio campestre* de Thomas Gray, donde aparece esa expresión. <<

[67] Es la frase que supuestamente condensa el significado de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven. En realidad, la teoría la lanzó el secretario del compositor, Anton Schindler, que declaró tras la muerte del genio que el propio Beethoven deseaba que su obra inspirara la idea del «Destino llamando a la puerta». <<

[68] El capitán Puffin protagoniza en otra novela de la serie este *supuesto* duelo con el mayor Benjy. Ambos eran grandes amigos, grandes bebedores y grandes fanfarrones, y compañeros de partidos de golf; decidieron batirse en duelo ante un desencuentro pero, a la hora de la verdad, se arrepintieron y huyeron en el primer tren matutino, se encontraron en una estación londinense y allí solventaron pacíficamente sus diferencias, aunque todo el mundo en Tilling *preferió* pensar que se estaban batiendo en duelo. <<

[69] *The last rose of summer* es una canción basada en el poema homónimo del romántico irlandés Thomas Moore (1779-1852). La melodía más popular de la canción fue compuesta por sir John Stevenson (1761-1833).

<<



[70] La *ficción* de vestirse para la cena era una estricta convención victoriana, ya prácticamente inexistente en los años treinta: tanto los caballeros como las damas ostentaban todas sus galas por la noche, a la hora de la cena, en el domicilio particular o fuera. La bandeja (*tray*) era exactamente eso: una bandeja con un refrigerio moderado que ya no se tomaba en el comedor, sino en un salón o en el *boudoir* privado. <<

[71] Elizabeth utiliza «*Live and unlearn*», que es la forma irónica del clásico «*Live and learn*» («Vivir para ver»).

<<

[72] Lo denomina «coche-marsopa» (*porpoise car*) no solo por la apariencia pesada y bamboleante del Rolls-Royce, sino porque procede de Porpoise Street, la calle de la Marsopa. <<

[73] Artemisa o Ártemis (Diana en el panteón romano), diosa de los bosques y la caza, solía representarse con una falda más bien corta, de ahí la púdica precisión del autor. <<

[74] *Là ci darem la mano* es un dueto muy popular del *Don Giovanni* (1787) de Mozart. <<

[75] Se refiere a dos villancicos muy populares: *Good King Wenceslas* («El buen rey Wenceslao miró por la ventana el día de San Esteban...») y *First Christmas*. <<

[76] Hace referencia a un conocido pasaje de la *Ilíada*, en el que Aquiles, irritado con Agamenón, se niega a combatir y se recluye en su tienda hasta que su honor quede restablecido. <<

[77] “*Reservoir*” es “embalse”, “depósito de agua”, “represa”. Así pues, la jocosa despedida «*Au reservoir*» («Al embalse») adquirirá todo el sentido pocas páginas después. <<



[78] Mateo 13, 46. <<

[79] Es un personaje de la mitología griega, a la que los dioses concedieron el don de la profecía cierta y, al mismo tiempo, la desgracia de que nadie la creyera. <<

[80] Charles Kingsley (1819-1875) es el autor del poema *The Three Fishers*, cuya tercera estrofa dice: «Tres cadáveres yacen en las luminosas arenas / en la límpida mañana, cuando la marea se retiró...». <<

[81] Edward Lear fue el inventor de una especie de quintillas humorísticas y absurdas llamadas *limericks*, que fueron muy populares en la época. Edmund Crispin las hizo famosas en *La juguetería errante* (Impedimenta, 2011). <<

[82] “re”, “en relación a”, “con referencia a”. <<

[83] El texto bíblico que leyó el Padre pertenece a 2Samuel 1, 23 y ss. El texto es una elegía dedicada a Saúl y Yonatan, y en la quinta estrofa dice lo siguiente: «Saúl y Yonatan, tan amados y amables, / ni en la vida ni en la muerte se separaron. Eran más rápidos que el águila, / más fuertes que el león». <<

[84] Se refiere al Cenotafio de Whitehall, en Londres, erigido en 1920 para honrar la memoria de los muertos en la Primera Guerra Mundial. <<

[85] *The Monarch of the Glen* (1851) es una de las pinturas más conocidas de Sir Edwin Landseer (1802-1873), famosísimo por sus cuadros de animales y espacios naturales; el rey al que se refiere el título del cuadro es un ciervo, precisamente. El autor de *Soul's Awakening* es el académico James Sant (1820-1926), muchas de cuyas obras se reprodujeron con harta frecuencia. <<



[86] «Calzarse los zapatos del muerto» («*to step into a dead man's shoes*») es una expresión muy popular en inglés, y remite a la avaricia de quien desea ocupar el lugar de otro que ha caído en desgracia. No existe una equivalencia exacta y tan visual en castellano, y se ha preferido mantener la expresión inglesa para realzar la conclusión airada de la señorita Mapp. <<

[87] *Marble*: mármol. <<

[88] Los noruegos Fridtjof W. J. Nansen (1861-1930) y Roald Amundsen (1872-1928) fueron exploradores polares; Henry M. Stanley (1841-1904) fue explorador en África y autor, al parecer, de la famosa frase «*Dr. Livingstone, I presume?*», cuando encontró al misionero Victoriano. <<

[89] Aristóteles lo llamaba exactamente “catarsis”. <<

[90] Himno anglicano («*Fierce raged the tempest o'er the deep*») escrito por Godfrey Thring (1823-1903) y con música de John B. Dykes (1823-1876). <<